




3 1761 07044909 5







Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
University of Toronto

190

LOS INMORALES

2910

**Es propiedad.  
Derechos reservados,**

---

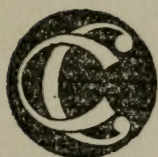
Imprenta El Siglo XX. Teniente Rey, 27,  
de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana.

CARLOS LOVEIRA

3  
UNIVERSIDAD Y CHIRINHO  
277010112

# LOS INMORALES

(NOVELA)



*La Habana*  
*Sociedad Editorial Cuba Contemporánea*  
*O'Reilly, 11.*  
*1919*

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Naturismo Práctico.

De los 26 a los 35. (Lecciones de la experiencia en la lucha obrera.)

EN PREPARACIÓN:

Generales y Doctores.

701388

12.5.59

PQ

7389

L74I6

1919



5

A D. MANUEL MÁRQUEZ STERLING.

Distinguido conterráneo:

Acabo de escribir este libro, que, entre otras pretensiones, no sé si tolerables, tiene la de que se le considere, "entre cubanos", como un plausible esfuerzo por seguir en nuestro país las huellas de quienes en la novela moderna, sin tartuferías ni medias tintas, cabe decir que con heroísmo, arremeten contra S.M. la "Idea Hecha", que desvelaba a Eça de Queiroz, el mentir convencional de la civilización, que es tesis del famoso libro de Nordau, y la "moralina", que fué idea fija en el cerebro del genial loco de Weímar.

Me permito dedicarle a usted tal libro. Pero, a causa de la pretensión a que me he referido, no creo viciosa la advertencia de que no me mueve a dar este, quizá si para usted malhadado paso, la idea de que usted comparte las mías en el sentido indicado. Asíduo lector de cuanto, escrito por usted, cae al alcance de mis manos, no ignoro que no es cuerda suya la del radicalismo; por lo que más bien presumo que puede chocarle esta invectiva de combate a todo lo *consagrado*.

Que sólo por imposición de los propios convencionalismos sociales que intento poner en berlina, ha de tolerar usted, sin protesta, que su nombre vaya al comienzo de unas páginas en las cuales, sobre la anomalía que he apuntado, prima una forma literaria inexperta, es cosa que tampoco se me va por inadvertida.

¿Que, entonces, por qué este designio mío?

Porque deseo valerme de esta oportunidad para sacar del anónimo—aunque sea en el reducido círculo de mis lectores—la devota admiración que me inspira la cívica, fecunda y excelente obra realizada por usted en nuestro periodismo y en la literatura latinoamericana.

Que, siquiera sea por los convencionalismos de marras, acepte usted el humilde voto, se sobrentiende que es el deseo natural de su afmo. y S. S.

C. LOVEIRA.

La Habana, en la fiesta del  
10 de octubre de 1918.

## I

Tiene Santiago de Cuba su indispensable "*El Louvre*"—*Hotel, Restaurant y Café*.

Con todo este pomposo rótulo, "El Louvre" es una modesta y popularísima fonda, que, ventajosamente situada en la calle de la Marina, a pocos pasos de la Estación del Ferrocarril, y no lejos de los muelles principales del puerto, acoge a casi todos los viajeros de tercera clase que por trenes y vapores llegan a la ciudad.

La casa de "El Louvre" es de dos pisos. En el bajo, el café y el restorán; en el alto, la posada, compuesta de dos hileras de cuartos que corren a entrambos lados de una extensa galería central. Esta y los dos cuartos fronteros dan a un balcón, que exorna y da lustre a la fachada. La mitad de la galería, contigua al balcón, amueblada con un juego de Viena rebarnizado, grande y añeja mesa de caoba con tapete azul oscuro y cuadros de litografía, es salón de recibo. La mitad trasera, gracias a oportunas divisiones, es depósito de ropa blanca, lavatorio común, cuarto de baño e inodoro, que de tal sólo tiene el nombre. Guardan los cuartos el mismo orden jerárquico que las divisiones de la galería: los vecinos del balcón, más lujosos y, por ende, más caros; los lejanos de aquél, más humildes y baratos.

Hay en cada uno de los primeros dos camas de hierro, con ruedo, mosquitero y paisajes de nácar en las cabeceras; sendos "colombinos", minúsculos y pobres de ropa, en los últimos.

Los empleados de los trenes de viajeros que hacen el recorrido entre Santiago y Camagüey, en ésta tienen su residencia fija; pero, por las imposiciones del servicio, duermen, de cada dos noches, una en Santiago, y de cada dos domingos, pasan uno de recreo y descanso en la propia ciudad. Siendo, el que hemos descrito, el hotel más próximo a la Estación del Ferrocarril, razonable es que monopolice casi toda esta vaivamente clientela.

Una mañana del estío de 1906, Jacinto Estébanez, joven de veintisiete años, maquinista de trenes de viajeros en el Ferrocarril de Cuba, despertó en el "Número 20" (el cuarto de "El Louvre" que servíale para sus turnos de Santiago) y, al consultar su reloj, excelente cronómetro ferroviario puesto la noche anterior debajo de la almohada, monologó sobresaltado:

—¡Concho! ¡Qué barbaridad! ¡Las siete y cincuenta! Ya no tengo tiempo de llegar a la estación a buena hora para sacar el tren.

Maquinalmente sentóse en la cama y cogió un calcetín. De pronto recordó que era domingo. Soltó el calcetín, acostóse y volvióse de cara a la pared, dispuesto a gozar el placer, tan codiciado de los pobres, de dormir la mañana.

Inútil pretensión; porque ley hace la costumbre; y él, desde adolescente dócil a la recia disciplina del trabajo, no estaba desavezado a madrugar; por lo que, sobre el sustazo que antes se llevara, tenía ahora el malhumor de estar allí, vueltas y más vueltas en la cama, buscando posiciones cómodas y favoritas, en el baldío empeño de dormirse otra vez.

—Una de tantas cosas que nos están prohibidas a

los pobres—pensó con filosofía de obrero a la moderna. Así, lo mejor es levantarse.

En pantuflas, pantalón y camiseta de crepé muy estirada por la robusta musculatura del tórax y los mulleros, salió Jacinto a la galería, en busca del lavatorio; mas no había dado cuatro pasos, cuando un “¿Esperanza?”, dicho por fresca y bellamente timbrada voz de mujer moza, le hizo advertir que, en la puerta de uno de los cuartos delanteros, hallábase una joven, ataviada con elegancia y riqueza no habituales en las mujeres que comúnmente se hospedaban en aquel establecimiento.

Retrocedió espantado. ¡Qué barbaridad! Faldas por allí, y él en camiseta, sin peinar y con los párpados fruncidos por la fotofobia que le causara el rápido paso, de la penumbra del cuarto, a la claridad de mañana tropical que inundaba la galería.

Asilado en el “Número 20”, Jacinto descolgó de la perchita, único lujo del ruin mueblaje de la pieza, el traje de dril número cien que la noche anterior trajera el mozo del tren de lavado, y que, albo como la leche, de tersura irreprochable, parecía convidar a un domingo de frescor y elegancia. Empezó a vestirse y dejó entornada la puerta del cuarto, con la mira de ver al camarero, cuando pasase por allí, y pedirle una toalla, agua y jabón.

Indeciso anduvo en la elección de corbata. Una blanca formaba juego con el traje, pero estaba un poco guajira, a causa de unas florecitas moradas y verdes que la adornaban. Otra, gris perla, no estaba tan mala; sobre todo, era de lazo y, por ende, propia de la estación; mas ya empezaba a desflecarse por los dobleces. Un príncipe azul, moteado de blanco, tenía muchas arrugas. Escogió la gris perla y la colocó sobre la cama, al lado del traje.

Trajo agua, toalla y jabón el mozo. Lavóse el maquinista, y sacó de la maleta, su inseparable compañera en el diario ir y venir por los rieles, una camisa,

cuello y puños, y en seguida unos calcetines de taquear. Primero pensó en unos zapatos blancos, de piel, horma "americana", muy en uso en aquellos tiempos; pero luego determinó ponerse unos amarillos, mayorquines, de corte bajo, que hacían más bonito el pie. ¡Ah! Al fin se hizo el propósito de ponerse otra corbata que no estuviera tan maltratada como la gris perla.

De pronto dejó aquel remilgoso acicalamiento. Empezaba a espolearle la imaginación y el deseo de vestirse con rapidez, la charla que la joven que había llamado a Esperanza y, probablemente, ésta, mantenían en el modesto salón de recibo. Y no tardó en presentarse en escena don Jacinto Estébanez, trajeado de blanco, con zapatos amarillos, corbata azul a rayas blancas y flexible jipijapa, que el taco llevaba en la mano diestra, y con el cual, ligera y displicentemente, azotábase la rodilla.

Cualquier forastero, desconocido de nuestro hombre, e ignorante de esa característica del cubano pobre, capaz de castigarse el estómago con tal de nivelarse en el vestir con la gente rica, tomárale por futuro heredero de ingenios. Es detalle, éste, que no se le escapa a ningún observador extraño. Para saber aquí quiénes son los ricos y quiénes los pobres, en la platea de un teatro, en el tranvía dominiguero, en las retretas del Malecón, sólo existe un medio: buscar en las manos las huellas del trabajo, o esperar que, en la vehemente locuacidad criolla, salte un "haiga", un "puédamos" o una "bondosidad", en franco desacuerdo con sedas y casimires. En ello se afirman los sociólogos de bancos de parque y mesas de café, que aseguran que el término socialismo es inaclimatable en Cuba y en Jauja.

Era Jacinto Estébanez, excepción de la regla últimamente apuntada. Huérfano de padres menesterosos en la edad en que se llevan los calzones por la rodilla, fué recogido por rica familia villareña que,

en calidad de sirviente, llevóle a los Estados Unidos, en la época en que el general español Weyler, con su famosa reconcentración, engrosaba las filas de los separatistas en el destierro y en la manigua. Poco tiempo después de la llegada a New York, el maltrato que le daban sus piadosos protectores hizo que el huérfano abandonase el domicilio de aquéllos, y, de casa en casa, de empleo en empleo, chapoteando nieve en invierno, derritiéndose en trabajos demasiado fuertes para su edad, en los días de furioso calor neoyorquino, fué adquiriendo algo, inapreciable en nuestras latitudes, para la lucha por la vida: el idioma inglés. Saber inglés es tener garantía de que nunca ha de faltar ocupación, a quien también hable español, en la llamada zona de influencia del Canal de Panamá; feudo de exóticas y absorbentes compañías anónimas, cuyo escudo de conquista es el dólar todopoderoso, precursor del soldado de "kha-ki... Así, trotando tierras por media América; devorando libros en una de veras manía de lectura, y supliendo con su clara inteligencia de criollo la falta de instrucción metódica y la orfandad de toda educación y guía paternal, pudo él procurarse una relativa cultura y cierta mundología que ya hubieran querido para sí muchos acéfalos diplomados de la especie para la cual escribióse aquello de que "Lo que natura no da, etcétera, etcétera".

En lo físico, Jacinto no era tipo de excepción; aunque más bien un buen mozo que una mala figura. Alto, bastante fornido, sobre todo de busto y brazos; no muy cubano por la extremada blancura de la piel y el rubio de los cabellos, y un rostro tan vulgarmente pasable, que un caricaturista en vano hubiera buscado, en aquél, el consabido rasgo característico. Dos distintivos, empero, dábanle personalidad y avaloraban las cualidades intelectuales antedichas: una conversación amena, gráfica y persuasiva, y unos bellos ojos grises, rasgados y pestañudos,

de melancólico y subyugante mirar. En los momentos de mayor apuro en las andanzas cosmopolitas del mozo, el suplicar de aquellos ojos era algo como "sésamo ábrete", que no podía resistir el corazón femenino más abroquelado en la virtud, ni el pecho burgués más ducho en el quite de un sablazo, o, para decirlo en el lenguaje zafio de sus compañeros de trabajo: no se sabía qué modo de pedir las cosas tenía Jacinto, que no había más remedio que abrirle la bolsa o lo demás, según la "víctima" fuese del uno o del otro sexo.

Cuando, en presencia de nuestro hombre, se admiraba la gente de que él estuviese tan conforme con su condición de obrero, no obstante la facilidad con que muchos parlaembaldes, con un poco de audacia y cierto barniz de sabiduría, medraban en los clubs políticos, en logias y redacciones por estas latitudes, él prontamente resolvía la X de la cuestión: "Es bien explicable tal rareza. De mi paso por los Estados Unidos saqué una virtud norteamericana, que es lástima que no hayamos importado en Cuba, en nuestra ilimitada afición a imitar todo lo yanqui: es la virtud del trabajo, que acabaría con la degeneración física que da tanto medio hombre como pulula por ahí, por nuestras ciudades, y que salvaría a tantos "intelectuales" depauperados, de la especie de los presupuestívoros, que dan razón de ser a nuestra vesánica y ya alarmante desmoralización político-social. Prefiero, mil veces, mi condición de obrero, de útil abeja de la colmena común, a la de muchos alabarderos de la prensa mercenaria y testaferreros de "generales" y "doctores" de efímeras plutocracias, cuya suerte depende de los azares de las elecciones, del éxito de una convulsión o del oportuno e impudente cambio de casaca."

Pero, con todas estas filosóficas divagaciones, Jacinto era muy cubano; en la característica del vestir, según se ha insinuado, como en lo atañadero a la



galantería. La vista de una falda sacábale de quicio, sin que para ello fuese preciso el más leve gesto de simpatía y agrado. Así, so pretexto de darle un vistazo a la calle, pero de veras llevado por el propósito de avalorar con mirada de perito la figura de las dos jóvenes—porque ya él daba por seguro que la tal Esperanza no era ninguna vieja—, Estébanez pasó por el salón de recibo.

La mujer que antes diérale tan tremendo susto, hallábase ahora frente a un espejito, de marco dorado, que pendía del clavo de uno de los cuadros litográficos del salón, poniéndose una coquetona pamela adornada con elegante cinta color de rosa. En un breve mirar, de simulada indiferencia, el joven sacó este resumen: veinte años, alta, esbelta, morena, de maciza belleza, que resaltaba más atrayente al quebrársele gallarda la cintura, en el esfuerzo que la joven hacía para verse el efecto del sombrero, de hombros arriba, en el alto espejillo.

Al pasar por el único cuarto que tenía la puerta a medio abrir, el de la derecha, contiguo al balcón, Jacinto, de soslayo no muy discreto, procuró ver a Esperanza. Una muchacha, indudablemente la que tenía tan sugestivo nombre, de vestido a media pierna, estiraba en aquel momento una liga, con el empeño de que no le apretase el redondo muslo, que era término de una media color de acero ceñida fuertemente a la linda pantorrilla, y que la muchacha tenía en alto, al aire, apoyado el pie en una maleta de cuero con vistoso herraje.

No dejó de intrigar a Jacinto el que la muchacha realizara con tal descuido, que parecía estudiado, la operación de ponerse las ligas, en momentos en que recios pasos denunciaban el cruce de un hombre por la no muy entornada puerta del cuarto. Y más le picó la curiosidad, haciéndole concebir no sabría él qué esperanza de algo, naturalmente indefinido, cuando en seguida aquella otra verdadera esperanza de

carne y hueso dijo en alta voz a la joven, que, a juzgar por las señas, era su hermana:

—¡Tú canilluda! Mira a ver, si equivocada, te has puesto mis ligas; porque éstas no pueden ser. Me aprietan mucho.

—¡Concho, qué chiquita!—pensó el que andaba por el balcón.

Y se volvió, rápido, a ver si la otra, para comprobar la equivocación, dejaba ver algo bueno. Pero no; ruborizada, y con el índice cruzado sobre los labios, casi corrió para el cuarto.

—Shii! chica, por Dios; no seas así. Mira que por ahí anda el hombre de la camiseta.

—¿Qué hombre de la camiseta?

—El que te dije que se abochornó porque lo encontré saliendo del cuarto sin lavarse y a medio vestir.

—¡Bah! ¿Y qué?

—¡Qué chiquita!—volvió a pensar el otro, al oír la indiscreta réplica de la menor.—¿Y qué gente será ésta? Daría cualquier cosa por saber si la mayor es casada o soltera. ¡No! Debe ser soltera. Lo malo es que parece que se están vistiendo para salir. ¿Se irán del hotel?

Se acercó el maquinista a la pared del cuarto que ocupaban las jóvenes, y oyó este diálogo:

—Sólo a tí se te ocurre salir con este calor, que cuaja los polvos y lo pone a uno como a un carretonero con tanto sudar.

—Es inútil discutir el punto, chica. Tenemos que ver si encontramos los ajustadores. Con seguridad que no los hay en Caimanera. Tú has tenido la culpa. Primero se te olvidaron en Nueva York, y después en La Habana.

—Sí; buenos ajustadores vamos a tener. Sobre todo si nos perdemos por ahí, por calles desconocidas.

—Pues, chica; lo dicho: es inútil discutir. Tenemos que buscarlos—cerró la otra.

Datos para las conjeturas de Jacinto: las mucha-

chas no eran de Santiago. Venían ¡nada menos! que de La Habana y Nueva York. Probablemente hablaban inglés, y tal cosa era espléndido augurio; porque pudiera servir de pretexto para entablar conversación. Eso, si las muchachas no abandonaban el hotel. ¿A qué irían ellas a Caimanera? ¡Cualquiera lo adivinaba! Pero la noticia del viaje a Caimanera resultaba una gran noticia. No era posible que se fueran antes de las diez de la noche, hora en que salía el vapor para el puertecillo sureño.

Cortó el hilo de las cavilaciones de Estébanez la salida de las jóvenes, que, elegantemente vestidas con blancos y sutiles trajes de verano, se alejaron por la galería, rumbo a la escalera, golpeando el piso con ese taconeo airoso y seductor, de innegable abolenço madrileño, que es gala de la mujer cubana.

Atravesaron la calle. Estébanez pudo admirar, por un instante más, la espléndida hermosura de la dama y el precoz, delicioso, "tropicalísimo", desarrollo de la niña. No hubiera sabido por qué; pero habría apostado a que las muchachas iban hablando de él. Y más afirmóse en tal creencia cuando, al doblar la esquina próxima, la más joven se volvió, clavó un segundo los ojos en él y sonrióse levemente.

Bajó a desayunarse. Frente al aromoso e insustituible café con leche, el joven hizo un examen de aquel que su optimismo de galanteador hacíale aparecer como prólogo de tenoriesco lance. Un repaso mental de los detalles de aquél, le movió a sonreírse, burlándose de sí mismo. Porque era indudable que el encuentro con las dos jóvenes nada tenía que pudiera tomarse como punto de partida de un enredo novelesco. Unas damas que vienen de La Habana, o de Nueva York, y que se hospedan en un hotel, vecino de los muelles, par tomar un vapor que las lleve a un lugarejo cercano, y... nada más. ¿Para qué hacerse el cuento de la lechera, pues?

Pero, a cada rato, Jacinto se sorprendía de ver

cómo, inconscientemente, quedábase con la vista fija en los dibujos del mantel, y la taza de café a medio trecho entre la mesa y los labios. No. Porque aquella mirada de la menor, al doblar la esquina, había sido muy significativa; ¡qué caramba! Aunque, sabía él bien a qué atenerse con las del linaje de Esperanza. Lo más que saca uno, entrando en bretes con las tales, es encapricharse baldíamente, torturarse con masturbaciones cerebrales, y no tenía él nada de sátiro loco. Sobre todo, que a él le gustaba la otra, la mujer, y ésta ni tiempo, ni oportunidad, ni quizá intenciones, había tenido de mirarle. Sin embargo, era indudable que habían ido por la calle hablando de él. ¡Quién sabe si la chiquita miró para atrás por mandato de la otra! Pero, al propio tiempo, ¿no era ser en extremo malintencionado eso de mezclar, de ese modo, el recuerdo de las jóvenes con preocupaciones de confesor en celo? ¿Sabía él si se trataba de mujeres honradas, libres de toda sospecha maliciosa? Ciertamente que era singular el hecho de que unas damas de corta edad, de porte distinguido, se hospedaran allí; en una casa que, en lo tocante a femenil marchantería, era sólo frecuentada por campesinas de holancitos floreados, boreguíes amarillos y sombrero en la frente, y por canarias y galleguitas emigrantes, de listado azul y asfixiantes mantones de flecos. Mas, aquéllo podía tener mil explicaciones ajenas a toda probabilidad de amorosa aventura.

Y entre peros, sinos, sinembargos y quiensabes, tomó nuestro hombre el café casi frío, sin tocar el complementario pan con mantequilla, y muy preocupado se fué en busca de D. Pancho, el asturiano dueño de la casa, a ver si, con habilidades de Sherlock, sacaba algo en claro con respecto a las huéspedas. Pero tenía indecisión para rato. D. Pancho estaba en la carpeta, pluma en ristre, dejando caer perlas de sudor, de la reluciente calva, en el inmenso "Registro de huéspedes", sobre el cual se inclinaba, di-

ligente, su opulenta figura. No quiso interrumpirle Jacinto, y menos para tonterías de pisaverde que no encajaban en la reputación de hombre serio y formal con que le distinguía aquel buen amigo—como lo son casi siempre estos calumniados D. Pancho, D. Pepe y D. “Vítor”—que, a menudo, sacábale de apurillos económicos.

Subió; extendió el saco sobre el espaldar de una silla; la acercó a una esquina de la gran mesa de caoba, y pretendió matar aquel ridículo desasosiego llenando los “reportes” de su trabajo, de la semana que acababa de terminar.

En media hora escribió en el primer “reporte”: —“Kilómetros: 317. Carbón: 5 toneladas. Aceite:...”

Ruido de pasos y rumor de femeniles voces, en la escalera, aceleraron las pulsaciones del joven.

—Ya me lo daba el corazón; bien porque es domingo, y las tiendas están cerradas, o bien por lo que fuese, lo cierto es que dimos un viaje inútil, y que traigo la ropa interior pegada al cuerpo; empapadita—dijo Esperanza mientras subía los últimos peldaños.

Entraron en su cuarto las damas. Pasaron quince o veinte minutos, durante los cuales Jacinto escribió:—“Aceite: galón y medio”, y salió la mayor de las jóvenes, en delicioso y transparente negligé veraniego. Traía un libro en la siniestra. Ladeó uno de los sillones del menaje de Viena, de modo que el espaldar casi quedara entre “el hombre” y ella, y se engolfó en la lectura.

Tuvo la mala suerte, o la buena, según el punto de vista, de que al sentarse quedaran recogidos, entre las corvas y el asiento, la blanca falda exterior y el refajo color de rosa, formando caprichoso pabellón, orlado de tira bordada, en cuyo fondo rosa resaltaba enérgico el arranque de una linda pierna con media negra, de finísimo hilo.

Si, por defecto de educación, Jacinto tenía el mor-

boso apego al placer genésico, que es rasgo saliente de los hombres de su tierra, por innato sentimiento artístico gozaba, con purísimo deleite intelectual, en la contemplación de unas formas bellas de mujer; noble refinamiento éste, que, en sus correrías por los dominios de la hembra de alquiler, habíale costado no pocos ratos de babeiaca, al quedarse mudo e inerte frente a estatuas de carne barata, acostumbradas a los bestiales arranques de la virilidad aislada, que periódica y mercenariamente se refocila.

Con la pretensión de simular que escribía en sus "reportes", pero, real e inevitablemente, extasiado en la devota contemplación de aquella pierna y de todo lo que podíase apreciar del reverso de tan rico modelo, Jacinto se hizo el propósito de no moverse de allí hasta que la decoración no cambiase desfavorablemente. Se veía sólo media pierna, que ni era una canilla, como vanidosamente decía la otra, muy pagada de las suyas, que hacían volver la cara a los hombres en la calle, ni era todo lo poderosa que exigiera un artista de inclinaciones rubenesecas. Tobillo delgado, de muñeca, emergiendo de elegante y bajo zapato de glacé amarillo, cárcel de un pie fino, quebrado y pequeñín, pie de antillana, y una leve finura, que iba ligeramente decreciendo hacia arriba, con no sabríase qué atrayente y graciosa esbeltez. De no ser que las ropas moldeasen ajustadamente las turgencias de las caderas, diríase que allí había relleno; tan cierta, aunque corta, era la desproporción entre la esplendidez de aquéllas y la relativa finura de la pierna. El nansú de la blusa, que esfumaba contornos y hacía uno el matiz de lo que se transparentaba, ponía una amplitud y un "rosado triguero", deliciosos, a los brazos, y a la media espalda, que brotaba obsesionante de la blancura de la camisa, cuya punta de encajes calaba un cintillo rosa. Cuello no precisamente de cisne, pero ágil y de buen torno, rematado por amplio casco de ondulante y negra cabellera.

Esperanza revolvía el equipaje, en el cuarto.

“La Otra” cambió de posición en el asiento, y, al estirar un tanto la pierna, quedóle ésta de perfil y descubierta hasta los más gruesos que había de rodillas abajo. Obsesionado, miraba Jacinto la flecha blanca, tejida en la media, que graciosamente se curvaba en la leve ondulación de la pantorrilla, y que, con la punta hacia arriba, invitaba a imaginar apetecibles blancuras y redondeces.

Fuera ello fluído telepático que lanzaran aquellos ojos atareados en desnudar mentalmente a la mujer, fuera que ésta, dócil a la costumbre, recordara tal requisito de decencia, de repente, casi, volvióse para arreglarse las faldas; sin que, por su buena estrella, Estébanez, fuese sorprendido en flagrante delito de social indiscreción. No rompía, él, un plato; abismado en la redacción de sus papeles.

—¿Esperanza?

—¿Qué?

—Mira, a ver si hay timbre, en el cuarto, para que llames al camarero; que nos traiga un jarro de agua con hielo.

—Tú pareces boba; timbre en esta fonda de a real el plato. ¡Como que, si volvemos a Santiago, no nos vuelven a pescar con sus “luvres” y sus tarjetas rimbombantes! Por fortuna, un día se pasa dondequiera.

Cogió Jacinto la indirecta rectilínea. Esperanza se había apresurado a divagar de ese modo, a fin de que él supiera que ellas no eran personas de fonducho. Como ya nada veíase debajo del sillón de “La Otra”, y hacía rato que él buscaba pretexto para enhebrar la charla, y era ésta ocasión de esas que hay que asirlas por un cabello, Estébanez interrogó amable:

—Señorita; ¿quiere usted que llame al camarero?

—¡Oh, no! No se moleste.

—¡Qué va! Si no es molestia. Al contrario, si no encuentro al camarero, yo les traigo el agua.

Y, sin dar tiempo a nuevas protestas de la joven, lanzóse escaleras abajo. Reapareció, al medio minuto, con un jarro de cristal, rebosante de agua con hielo, y una bandejita con dos vasos.

—¡Muchísimas gracias!

—¡Usted me manda!...

Cursi, estúpido—pensó el joven—, salirse con esa ridícula novedad propia de un billar, del guardia de la esquina, de gente que para en “El Louvre” de Santiago de Cuba. Y después de haber estado ensayando frases bonitas en todo el tiempo que las jóvenes anduvieron por la calle... ¡Qué bueno!

Entendiendo que, con la traída del agua, había ganado indulgencia, permitiósese ocupar el sillón que, de los tres que había vacantes, quedaba en línea diagonal con el de la joven, y atrevióse a preludiar una conversación; cosa nada difícil por lo corriente y aceptada en el trato social cubano.

—Parece que su hermanita (si no lo era, ya se lo diría) no está a gusto en esta casa.

—Ni yo; pero, figúrese, un agente de mucha gorra y de gran chapa, que venía repartiendo tarjetas, desde el Cristo, por todo el tren, nos ponderó este hotel de tal modo, que entre las charlatanerías de él, y las pretensiones del nombre nos hicieron venir a este lugar; y, luego, porque era muy tarde para andar dando vueltas, porque esto está cerca del muelle, y porque, después de todo, sólo vamos a estar aquí un día, decidimos quedarnos. Por fortuna, en vez de gente de malas trazas, únicamente le hemos visto a usted.

Alentado por el discreto cumplido, Jacinto aventuró nueva pregunta.

—Entonces, ¿van ustedes de paso?

—Sí, señor; vamos para Caimanera; para la casa de nuestros padres.



El joven hizo el primer sondeo galante:

—Pero, Caimanera va a ser un lugar muy aburrido para ustedes.

—Allá Esperanza, que es soltera. Yo no lo soy.

—¡Casada! No lo dejara más frío la joven, si arrojárale encima el agua helada recién traída. Tanto, que, medio desconcertado, soltó la sandez eternamente repetida por todos los cortejadores cursis, de mujeres casadas, desde que existen conveniencias sociales.

—Usted tan joven ¿es casada?

—No tiene nada de raro. Hasta ahora, que yo sepa, no es lo más corriente que se casen las viejas. Además mi marido también es joven.

La llegada de Esperanza sirvió para que el maquinista recobrará el aplomo perdido con el metisaca de su interlocutora. Traía la chiquilla un traje de casa, blanco, calado y un tanto más corto que el que llevara a la calle. Exhibía unos calcetines de hilo, blancos, fuertemente estirados por la apretada carne de las piernas. Dos dedos de masa, blanca y dura, quedaba al descubierto entre los calcetines y la orla del vestido. Cuando se sentase, ni el roqueño San Antonio sería capaz de permanecer inmovible.

Pero, no se sentó. Regañóla, la hermana, la diabólica ocurrencia de ponerse aquellos calcetines y salir con ellos al estrado, y con demostraciones de enfado y protestas de ingenuidad refugióse la nena en el cuarto, dejando otra vez franco el campo de la acción de Jacinto.

Este pensó—en el argot de su oficio—que se seguiría lanzando, hasta que le aplicasen el freno de aire.

Y se lanzó:

—Ya verá usted como, casada y todo, usted ha de aburrirse en Caimanera. A no ser que su esposo también esté allí.

—No. Acabo de separarme de mi esposo en Nueva York, y vengo a pasarme una temporada al lado de

mis padres. Después de una ausencia de casi un año, con el deseo que tengo de ver a los viejos, principalmente a mi madre, y con el hambre—porque no se me ocurre otra expresión—que siento de charlar en “cubano”, comer a la criolla y, en fin, estar en Cuba, tenga usted la seguridad de que ¡no digo en Caimanera! En una finca, en medio del monte, habría de estar muy contenta.

—Bien dice usted. Hambre de las cosas de aquí es lo que uno siente cuando anda por otras tierras, y singularmente cuando anda por tierras yanquis—asintió Jacinto, alentado por la buena acogida y dispuesto a charlar fuera de lo que fuese.—También he viajado algo. En los Estados Unidos apenas pueden reunirse dos familias cubanas, sin que, en el momento de los recuerdos nostálgicos, dejen de mortificarse, sacando a relucir los sabrosos platos, dulces y frutas, de Cuba. Ni más ni menos que lo que sucedía en los corrillos de campamento, en la Revolución. Inspiraba la tal idea fija de nuestros libertadores, el estoicismo con que se pasaban días enteros, alimentándose con frutas verdes, tubérculos y semillas. La de los que andan por el Norte, salta de las inevitables comparaciones de lo nuestro con aquellos “pies” insípidos, aquel café de borrajas y los consabidos pollos fosilizados en hielo.

Rió la joven las ocurrencias de su interlocutor, con la franqueza, las ganas que sólo se permiten en la intimidad; y todavía a medio reír, repuso:

—¡Exactamente! Eso nos pasaba a Esperanza y a mí. Porque mi esposo está muy “americanizado”... Y lo mejor de ello es que no se acuerda, no piensa uno en los platos finos, sino en lo puramente casero, como... Bueno; no lo digo porque no pega. Pero ¡no es verdad?

—Sí; sí; lo digo por usted: en los platos ricos y sustanciosos que se sirven, por ejemplo... en fondas

como esta; de a real el plato, como dice la hermanita de usted.

Y, entusiasmado con tan vehemente panegírico de las cosas de la tierra, y sin la menor tregua, continuó:

—Será prosaico hablar de eso; pero es la verdad. (Debió añadir: y necesito hablar de cualquier cosa).

Y lo que ocurré con las comidas sucede con todo lo otro. Ya se sabe que no hay miel como la de mi colmenar, y que, por ende, lo dicho pudiera tomarse como testimonio de ridículo patriotismo; mas, si patriotismo criticable es éste, que me critiquen. El apego a las cosas a las cuales estamos acostumbrados desde chicos, el cariño hacia todo lo que nos trae felices remembranzas de la niñez y recuerdos alegres y dolorosos de los años que siguen a la mañana de la vida, es algo que está en nuestra naturaleza y que nada tiene que ver con ese otro patriotismo convencional, absurdo, que nos hace ver un héroe en cada compatriota, paradigmas de virtud y de belleza en todas nuestras mujeres, y más azul en el cielo nuestro que en el cielo de los hombres cobardes y malintencionados que viven al otro lado del océano, o más allá del precario límite nacional.

Las preocupaciones del obrero sonsacado por el socialismo, en éste, como en otros casos, llevaron a Jacinto a digresiones y entusiasmos oratorios, que, con todo, tenían tal acento de sinceridad, respondían de tal modo a ideas inexpressadas, pero sentidas, de la joven, que nunca oyera a nadie expresarse así, que, sugestionada por irresistible simpatía, incapaz de advertir si hablaba demasiado con aquel desconocido, importándosele poco si lo advertía, entregóse abiertamente a las delicias de un diálogo caluroso, en el cual ambos interlocutores demostraron sin par y significativa pluralidad de gustos, ideales y sentimientos.

Despellejaron de lo lindo a los latinoamericanos que van a los Estados Unidos y, después de quedarse

con la boca abierta, contando los pisos de la Equitativa, vuelven a la patria con "ropa hecha", zapatos de gendarme, tragando saliva de chicle y hablando una jerga bilingüe, con golpes de Broadway, de lo más risible.

Recordó Jacinto a un mestizo que durante diez años había vendido maní tostado por las calles de Camagüey. Una tremolina lo llevó a un puesto político. En él reunió dinero para un viaje de cuatro meses a New York. A su regreso, una tarde, parado en frente de la iglesia de la Soledad, le preguntó a una negra vieja: "Oiga señora: ¿esta es la calle de la Soledad, no?" La vieja lo miró de arriba abajo, y, a despecho de la exótica indumentaria, lo dejó como un sorbete con esta respuesta de no estudiada naturalidad: "¡Eh! ¡Muchacho! ¡Tanto tiempo vendiendo manises y entoavía no conose la calles."

A punto de batir palmas, en premio del chiste, estuvo la joven.

No era que en las costumbres, en la vida, en los adelantos materiales de los yanquis, no hubiese mucho que aprender; no, nada de eso. Reconocía ella que, por ejemplo, en un país en que la libertad de la mujer y la despreocupación ambiente permitían la casi práctica del amor libre, la envidiable educación para la vida ciudadana, de aquel pueblo, desterraba toda falta de respeto, toda lesión a las buenas formas, en el trato social. Un hombre anda, toda la noche, de francachela con la novia o amante circunstancial, o con una pecadora de tarifa; al día siguiente la encuentra en un salón, en el paseo, en el tranvía, y no deja de saludarla, de quitarse el sombrero y cederle el asiento, si es oportuno, y de darle el tratamiento propio de una perfectísima "lady". Para ello, allí todas son "ladies"; desde la trotacalles de a dólar hasta la Juana de Arco de cualquier exótico fanatismo, que desbarra por las esquinas, al pié de una estatua o sobre una caja de jabón. Aunque

ella, si bien era cierto, pensaba muy libremente y, después de todo, no criticaba esa independencia moral. Al contrario: encontraba una marcada hipocresía, un lagrimeo religioso muy ridículo, en el modo de conducirse aquella gente, que todo lo hacen y que, sin embargo, y aunque de boquilla, siempre se empeñan en dar la nota saliente cuando se trata de cuestiones de moralidad.

—Sí, señora: tiene usted razón. Esa gente, que baila no ya abrazada, sino entrelazada; con las mejillas juntas y descansando, cada uno, la barba en el hombro de su pareja, cuando vienen por estas tierras, con la consabida cámara fotográfica y hurgándolo todo con mirada de sanaco en feria, se asombran del danzón y de que los obreros, en el rigor del verano, quieran trabajar en camiseta. Todo ello por snobismo. Para volver a su tierra, después de un salto de unas horas, a través del Golfo, dándoselas de que han visto cosas propias de un viaje a Pekín o al Dahomey.

Pues, sí, como le decía: admiro la afición que los “americanos”, sienten por los deportes, por la cultura física; la conciencia del propio valer que allí todos tienen, hombres y mujeres, ricos y pobres; su capacidad para la vida democrática, el “confort” con que viven, su innegable sentido práctico, el asombroso desarrollo de su civilización material, y otras ventajas encomiables. Pero, en cambio, me disgustan muchas de sus cosas: aquel salvaje prejuicio racista con que amargan la vida del negro, y que se da de cachetes con su cristianismo de relumbrón; su presunta superhombría, basada en una superioridad étnica muy discutible; la seriedad y el método, hasta para divertirse; todo tan distinto del modo de ser nuestro, moldeado en la franqueza y el refinamiento del alma latina, en esa herencia espiritual que nos da carácter, gusto y aspiraciones totalmente polarizados de los de nuestros vecinos del Norte.

Y por ese derrotero orientóse la conversación. Nueva York, la ponderada ciudad, resultaba en extremo aburrida una vez que se había visto el puente de Brooklyn, las casas de treinta pisos, el pasable "Riverside" y las fieras del parque. En las calles-hormigueros de la babilonia, entre aquel correcorre de gente afebrada por la caza del negocio, o la conquista del pan cotidiano, sentíase uno más solo y triste que el rezagado de la caravana en medio del desierto. Y aquellos teatros-circos, con sus pueriles mojigangas, y los domingos fúnebres, "bíblicos"...

De los yanquis, y de Yanquilandia, pasaron a "las mentiras convencionales de la civilización".

Por ahí siguieron, ajenos a toda noción de tiempo, indiferentes a toda exigencia social, como si tuvieran necesidad de expansionarse, de deshacerse de un cúmulo de ideas que nunca, al enunciarse, hubieran hallado eco simpático. Asombrábales aquella armonía, en el modo de ver las cosas, que ahorrárales la más ligera discusión y que obligábales a empezar cada párrafo con frases de asentimiento: "Eso digo yo", "Claro que es así", "Indiscutiblemente", y otras.

Lelo estaba Jacinto con la gracia que brotaba de aquella conversación de la joven; rebosante de frases gallardas, rotundas, acusadoras de un fino espíritu de observación y análisis, de cierta riqueza de léxico y de una tan avasalladora franqueza de criterio, que la distanciaban ventajosamente de cuanto él había encontrado, hasta entonces, en las mujeres que el azar le interpuso en el vaivén de su vivir cosmopolita.

Era tal la pureza mental que en aquella hora de lealtad embargaba a Jacinto, que él, que había provocado la charla por la involuntaria atracción voluptuosa que sobre él ejerciera la atrayente Elena desde el primer instante, y que antes habíase recreado aquílatando el rico dorso del escultórico cuerpo con mirada que taladraba las ropas, si se le echase en aquel

momento una venda sobre los ojos sería incapaz de decir cuál era el color de los de la joven, qué perfecciones tenía su rostro, cómo era de proporcionado el busto en relación con el conjunto de la figura. Sólo hubiera podido evocar una imagen: la del amplio descote, tentadoramente realzado en su belleza por una cadenita de oro, que dejaba caer su medalla modernista en un leve surco blanco-mate, a dos dedos de la moña rosada de la camisa, que trasparenteaba la fina tela de la blusa. Y eso, porque, cohibido por la mirada penetrante de la joven, en sus momentos de inspiración, tenía él que refugiar la vista en aquel áureo disco que le cosquilleaba la imaginación con el brillo y la intriga de sus góticas iniciales.

Pasmada estaba la joven con la amena e interesante conversación de su interlocutor, con la exquisita discreción con que ahondaba en materias tan complejas y resbaladizas, para una charla como aquélla, como la moral al uso, el divorcio; mitad del camino para el amor libre; las falsedades de la sociedad cristiana, sin dar una pisada en falso, sin rebasar la marca de lo lícito y conveniente.

Era ella mujer que mentalmente, y de un modo minucioso, retrataba a cuantos hombres, con miras más o menos interesadas y con expresiones más o menos prudentes la rondaban, y gozábese, luego, en buscarles parecido con este o con el otro tipo callejero, con este o con el otro ridículo protagonista de novela, cuando se ponía a "cortar", con su amigas, sobre los pretendientes y admiradores de una y otras. Empero, como a Jacinto, si en aquel momento la sacaran de allí y le interrogaran sobre la figura del joven, sólo hubiese podido responder ella que tratábase de un hombre, de los más simpáticos que había conocido en toda su vida, que tenía no sabría ella qué poder sojuzgador en la mirada, que invitaba a la confidencia, a entregar los más recónditos pensa-

mientos, a decir que sí a todo, bueno o malo, lo que aquellos ojos quisieran.

Y eso que, en un principio, tomárale por uno de tantos moscones perfumados que presumen de buenos mozos, y que creen que todas las mujeres han de enamorarse de ellos con que sólo adopten actitudes de gente cursi que se retrata, y prodiguen las "clásicas" miradas de cordero degollado. A esta falsa primera impresión contribuyeron la pulcritud y elegancia del vestir de Jacinto, y sus desdichadas frases de introducción.

Encanto sin igual, aquel. Jacinto, hábil cazador de detalles psicológicos, observador, por temperamento, que no dejaba pasar por inadvertido nada de lo que ocurriese, en cualquiera circunstancia, cerca de él, ni advirtió que la joven, no ya había olvidado toda alusión que envolviera cariño, latente recuerdo del esposo; sino que, en medio de las sátiras e invectivas con que ambos criticaron a los yanquis, y a los criollos admiradores de los yanquis, la joven había dicho, pertinazmente, que, eso sí; su marido no pensaba como ella; estaba muy "americanizado". Ni notó, Jacinto, que el camarero, paisano de D. Pancho, deba más vueltas de las necesarias por aquellos alrededores, y le buscaba los ojos, con imprudente y maliciosa sonrisa de hombre listo, que las coge al vuelo.

No paraban mientes ninguno de los dos, la joven dama y el caballero joven, en los otros huéspedes que entraban y salían de las habitaciones, y que, cohibidos por la escogida palabrería de la tertulia, y por la señorial apariencia de la pareja, escurriánse humildes por detrás de los sillones. Ni había sorprendido a la joven la prolongada ausencia de su hermanita, que sólo leyendo, en la cama o coqueteando por el balcón, hubiera podido eclipsarse por tanto tiempo; y que ahora, hacía un momento, aumentara el grupo, sentándose en uno de los sillones del estrado, y me-



tiendo baza, de cuando en cuando, con preguntas y comentarios de estudiada y, por ende, falsa inocencia. Tan estudiada como la postura, que había tomado en el sillón: una pierna sobre la otra, de modo que ésta quedara lo más libre de ropas que fuera dable, y que la de arriba, apretada contra la rodilla de la de abajo, aparentemente, engrosara la ya de sí apetitosa y sólida masa del molledo.

Porque la atracción que irradiaba “La Otra” sus-trajérale de todo lo demás; porque tomara especial empeño en no ser juguete de la muchacha, lo cierto fué que Jacinto permaneció muy ajeno a todas las mañas de aquella perversa coquetería.

Entablóse, con ésto, una lucha muda, pero enco-nada, entre el joven, distraída o deliberadamente firme en su indiferencia, y Esperanza, despechada por esa indiferencia, que ninguno, hasta entonces, guardara delante de ella; no obstante que, en esta ocasión, llevara sus artificios a extremos un tanto re-ñidos con el aire de ingenuidad con que siempre encubriera su prurito de levantar el deseo de los hombres.

Porque ella, allí, hizo todo lo posible por atraerse la atención de Estébanez. Procuró llevar la conver-sación al tema de lo corto que usan el vestido las “americanas”, para ver si la afinidad de ideas diri-gía la mirada del hombre al vestido, y a lo que no era el vestido, de ella; mecía el pie que tenía en lo alto; se inclinaba, con cualquier pretexto, incitando a Ja-cinto a escudriñar, descote adentro.

Y nada: inútil.

Bueno; pues humillaría al “pretensioso” aquel, que parecía creerse muy interesante, y que quizá si estaba muy creído de que su hermana se habría de ocupar de él. Ya vería que no estaban tan deslum-bradas con su conversación como él se figuraba.

—¿Y usted vive en esta fonda?—preguntó con acento de niña mimada—inocentísima, pero con las

intenciones ya insinuadas; intenciones de fiscal irónico.

—Sí, señorita; vivo aquí, un día sí y otro no. Soy obrero; maquinista del Ferrocarril Central, y en esta casa paro las noches y los domingos que me tocan en Santiago.—Y agregó, sonriendo, con simulada modestia:—No todos somos engañados por el nombre del hotel y las charlas del agente. La mayoría de los que venimos a este fonducho, lo hacemos porque no podemos permitirnos otros lujos.

Y dicho ésto, se quedó atento, en estudio del efecto que la noticia causara en “La Otra”; la única de la cual a él le interesaba saber si pensaba, en tal sentido, con la amplitud de miras que demostraba en lo tocante a otras preocupaciones de la gente de viso. No dejaba de advertir que había pecado de impresionable, cáustico, en la réplica; pero, qué caramba, él estaba muy pagado en su condición de obrero; y si su salida, un tanto áspera, al mismo tiempo que sincera, disgustaba a la mayor de las jóvenes, pues, nada, se acabó; ya estaba dicho. Aunque, a decir verdad, quedábale por allá adentro, por no sabríase qué rinconcillo del pecho, cierto vago temor, cierta incertidumbre que casi le dolía.

Pero, no; balbuceó, Esperanza, algunas incoherencias de explicación y satisfacción; aceptólas el joven con la prisa y buena voluntad con que se pone puente de plata al enemigo que huye, e, inteligente y oportuna, dijo la casada:

—¡Ah! ¿Maquinista? De ser hombre, me gustaría ese oficio. Debe ser una delicia eso de ir delante de todos los que vienen en el tren, a toda carrera, refrenando o impulsando una máquina que, como la locomotora, parece que tiene alma. ¿No ha leído usted lo que dice Emilio Zola, en *La Bestia Humana*, sobre el poder consciente que parece tener la locomotora?

Pero él casi replicó, afirmativamente, por salir del paso. Habíase roto el encanto. El maquinista, sin

saber porqué, quedárase ensimismado; la señora, mortificada por las incorrecciones de su hermana, y ésta, ofendida por la agresividad del joven, y más que por eso, por el aire disciplente que tenía cuando ella le sonsacaba con coqueteos que ningún hombre, hasta entonces, resistiera impasible, sin experimentar, con más o menos intensidad y duración, según las circunstancias, el triste goce del arrapiezo que se recrea viendo los juguetes que un niño rico le muestra, con innato egoísmo y refinada mala intención. Quizá si algún día, pensaba la nena, se presentara ocasión de cobrarle el mal rato al señor obrero.

Se pensó que ya podía ser hora del almuerzo. Sacó Jacinto su reloj.

—¡Qué atrocidad! ¡La una y cuarto!

La mayor, insistiendo en sus propósitos de atenuar el mal efecto del disparo de frases acres entre su hermana y el joven, o quizás si movida por sentimientos más delicados y profundos; por un afecto incipiente, inexplicable, pero ya fijo y preciso allá adentro, muy adentro de su ser, replicó en arranque inopinado:

—Lo que es una conversación agradable. Se nos ha ido el tiempo sin sentir.

—Gracias, por la parte que me corresponde—contestó el joven, acompañando sus palabras con una mirada tierna, implorante, tanto que casi hubiérase podido decir que temblaba; tan de adoración, que la joven, coloreadas las mejillas y con leve y afectuosa sonrisa, tuvo que desviar la vista, bajarla, en expresivo gesto de total inteligencia.

Fué rápido, sin embargo, aquel hablar de los ojos, acechados por otros, que parecían mirar sin ver, y que, si más jóvenes, no eran menos experimentados en los estadios del *flirt*.

—Me voy a ver si queda algo de almorzar. Ya diré que venga el camarero para que ustedes ordenen lo que deseen—dijo Estébanez, al propio tiempo que

recogía los papeles que antes dejara olvidados sobre la mesa.

Y con un “¡Hasta luego!”, que la emoción que embargaba al joven no permitió que saliera en el tono claro y firme que él quisiera imprimirle, desapareció escaleras abajo.

\*

En fondas del linaje de “El Louvre”, después de la una de la tarde, el servicio es a la carta.

Ordenó Jacinto huevos, una chuleta y café.

Mientras le servían, y después de servido, empeñóse baldíamente en poner en concierto las ideas que, en aquellos instantes, eran su único pensar. Era éste más laberíntico ahora que en la mañana, cuando el primer encuentro con las jóvenes sólo despertara en él curiosidad, porque también despertara su deseo la gratuita presunción de que aquello fuese el principio de una de esas aventuras de primera línea, que recuerdan los sueños voluptuosos de la adolescencia (mujer elegante, de espíritu delicado y cuerpo de diosa, que locamente enamorada del protagonista del sueño, se le rinde sobre cojines sederosos, estre espumas de encajes y batistas), y que sólo cristalizan una o dos veces en la vida de los más afortunados.

Ahora, después de la especie de intimidad establecida con la joven, Estébanez era presa de sentimientos más complejos, dominadores, de arranque más hondo, que la ola de voluptuosidad que horas antes invadiera su ser. Era una balumba de recuerdos, conjeturas y pareceres, resultado de la conversación de la mañana, que cruzaban locos por la mente del joven, dejándole apenas dos o tres conclusiones precisas. Advertía, con claridad, la diferencia de criterio que moralmente divorciaba a los dos esposos; divorcio moral evidenciado con la inge-

nua indiferencia con que ella refiriérase al hombre que, también indiferentemente, quedárase en New York, mientras su joven esposa, en compañía de su hermanita, se iba a dos mil kilómetros de él. Como pieza ajustada en aquel rompecabezas de su exaltado imaginar, venía la consabida historia: Ella no podía ser sino una criatura sentimental, apasionada del saber, que necesitaba expansionarse, ennoblecerse, entregando sus pensamientos íntimos, las delicadezas de su espíritu, a un hombre capaz de entenderla, a un hombre cuyos gustos y aspiraciones siguieran con los de ella ese paralelo en el pensar y en el sentir, que es como piedra esquinera del verdadero amor. Lógicamente que nadie mejor que él podía ser ese hombre ideal. Pero... ¿Estaba enamorado de veras? ¿O tratábase de una fiebre de deseo, encendida por aquella rica, “dulce y sabrosa” fruta del cerca-do ajeno; deseo más imperioso y avasallador a causa de la gracia e inteligencia de la joven? ¡Bueno! Fuera lo que fuese. “Me gusta la mujer”—resolvía. Mas, vuelta a dar vueltas la imaginación. Esta mujer hebíale hecho sentir algo, para él desconocido hasta entonces. Ese algo se acercaba mucho a la idea que él siempre se hizo del amor y, además, lo irresistible: la joven había tenido con él atenciones, semiconfiden-cias, que eran como elocuente, aunque involuntaria confesión de agrado y simpatía. Y, también lógica-mente, el rompecabezas tenía que terminar en un solo propósito, una necesidad, que rechazaba la menor re-flexión sobre la importunidad y descortesía y toda otra falta de miramientos sociales: el propósito de su-bir, en seguida, a reanudar el delicioso diálogo con la deliciosa mujer que allá, arriba, también haría del recuerdo de él, eje y motivo de febriles pensamientos.

Subió el maquinista.

En el balcón, frente a la galería, un huésped es-torbaba el paso, adoptando actitudes mejestuosas, en uno de los sillones hurtados a la simetría de la sala

de recibo. Era un taco de peinado a la “malanguita”, pañuelo al cuello, debajo del de la camisa, y pantalón de alpaca. Con el pretexto de evitar rodilleras, exhibía unos calcetines a rayas blancas y verdes. Lanzaba miradas de mil voltios a las huéspedas del cuento.

En una de las esquinas de la mesa había una bandeja con el servicio usado en el almuerzo de las jóvenes.

Esperanza, todavía en la mesa, mordía un escarbadiques, mientras repasaba una cajita de postales y retratos.

“La Otra” leía un libro; de espaldas a la pared, y, por lo mismo, de perfil al buen mozo de los calcetines verdiblanco, y al hueco de la escalera.

—Lo que es hoy no mitigaría usted mucho sus ganas de comer a la criolla—dijo Estébanez al llegar cerca de la joven señora.

—¡Qué va! Apenas si pudimos conseguir unos huevos y unas costillas.

—De eso sólo yo soy el culpable; por haberles dado a ustedes la “lata” de esta mañana.

—No; al contratrio; nada de “lata”. Figúrese; de no haber sido por usted, creo que hubiéramos tenido que irnos a dormir.

—O a leer. Lo que hace usted ahora.

Al decir ésto, Jacinto echó una ojeada al libro que la joven casi empuñaba en disimulado, pero perceptible empeño de ocultar el título.

—¿Qué lee usted?

—Ah; eso sí que no. No se lo digo a usted, porque es libro que está en el índice de los moralistas.

—No se preocupe usted por lo que, en estas materias, dicen los moralistas. ¡Pobre del que se fíe de ellos y no corra! Además: recuerde usted que me dijo antes que había leído a Zola.

La joven se defendía:

—Zola no es malo.

—No lo es, y lo es. Eso depende de las inclinaciones del que lee. La Biblia es bien pornográfica, y ya ve usted: no faltan hombres de estado, eminentes, que declaran que no pueden pasar un día sin leer una página de la literatura simbólica, enrevesada, contradictoria, amodorrante, moral y científicamente absurda, del libro de los libros. ¿Imbecilidad de *consagrado*? ¿Conveniencia? ¿Pedantería? De todo un poco, y mucho de lo último. Porque pasa con eso lo que con muchos que yo me sé: en cuanto se habla de música, y aparece Wagner, ponen los ojos en blanco y dan comienzo al: ¡Ah!, ¡Oh! ¡Wagner! —Pura “obra”; porque esos mismos son capaces de confundir una rumba con una marcha fúnebre. Pero... volvamos a lo nuestro. Dígame que lee.

Entremetió el de la “malanguita”:

—¿Ustedes no han leído *Malditas sean las mujeres*, de Ibo Alfaro?

—No; no señor—respondieron, casi a coro, los interrogados.

Y siguieron con la charla; con su charla.

—Vamos; no aparezca usted como malintencionada. Ya le he dicho que, si se va a ver, no hay libros buenos ni libros malos. Las novelas, generalmente, se tienen por obras perniciosas, y, sin embargo, leídas con método y con deseos de aprender, son un factor de cultura nada despreciable. Conque, vamos; dígame qué lee.

—Bueno, pues allá va: *Vírgenes a medias*.

Por poco se le escapa una indiscreción al joven. Tan rápida y natural y oportuna fué la idea, que estuvo a punto de soltarla irreflexivamente.

—Pues... léala usted con cuidado; que, como todo lo de Prevost, es magistral.

Con ésto acalló el primer pensamiento, que fué el de exclamar: ¿*Vírgenes a medias*? ¡Caramba! No deje de prestárselo a su hermana; sin vacilación de

ninguna clase, que, antes que un mal, le hará usted un bien inapreciable.

Y quedó, con lo que dijo, encauzada la conversación. El tema inagotable de los libros, que eran el fuerte y el flaco de ambos, sirvió para cohonestar el deseo de hallarse juntos, de conversar, de decirse mucho más con los ojos que con la boca. A ella la encantaban los autores españoles y franceses. Ella idolatraba a Zola, Daudet y France, y a Galdós, Baroja, Pereda, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y... bueno, de los españoles, "la mar". El tenía predilecciones intermitentes; dividía sus aficiones literarias por temporadas; había sido apasionado admirador de los escritores citados por la joven, y de otros; pero ahora estaba en turno Eça de Queiroz.

—¿No ha leído usted nada de él?

—No.

—Pues; por el estilo de France. Me gusta más que éste y que todos los autores de su escuela. Verá usted.

Y como era de resuelto en sus acciones, fué al cuarto y trajo un libro del gran ironista portugués: *Epistolario de Fradique Méndez*.

—Tenga; para que conozca usted a Queiroz. Le obsequio este libro. Le recomiendo el capítulo *El inmenso talento de Pacheco*. Después de leerlo verá usted que Pacheco pertenece a una especie que se encuentra lo mismo en la patria de Montoro que en la de Queiroz; que habita en todas las latitudes.

Y siguió por otras dos horas el, para ellos, idilio; para Esperanza, tabarra; para el de la "malanguita", narcótico; porque, éste, después de meter dos o tres como la primera, acabó por quedarse dormido, dejando al descubierto la nicotina sarrosa de los dientes inferiores.

Eran las cuatro y media.

Esperanza, que hasta entonces hojeara unos "magazines", se fué al cuarto, diciéndole a su hermana:



—¿Ele? Me voy a lavar y a cambiarme de ropa.

Tan pronto como Jacinto quedó a solas con la otra joven, se apresuró a decir, quedito y con acento y mirar de rendimiento:

—Nos ha pasado, a usted y a mí, lo que a esos enamorados que sin formales declaraciones, sin galanteos muchas veces, empiezan a darse celos, cambiar flores, postales y miradas tiernas, a sentarse juntos, hasta parar en novios, y en novios de los que más se quieren; seguramente porque el verdadero amor es tímido, pudoroso, y naturalmente prescinde de venias y preámbulos, impuestos por la rutina, para juntar dos almas afines.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso?—interrogó algo alarmada la joven, que no sabía si aquello era el principio de una declaración, prologada con increíble audacia.

—Veo que se sorprende usted con la comparación. Porque sólo ha sido una comparación. Bien, va más claro: en nuestro encuentro se ha repetido un caso que es muy común. Hay veces que nos presentan a un individuo, nos dicen su nombre y su posición social, que puede ser eminente. Hablamos con este individuo quince minutos, una hora, dos, y al otro día, antes quizás, no nos queda el menor recuerdo de él; el nombre, generalmente, lo olvidamos a los cinco minutos. En cambio, en otras ocasiones encontramos una persona en los asientos del parque, en la cubierta de un buque, en el ferrocarril, y hablamos con esa persona horas enteras, separándonos después, con recuerdos duraderos, de un interlocutor circunstancial, tan anónimo para nosotros, que no sabemos ni su nombre. Usted y yo hemos hablado todo un día; tengo la presunción de que usted no me ha de olvidar fácilmente, y la seguridad de que yo nunca he de olvidarla; y, con todo, usted no sabe cuál es mi nombre, y yo, del suyo, sólo sé que empieza con ele, porque así he oído que dice a usted su hermanita.

—No; mi nombre no empieza con ele, sino con e.

Me llamo Elena Blanco... de Pérez; servidora de usted—dijo con ligera inclinación de cabeza, y sonriendo displicentemente, como si la enfadara la necesidad de soltar el estribillo—y mis familiares, desde niña, me dicen Ele, por contracción. Y usted, ¿cómo se llama?

—Jacinto Estébanez; servidor.

A Esperanza no le hacía gracia aquel hablar tan callandito.

—No me voy a lavar todavía—anunció al salir del cuarto y sentarse en uno de los sillones.

—Pues se acabó la “lata”—dijo Jacinto, poniéndose de pie al propio tiempo.—Las invito a un paseo en coche, para que conozcan la ciudad. De todos modos creo que ustedes no tienen nada que hacer hasta la hora de la comida.

Y como las jóvenes consultábanse con la vista, agregó Jacinto, dando la mayor naturalidad a sus palabras.

—Sí; qué tiene. Yo necesito ir, ahora, a la estación. Dentro de treinta minutos estoy de vuelta; ya ustedes habrán tenido tiempo de arreglarse, y... nada, nos vamos.

—Yo iría—repuso Elena. El paseo, en sí, no tiene nada de censurable. El inconveniente está en que podemos tener la mala suerte de tropezar con un conocido, y, como soy casada, luego haya enredos y chismes.

—Ay, ay, ay—replicó, sonriéndose, Jacinto—Una señora que viene de New York, que contraviene el índice de los moralistas, que piensa tan libremente, y que ahora se nos pone con preocupaciones de aldeana.

—Sí, esas serán, mejor dicho, son preocupaciones de aldeana, como usted dice; pero como tiene una que vivir entre los que alientan tales preocupaciones, no hay más remedio que seguir el trillo, bajar la cerviz, si se quiere evitar los quebraderos de cabeza que supone todo lo que sea nadar en contra de la corriente.

Estébanez, secundado por Esperanza, circunstancialmente reconciliada con él, defendía con criollísima vehemencia su proyecto. Pero Elena continuaba roqueña en sus negativas, insistiendo en su opinión de que, aunque a primera vista, el paseo propuesto no tenía nada de ilícito, en el fondo no dejaba de ver un peligroso disparate.

—¡Eureka! ¡Una solución!—exclamó Jacinto.—En vez de ir por las calles, nos vamos por las afueras; por la carretera del Cristo. El paseo es espléndido y a prueba de encuentros inoportunos, y la tarde inmejorable. Con que, me voy a la estación, y dentro de media hora vengo, con un coche, en busca de ustedes.

Y, como si lo anterior hubiera sido dicho por autoridad inapelable, nuestro hombre cogió su jipi y se marchó.

\*

Sí que era espléndido el paseo.

El trazo de la carretera fué casi calcado en el del ferrocarril, como si no hubiese otro derrotero posible para vencer la sierra y escalar la altura del Cristo, y por ello, como aquella vía famosa, por lo pintoresca, la blanca franja de macadán se extiende en medio de precioso paisaje. Al principio zigzaguea, algo dificultosa, por entre verjas y tapias, desbordantes de hojas y flores, de las quintas y chalets que embellecen las afueras de la ciudad. Pero después sale a minúsculo y fresco prado de espartillo, que luego deja atrás, para encauzarse por un lindo valle, de límpido arroyuelo, espejo de cañas bravas y palmas reales, que la blanca cinta orilla deliciosamente. Se esconde, más adelante, en laberíntico monte de altos y frondosos árboles, para reaparecer pronto entre los mangos, palmas, cocoteros y platanales de los alegres caseríos brotados en torno de las estaciones ferroviarias. Y, ya en lo alto, en plena región montañosa, al

acercarse a su punto más elevado, corta un abrupto, más bello y cambiante, panorama cubano: rasga el verdor de su maizal, que surge en la vertiente de una ladera; sigue el curso de guijarrosa cañada; la salva por un vertiginoso puente de acero; se pierde en el abra de dos picos enormes; levanta curvos pretiles sobre abismos profundos, plenos de soberbia vegetación; hasta alcanzar el camino de hierro y correr paralela con él, guardarrayando la inmensa mancha esmeralda de algún precioso cañaverál.

Y sí que era inmejorable la tarde.

Tarde genuinamente antillana en aquella estación. A las cuatro había caído un recio aguacero. Después el cielo fué de añil, con algodones blancos, que bajaban por el horizonte hasta cubrir algunos picos y declives de la lejana serranía. Al sol restábale fuerza para secar los campos recién lavados. Las aves, cerca de sus nidos, oreaban su plumaje y cantaban alegres, como en un segundo amanecer. Soplaba la fresca brisa de la tarde, mitigadora de los rigores del tórrido clima, y con ella venían perfumadas emanaciones y alientos de vida de aquellos campos perennemente cubiertos de pródigo y lujuriente verdor.

Entonces no abundaban por aquellos rumbos los automóviles de alquiler, y nuestros paseantes ocuparon una típica duquesa, con los dos caballos que exigen las calles montañas-rusas de Santiago. Al salir del hotel no quiso Jacinto aceptar la insistente proposición de Elena, de que ocupase, él, el asiento posterior, al lado de ella, dejándole a Esperanza el banquillo delantero; cortés y respetuoso proceder que dió, a los ojos de la joven, un nuevo mérito a Estébanez. Para las afueras, aceptó él la comodidad y el honor del asiento.

Al pasar por la estación del ferrocarril, Jacinto compró unas flores de los famosos jardines del Cristo. Unas rosas, de largos tallos cubiertos de hojas, engalanaron el busto de Elena. Un ramo de violetas quedó

sobre el de Esperanza, incitante, precozmente curvado. Elena condecoró a Jacinto con un jazmín del Cabo, que palidecía sobre la tersa blancura del dril número cien.

Se lo pondré con un alfiler, para que no lo pierda—había dicho ella en el acto de la condecoración. Y Jacinto había respondido:

—Tenga usted la seguridad de que no lo perderé; ni hoy, ni en mucho tiempo. Será un recuerdo de esta tarde, inolvidable, que he pasado junto a usted...des.

Y así, recogiendo y comentando él, en "plural", las impresiones deliciosas del paseo, pero cuidando de personalizar con las miradas notablemente intencionadas que dirigía a Elena; generalizando ésta al referirse a los encantos del paisaje, con imaginaciones de románticos amores en medio de aquella naturaleza paradisiaca, pero posando en los ojos de él miradas que eran como un suspiro nostálgico, de cosas imposibles; soplando la diablesa-chiquilla en aquel peligroso chispeo, al girar, con torcida delectación, sobre temas idílicos, simulando hallarse inspirada por el soberbio cuadro natural que el coche atravesaba al seguir el vigoroso rasgo de la carretera; recibiendo de uno que otro transeunte miradas atrevidas y pipos insolentes las mujeres, ojeadas de envidia el hombre; confundiendo su calidez las piernas de Elena y Jacinto, sobre los blandos cojines del asiento; meciéndose las rosas, con los sacudimientos del vehículo, sobre el turgente pecho de la joven, hasta poner intermitencias en la sensatez de Estébanez, que, a ratos quedábase lelo siguiendo el rítmico temblar de aquel bella macetero; así llegaron a hora y media de la ciudad, a la vera de pletórica ceiba, que daba sombra a una alcantarilla tendida sobre rápido y claro riachuelo, y que era etapa de rigor de cuantos transitaban por aquel camino.

Detúvose la duquesa debajo de la ceiba, y se baja-

ron todos los ocupantes de aquélla; los tres jóvenes, para estirar las piernas y contemplar más a sus anchas los preciosos alrededores; el cochero, para traer agua del riachuelo, en un cubo sacado del interior del pescante, a los caballos que jadeaban sudorosos, imprimiendo al coche acompasado vaivén.

Empezaba el crepúsculo. Del sol, recién escondido tras las sierras, sólo quedaba un haz de rayos púrpura, que abría su abanico en el occidente luminoso; los inmensos cúmulos antes blancos, de brillantes bordes, incendiábanse ahora con los resplandores del ocaso, dejando entrever, a trechos, jirones de zafirino cielo. Las verduras campesinas, que aún conservaban en las cercanías un matiz esmeralda, adquirirían en la distancia un tinte acerado, que era casi ópalo en las montañas del fondo. Completaba el bello cuadro crepuscular el canto amoroso de las aves, que recogíanse ya para el zureo nocturno de sus nidos.

Allá debajo, por el lado de levante, Santiago semejava uno de esos panoramas de Nápoles, vista desde el Vesubio, que nos sirven de consuelo a los que no podemos regalarnos con los encantos del famoso natural.

El grupo de paseantes, desde el muro de una alcantarilla, contemplaba la ciudad, sobre cuyos techos rojizos la luna parecía sonreír con su faz redonda y amarillenta, como enorme torta de casabe, aún sin fuerza su luz para dominar la que reflejaba el fúlgido poniente.

Jacinto, desde allí, hacía de cicerone. Este edificio azul, que se ve en primer término, es el Cuartel de la Guardia Rural. Este otro, a la derecha, por donde saca nítido chorro de vapor una locomotora y levanta su penacho de humo la chimenea de los talleres, es la Estación del Ferrocarril. Aquel otro caserón, más acá de las torres de la catedral, que aparece entre las copas de los laureles de la Plaza, es el Palacio del Gobierno, y aquel otro, cerca del Palacio del Go-

bierno, de paredones blancuzcos, de bandera tricolor, que apenas mueve la brisa tardecina, es el Ayuntamiento. Y, más allá, de este lado, el fondo gris del Teatro, y más allá del Teatro, sobre tejados, cúpulas, torres y azoteas, sobre los mástiles de los buques surtos en puerto, sobre la hondonada que hace adivinar la mancha celeste de la bahía, las azuladas sierras del Cobre, de áureas entrañas, fecundas en milagrosas leyendas.

Avaloraba Jacinto su discurso con inspiraciones de artista, y eran sus palabras, y las que en eco simpático pronunciaban los labios de Elena, algo como notas de un canto a la prodigiosa belleza del paisaje.

Esperanza era muy joven y muy traviesa para sentir el intelectual deleite de aquella conversación, para comprender la honda poesía que brotaba de aquella vista maravillosa, con la chata ciudad, de porte vetusto, colonial, allá en el fondo, entre un cinto de montañas. Y por ello, o porque un perverso sentimiento de refinado celestinismo a tal cosa la moviera, abandonó a su hermana a los peligros de aquel cuarto de hora psicológico, y se fué a recoger florecillas silvestres por las márgenes del riachuelo, saltando sobre las piedras de la orilla, con las faldas innecesariamente recogidas, para sonsacar al cochero, que, los ojos encandilados de lujuria, la espiaba con gatuno mirar.

Elena y Jacinto quedaron un instante en silencio. Ella, dejando vagar una mirada, entre tímida y melancólica, por el pavimento de la alcantarilla; él, buscando, con ojos suplicantes, los ojos de su hermosa compañera; incapaz él, en estos instantes, como en los deliciosos que junto a ella pasara durante el día, de detenerse en la apreciación, artística o voluptuosa, de aquellos ojazos negros, que parecían tener todos los ardores del trópico en las pupilas, y del óvalo purísimo de aquel rostro, de cutis “rosado-trigueño”,

que era marco apropiado de otras impecables perfecciones.

Jacinto sentía la necesidad de dar vado a las emociones que le apretaban el pecho, y a los pensamientos que embargaban su mente, en aquella inmejorable, quizá si única ocasión, que la suerte ofrecíale.

—Elena: es esta la segunda, probablemente la última oportunidad que, en este día de imborrable recuerdo, se nos presenta de hablar a solas; y, aun a riesgo de enfadarla, he de decir a usted ahora lo que la primera vez quedó a medio expresar por la súbita llegada de su hermanita. A causa de nuestra especialísima situación, porque deseo ahorrarme un exordio tan ambagioso como el interrumpido por Esperanza esta tarde, precisamente para evitar que se me interrumpa otra vez, y porque no se me ocurre en este momento una forma lacónica y precisa de expresarme, voy a formular algunas preguntas que insinúen con más o menos claridad lo que ahora constituye mi único pensar y sentir, para ver si usted, al contestarme, hace más fácil el encauce de mis palabras. ¿Cree usted que usted y yo debemos separarnos esta noche, dejando al azar la probabilidad de encontrarnos nuevamente, en vez de fijar de antemano, desde ahora, el medio o los medios de conservar, de estrechar más aún, si ello es dable, el contacto espiritual establecido, hoy entre ambos? ¿Entiende usted que pecho de indiscreto, de atrevido quizá, al hablarle con esta franqueza, hija de la necesidad, ya dicha, de explicarme en pocas palabras, y basada en el amplio, liberalísimo, criterio moral de que hizo usted gala en nuestra conversación del hotel? ¿Opina usted que su condición de mujer casada, condición más digna de tenerse en cuenta en el medio social en que ambos vivimos, es un obstáculo insalvable para el cultivo de un afecto amistoso, simpático, como el nuestro? Despues de estas preguntas, y antes de que usted las conteste, o, prescindiendo de



ellas, me responda lo que crea oportuno en este caso, me permito recordarle, en explicación o atenuación de mi falta, si la hay, que la escasez de tiempo, y la improbabilidad de hallar otra ocasión propicia, me obligan a prescindir de los circunloquios ingeniosos que generalmente suavizan y disculpan las confidencias de esta índole.

Tuvo Elena el dominio de sí misma que era preciso para contenerse un momento, en estudio de una réplica que ni lastimara la delicadeza del joven, a quien la hermanaba desde horas antes irresistible simpatía, ni tampoco la comprometiese demasiado; aunque, en el fondo, dominada por los mismos pensamientos que alentaban a su interlocutor, no se dió cuenta de que el hecho de admitir que él tuviera que enterarla de algo, a solas, implicaba una complicidad harto significativa.

—Aunque sé que con lo que voy a decirle he de aumentar esa vaguedad o confusión de sus pensamientos, de que me acaba de hablar usted—dijo Elena—, no puedo dejar de ser franca y de decirle que, no obstante sus propósitos de evitar ambages y rodeos, no he podido comprender, ni medianamente bien, lo que hay en el fondo de esas preguntas y el alcance que a las mismas ha querido dar usted. ¿Lo que usted desea es que ambos seamos amigos? ¡Pues, si ya lo somos! ¿O es que usted cree que nos vamos a enemistar esta noche, antes de mi salida para Caimanera?

—¡No! Por lo menos, no seré yo quien dé motivos para tal cosa; ni esta noche, ni nunca. Es que... ¿Cómo lo diré? Es que, sí, es cierto: usted y yo somos amigos; nos hemos encontrado en un hotel, hemos hablado algunas horas, y, a causa de una singular igualdad de criterio en muchas cosas, en todo lo que hablamos, podría decirse, hemos simpatizado visiblemente. Pero esta noche se va usted para Caimanera; yo quedo por estos rumbos, y únicamente

seremos amigos otra vez, mejor dicho, sólo podremos disfrutar de nuestra amistad en lo futuro, el día en que una casualidad como la que hoy nos ha juntado—casualidad nada probable— nos haga tropezar nuevamente en el andar de la vida. Esta es la idea que mi corazón rechaza vivamente; y como las extraordinarias circunstancias en que nos hallamos usted y yo me impiden hablarle con entereza, sugiriéndole medios, que a usted pudieran parecerle ilícitos, para comunicarnos en lo por venir, entre esas dos condiciones opuestas se entabla una lucha moral que me roba la serenidad y firmeza en el pensar, y, por ende, la claridad de expresión. ¿No ve usted ahora mismo cuánto rodeo, cuánta repetición, para, en conjunto, no decir nada? ¿Por qué no viene usted en mi auxilio?

Y, como Elena sonreía bondadosa, Jacinto suplicó apasionado:

—Vamos, sea usted buena. Procure entenderme, y dígame qué podemos hacer para no exponernos a la pérdida de nuestras relaciones amistosas... respetuosas y...

—¿Y qué? ¡Vamos!

—Y lo que usted quiera.

—¡Lo que yo quiera, eh! Sí, usted, desde luego, a todo se amolda; pero mientras más yo quiera, mejor ¿no es eso?

—Usted lo ha dicho.

—Bueno; voy a sacarle del apuro en que dice usted que se encuentra, entendiendo que lo que ha querido insinuarme es que sostengamos correspondencia usted y yo. Creo que no me equivoco. Porque no se me ocurre que usted pueda tener otra pretensión.

—No; no se equivoca usted; lejos de eso...

—Permítame; no me corte el arranque; recuerde que usted mismo ha dicho que el tiempo no nos sobra, y piense que, sea lo que fuere lo que he de decirle, me extralimito demasiado al aceptar esta conversación, así, casi en secreto. ¿No comprende us-

ted que es un desatino esa pretensión de usted de sostener una correspondencia entre ambos? ¿Cree usted que las locuras, como esta de venir a este paseo, pueden repetirse impunemente? No olvide que soy una mujer casada, Jacinto.

—En primer lugar, no creo que esto sea una locura; pero, si lo es... pues, sí; se puede incurrir en locuras de esta clase, impunemente. ¿Por qué no habríamos de poder cartearnos, sin que nadie se enterase? ¿Tan menguados de imaginación vamos a ser que nos dejemos dominar por un obstáculo que a primera vista se advierte que no puede ser decisivo?

—Pero; amigo mío: ¿A dónde va usted a parar? ¿Que acaso por sostener una correspondencia totalmente amistosa, en la que, después de todo, no veo qué cosas interesantes tendríamos que comunicarnos, vamos a pensar en todo un plan de operaciones secretas, con el cúmulo de inconvenientes y peligros que son propios de estos casos?

La forma seriota de las últimas palabras de Elena, desentonaba con el acento de afectuosa reconvención con que fueron pronunciadas, y más aún: con la tierna sonrisa que iluminaba el rostro de la joven. Era, aquélla, una negativa semejante al “no” que pronuncian algunas mujeres, antes—y a veces después—de entregar el primer beso de amor.

—¿De veras, tiene usted razón! ¿Para qué imponerse usted el trabajo y los riesgos de una correspondencia secreta conmigo? Sí; lo repito; tiene usted sobradísima razón. Pedía yo demasiado, en cambio de mi amistad, y si no lo he comprendido antes, de ello ha sido causa el peculiar estado de ánimo en que me encuentro desde esta mañana. Afortunadamente, creo que usted sabrá disculpar mi insensatez.

Sofista anduvo Jacinto con el sentido y el dejo de arrepentimiento, casi enfado, que imprimió a las anteriores palabras. Creciéndose ante el éxito del asal-

to, no fué su réplica otra cosa que una hábil retirada para desarmar a la joven, conmoviendo sus sentimientos delicados, y volver luego al asedio con redoblada vehemencia.

Mas, vino lo imprevisto a desbaratar sus planes. Sintió Elena esa sensación, inexplicada aún, que nos hace volver la cara cuando alguien, sigilosamente, se nos acerca por la espalda, y al soslayar de modo instintivo la mirada, vió a Esperanza, que detrás de ellos, con las manos en la espalda, el cuello estirado y mirada de felino en acecho, escuchaba la conversación que los dos jóvenes sostenían con el delicioso secretear de una pareja de novios.

—¡ Ah, caramba! ¡ Me pillaron! Les iba a dar el gran susto.

—Maldita la gracia que me hubiera causado el chiste. Ya sabes cuánto me gustan esas cosas... muy tuyas—Y, al contestar lo anterior, Elena subrayó las últimas palabras con un fruncir de párpados, que significaba poco más o menos: “Bien te conozco; si no te veíamos, te enterabas de la conversación, y si te veíamos, pues... fué jugando; se trataba de la chiquillada de asustarnos.”

Iba muy avanzado el crepúsculo, y Jacinto, que preveía la imposibilidad de reanudar el diálogo a solas con Elena, propuso el regreso a la ciudad.

Las jóvenes ocuparon el asiento posterior del coche, y Jacinto el banquillo delantero, con una de sus rodillas acuñada en las de Elena, y la otra rozando la carne dura, elástica, de las piernas de Esperanza. Carretera abajo, y rumbo al pesebre, los caballos llevaban un trote largo. A la hora de emprender el retorno, el coche bajaba por la calle de Factoría, no iluminada aún, y cuyas casas multicolores, en la penumbra del anochecer, semejabán las márgenes de granito de tortuosa y ondulante cañada.

Había sido triste y molesto el epílogo del paseo. Al principio del regreso, los ocupantes del carruaje apenas si despegaron los labios para decir alguna vulgaridad sobre la belleza del paisaje o la frescura de la tardecita. Después todos demostraron hallarse como sumidos en un mar de intensas emociones y recónditos pensamientos. Las frases que, de tarde en tarde, pronunció Esperanza, dejaron siempre un ambiente de recelo, de ironía, de despecho. Jacinto, por más empeño que puso en conducirse de otra manera, en todo el trayecto no apartó los ojos de Elena, respondiendo con insinceras y rápidas palabras de trivial cortesía a las frases de las jóvenes. Elena pretendió, en vano, desarmar la inquina de Esperanza y atenuar la delatora y contagiosa tristeza de Jacinto con genialidades y chistes, de efecto contraproducente a fuerza de ser forzados.

Al llegar frente al hotel, Jacinto bajó primero del coche. Esperanza, simuló no ver la mano galante que el joven le brindaba como punto de apoyo, y saltó al medio de la acera. Elena sí aceptó, con toda franqueza, el caballeroso requisito, e imprimió una leve presión a sus dedos, cuyo suave calor contrastaba notablemente con la fría mano de Jacinto.

—¡Llegamos!—exclamó éste. Ahora están ustedes más cerca del vapor, y, por lo tanto, de Caimanera.

Y con esta perogrullada desahogó un suspiro, que era como resumen de mil deseos inconfesables, y que le salía de muy adentro, de lo más profundo del pecho.

\*

En la punta del muelle, el *Benito Stenger*, acribillado de puntitos luminosos, semejando enorme y fantástica cocuyera, anunciaba la proximidad de la hora de partida, con el trajín de sus empleados y marineros, el trepidar de sus calderas y el prolongado y ronco tronar de la potente sirena.

El paso de las jóvenes por el muelle, acompañadas de Jacinto y seguidas de dos verdinegros arrapiezos hundidos bajo el peso de grandes racimos de cajas, abrigos, estuches y maletas, fué saludado con un sordo tiroteo de piropos zafios, descarnados, pornográficos, genuina y "lamentablemente" cubanos, que esta vez no se lanzaron con provocativa insolencia por respeto a los respetables puños del mozo. Con todo, dos de los sicalípticos requebradores se significaron con su audacia, disimulada por su amistad con Jacinto, que era, como ellos, empleado del ferrocarril. Uno había dicho, sonriendo maliciosamente y con secreto de payaso: "¡Qué buena hembra!", y el otro había replicado: "Sobre todo la grande. ¡Qué buena está, caray!"

Lo mismo que en el muelle, una ola de lujuria invadió la cubierta del buque al ser pisada por las dos mujeres. La mayor, estatuaria, incitante, contrastando la negrura del cabello con el albo y ceñido traje. La "chiquita", llamativa, hurgando los deseos masculinos con el poder de su carne virgen y opulenta, que un fuerte taconeo hacía estremecer, provocadora, en las turgencias del pecho y las pantorrilas.

Las alabanzas a los encantos físicos de Elena, halagando, de cierto modo, la vanidad de Jacinto, y retrayéndole el ánimo a las impresiones voluptuosas de la mañana, vinieron a intensificar su disgusto en aquella hora de la penosa e inevitable separación.

Fueron los tres a echar una ojeada al camarote, y a dejar, en él, el equipaje; cajas y maletas, debajo de las literas; los abrigos, sombreros y paraguas, repartidos por el armario y las perchas. Después, en busca de fresco, de comodidad, de un sitio en que fuera menos sensible el olor a barco, instaláronse en la popa; Elena y Jacinto, en un acolchado banquillo de cubierta, y Esperanza, junto a su hermana, de pie, acodada en la barandilla y de cara al muelle.

La luna, ahora enseñoreada del espacio, dejaba

caer torrentes de argentina luz, que cabrilleaba sobre las aguas del puerto y que ponía claridad casi meridiana por todos los términos del soberbio paisaje marino. Trepidaba la hélice, suave y acompasadamente, en sus ensayos preliminares, y, como el barco estaba de proa, eclipsando toda la vista de la ciudad, Jacinto, por explicable asociación de ideas, empezó a ilusionarse con la suposición de que él también iba de viaje, en un feliz viaje de novios, con Elena, y ensayó comunicar a ésta sus devaneos de enamorado, con una serie de alusiones indirectas que iban, rectilíneas, a conmover los más íntimos sentimientos de la joven, al propio tiempo que exacerbaban la naciente pasión del sincero galanteador.

Mas, quedó en el prólogo aquel dulce y emocionante platicar. Era llegado el momento inaplazable de la salida. La sirena entristeció el aire con un quejido poderoso; sonó la campanilla de a bordo, llamando a los visitantes a la escala. Jacinto se puso de pie y extendió la mano, primero a Esperanza; luego, a Elena. Desahogó ésta la emoción que la embargaba, con un suspiro profundo, de inconfesada tristeza, mientras prolongaba la prisión de su diestra entre las dos manos de Jacinto, quien epilogó la escena dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, al propio tiempo que, en ligera inclinación de reverencia, se despedía de ella.

—¡Adiós, Elena!

—¡Adiós, Jacinto!

De los que se quedaban fué Jacinto el último que saltó al muelle. Mientras el capitán ocupaba su puesto en el puente, los cargadores cerraban los portales y los cabrestantes recogían los cabos, el joven se fué al costado de la popa, sobre cuya cubierta, de codos en la baranda, vuelta hacia el muelle, hallábase la hermana de Esperanza. Ésta, junto al mástil del pabellón nacional, arriado en aquella hora, con-

templaba los remolinos que la hélice formaba en el líquido elemento.

Jacinto quiso aprovechar la solemnidad del último instante, la visible emoción de la joven, para arrancar de ella, de la Inolvidable, siquiera fuese una palabra de sosegadora esperanza.

—Mire, Elena: me pondré debajo de este foco eléctrico, para que nos veamos hasta el último minuto. Quédese usted, también, debajo de esa roseta de luces.

—Bueno.

—Y dígame adiós con el pañuelo.

—Sí; y usted también me lo dice “a mí”.

—¡Cómo no! No soy tan malo como usted, que no quiere comprometerse a escribirme.

—Ah; no se puede.

—Sí, Ele, escíbame; mire usted: sí se puede. ¿Quiere?

—No sé... Veremos.

—Nada de veremos. Di...

Un último y rápido lamento de la sirena, y el buque comenzó a retroceder majestuosamente, en medio de un manto de espuma.

—¡Adiós, Elena!

—¡Adiós!

A la claridad de las luces del muelle, agitáronse los pañuelos. El *Benito Stenger* describió una graciosa curva, dibujando en el rizado azul de las aguas una estela de nácar. Luego se presentó de perfil, airoso, elegante, recortando su blanca silueta, salpicada de estrellitas, sobre un telón de montañas que la luna satinaba con su maravilloso esplendor.

Y, por último, el vapor enfiló el canal de salida y desapareció tras la muralla de cascos y el bosque de mástiles y cordajes de las embarcaciones amontonadas en aquel lado del puerto.



## II

Mala noche fué aquella para Jacinto.

Al salir del muelle, con el pecho apretado por la emoción inexpresable que le causara la despedida de Elena, y con la cabeza febril, atolondrada por una intensa borrasca mental que le enajenaba todo raciocinio, echó a caminar por las callejuelas, solitarias y pobrementemente alumbradas, de la parte baja de la ciudad, cerca de los depósitos de carbón y maderas y de los almacenes de ventas al por mayor, vecinos del puerto.

Con el jipi, en la mano derecha, azotándole el muslo, y el blanco pañuelo colgándole de la izquierda, continente de tarumba y mirar de sonámbulo, caminó cuadras y más cuadras, sin rumbo determinado, pasando y repasando por todas partes, a todo andar, como si su organismo, en propia defensa, buscara en aquel desesperado y vehemente ambular una válvula de escape al loco trajín de los sentidos.

En la parte baja de la calle Catedral, dominio de la Venus Mercenaria, una mulatona, con labios, ojeras y cachetes al pastel, que en un sillón escarranchaba las piernas frente a una puerta tan de par en par como las piernas de la dueña, requirió al desalado caminante:

—Oye, chico; entra.

El joven se detuvo, maquinalmente, y la mujer, que creyó haber cazado aquella "palomita blanca", insistió:

—Anda, chico; entra.

Lanzóle, él, una mirada de extravío a la pobre lumbia, libertó un suspiro, y, con arranque de cabo de escuadra que oye la orden de marcha, reanudó su caminata.

—Adiós, chico. Bacardí te cogió. Vete, vete por ahí, a dormir la mona.

Siguió Jacinto, camina y camina.

Entró en la Alameda; al pasar por el primer banco se dejó caer en él, tiró el sombrero a un lado del asiento, puso los brazos en cruz sobre el espaldar, estiró las piernas, y, con los ojos fijos en las puntas de los zapatos, abismóse de nuevo en un profundo ensimismamiento.

Llevaba un buen rato de voltear ideas, sin aplomo ni concierto, cuando empezó a sentir la caricia de una brisa, tenue y fresca, saturada de emanaciones marinas, que le oreó la sudorosa frente y que tuvo la virtud de fijar y ordenar sus pensamientos, como si éstos, entonces, sólo esperasen la más leve influencia exterior para detener su loco batallar.

Disipada un tanto su turbación, vió claramente la insensatez de aquel andar, así, como un orate, o un borracho, sin causas de veras sólidas para ello.

¡Qué caray! No era cosa de perder el sentido, de ese modo, tan a la ligera. ¿Estaba él bien seguro de haberse enamorado tan estúpidamente de Elena? ¿No sería todo fiebre de voluptuosidad, prurito vanidoso de verse amado por aquella mujer extraordinaria, o una mezcla de ambas cosas a la vez? Él nunca había creído que el amor llegase así, de repente, y mucho de lo que había leído en las novelas, sobre estados de ánimo semejantes al suyo en aquellos momentos, parecióle siempre exagerado, romántico, puro escarceo literario de los autores. ¿Podía él, aca-

so, con su experiencia de la vida, después de las tormentas amorosas que su juventud capeó en mares de pasiones hondas, sentir amor? ¿No había él creído amar a veinte mujeres, y a todas las olvidó más tarde, fría, sencillamente? Y, por sobre todo eso: ¿A qué devanarse los sesos haciendo pompas de jabón, adelantando las cosas, cuando no tenía la seguridad de volver a encontrar a Elena; cuando de los pensamientos, de las intenciones, de la vida de ella, tan poco sabía? Quizá si ella, aunque hubiera empezado a enamorarse de él, juzgando luego con más cordura, ni siquiera pensara en escribirle, y todo aquello terminase en una pueril, platónica, aventura de la cual ni recuerdos quedasen al cabo de algún tiempo. Probablemente, ella, en aquellos momentos dormía a pierna suelta en el camarote del *Benito Stenger*, mientras él andaba por allí, por aquellos barrios extraviados, rondando como un mentecato enamorado, de novela cursi.

Peor aún que todos los enamorados, cursis o no, reales o novelescos, de que él se acordaba; porque nunca supo de ninguno que, en el primer día de trato con una mujer, se chiflara de tal manera.

Todo por culpa de su loca imaginación y de su modo de ser, impresionable, sentimental; exageradamente infantil, a despecho de su condición de hombre muy vivido.

¡Y qué chasco si aquella trigueña hermosísima era una coqueta, una refinada artista del "flirt", que, bajo su apariencia de mujer sentimental, le tomara el pelo durante un día entero!

Reflexiones perdidas. La imagen de Elena atenzaba su pensamiento; e involuntariamente, anulando todo propósito de cordura, dióse a imaginar lo que ella haría en aquellos instantes. Que, obligadamente, tendría que ser lo que él anhelaba que fuese.

No; no dormiría Elena, en aquella hora, a pierna suelta. Lejos de ello, agitada también por furiosa tormenta mental, se revolvería, insomne, en la litera.

Frente a la tiranía de sus deberes sociales, a lo que reclamaba su egoísmo de mujer casada, que ha resuelto el problema económico de la vida; contra el honor de la familia y la amenaza de toda una hecatombe moral para el porvenir de ella y los suyos; ante los escrúpulos de conciencia, se levantaría el recuerdo de él, imperioso, dominante, indesarraigable. ¡Qué va! Él no se hacía ilusiones, llevado de donjuanesca vanidad, o del deseo inconfesado de que ella también fuese presa de aquel enredo amoroso que a él robárale toda su escéptica filosofía de hombre ducho en las lides pasionales. ¿Ilusiones? No. ¿No le había dado ella sobradas pruebas de simpatía, de significativa confianza desde el primer momento, en aquella conversación del hotel, prolongada horas enteras, sin medir el alcance de ciertas confidencias y expansiones, cuando aún no sabía el nombre de él? ¿No aceptó, con la mayor espontaneidad, el obsequio del libro de Queiroz, el de las flores, el paseo en coche, y la riesgosa conversación de la carretera? ¿No se ruborizó, y temblaron sus manos, cuando le prendió el jazmín del Cabo en la solapa de la levita? ¿No era concluyente la tristeza de ella en el momento de la despedida, cuando, con los ojos brillantes de llanto, a duras penas contenido, casi comprometiéndose a escribirle? No; no eran ilusiones. Ella, como él, en aquellos momentos pensaba que ya difícilmente sus almas podrían divorciarse; que aquel encuentro del hotel había sido preparado por el destino para levantar, en ella, ardimientos propios de su juventud, que quizá si hasta entonces desconociera; sed de no sabría qué cosa desconocida, que ahora se imponía dispuesta a vencerlo todo: honra, deberes y egoísmos, hasta lanzarla en un amor verdadero; es decir, inconsciente, poderoso, avasallador de todo principio moral, que se le presentaba cabalgando en el corcel de la pasión y la aventura...

Sonó la media noche, en un reloj cercano, y Jacinto reconvínose otra vez por su fatuidad de andar,

a tal hora, como un escapado de Mazorra, con aquellos devaneos dramáticos, perdiendo el sueño, cuando tenía que trabajar al día siguiente. ¡Concho! La cosa no era para tanto. Si eso le ocurría con un enamoramiento de veinticuatro horas, ¿qué dejaba para un momento de crisis pasional, para el día en que se le encarase uno de esos problemas morales que cambian el rumbo de una vida?

Emprendió el camino del hotel, y, una vez en éste, por librarse de la obsequiosidad de un amigo, y sin recordar el efecto dañoso que le procuraba el café puro, aceptó una taza del negro y estimulante néctar.

Después, pidió un jarro de agua helada y un vasito, y con ellos encerróse en el Número 20. Puso en la percha, con cuidado, porque aún servía para otra jornada de elegancia, el terno blanco; sacó ropa de trabajo; separó lo que llevaríase el lavandero en la mañana; mató la luz, y se tendió, boca arriba, en su "colombino", estrecho y bajo como una camilla de la Cruz Roja.

No llevaba mucho tiempo de ese modo, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, el corazón desbocado por el café y la excitación mental, cuando ya era de nuevo presa de las ideas que le traían tonto, nervioso, insomne, y así estuvo una hora, dos, no sabría él cuántas; por entero perdida la noción del tiempo.

De pronto, cuando ya desesperaba de poder dormir en toda la noche, y como chorro de agua fría que cae en un líquido hirviente y precipita cuanto se revuelve en el ámbito de la vasija, cayó en el bullir de sus ideas una, que refrenó su afanoso desvariar con la sencilla elocuencia de la realidad:

¡El era casado, y tenía una niña!

¿Que cómo llegó tan lejos en su trastorno amoroso, sin advertir que su repentina pasión por Elena era un absurdo, incristalizable en nada bueno, en nada que no pugnase con su título y condición de hombre noble y justo? Ello se comprenderá cuando, más adelante, se vea que él, de casado, tenía razones

muy explicables para que, como cuando no lo era, le gustasen las mujeres en las cuales adivinaba o comprobaba el ideal de mujer que siempre soñara como única merecedora de su amor. Vió tal mujer en Elena, y, como siempre que creía haber hallado su tipo, se puso a sonsacarla, a "coquetearle", creyendo que, al igual que en cien casos anteriores, todo no pasaría de un flirteo inofensivo, que proporcionaría un domingo delicioso y recordable; un domingo de escarceos galantes con una mujer joven, hermosa e inteligente. Halló eco, simpatía, en un alma, por muchas razones hermana de la suya, y se enamoró fulminantemente, humanamente, sin recordar para nada, como sucede en tales ocasiones, lo que sacárale de su entusiasmo pasional; ni que él era casado, ni que ella también lo era, ni ninguna otra cosa que le pudiese robar el encanto de las horas aquellas.

Y, ahora, ahí estaba la realidad, imponiéndosele con su razonar ilevantable:

¡El era casado, y tenía una niña!

Su juventud, explicablemente más irreflexiva que la de otros, imbuida de mil ideas falsas y desacordes sobre las cosas de la vida, o totalmente despreocupada de todo; su juventud de huérfano pobre, lanzado al estadio del vivir, sin más guía que la del instinto, sin otros ejemplos y enseñanzas que los del arroyo, le había hecho incurrir, desde que empezó a rodar por el mundo, en muchos desatinos que fueron de gran trascendencia para su nombre y su porvenir, y entre los cuales resaltaba, como el error supremo de sus días, el de haberse casado con una mujer no querida con ese cariño nacido de una completa simpatía, de misteriosas afinidades, de un algo inconcebible y poderoso, que es piedra esquinera de la felicidad conyugal.

Seis años atrás, había conocido y enamorado a la que más tarde fué su mujer. Ocurrió ello en Costa Rica. Trabajaba él en un martinete del Ferrocarril del Norte de aquel país. Se estaba reconstruyendo

un puente barrido por una creciente del impetuoso Reventazón, y por las noches él y los demás trabajadores se aburrían desesperadamente, a causa de la soledad del paraje, en medio de un monte que no tenía otras señales de vida civilizada que el campamento del martinete, con sus máquinas, andamios, vagones y herramientas, la línea telegráfica del Estado, que corría paralela con las del ferrocarril, y la casa de vivienda de un cafetalito levantado en un claro del monte, al pie de volcánica serranía.

La casa estaba cerca de dos kilómetros del campamento, y en ella habitaba la única muchacha que había en dos leguas a la redonda: la hija de los dueños de la finca, silvestre flor de diez y seis años, rubiota, fresca, colorada, como cortijera andaluza. Y por ello, es casi redundante decir que la lucecita de petróleo que, al ocultarse el Sol, y a través de la ventana de la casa, ponía un lucero en la oscuridad de la arboleda, era foco atrayente de los moscardones del campamento, que daban vueltas en torno de la linda costarriqueña.

Entre esos moscardones, que lo eran, más que por inclinaciones puras, por las inconscientemente egoístas de procurarse un entretenimiento agradable para las veladas, fué Jacinto el que supo vencer con la mirada de sus ojos tristes, y las galanterías y zureos, audaces, de mozo curtido por el cosmopolitismo e instruido en la materia por la lectura de versos y folletines.

Quince días de miradas tiernas, de papelitos mal redactados y llenos de adorables futelezas, de apretones y besos furtivos, y el campamento se trasladó a otro paraje, llevándose al galán que pletórico de vida, pródigo de amores, ávido de aventuras, se fué en busca de nuevas conquistas, dejando a Ramona Soto, la joven moradora de las márgenes del Reventazón, sumida en un mar de recuerdos agridulces, de esperanzas optimistas, de lágrimas silenciosas y amargas; perdida la feliz inocencia, la más feliz tran-

quilidad, de que disfrutara, antes de que el destino la encarase con aquel corremundo embrujador y dicharachero.

Al principio, Jacinto, por pena, por escrúpulos sentimentales, escribió a la muchacha algunas cartas, que cada día fueron más lacónicas, menos frecuentes, hasta que cesaron por completo. Ella, en oposición, atribuyendo el desvío de "su novio" a las locuras de la juventud, a las malas compañías, a cuantos atenuantes buscan en estos casos los padres de hijos pródigos y las novias resignadas, asediaba al personal de los trenes que descargaban víveres y herramientas, y cargaban café, enfrente del cafetalito, con preguntas encaminadas a saber el paradero del ingrato andariego. Y allá iban cartas, largas, apasionadas, tan llenas de tiernas promesas y ternísimas reconvenciones, como de faltas de ortografía, y que siguieron al joven en sus peregrinaciones por todas las estaciones ferroviarias de Costa Rica, primero; por Panamá y Venezuela, después.

Pasaron tres años. La veleta de la suerte que orientaba a este otro veleta incorregible, sopló rumbo a Costa Rica, y allí cayó, otra vez, el entonces maquinista Estébanez, con medio millar de pesos en el bolsillo y un deseo invencible de casarse, de "sentar la cabeza", producto de la filosofía conservadora que se le había metido en el cuerpo, junto con el medio millar de duros, y unas averías que le acababa de dejar, de recuerdo, una de esas francesitas que van por el mundo arriba y por el mundo abajo vendiendo caricias peligrosas.

Entró de nuevo al servicio del Ferrocarril del Norte; y preocupado andaba, a caza de una mujer no muy fea, que le mirase algo de frente, para irse, embracerado con ella, ante el juez y el cura; atareado en tal cacería, de ese modo, como quien busca una tela bonita para un traje, o una casa cómoda y barata, estaba él cuando recibió una misiva de Ramona, que guardábale aún fidelidad musulmana, y



que, enterada del regreso de "su novio" al país, escribíale con las mismas protestas de amor, los propios reproches azucarados, idénticas remembranzas pasionales, que habían sido repetidos en docenas de cartas que nunca obtuvieron la merced de una piadosa y consoladora respuesta.

Una idea malhadada prendió en la mente de él, al recibir la carta de su antigua novia. Volvería con ella, para casarse "lo más pronto posible", si le salían bien los cálculos que inmediatamente haría; los hizo con la mente puesta en las francesitas perniciosas y en sus propósitos de "vida tranquila", y, por consecuencia, todo lo vió color de rosa en tales cálculos, en los cuales no se acordó para nada de la desigualdad de caracteres, de cultura y de cien cosas más, que, moralmente, los desunían, y sí pensó en toda una serie de falsas y deleznable conveniencias. Ella, como mujer, como la mujer con quien es preciso dormir todas las noches, como mujer para llevarla del brazo por delante de los mirones de la calle, estaba más que aceptable, con sus diez y nueve años, su carne maciza y fresca, de montañesa, y sus grandes e inocentones ojos azules bajo los arcos finos de unas cejas doradas, y su mata de pelo escandalosamente rubio. Luego, las condiciones que más se exigen en las esposas pobres: trabajadora, como buena campesina, recatada como una monja, y, miel sobre hojuelas: habíale dado pruebas imponderables, únicas, de total enamoramiento.

Y reanudóse el noviazgo. A medida que se aproximaba la fecha de la boda, se fueron haciendo más íntimas y frecuentes las concesiones de la prometida al deseoso galán, y éste, engolosinado con los anticipos, prometedores de no probados y supremos deleites para el día en que aquel cuerpo joven y virgen cayera en sus brazos, llegó a creer que de veras empezaba a enamorarse de Ramona, confundiendo así, lamentablemente, el amor con un cúmulo de conve-

niencias y deseos, harto distantes de la pureza de aquel sentimiento.

Se casaron. Con la miel de los primeros días, aumentaron y se robustecieron los propósitos de enmienda, de "vida tranquila y ordenada", del joven obrero.

Pasó medio año. Hubo una huelga ferroviaria; el maquinista, que entonces lo era de trenes de viajeros, empujado por "la opinión ajena", que le reputaba de arrestado y refertero en cuestiones obreras, se enredó en proclamas y discursos de frondosa literatura socialista, y, al terminar el movimiento, perdido por los obreros, las represalias patronales hicieron blanco en él, obligándole a saltar del empleo y a repatriarse en compañía de su joven compañera.

A los tres meses de estar en Cuba, cuando una niña vino a engrosar la familia, ya Jacinto, con un poco más de aprendizaje de la vida, con algunas docenas más de libros en la cabeza, había comprendido, en todo su alcance, el irreparable, el más grande y moralmente suicida error de sus días.

Lo comprendió; pero únicamente con su conciencia fué sincero, cuando pensaba en su cuartito de Santiago y en sus noches camagüeyanas, mientras, con los ojos abiertos en las tinieblas del aposento, oía le respiración feliz y sosegada de su mujer, o en la locomotora, cuando en la placidez de un bello crepúsculo se lanzaba por una "recta" a cien kilómetros por hora, y la imaginación, infinitamente más rápida, volaba por el mundo de los recuerdos y las esperanzas.

Y ésto era de este modo, a causa del generoso propósito de que nadie advirtiera el menor disgusto, el más leve desvío, en su vivir de hombre casado, y que mucho menos lo advirtiera Ramona, la directamente interesada en ello.

Porque, acreedor de la sociedad, él, que sólo egoísmo y hostilidad había encontrado por todas partes, era noble, con nobleza rayana en un altruismo a ve-

ces pernicioso, y había resuelto llevar su cruz en la tierra, seguir siendo un "piadoso" compañero para su buena mujer y un buen padre para aquella blonda criaturita, su hija, que acababa de emprender el camino de la vida, preñado de enigmas y peligros.

Y así llevaba tres años, haciendo vida de hombre formal y trabajador; dado a los libros, cuando estaba en su casa; a la propaganda socialista, que tan bien se ajustaba a su talento y a su condición de obrero y a su experiencia en el mundo, y desquitándose de las malas jugadas del destino con el goce del buen vestir y con alguna breve y fácil aventura de amor, allá por Santiago, bien lejos y oculto de su mujer y de los "buenos amigos" de ambos. En amores de primera línea, con vistas a peligrosas novelorías, no había pasado nunca de miradas y piropos, de efectos nulos, y, en ocasiones favorables, de algún zureo galante sin mayores consecuencias, como creyó al principio, que habría de ser el que prologara con Elena. Todo ello, las aventuras de amor fácil, como los enamoramientos de gran cuantía, difíciles de cristalizar, más que a otra cosa debíase a lo que se ha podido comprender hasta ahora, y, desde luego—era verídico y no cabe negarlo—a que influenciábale el ambiente de sensualismo que se respira en estos trópicos.

Aunque lo que primaba era lo que de veras un observador, íntimo de la familia, hubiera podido advertir con prontitud por una serie de grandes pequeñeces, por demás significativas: que al teatro, como al paseo, Jacinto siempre iba solo; que Ramona, no obstante el buen sueldo de su marido, trabajaba demasiado; que el primero vestía con una elegancia que contrastaba visiblemente con los olanes y borceguíes de la otra; que en aquella casa no se celebraban cumpleaños, ni se preparaban comidas de amigos, ni se recibían muchas visitas, ni se leían y comentaban en alta voz los libros de la incipiente biblioteca, que el maquinista constantemente revolvía, ordenaba, y

tornaba a revolver, con parsimonia y reserva de quien no puede ser entendido por los que le rodean.

Todo ese resumen del más reciente capítulo de su historia pasó por la mente de Jacinto con la rapidez del pensar, y el preciso y metódico encadenamiento de una proyección cinematográfica, anulando el desvelo que le causara el disparatar de aquellas ideas de amores volcánicos, novelescos, que ahora se hacían evidentemente absurdos ante la razón suprema: ¡El era casado!

Y con este pasajero aplanamiento de sus facultades mentales, a fuerza de tragar vasos de agua para vencer la sequedad de la boca, ardiente como la de un tifoideo; cambiando de posición, minuto a minuto, porque las ropas de la cama, la almohada sobre todo, parecían despedir fuego; buscando posiciones cómodas y favoritas para dormirse, Jacinto llegó a caer en una especie de somnolencia, que, más que reparador sosiego del espíritu, fué como furioso reaccionar de aquel hervidero de preocupaciones que le dominaban desde la mañana.

Fueron, al principio, sueños de esos en que la mente trabaja con despejo casi vigilial, presentándonos las imágenes y pensamientos que en ella han primado durante el día, con intermitente y profundo razonar que nos lleva a extremos asombrosos, increíbles, de lucidez y clarividencia. Y fueron pesadillas horribles, de esas en que lo real de nuestras preocupaciones mentales se nos aparece como un torbellino de monstruosidades que sólo deben ser igualadas en el estado de locura.

Sueños como de sonámbulo, como de neurasténico, en que su incipiente pasión se le presentaba con todos los peligrosos atractivos, con todos los males seductores, con todas las dudas morales de los amores punibles; sueños en los que abundaban las escenas más descarnadas de apasionado adulterio, con sus intrigas, traiciones y sobresaltos, y con su secuela de vergüenzas, lágrimas y sangre: tal en una inverosímil

y espeluznante tragedia, cuyos personajes eran Elena, Ramona, el marido escéptico, o confiado, que se quedó en Nueva York, El, y lo más negro y deplorable, su hijita, la muñeca de grandes ojos grises y cabellos de oro, que apenas si empezaba a dar sus primeros pasos en el escenario del vivir.

Y pesadillas espantosas. Una en que se vió, en una noche de lluvia, truenos y vendabal, en su máquina, perdido el "control" de ésta, descendiendo por una vía casi vertical, de rieles torcidos y traviesas desclavadas, a las cuales hallábanse atadas muchas mujeres que tenían el rostro de su mujer, y muchas niñas que tenían el rostro de su hija. En vez de fogonero, una vieja con las facciones de Elena; era la madre de Elena, con el pelo negro, suelto, agitando, como una bandera desflecada, a impulsos del viento producido por aquel furioso correr, la cara siniestramente iluminada por el resplandor de la fornalla, en los ojos una expresión de personaje dantesco y en la garganta un grito de horror, prolongado y calofriante. Al final, la máquina ensangrentada y furiosa, harta de cercenar cabezas, amputar miembros y machacar cráneos de mujeres y niñas que luego se convirtieron en reses de inmensos cuernos, que crujían al ser triturados por las ruedas, cayó en un barranco que se parecía mucho a uno, peligroso, que hay cerca de San Luis, y cuyo puente había quitado de su sitio una multitud de hombres, mujeres y niños, todos negros, que, con delectación canibalesca, desquijarada de risa, aplaudía la infernal hecatombe.

Empezaba a dormirse, profundamente, cuando el camarero llamó a la puerta del cuarto.

—¿Jacinto? ¿Jacinto? Las seis y cuarto. ¡Arriba!

Saltó del lecho, para tener la seguridad de no volverse a dormir; pero era tal el cansancio muscular y el relajamiento nervioso, tal era el sueño que le dominaba, que se quedó medio dormido, en la silla de la cabecera, con un zapato en la mano. El ruido

que hacían los dependientes al barrer el café, despertóle de nuevo; se enjuagó con el agua que quedaba en el jarro traído la noche anterior; se enfundó en el "over-all", se calzó completamente, y se fué al baño. Cuando regresó de éste se miró en el espejito del salón de recibo. Recordó, en seguida, a Elena; mas rehuyó el pensamiento, para ocuparse sólo de verse el rostro, cuya palidez no había borrado del todo la reacción del agua fría. Tenía jeta de africano, profundas ojeras, y en los ojos, empequeñecidos por el desvelo, algunos hilillos rojos. Volvió al cuarto, se alisó el pelo, se encasquetó la gorra, cogió su maletín y bajó rumbo al café en busca del indispensable café criollo.

Dos horas después, vencida la dura cuesta del Cristo, pasadas las curvas cerradísimas y las ondulaciones violentas y peligrosas de Dos Caminos y San Luis, la máquina de Jacinto cortaba, veloz y triunfadora, la esmeraldina llanura de Paso Estancia y Bío, ornadas de bellísimos palmares, en cuyas copas, a tal hora, el sol de la mañanita, en precioso maridaje con la brisa campesina, ponía tornasoles de irisados reflejos.

El maquinista, con el regulador empuñado en la izquierda, medio cuerpo fuera de la ventanilla, la vista perdida por el cambiante y hermoso paisaje tropical, la cabeza descubierta, al fresco levantado por el volar del tren, y la mente en su casita camagüeyana, parecía espolear al monstruo de acero, como si quisiera comunicar al alma inconscia de éste, las ansias de su alma noble, las ansias de llegar pronto a donde le esperaban los que le querían, los buenos, los inocentes, para olvidar, ante ellos, malditos e imposibles anhelos; para seguir siendo bueno, para dominar sus egoísmos, naturales o perversos, humanos o monstruosos, y seguir la Vida.

A la hora del mediodía, el tren de Jacinto violaba la solemne quietud de las llanuras camagüeyanas, cerca ya de la vetusta y patriarcal ciudad en cuyo recinto levantara su hogar el maquinista, y a esa hora, en el *Benito Stenger*, que cortaba sereno y despacioso las tranquilas aguas de la bahía de Guanátamo, relucientes como un espejo de estaño bajo la furia de un sol meridiano, Elena contaba los minutos que la separaban de los brazos de su madre.

Dejóse de ver el murallón de la Sierra Maestra, con el eminente Turquino en la distancia, que toda la mañana distrajera la atención de los viajeros con el vigoroso relieve de sus perfiles, barrancos y hondonadas; atrás había quedado la mole gris de un acorazado "americano" fondeado en las aguas de la intrusa carbonera; acababan de doblar la playa vidriosa y reverberante de la Punta de Sal, y veíase, ya, desde la cubierta de proa, el puertecillo de la Caimanera, en cuyo único muelle, las sombrillas multicolores y los vistosos trajes de las mujeres y los claros fluses de los hombres ponían una mancha polícroma, brillante, que alegraba el alma del pasaje.

Ofuscaba la vista el sol, que semejaba un candente escudo clavado en el cenit, y los viajeros, con gemelos unos, otros con las manos sobre los ojos, a guisa de visera, procuraban descubrir, entre la gente reunida en el muelle, a los familiares y amigos que a él habían venido, deseosos de adelantar el momento de la bienvenida. Y, en un grupito de tres personas, una señora y dos muchachos, Esperanza y Elena creyeron ver a su madre, y a Carlos y Juan, los dos hermanos menores. Su padre, ni estaba cerca del grupo familiar, ni parecía encontrarse por aquellos alrededores.

Ya el buque más cerca del muelle, los que esperaban y los que venían empezaron a reconocerse; albearon los pañuelos, y dió principio el dialogar a voces.

—¿Qué tal de viaje?

—Al pelo.

—¿Me traes el encargo?

—Sí. ¿Y tú, recibiste mi carta?

—¡Uh! Muchos días antes de embarcar.

—¿Cómo dejaste a mamá?

—Muy alentada. Te manda un encargo que te va a gustar mucho.

La primera pregunta de Elena fué:

—¿Y mi padre?

—En el trabajo—gritó Carlos.

—Ya sabes...—agregó la madre, con un movimiento de cabeza que para Elena completaba la frase de este modo:—Ya sabes como es él, y calcula cómo está contigo.

Cruzó la familia algunas frases más por el estilo de las de los otros dialogantes. Atracó el buque, y momentos después los viajeros desfilaban por la escala; tranquilos, sonrientes y bulliciosos, unos; pensativos, llorosos o regañones, otros; prodigando apretones de manos, sonrisas, besos y lágrimas; dando y recibiendo noticias consoladoras y alegres, o dolorosas y tristes, que tal es la vida. Y, entre todos, también con sus penas y regocijos, confundían sus abrazos, largos y fuertes, Carlos y Esperanza, Elena y Juan, y, prodigándose a todos, la buena e idolatrada "vieja", Conchita, la madre, que parecía la abuela, con su humilde traje morado, su negro chal sobre los hombros, y las canas y arrugas prematuras de mujer maltratada por el destino.

Partió la familia rumbo a la casa. Al salir del muelle presentóse D. Jaime Blanco, el padre, en ropa de trabajo, y con facha no todo lo risueña que era de esperar en aquellos momentos.

Era un hombre alto, enjuto, que aparentaba tener diez o doce años más que su esmirriada costilla, y que, como ésta, llevaba en el rostro mate y muy ajado, y en el pelo que había sido negro, y ya tornábase gris, las huellas de una ruda lucha con la suerte.



Efusivos apretones de mano, el inevitable “¿Qué tal de viaje?”, y reanudóse la marcha. Delante los muchachos, con el equipaje, seguidos primero por D. Jaime y Esperanza, y después por Conchita y Elena, embraceradas como dos colegialas íntimas en un paseo de vacaciones.

Al saludar a sus hijas, D. Jaime había excusado su falta de no haber estado en el muelle a la hora de la llegada del vapor, diciendo que un trabajo inaplazable habíaselo impedido. Y Conchita, que todo lo confienciaba con Elena, cuando ausentes por cartas, cuando juntas en íntimas y largas pláticas, apenas separáronse un tanto las parejas, le dijo a su hija:

—No le creas nada de eso del trabajo de apuro, que acaba de decir. Mentira; él no pensaba venir, porque está dado al diablo contigo. No puedes figurarte cómo ha machacado y refunfuñado desde que supo que ustedes venían. Que éso era una locura; que porqué no esperabas los dos o tres meses que le faltan a tu marido para volver a Cuba; que estas cosas de ustedes no hacen más que darle disgustos. Bueno... Ya lo conoces:—“Estas muchachas van a ser unas perdidas”, “Van a acabar conmigo”, “¿Qué familia, Dios mío; qué familia!” Y todas sus comedias de rigor.

—Pues mira, mamá: esta es la historia de siempre. Mi padre, que a todo lo nuestro llama locuras, inclinaciones perversas, y en cuanto le da la gana, olvidándose de las injusticias, vergüenzas y privaciones que a su lado hemos pasado, a causa de sus inmoralidades, nos insulta a todas, a ti, y a nosotras; tú, que por temor al escándalo, a la “opinión ajena” y no sé a cuántas otras cosas, aguantas a boca cerrada sus desatinos y bravatas, y yo, que no estoy hecha a soportar abusos de ciertas autoridades, por mucho que las consagre la costumbre y el buen decir, y que trago mucha bilis, por no buscarte más penas de las que ya tienes, tomando un día de estos por la tre-

menda, y suceda lo que suceda, cantarle a D. Jaime Blanco las verdades del barquero.

—Por Dios, Elena; no hables alto. Mira que te digo que está como agua para chocolate. Si a última hora ha ido al muelle, lo ha hecho para evitar que la gente hable.

—Bueno. Que lo oiga. Así se aclarará esto de mi viaje, que no tiene importancia de ninguna clase. De todos modos, es preciso que se aclare.

—Está bien, hija; pero en casa hay tiempo. Acuérdate que estamos en un pueblo; en un infierno grande.

—Pero... ¿Y qué? Si mi venida no tiene nada de raro, ni de criticable, mamá. De cualquier modo íbamos a venir en noviembre; pero—lo que te he dicho en mis cartas—: por un lado, viniendo ahora, nos evitamos los gastos de ropa de invierno en Nueva York y del traslado a Filadelfia; por otro, yo me aburría solemnemente allí. No habla “uno”, casi, el maldito inglés; de modo que es tonto ir a teatros y otros lugares de distracción; las comidas ya no las podía pasar, y para colmo de “latas”, Pepe, con sus estudios y su fiebre de notas sobresalientes en los exámenes, estaba de lo más insoportable. Le propuse que nos dejara venir solas, con dos o tres meses de anticipación, y como él está tan “americanizado”—y en eso yo me siento “americana”—me ha dejado venir con Esperanza. Eso es todo. ¿Para qué rayos tantos aspavientos?

—Cállate. Estamos llegando a casa.

Al llegar a ésta, los muchachos dejaron el equipaje en uno de los dos cuartitos de la casa, destinado a las jóvenes, que dormirían con la madre; aquéllas dispusieronse a cambiar los lujos del viaje por la ropa casera; el padre se encerró en el otro aposento, destinado a él y los hijos varones, para trocar su ropa de trabajo por el traje dominguero, y Conchita se fué a la cocina, a dar los últimos toques al almuerzo; regio almuerzo criollo, en el cual, para obsequio de las “muchachas”, la “vieja” había exprimido sus

talentos culinarios y había biengastado no pocos reales que, de sus inverosímiles economías, guardaba por allá, por el fondo de su mueble favorito: un sufrido baúl gris, que había sido de la suegra de D. Jaime.

Media hora después la familia se agrupaba en torno a una mesa cubierta por “el único”, zurcido, pero brillante y blanquísimo mantel, y en la cual, entre otros “extras”, figuraban una botella de vino y el clásico, sabroso y humeante, arroz con pollo.

El olor de los pimientos morrones que decoraban el plato predilecto, los tragos del desacostumbrado vinillo y la charla de la gente menuda, engolosinada con el banquete, tuvieron la virtud de barrer pensamientos desagradables y de dar a todos un regocijo sincero, contagioso, que duró todo el día y que ahorró alusiones, reproches y comentarios mortificantes.

La casa era pequeña, humildísima, y formaba una de las dos docenas de esquinas que hacían las seis o siete callejuelas del pueblo, con uno de sus costados frente a un playazo desierto, tapizado de gramá.

A este playazo daba la ventana del cuarto de las muchachas, y en él, a la mañana siguiente a la llegada, con la ventana abierta, libre la casa del engorroso y excesivo respeto al padre, Elena disponíase a escribir, sentada junto a la máquina de coser, que le serviría de mesa, y sobre la cual acababa de abrir su cajita de papel y sobres.

Escribió la primera línea:—“Caimanera, a tantos de tantos.” Y, luego, más despacio, recreándose en los rasgos de la ese:—“Señor”. Y más despacio aún, con delectación de calígrafo, hizo una jota elegantísima. Sin saber porqué, pensó que lo mismo serviría aquella jota para poner José Pérez, el nombre de su marido, que Jacinto Estébanez, el nombre de aquel simpático amigo a quien no sabía si, por fin, habría de escribirle.

Empeñábase en dar poca importancia a Jacinto, cada vez que el recuerdo de éste la distraía unos

instantes. Deseaba ella convencerse de que sólo pensaba en el maquinista como se piensa en un amigo discreto, respetuoso, inteligente, con quien es grato sostener relaciones puras, por el purísimo deleite de hallar calor para las propias personalísimas ideas, para las aficiones favoritas y para cuantos ideales hacen llevadera la vida.

Pero, tan de improviso como se le apareciera la imagen de Jacinto, al trazar la primera letra del nombre del marido ausente, presentósele una oleada de ideas que guardaban íntima relación con aquella imagen. Recordó detalles de la charla del hotel, del paseo por la carretera, de la despedida en el muelle de Santiago, y, reuniendo ideas, aquilatando anhelos, resumiendo cuanto la preocupara en los últimos días—su aburrimiento en New York, al lado de Pepe, su encuentro con Estébanez, el cuadro de miserias y disgustos que “seguía siendo” la casa de los padres de ella—se quedó pensativa, con los codos en la máquina, los puños en las mejillas y la vista errante por el silente y monótono playazo.

Ella, como todas las mujeres pobres a quienes la suerte, la naturaleza, o lo que sea, perjudica dándoles inteligencia, imaginación, sed de cultura, de llevar una vida digna de ser vivida, hallábase condenada a una existencia infeliz, de anhelos irrealizables, de máquina humana, consciente de sus desgracias, pero incapaz de remediarlas, que, desde la casa paterna, en que todo fuera trabajo y privaciones, pasa a ser la compañera del primer hombre que se dispone a sacarla de aquel infierno en que su infancia fué martirizada, en que su juventud sufriera todos los horrores de la pobreza.

Sí; en un infierno de miseria moral y material pasó su niñez. Su padre, de oficio carpintero, apenas ganaba para que él y los suyos pudieran tener lo más indispensable, lo que sólo permitía conservar un poco de salud, de fuerzas, para las épocas en que el trabajo escaseaba, para las épocas en que los mu-

chachos no iban al colegio porque no tenían zapatos, porque no podía renovarse el milagro de lavar, una vez más, las viejas ropas, cien veces zurcidas y remendadas, porque muchas mañanas, en aquella su pobrísima casita de La Habana—ciudad en donde todos nacieron y habían vivido siempre—no había un medio para café y azúcar.

Y a esas penas imponderables, a las cuales la servil naturaleza del ser humano llega a doblegarse, tomándolas como injusticias del vivir que no tienen remedio, se unían los dolores morales, que priman como aquéllos en la vida de los pobres. Su padre, criado en la mayor penuria, carente de toda educación, nutriendo su intelecto y su conciencia con las enseñanzas de la “bodega”, de la mesa del dominó, de la casa de vecindad, tenía un fatal apego a ciertos placeres viciosos, y procuraba satisfacerlos, con un egoísmo inconsciente, que parecía lógico gracias a un código moral lleno de ideas absurdas—ideas propias de la gente ineducada con la que siempre se codea—, entre las cuales era la primordial, la errónea y malhadada de su excesiva indiscutible autoridad de jefe de familia, que todo lo podía hacer en la casa, y a quien todo, en la casa, tenía que disculpar y agradecer.

Las pillerías de los muchachos en la calle; un vaso que se rompiera en la casa; dos centavos de galletas tomados al crédito en la tienda de la esquina; una camisa mal lavada por ella, o por su hermanita, cuando aún no contaba diez años de edad; todo lo que con más o menos razón irritaba al padre, acrecentándole momentáneamente los disgustos de la pobreza, traducíase en seguida en mojicones, palos y cintarazos para el delincuente, y en las frases más insultantes y soeces del arroyo, para la madre, víctima la que más sufría, la que más lágrimas tragaba, en aquel hogar miserable.

Culpábala su marido de cuanto mal sucedía en la casa, porque no era capaz de comprender, él, que

era así de malo por su misma ignorancia, por las falsas ideas que tenía sobre el modo de manejar una familia; que no eran culpables, su mujer y sus hijos, de todas las desdichas que el infortunio y los vicios de él traían a la casa, y que no era ni justo, ni un remedio eficaz, suplir con media docena de palizas cada mes la ausencia de toda educación en la casa y en la calle, y el cariño y los consejos del padre, y la falta de juguetes, de golosinas, de expansiones, de cuanto es naturalmente propio de la vida del niño.

Del niño pobre, como del rico; porque la naturaleza, pura, indomable, en esa edad, no comprende las injusticias, las mistificaciones sociales, e inconsciente y fatalmente se rebela contra ellas.

¡Oh! Lo que sufrió de niña, ella, la íntima amiga, el solo consuelo de su madre, con aquellos escándalos domésticos que la pobre "vieja" soportaba sin protestas, con humildad de bestia esclava, enseñada desde el colegio y el hogar de los padres a rendir incondicional sumisión al marido, al amo de la casa; mártir del cuidado de sus hijos, dispuesta siempre a suplicar, para ellos, la merced de él, que nunca para sí pidiera, interponiéndose protectora entre el brazo airado del padre, que empuñaba una estaca o un cinto, y el muchacho lloroso y suplicante, que se hacía un ovillo en algún rincón, hurtando el cuerpo a las iras paternas.

Y, luego, de adolescente, cuando roja de vergüenza tenía que salir a la puerta de la calle, escondiendo los pies sin medias, con unos zapatones viejos del padre, a recibir a un acreedor, harto de dar viajes para cobrar unos realejos y que se explayaba en injurias y amenazas ante las acostumbradas implorantes promesas de ella; o cuando, por no tener zapatos los muchachos, veíase obligada a ir a la tienda de víveres en busca de los "mandados", y tenía que oír las frases más descarnadas del léxico popular, y las más zafias alusiones a las partes más secretas de

su cuerpo virgen, en las tertulias de la "bodega", compuesta de hombres, como ella, pobres; pero que sabían guardar el mayor respeto con las elegantes y las ricas, y en cambio lanzaban sus desvergüenzas a las muchachas del barrio, que por desgracia hallábanse obligadas a traer a sus casas los malditos mandados

¡Qué inolvidables cuadros de miseria! Recordaba una vez en que fué tanto el rigor de la indigencia, que su padre tuvo que subarrendar los cuartos interiores de la casa a otra partida de menesterosos, y toda la familia se vió reducida a dormir en la salita; el padre y la madre, en la sola cama disponible; ella y Esperanza, en un catre cuya "rusia", inverosímilmente remendada, las dejaba a cada rato sobre las losas del piso, y los dos hermanucos en una tarima improvisada con algunas cajas vacías, cubiertas de trapos; sin otra separación entre unos y otros, en tan horrible promiscuidad, desastrosa para el pudor, para lo que restaba de inocencia a varones y hembras, que un par de sabanitas, a guisa de cortinas, suspendidas por dos cordeles que atravesaban la pieza de pared a pared.

No podía olvidar, de sus primeros años de señorita, de la época en que se sueña con trajes, paseos y amores, un vestido de baratísima etamina azul pálido, sin otros adornos que unas alforcitas, que le duró más de un año, y que luego, en una época de apuros extraordinarios, cuando ya estaba corto y desteñido por el uso, fué su solo traje de casa y su único lujo de las tardes, después de lavarlo y aplancharlo al mediodía, mientras andaba por la casa con una larga y vieja bata de la madre.

Nada de novios; porque los pocos enamorados que se atrevían a desafiar el mal genio del papá, haciéndole la rueda a la hija, tenían que desistir de su empeño, hartos de perder el tiempo con una muchacha que no iba a ninguna parte, que apenas si salía por las noches a la ventana, y que, tan pronto como el "amo

de la casa" sorprendía recadillos, cartitas, postales, o cualquier otro síntoma de enamoramiento, era la primera en decir al galán que se ausentara, temerosa de una tunda de puñetazos, rociada con los epítetos más injuriosos—"coqueta, descarada, grandísima p..."—que la propinaba aquel señor; señor que, por su parte, sí se consideraba con el derecho de meterse en líos amorosos, hasta adquirir compromisos que agravaban la miseria de la familia, aumentaban las desventuras de la "vieja" y proporcionaban malos ejemplos a los hijos.

Para eso era el hombre, el padre; para eso ellas eran sus hijas, y la "vieja" su mujer; y él nunca pensó que hacía mal, que si algo tenía su conducta de censurable, no era tanto ni tan grave como parecía, ya que en tales cosas él se portaba, poco más o menos, como "los demás hombres".

En esta última parte de sus filosofías, su padre, después de todo, estaba en lo cierto. El no era, ni más bueno, ni mucho peor que los demás; era lo que su mala suerte, que le hizo nacer pobre, quiso que fuera. Quizá si en vez de haber tenido que ir a un taller de carpintero, antes de saber leer, en la época en que las enseñanzas, buenas o malas, se arraigan profundamente, hubiera podido tener maestros, ser bien guiado con todas las facilidades que da la riqueza en nuestra bien organizada sociedad, en la que el dinero es virtud todopoderosa; quizá si, de haber sido ese su pasado, no sería él todo lo malo que era.

Pero, a tales conclusiones no pudo llegar ella, no obstante su natural inteligencia, sino después de muchas desdichas que no podía explicarse, y que la hicieron sentir miedo, un despego rayano en odio, a su padre, difícil de vencer más tarde; después de haber leído muchos libros que abrieron sus ojos a la verdad, enseñándola a razonar, a examinarse la conciencia, a inquirir en el fondo de los males que hacían, de ella y de los suyos, víctimas inocentes.

¡Los libros! Ellos y el amor casi religioso a su



madre, las dos pasiones fuertes de ella, fueron su único desquite en medio de los abusos del padre, de los días sin pan, de las tardes en que no tenía un vestido limpio que ponerse, en las noches en que era preciso consolar a la madre, abrumada por las penalidades y trabajos de la jornada.

Los pedía prestados, los pordioseaba de sus pocos amigos y poquísimos pretendientes, los compraba, nuevos o usados, cuando cobraba algún trabajo hecho en el vecindario, como lavar una tarea de ropa o coser trajecitos de niños.

Fueron, al principio, novelas de la Braemé y de la Invernizzio, que la hacían soñar con amores románticos, con bondades que no son de este mundo, en repetidas y pueriles leyendas en que los hombres buenos eran ángeles, y los malos, demonios. Y fueron luego, pasados muchos meses, cuando el gusto literario, y su innato buen sentido empezaron a refinarse, novelas de Blasco Ibáñez y Dicenta, de Zola y Daudet, de Tolstoi y Gorki.

En la obra grandiosa de esos apóstoles de la Verdad y del Altruismo, que, a través de las fronteras y a despecho de las distancias, han coincidido en sus ataques demolidores de la actual sociedad burguesa, envilecida por errores e injusticias seculares, por mil crímenes colectivos; en esa obra inmortal de los grandes novelistas contemporáneos, pudo ella entrever una más clara inteligencia, una ilevantable confirmación del cúmulo de rebeldías, no formuladas aún, casi adivinadas, que naturalmente brotaran en su alma, en aquellos repetidos choques con una dura realidad que era martirio de ella y de los de su casa.

Y en los libros de otros literatos de la moderna cruzada socialista, y en los de cuantos filósofos y sociólogos avanzados, producto de la época actual, cayeron en sus manos, a fuerza de mendigarlos por todas partes, encontró ella base consciente para su independencia de espíritu, para su desprecio hacia una sociedad hipócrita, cruelmente hipócrita y egoísta,

que exige de sus miembros menos preparados para la lucha—de los que viven en una fatal orfandad de enseñanzas, de estímulos e ilusiones, de los que sufren los rigores de la injusticia social—todas las virtudes, el cumplimiento de todos los preceptos morales, que los privilegiados, aquellos a quienes la vida sonríe por todas partes, vulneran cada vez que sus pasiones o sus intereses materiales lo reclaman, cohonestando sus faltas con mil ridículos convencionalismos.

Y, bebiendo con avidez en esa literatura, moralizadora desde el punto de vista de una ética natural; estudiando cuanto pasaba en su casa; comparando, con sagaz espíritu de crítica, lo que decían sus libros con lo que hallaba en los periódicos, con lo que oía entre el vecindario, con cuanto pasaba a su alrededor, fué ella adquiriendo la indestructible convicción de que este mundo se compone de vencedores y vencidos, y de que, hasta entonces, ella habíase contado entre los últimos. Y, como lógica consecuencia de esa convicción, prendida en su carácter voluntarioso, se hizo el propósito, el ideal, que quizá si sólo se realizara a medias, o no se realizara nunca, como todos los ideales, de salir de aquella inopia, de satisfacer sus ansias de vivir una vida que fuera vida. Si era posible cazar un marido que la quisiera, que la diera una existencia relativamente desahogada, y a quien ella pudiera querer, por impulso natural y puro, o por gratitud, ahorrándose los inconvenientes de infringir los sagrados cánones de las sacratísimas “conveniencias sociales”, evitándole disgustos y deshonras a la familia, bien; si no podía ser así, sería de cualquier modo, porque venciendo connatural aversión al vicio, lanzaríase por la calle de en medio.

Y, cuando pegada a la batea, frente al lote de lavado de alguna vecina, se entregaba a sus reflexiones y confidencias con la “vieja”, que en una silla cercana hacía prodigios de costura con los pantalo-

nes de los hijos, y la última, presagiando aún días más dolorosos para todos, con aquellas ideas de su hija, aconsejábala que tuviera paciencia, que confiara en Dios, en aquel Dios que tan bueno fuera para con todos, ella, la rebelde, protestaba con todas las vehemencias de sus convicciones, de su juventud y de su limpia conciencia, que de nada feo la acusaba:

—A mí ya sabes que es inútil mentarme a Dios, mamá. Si de chica, y por instinto, nunca fuí religiosa, mucho menos he de serlo ahora que razono, que, por más que me esfuerzo en ello, no veo por ninguna parte la misericordia de Dios. No creo que sea posible hallar un ser más noble, más heroico en el cumplimiento de sus deberes de mujer, de esposa, de madre, que tú; y, con todo, ¿qué has sacado de tu bondad? Después de tantas noches en claro, aplanchando montones de ropa de otros, para ayudar a los gastos de la casa, o velando a la cabecera del hijo enfermo; después de resistir, con inútil pasividad de cristiana fanática, las patochadas de mi padre; después de una vida de encierro, sin la alegría de un vestido nuevo, de un paseo, de vernos arreglados a nosotros; después de tantos abandonos, miserias y dolores, siquiera como recompensa a las lágrimas derramadas, años tras años, en todos los días de tu vida de casada, no puedes decir que todo ese sacrificio te ha valido la satisfacción de haber criado y educado a tus hijos de modo que podamos defendernos en lo porvenir. Quizá si, de todos nosotros, pueda ser yo, por mi afición a la lectura y mi relativa facilidad para comprender las cosas, la única que pueda salir avante en el luchar de la vida. Porque ¡ah! ¡Mis hermanos! Los varones, sin oficio, sin instrucción, con todo lo malo que han aprendido y siguen aprendiendo en la calle, con lo que ven aquí, en la casa, quién sabe lo que será de ellos! ¿Y Esperanza? ¡La pobre Esperanza!... Mi padre dice que es una mala cabeza, una tal por cual, que acabará por dar un escándalo, en p..., como nos grita en sus momentos

de soberbia; incapaz de comprender que la pobreza, con sus lecciones de crueldad, de odio y de inmoralidades, es la causa de que aquí, en este maldito hogar, empezando por él y terminando por el más chico, todos seamos así, tan malos como dice él que somos.

La madre, aquel día, conmovida por la sublime sencillez de las palabras de la hija, que hablaba con una elocuencia conmovedora, velada un tanto la voz por la angustiada emoción de aquellas palabras que le arrancaban del alma, rompió a llorar acongojada.

Y ahora, allí, al recordarlo ella, frente al playazo, silente y monótono, que daba a la ventana de su cuarto de Caimanera, nublósele la vista y sintió que dos gruesas lágrimas descendían por sus mejillas, hasta poner dos discos amarillentos en el papel de cartas que seguía inviolado sobre la máquina de coser.

Rompió el pedazo de papel ampollado por las lágrimas; se pasó por los ojos la manga de la blusa, y se acomodó, en posición de escribir.

Mas, ello fué propósito perdido. La imaginación, afanada en rebuscar por el mundo de los recuerdos, dejó a Elena otra vez inerte, perdida la mirada por aquel mar de grama, solo y triste, que se extendía ante sus ojos, y siguió la mental reproducción, breve, afanosa, pero rigurosamente ordenada y exacta, de su desdichada historia.

Dos años atrás, una prima suya, que tenía diez años más que ella y que se había casado, cuando la Guerra de Independencia, con un oficial del ejército español, vino a Pinar del Río, en compañía de su marido, con el fin de pasar algunos meses al lado de un hermano de aquél, dichoso mercader de tabaco que, adelantando dinero a los guajiros con el módico interés del veinte por ciento, y regulando arbitrariamente el mercado de la rica y sin igual hoja vueltabajera, había reunido una fortuna considerable.

A su paso por La Habana, rumbo a la capital pi-

nareña, empenóse la prima, que también alentaba deseos de estar al lado de alguna de su gente, después de ocho años de ausencia, en llevarse consigo a Esperanza y a Ella. Y, como ésto resultaba un alivio para la miseria de la casa, al propio tiempo que una rara oportunidad para que tuvieran una época de expansiones propias de la juventud, obtúvose el consentimiento de la madre y el visto bueno del padre; y allá se fueron, a la pintoresca ciudad occidental, las dos hermanas, ávidas de un cambio de vida, aunque fuese pasajero; deseosas de amistades con gente joven, de bailes, paseos y visitas. Mientras el tren volaba entre vegueríos y palmares, camino de la ciudad provinciana, que en la imaginación de Ella presentábase con un misterioso encanto de leyenda, pensaba la pobre si quizá podría encontrar allá el hombre que llenara, si no completamente, en parte, la aspiración de su ser: un hombre inteligente, algo culto, con ciertos medios de vida, que se quisiera casar con ella, evitándole el horror del regreso a La Habana y el horror de una caída, de otro modo inminente, en los fangales del vicio. Si al principio no se enamoraba ella del soñado pretendiente, a fuerza de fingírsele, a fuerza de agradecimiento, por noble inclinación de su alma noble, quizá si llegase a sentir amor por él.

Entre dádivas de algunas ropas de medio uso, y de algunos ahorrillos de dinero de la prima, aquella buena de Clotilde, y obsequios rumbosos del mercader de tabaco, bestialmente enamorado de Ella, "las habaneras", como desde un principio las llamaron los pinareños, empezaron a llamar la atención de todos; Esperanza, que acababa de cumplir los doce años, por la redondez de sus piernas y su irresistible afición a la coquetería, y Ella por las bellezas de su cuerpo y de su rostro, realizadas por la buena ropa, por su aire de innata distinción y por la no afectada sencillez e independencia de su carácter con que

hollaba las tradicionales mojigaterías del trato social provinciano.

Alborotada estaba la muchachería de la ciudad con aquellas simpáticas “habaneras” que no perdían un baile, ni faltaban a ninguna “retreta” en el parquecillo central, y que a todos daban cuerda con encantadora libertad. Y tal como Ella lo esperaba, y lo deseaba, los pretendientes, de todas las intenciones, más o menos decididos, no faltaron desde el primer momento.

Tantos, que hubo de sobra en donde escoger. El primero en significarse con sus pretensiones, hechas patentes con una forzada prodigalidad de cortes de vestidos, medias y otros regalos “útiles”, que eran como intencionado y cursi anticipo de una espléndida canastilla de boda, fué el su casi pariente, el mercader de tabaco, Ruperto Ledón. Después continuaron en turno, en la demanda por carta, o por asedios personales, del clásicamente dulce “sí”, aquel boticario, flaco y largo como una caña brava, que se creía que todas las mujeres se prendaban de su bigote negro y de las crónicas ultramodernistas que publicaba en *El Eco*, sobre el seudónimo de *Febo*, y a cuya desmedrada musa atribuía Ella, burlonamente, los ciclones de Pinar del Río; un teniente de la Guardia Rural, que a Ella se le ocurría que semejava un muñeco de palitos de fósforos, con cabeza de garbanzo; un banquero de monte, íntimo del teniente, que siempre estaba en los sillones del Liceo, exhibiendo sus trajes de dril número cien y su enorme solitario, y dos estudiantes, hijos de un acaudalado “bodeguero”, muy atildados en el vestir, quienes se pasaban las mañanas en la cama, las tardes juntando bolas en los billares de la “sociedad” y las noches haciéndole el amor a cualquier muchacha que, más tarde, era despellejada en los corrillos trasnochadores del café y el parque.

Gozaba ella, ahora, recordando la habilidad con que supo entretener a todos sus pretendientes, sin

caer nunca en acciones o en ofrecimientos que la comprometieran, mientras estudiaba las ventajas de uno y otro partido, y consultaba sus personales inclinaciones, en su empeño de hermanar las ventajas de un matrimonio bueno, en lo que éste pudiera tener de material, de interesado, con los puros sentimientos de su alma que se resistía al sacrificio de entregarse a un hombre por el cual no sintiese alguna simpatía; un hombre en quien no pudiese hallar una relativa satisfacción a sus anhelos de mujer delicada, que ansiaba para ir por la vida un compañero que, aunque medianamente, la supiera comprender, y a quien pudiera ella, más tarde, si no podía desde un principio, entregar todo el tesoro de ternuras y de bondades que guardaba su corazón.

Y no pensó, desde el primer momento, en la posibilidad de hallar en aquella misteriosa y atrayente Pinar del Río, que la llenaba de intrigas, esperanzas e ilusiones, un hombre que llenara sus deseos, en lo moral y en lo físico, y que honrada y decididamente se enamorara de ella, aunque ese hombre fuera pobre, muy pobre; porque ella, con quien la Suerte, la Providencia, o lo que fuese, había sido tan avara, no podía esperar una felicidad semejante.

Pasaba el tiempo. El nombre de Esperanza y el de Ella andaban en boca de todas las beatas y solteronas de la población, y en la mala lengua de pretendientes despechados y envidiosos que afirmaban haber recibido de ellas toda clase de favores; por otra parte, se acercaba la fecha del regreso a la Capital; y Ella veía, con dolor, que, o se vendía al oro de Ruperto Ledón, hombre muy bueno, pero grandemente distanciado de Ella en cultura e inteligencia, y de quien Ella se burlaba, a solas con Esperanza, remedando su costumbre de tomar la sopa sorbiéndola ruidosamente de la cuchara, e imitando su modo de andar, "a lo juanete martirizado", como decía su hermana; o se decidía por el bigotudo y antipático boticario-poeta, o se tendría que resignar a

volver otra vez a La Habana, a la horrible miseria de la casa de sus padres.

Fué en un día de penosa indecisión, de cruenta lucha entre la realidad brutal y la honradez de sus pensamientos, cuando conoció a José Pérez, estudiante de medicina que acababa de llegar a la ciudad con el fin de pasar una temporada de vacaciones al lado de sus padres, para más tarde regresar a los Estados Unidos, país en que hacía sus estudios y en el cual recibiríase de médico a fines de año.

Desde el primer día de su encuentro, Pepe se enamoró de ella locamente. De veintiséis años, de maneras muy finas, muy pulcro en el corte "americanizado" de sus trajes, y de una conversación un poco más cuerda y agradable que lo que Ella había encontrado hasta entonces en todos sus pretendientes—sin contar lo de la carrera de médico—, pronto llegó "casi" a gustarle el joven, que, sobre las condiciones de marras, tenía la no despreciable de unos ojos negros, grandes, muy bonitos, que se fijaban con cierta melancolía, que ella siempre considerara como el mayor encanto de la mirada.

—¡Qué caramba!—se dijo desde el primer día.—Este, por lo menos, me gusta "un poco".

Con ésto, y con que, por ende, Ella creyese que con un tanto de tiempo y deseos llegaría a quererle más adelante, bastóle para que—obligada, al propio tiempo, a resolver su situación cuanto antes—le "correspondiese" y se dispusiera a emplear todas sus mañas de mujer inteligente, bonita y que se sabe deseada, para engolosinar al futuro médico, impulsándole a precipitar la boda.

Entregó sus primeros besos de amor, los primeros que daba en su vida, después de hacerse rogar días enteros; acicateó el deseo del novio, dejándole ver, en ratos en que él ardía en fiebre amorosa y ella casi llegaba a quererlo "un poco más", ciertos no muy recónditos "pedacitos" de su cuerpo; le dió motivos inocentes, pero bien estudiados, de celos, de



temores de que la rica presa se le escapase de las manos, y así tuvo, para Ella, feliz y rápido fin aquel noviazgo. Secundaron eficazmente sus deseos la oposición de los padres de él, que deseaban para esposa del médico una "muchacha de la sociedad", y por el despecho de Ruperto Ledón, que procuraba, con toda su autoridad de dueño de la casa en que ellas vivían, que las jóvenes precipitaran de todos modos su regreso a la casa de los padres.

Se casaron en La Habana, y la misma tarde de de la boda salieron para Nueva York, acompañados de Esperanza, en viaje de novios, que al mismo tiempo era el último viaje de estudiante de él, quien a los ocho o diez meses obtendría, en Filadelfia, su título de doctor en medicina.

Vino a su mente, sin querer, diríase que de paso, el recuerdo detestable de su primera noche de casada, que fué como una cruel lección de lo difícil que es para una mujer de los sentimientos e inclinaciones de Ella, el tener que acompañar en la vida a un hombre a quien no se ama mucho más de lo que Ella amaba a Pepe, y que, junto con ciertas bondades, y con algunos extremos afectuosos, tiene, como la generalidad de los hombres, mil ideas falsas, consagradas por costumbres, códigos y religiones, sobre la sumisión que debe tener la mujer casada, para todos los deseos, creencias y propósitos del marido.

Imbuido de la absurda idea, consecuencia de las leyes y costumbres morales de la civilización cristiana, de que un hombre no puede pasar de la primera noche de casado sin dar pruebas materiales de su virilidad, so pena de lastimar profundamente su amor propio a los ojos de la esposa, cuyas negativas de natural pudor unas veces, impuestas otras por transitorias circunstancias físicas, se toman como estudiada y convencional resistencia de quien arde en los propios deseos que el, en tales casos, violador; imbuido de tales concepciones antinaturales, aprendidas en mil libros estúpidos y confirmadas por todas

las conversaciones en que se habla de esas cosas, y también, indudablemente, afiebrado por el deseo, Pepe había olvidado la más elemental delicadeza; e incapaz de prever el desastroso efecto que su mala conducta, en aquella hora inolvidable, habría de dejar en el alma de Ella, la había poseído bestialmente, tan pronto como Ella, perdida de vista La Habana, se había refugiado en el camarote, con el dolor de la separación de su madre y hermanitos allá en lo más adentro del pecho, y con las suciedades y agonías de un espantoso e inaliviable mareo.

Estaba Ella prevenida, por sus copiosas y escogidas lecturas, de todos estos brutales egoísmos, y, con todo, su alma sufrió una fuerte sacudida, aquella y las otras noches del viaje a Nueva York, en las cuales, con la misma falta de miramientos a su estado de verdadera enferma—ya que no podía levantarse, ocuparse del más superficial aseo de su cuerpo, alisarse siquiera el cabello, ni sostener en el estómago una taza de caldo—su marido había seguido saciando sus deseos de que el cuerpo de Ella se le acabara de entregar, total y rápidamente, como dueño que era de él; manoseándola, mordiéndola, besándola por todas partes, sin otras treguas que las impuestas por el cansancio nervioso, después de repetidas posesiones, a veces interrumpidas por las náuseas y los vómitos de Ella.

Sí; sabía, mucho había leído Ella sobre estas consecuencias deplorables de la sacratísima y nunca bien ponderada institución del matrimonio, tal como la entiende nuestra flamante organización social, plena de aberraciones y prejuicios, victimarios de la personalidad femenina, violentadores de las leyes naturales. Pero su incipiente cariño hacia Pepe, la relativa educación y el impetuoso enamoramiento de que éste diera pruebas durante el breve noviazgo, la hacían esperar otra noche de boda, muy distinta a la que pasó en aquel inolvidable camarote que se balan-

ceaba horriblemente, siguiendo los bandazos y cabeceos del vapor.

¡Noche de bodas! ¡Qué desencanto! ¡Era aquello que sintió Ella, todas las veces que “se rindió” a su marido, el placer de los placeres cantado por poetas y novelistas, la cosa sublime que exalta la curiosidad de la mujer virgen y puebla el sueño de los adolescentes de imágenes y deseos de suprema voluptuosidad?

No sabía a qué atribuirlo; pero, a la verdad, sus primeros contactos con Pepe fueron, más que insípidos, desagradables, y más tarde, en las dos o más veces que él la solicitaba cada noche, en los primeros meses de casados, pocas había Ella experimentado un deleite tan exquisito como siempre creyera, antes de probarlo, que fuese “aquello” que todo el mundo afirmaba que era tan “sabroso”. Para Ella, hasta entonces, era la tal cosa algo que no tenía más valor que las comodidades, los vestidos, los paseos y la relativa independencia que le proporcionaba el matrimonio. Tanto, que muchas veces, por acallar los celos y ciertas sollicitaciones de tonta vanidad del marido, había tenido que fingir goces y espasmos que estaba muy lejos de sentir. ¡Y, sin embargo, su padre aseveraba que aquellos arranques de su carácter, de la dignidad de Ella, en los continuos disgustos del hogar, no eran otra cosa que inclinaciones a lo malo! ¡Y lo mismo aseguraba, en tertulias de interesados e hipócritas murmuradores, no poca gente despechada por el soberano desdén que la inspiraban las “buenas personas” de su barrio, cuando Ella vivía en La Habana; partida de orgullosos que, en inteligencia y sentimientos morales verdaderos, estaban muy por debajo de Ella! ¡Qué gente; demonios! Aquellos figurines de Pinar del Río, que creen colmadas todas sus aspiraciones con pasear, por las calles de una ciudad cualquiera, un buen flus de casimir y una piedra en la sortija. Y aquellos “padres de familia”, viejos moralistas sifilíticos, a quie-

nes se les ponían ojos de sátiro viéndole las piernas a Esperanza, y que luego se iban al Casino a exco- mulgar a "las habaneras".

¡Vaya, vaya! ¡Lo que son las reputaciones! ¡Y si se supiera lo poco que a Ella le gustaba "aquello", la piedra de toque de tan piadosas maledicencias!

Por ahí se iba, a divagar, su imaginación; pero como si hallárase en un inopinado y trascendental momento decisivo, pronta e inconscientemente volvió de nuevo al hilo de sus cavilaciones.

En Nueva York, a fuerza de empeñarse en querer a Pepe, como ingenuamente pensaba Ella, "todo lo más posible", ya que con él tendría que vivir siempre; a fuerza de intentar conformarse con su relativa felicidad; pensando, con toda cordura, que tenía más razones para considerarse dichosa, que para lo contrario, y a fuerza, en fin, de fijarse en el comportamiento inmejorable de él, había logrado vivir bien los primeros meses de matrimonio, y llegó a creer que todo, con el tiempo, seguiría el mismo curso, pasablemente feliz y sosegado.

Mas, luego, y por más que se afanase en ser dócil a tales filosofías, fué apoderando de Ella una riesgosa e invencible repulsión a las costumbres, al modo de ser yanqui, a la vida neoyorquina que llevaba ella, aislada, de constante clausura, y a cuanto, en tal sentido, constituía la pasión de su marido; repulsión que se manifestaba por una nostalgia sojuzgadora, de las cosas de Cuba: el sol tropical, las comidas, la franqueza de carácter, y, más que otra cosa, su casa, la casa en que vegetaba, también entristecida por la ausencia, su querida "vieja".

E hicieron que se exacerbaban sus alternados períodos de melancolía, de tedio y malhumor, las discusiones, a veces un tanto ásperas, que sostenía con Pepe, por las diferencias de criterio antedichas y por otras no menos visibles y comprometedoras que existían entre él y Ella. ¡Cuidado que era decepcionante, incomprensible, aquella desafección que sentía él

por los libros, especialmente, por los libros latinos, a los cuales llamaba "pasatiempos románticos de gente a la cual le gusta perder el tiempo leyendo boberías de amores", considerándolos muy por debajo de la "magazinesca" literatura norteamericana! Porque ¡hasta en éso! les daba Pepe la superhombría a los yanquis. Cualquiera gansada de Marden, sobre el mejor sistema de anunciar jamones; cualquier tartarinada de "magazine", o cualquier historieta de "cow boys", le parecía muy superior, mucho más "práctica" y deleitosa que el mejor libro de Pereda o de Balzac.

Luego, aquella maldita obsesión, producto, asimismo, de su afecto a todas las características de los angloamericanos, de graduarse de doctor cuanto antes, para empezar a reunir dinero, gracias a una serie de proyectos y de propósitos de economía disciplinaria que le daban vuelta por la sesera y le llevaban a no ocuparse, ni hablar, ni pensar, en otra cosa que no fueran los libros, los estudios, los exámenes, dejando, por ende, que el fastidio se siguiera apoderando de Ella en aquella odiada casa de huéspedes latinoamericana en que pasaba noches y días enteros sin salir a ninguna parte, charlando con Esperanza sobre las mismas tonterías caseras, eternamente repetidas.

¿No llevó él su metodomanía y su boba sensatez hasta el extremo de, pasados los primeros meses de furor amoroso, impedir la probable aparición de un hijo, con una serie de sucias manipulaciones, de preventivos mortificantes, que repugnaban al carácter de Ella, innatamente dado a lo natural y verdadero?

Por esta misma disparidad en el sentir y en el pensar de ambos, sus polémicas muchas veces acabaron por dejar en los dos cierto resquemor que sólo servía para hacer más evidente, al fino espíritu de Ella, el divorcio moral que la separaba de Pepe, y para hacer resaltar otra diferencia de modos de ver las cosas, que, precisamente, era la que más lastimaba el amor propio de Ella. Pepe, aunque muy americano

en otros extremos, tenía muy arraigada la idea de que la mujer no puede, ni debe, en nada, saber más que su marido, ante cuya autoridad y opiniones aquélla ha de inclinarse, si no convencida, reverentemente deslumbrada—es decir: un segundo Jaime Blanco, en lontananza—; y Ella era, en éso más que en otras cosas, por carácter y por convicciones, la polarización del punto de vista de él.

Sin embargo, Ella, por las razones consabidas, por su horror a los caminos torcidos, siguió en sus propósitos de disculpar y sobrellevar el carácter de Pepe, en borrar, o mejor aún, en no ahondar las diferencias existentes entre ambos, y en seguir “queriéndole”. Porque, fuera de esas opiniones tan diametralmente opuestas a las de Ella, y fuera de su egoísta fiebre de estudio y de dinero, no le daba disgustos de ninguna especie. Y, además, lo dicho: que a Ella le “gustaba un poco Pepe”. ¿De veras le “gustaba”? Y se repetía ahora esta pregunta que muchas veces se hiciera en Nueva York, en sus días de incurable aburrimiento, y más aún, en los ratos en que mejor se llevaba con él.

Y así, en el curso de uno de sus habituales soliloquios, pasado el encono de cierta viva discusión con Pepe, se le ocurrió la idea de proponer a éste que la dejase regresar a Cuba, acompañada de Esperanza, por supuesto, tres o cuatro meses antes que él; es decir, precisamente en el tiempo en que más peligraban sus propósitos, de los momentos de cordura, de no comprometer su situación, aumentándole a su marido los disgustos de aquellos meses inmediatamente anteriores a los exámenes.

Sobre este razonamiento tuvo Ella otros no muy sofisticos por cierto, para inclinar la voluntad de su marido—quien, como puede presumirse, no necesitaba ser muy convencido en esta ocasión—hacia el bienintencionado proyecto. Antes que otra cosa, y aun por encima de la premisa ya recordada, presentábase aquel escandaloso enamoramiento de Esperan-

za y el general venezolano, casado y con dos hijos, que también vivía en la casa de huéspedes de autos; mentidero espantable cuya necesidad de chismes y enredos nutriase, en tales días, con aquel peligroso coquetear que lindaba ya con el más descocado e imposible noviazgo. Era tal la locura de los dos enamorados, que, para evitar que las cosas continuasen de aquel modo, no había otro recurso que "poner agua de por medio". Luego, era innegable que él estaba en lo cierto al opinar que la "neurastenia" se le quitaría a Ella tan pronto como regresara a Cuba, libres los dos de la pesadez de aquellas últimas semanas de febril estudio y del temor desconcertante de los exámenes. Y, por último: que ahora se le presentaba a él la disyuntiva de llevarlas a Filadelfia los tres o cuatro meses que él tenía que permanecer allí, incurriendo, si lo hacía de ese modo, en los gastos consiguientes, o de conformarse con que las dos quedaran solas en Nueva York. ¿Por qué, pues, no las dejaba él anticipar la vuelta de ellas a Cuba? Cier-to que era dura la separación, y que, además, no faltaba otro inconveniente: que tendrían que viajar solas hasta Caimanera, lugar en que ahora vivía la familia de Ella, al amparo de un empleo de maestro carpintero que el padre había conseguido en el nuevo Ferrocarril del Este. Pero las razones en pro no eran menos decisivas.

Tanto lo eran, según la opinión de Pepe, que cuando Ella, en íntimo y solemne diálogo, esbozó su plan—sabio plan que, de cristalizar, ahorraría a los dos los peligros morales de aquellos meses—, él estuvo a punto de abrazarla entusiasmado, olvidando que la más elemental delicadeza exigía ciertos pinitos afectuosos, alguna disconformidad con aquella separación repentina, algún remedo de lucha entre las exigencias de su amor y la cruel imposición de aquel "mal necesario". Sin embargo, aunque no muy hábilmente, supo contenerse, para, entre un poco de simulación y otro poco de sinceridad, y con golpes

declamatorios, oponerse primero de un modo vehemente a la idea de Ella, para ir luego, por grados, como torcido por la realidad, aceptándolo todo “en vista de lo bien que ella había pensado las cosas”.

—Después de todo—había concluído él, dejando escapar el regocijo que le bailaba por el cuerpo—, cuando nos abracemos en Cuba, ya con mi título de doctor en el bolsillo, tendremos una segunda luna de miel.

Y aquella noche, y todas las que precedieron al día del viaje, tuvo él una recrudescencia pasional, y Ella un inexplicable aumento de cariño hacia él; recrudescencia y aumento de cariño que se tradujeron en deliciosas malas-noches, en las cuales Ella supo, casi, lo que eran los más intensos placeres, y él se desquitó, de antemano, de un trimestre de abstinencia.

En el muelle, el día de la separación, después de una mañana entera de besos, lágrimas y protestas amorosas, que a los dos, en aquellos momentos de suprema lealtad, brotáranles de lo más recóndito del alma, Ella casi llegó a sentir contrariedad por haber provocado aquel viaje, y había estado muy lejos de fingir cuando juró escribir todos los días, exigiéndole a él idéntica promesa. Quizá si aquel rarísimo estado de ánimo habría, en el fondo, salido de la fuente de inagotable piedad que es el corazón de la mujer; pero Ella estaba segura de haber seguido entonces el honrado impulso de sus buenos sentimientos. Y él, por su parte, habíase mostrado tan arrepentido como Ella de haber procedido con tanta ligereza en la decisión y arreglo de aquel viaje.

Alelada se quedó ahora, el pecho levemente oprimido por cierta sensación de tristeza, recordando la imagen de Pepe, en el muelle de la línea “Ward” en Nueva York, visiblemente apenado, haciéndole mil cariñosas recomendaciones para que las dos tuvieran un viaje libre de tropiezos; dándole paternales consejos e infalibles remedios para el mareo, y,



a la hora tremenda de la despedida, diciéndole adiós, incansablemente, con el pajilla en una mano y el pañuelo en la otra, hasta que el vapor desapareció por detrás de la *Governor's Island*.

¡El pobre! Después de todo, no era tan malo. Un poco egoísta, tan mal educado como la mayoría de sus compatriotas, y un poquito cerrado de mollera. En cambio, estaba muy enamorado de Ella. Sí; el pobre...

Iba, fatalmente, de nuevo a su barrenillo, a imponerse por centésima vez el propósito de domar su modo de ser impresionable, descontentadizo, reñido con las realidades de la vida, cuando distrájole la atención una nube de humo, negra y espesa, que emergía repentinamente de la arboleda cercana al playazo, por el lado izquierdo, al propio tiempo que se empezó a sentir el ruido peculiar que anuncia la llegada de un tren.

Con seguridad que era el de viajeros, de las once y media, en el cual regresaban de Guantánamo su padre—que aquella mañana sí pudo dejar de ir al trabajo—, Esperanza y los varones, que habían ido a comprar alguna ropa, de cama y de vestir, con los ahorrillos traídos por Ella.

Con el reflejo del sol, brilló la farola de la máquina entre los árboles; brotó recto el chorro de vapor del silbato, oyóse el aviso de éste, y en seguida se presentó a la vista de Elena el tren de viajeros, que rayaba, veloz y triunfador, un costado de la playa.

Por lógica e inevitable asociación de ideas, la joven, a la vista del tren, recordó a Jacinto, que era maquinista; y por incontenible y casi dolorosa explosión de honrados sentimientos, en imperioso arranque de sinceridad, tuvo que confesarse a sí misma, como epílogo de toda aquella mañana de lacerante pensar, que, quisiéralo o no, pesárale o no, ella se había enamorado del joven obrero tanto como éste demostró haberse enamorado de ella en aquel día del domingo, en que toda una conspiración de circuns-

tancias, de secretos designios de la Suerte, así lo quiso.

Sí; era insensato, inútil, no reconocer la verdad. Ella, nunca, al lado de un hombre, oyéndole hablar, había experimentado la atracción irresistible que sintiera al lado de Jacinto en aquella conversación de "El Louvre", en la que él, con arrobadora elocuencia y sinceridad, le hablara de cosas que feliz y ajustadamente respondían a mil ideas de Ella; nunca, tampoco, gozara de un tan inexpresable deleite, mezcla de temor, de deseos, de infinita melancolía, como en aquel momento dichosísimo, de la carretera, en que él, entusiasmado por la poesía de la hora, el encanto del delicioso cuadro de vida que les servía de escena y la sugestiva presencia de Ella, confesóla casi su amor, con exquisita delicadeza. Y, luego, la despedida en el muelle de Santiago, fué sin duda lo más grande, lo que más profundamente la había conmovido en los días de su vida.

Por eso, y no por otra causa, llevaba allí horas enteras, delante de la caja de papel, sin empezar la carta para el marido, escarbando en sus recuerdos, espiándose la conciencia, con la indecible sensación del que siente que se le encima una decisiva y trascendente crisis moral, del que espera una noticia que ha de cambiar el curso de su vida; como quien se acerca al borde de temible y legendario abismo, atrayente y misterioso.

Y si, en este punto de sus cavilaciones, se hubiera preguntado a sí misma cómo andaban sus propósitos de conformarse con los "hechos consumados", sin soñar nunca más en soluciones, difíciles y peligrosas, del problema de su vida, después de su encuentro con Jacinto, hubiera tenido que reconocer también, y como consecuencia de lo que acababa de ver de un modo claro, que no podría ella afirmar el imperio de su voluntad en tal sentido, si él realmente se había enamorado de ella, y, alentado por las espontáneas e inconfundibles muestras de simpatía

que ella le diera, se determinaba, temeraria y resueltamente, a enamorarla, con todo el prestigio de su inteligencia, cultura y discreción, avaloradas por el poder de quien se sabe admirado y casi querido.

Esto—concluyó ella mentalmente, reafirmando en sus convicciones—será, puede ser, tal como he pensado, cosa que puede o no pesarme, buena o mala; pero innegablemente verdadera. Me gusta Jacinto; su talento, sus ideas, su conversación, su figura; todo él. Es ésta, de un modo indudable, la primera vez que me enamoro de veras. El es el único hombre con quien podría vivir dichosa toda la vida; el único a quien podría querer con todas las fuerzas de mis sentimientos. Es un mal, del que no me considero culpable en lo absoluto, ese de que le haya conocido después de casada. Cuánto podrán detenerme, dada la tremenda crisis que sufre mi vida actualmente, y dada la sinceridad del sentimiento que él me inspira, las conveniencias sociales, el honor de la familia, la consideración de los riesgos que me amenazan y la especie de piedad que me causa Pepe, es cosa difícil de predecir... ¡A seguir viviendo, pues! ¡Y a ver cómo se presentan las cosas!

Y, tanto porque ya se asustaba con las raras y temibles ideas que iban saliendo a la superficie, en este postrer buceo por lo más recóndito de su conciencia, como porque llegaban los que no debían ver aquella carta a medio empezar, cortó con esas últimas exclamaciones sus recuerdos y conjeturas, todo aquel batallar de su mente, y guardó en su baúl la cajita de papel y sobres.

\*

Parleros, desbordantes de alegría llegaban los muchachos, cada uno con varios paquetes del primer avío, completo, de ropas, zapatos y sombreros, que compraban en su vida, y su regocijo llegó al colmo cuando, al entrar en el cuarto de las hermanas, vie-

ron sobre la cama dos magníficos guantes de "base ball" y una legítima pelota de "Spalding", regalo de Pepe.

No ya las ropas que acababan de comprar; la noticia de haberse sacado el premio gordo de la lotería, no pudiera ponerles tan locos como la nunca soñada felicidad de verse con dos "mascotas" de cuero y una bola "espolin" en su manos. ¡De ellos! No pudieron resistir la tentación de ponerse los guantes, en seguida; probarlos con la pelota, que tiraban con gran cuidado de que no se ensuciase, como si estuviera hecha para jugar siempre dentro de la casa con ella, y mirar, remirar, palpar y dar vueltas a las tres cosas, golosamente, con la exquisita fruición del judío prestamista que cuenta un puñado de oro.

Esperanza siguió hasta la cocina, a poner en manos de "la vieja" lo comprado para ésta: tela para camisones y un corte de vestido. D. Jaime, como juez severo que maquina una inquisición formidable y no quiere contraer agradecimientos comprometedores, al bajar del tren mandó a los hijos para la casa y se quedó en uno de los cafés del pueblo, jugando una partida de billar con el coime, y, así, únicamente Elena fué testigo del alborozo incontenible, puerilmente sincero, de sus hermanos. Y la consideración de que sólo ella, porque tenía un marido algo rico, podía proporcionar tales bienes a los suyos, vino a poner nuevas dudas y temores en la angustiada complejidad de sus pensamientos.

Advertía, desde la cocina, Conchita que el almuerzo estaba listo. Fuése Elena a poner la mesa; Esperanza entró en el cuarto a cambiarse de ropa; Juan y Carlos dirigiéronse al café, en busca de D. Jaime, y al pcco rato estaban todos en la mesa, frente a los bien sazonados platillos, hechos con especial esmero por la inmejorable cocinera de la casa.

La madre, Esperanza y los muchachos, no tenían motivos para otra cosa que no fuera sentirse satisfechos y sonrientes, y por ello comieron con ruidoso

apetito. D. Jaime creyó que debía comer poco para demostrar su enojo por no poder desembuchar los regaños que se traía guardados, en aquel ambiente de regocijo y gratitud creado por la hija. Sólo pudo meter una pulla, aprovechando el desgano de Elena.

—¡Caramba! ¿Tantas ganas tenías de venir para comer a la criolla, para estar con nosotros, y ahora estás ahí, con esa cara de Magdalena arrepentida, probando todos los platos, sin comer de ninguno?—dijo el padre, en un tono entre seriote y zumbón.

—Es que tengo un amago de jaqueca—mintió la hija, dispuesta a capear el mal tiempo, mientras ello fuera dable.

Y, agregó, en seguida, dirigiéndose a Conchita:

—Por eso quiero que me des una taza de café, bien fuerte.

Tomado éste, D. Jaime se fué al portalito de la casa, a matar, con media siesta en una mecedora, las exigencias de la digestión y de las ginébras compuestas que se zampara como salvaje aperitivo mientras taqueaba bolas en el billar antes del almuerzo. Esperanza púsose a dar una mano a Conchita en el lavado de la loza y limpieza del comedor. Los muchachos se largaron con la pelota y con los guantes, a mostrárselos a sus camaradas de juegos callejeros, y Elena volvió a la máquina de coser, armada de sus efectos de escritorio, y dispuesta, de todos modos, a escribir la trabajosa carta para el marido.

En vano procuró sustraer su mente a las ideas tumultuosas que le dejara el desconcertante cavilar en que pasó toda la mañana; no pudo recordar ninguno de los párrafos cariñosos, expresivos, que tenía preparados desde la noche anterior, cuando alentaba los propósitos de hacer a Pepe una carta de verdadera enamorada, como las que hacían la felicidad de él en los días del noviazgo, allá en Pinar del Río; y por ello, después de tachar y borrar palabras y líneas enteras, de empezar veinte pliegos, de acabar casi con la caja de papel, de hacer supremos esfuerzos

de voluntad, tuvo que conformarse con mal escribir unos cuantos renglones, plagados de frases hechas, de consejos maternos, huérfanos de pasión, enteramente divorciados de cuanto era de esperarse en una mujer de su talla sentimental, de su cultura, en la primera carta, de la primer separación que ambos sufrían.

E inmediatamente se dispuso a cumplir su promesa, o casi promesa, de escribirle a Jacinto, sin saber a punto fijo lo que habría de decirle, y sin querer pensar, mucho ni poco, en el alcance de aquel paso que iba a dar; con la ceguera y terquedad de quien obedece a una fuerza instintiva, irrefrenable, que no admite réplica.

Dejó cerca, sin doblar, la carta de Pepe, para cubrir con ella la de Jacinto en caso de que Esperanza viniese por allí en caza de parrafitos, íntimos y vehementes, de "casados"; y con letra clara, firme y elegante, dejándose llevar de lo primero que le venía a la mente, produjo este raro ejemplar de maquiavélica literatura femenil:

Caimanera, & &.

Sr. Jacinto Estébanez.

Hotel "El Louvre".

Santiago de Cuba.

Mi estimado amigo:

Aquí me tiene usted, dispuesta a incurrir en la debilidad (no pongo indiscreción, temeridad u otro término más adecuado, por no ofender la delicadeza de usted) de escribirle; accediendo, con ello, a los reiterados y atendibles ruegos que me hizo usted el domingo.

Y aquí me tiene usted, repitiéndome la pregunta que me vengo haciendo desde el instante en que tomé la determinación de escribir a usted: ¿Qué es lo que voy a decirle?

Si no fuese ello una extravagancia, una especie de "tomadura de pelo", haría yo ahora, en este mismo párrafo, lo que esos cronistas de la prensa diaria, que, en los días en que les falta un tema de interés y la fantasía se les resiste a producir uno pasable, salen del paso llenando las cuartillas de rigor con la enumeración de sus precarias dificultades, soltándole al público, al pie del escrito, una salida de este tenor: "Y he aquí que, sin haber tenido de qué, hemos sacado algo con que cumplir, por hoy, con el querido lector." Podría yo decir ahora: ¿No quería usted que yo le escribiera? Pues, ahí va esta carta de tres párrafos. ¡Y ni que decir!

Pero, no; voy a ser más "formalita", para que usted no se enoje, y para obtener el derecho de exigir, más adelante.

Dediqué la mañana del viaje a la lectura del libro de Queiroz, que usted tuvo la fineza de regalarme. Empecé por el capítulo que usted me recomendó: el de "Pacheco"; y tan bueno lo hallé, que no pude resistir los deseos de conocer, en seguida, todo lo demás. No me sorprende que esté usted tan enamorado de Queiroz. Si todo lo de él es como el *Epistolario de Fradique Méndez*, nada más natural que al gusto literario de usted le "sepa" a néctar de los dioses. ¿No cree usted que los que no podemos soñar con producir algo semejante en toda la vida, debemos, por lo menos, sentir la satisfacción de ser de los pocos escogidos capaces de apreciar las bellezas contenidas en las obras de los maestros?

Pregunta inútil. Por lo que verá usted a continuación, no debí formularla. Ella, y otras que se me escaparon más atrás, están condenadas a quedar sin réplica. Pero (venga bien o mal), insistiendo en mis desautorizados elogios a Queiroz: ahora que conozco el libro de autos, repito a usted, con más sinceridad si cabe, las gracias que le dí en el momento del obsequio. Gracias por el libro excelente, y por la inclinación que me ha hecho usted sentir hacia su

autor favorito, con el que pronto he de estar, no me cabe duda, en abierta comunión de aficiones, ideas y sentimientos...; tal como, por lo visto, he de estarlo con usted en todo...

Menos en lo que usted afirmaba de que he de aburrirme en Caimanera. Es un paraje de lo más pintoresco que se puede imaginar. Tiene todos los encantos de un "pueblo", vecino del mar—que es una de mis pasiones—y rodeado de un campo lindísimo, y, al propio tiempo, no le faltan ciertos golpes de civilización, que hacen que no eche una de menos las facilidades y el "confort" de las grandes ciudades. Esto se debe a que, como usted no ignora, hay bastante *tráfico* de trenes y vapores, y a que, sobre todo, esta es la población más cercana a las carboneras yanquis, y, por ende, un lugar muy frecuentado por la oficialidad de la guarnición y de los barcos de guerra que en ella se detienen. Un sitio ideal para escauceos románticos, sistema carrete... ¡Ah, bueno! Y, como tengo muchos libros que compré en La Habana, estoy al lado de la familia y me ocupo mucho de saciarme de aquellas "cosas de Cuba" de que tanto hablamos en Santiago, lo paso muy bien.

No se me ocurre ninguna otra cosa que pueda interesarle, si es que, en realidad, lo dicho hasta ahora puede ser de interés para usted; y, por lo mismo, voy a epilogar con todas las advertencias que van a renglón seguido.

Que, así como yo he sido condescendiente al escribirle estas líneas, sea usted un buen muchacho y no me pida la repetición del disparate que ésto implica.

Que como, premeditadamente, no doy a usted ninguna dirección, no se le vaya a ocurrir escribirme, de todos modos, exponiéndome a que la carta sea vista por cualquiera otra persona; con lo cual habría de causarme usted un tremendo disgusto que no le perdonaría en toda la vida. Fíjese bien: ¡En toda la vida!



Que, cuidadito con ponerse a hacer la crítica de esta carta, con toda la “perversidad” y agudeza de que hizo usted gala el otro día, al burlarse de medio mundo. Ni lo sé hacer mejor, ni de saberlo me hubiera sido posible, porque le estoy escribiendo con todos los trabajos y temores de quien sabe que, si es sorprendido, se le viene encima el cielo y la tierra. Para usar un término de usted (para que vea que me acuerdo de todo), le diré que le estoy escribiendo a sesenta millas por hora, estampando las ideas tal como se me ocurren, sin ocuparme en ordenar los conceptos y sin los repasos pulimentadores de la forma, que exige una carta digna de la cultura de usted.

Y, para concluir, que... ¡Me arrepiento! Iba a soltar una indicación que es redundante tratándose de una persona de la penetración y caballerosidad de usted: la de que el secreto éste, de haberle escrito, quede entre ambos. No porque, en verdad, haya yo cometido un horrendo delito, ni siquiera una falta “venial”, sino por lo que ya usted sabe de la Moral, la Sociedad y todas aquellas otras cosas que Pacheco escribía así, con mayúsculas.

Soy su amiga,

Elena.

---

Escribió sendos sobres para las dos cartas, las metió en ellos, y, acompañadas de la cajita de los papeles, las guardó en su baúl, sin olvidar la precaución de echar llave.

Por la tarde, después de la comida, fué con Esperanza a dar un paseo por la calle que corre a la orilla de la bahía, casi llena, a tal hora, de oficiales y soldados yanquis, que se sorprendían feliz y galantemente al ver a las lindas muchachas con su aire y sus trajes de tono francamente “americanizado”.

Al pasar por el correo, sacó Elena del seno las dos

cartas, y con un rápido movimiento las soltó en el buzón.

Y en seguida presentósele una duda terrible, que la puso nerviosa, visiblemente asustada, y que la obligó a simular un repentino dolor de cabeza como explicación de aquel inopinado cambio: la duda de que, como pasa en folletines y melodramas, hubiera cometido el error de trocar los sobres al meter las cartas en ellos.

### III

En este año en que Jacinto Estébanez era maquinista de trenes de viajeros en el Ferrocarril de Cuba, ya Camagüey se había librado del quietismo social y económico en que viviera durante la época en que se llamó Puerto Príncipe, antes de que las paralelas de la mentada empresa pusieran a la vetusta y patriarcal ciudad en rápida y fácil comunicación con el resto del país y, por consecuencia, con el mundo civilizado.

Fué un cambio sorprendente, por lo repentino, el que dió la capital provinciana, al nacer a la vida industrial con la construcción del camino de hierro. En un lustro modernizáronse las calles, embellecieronse los paseos, ampliáronse las plazas, aclimatóse la higiene, la tradicional volanta fué sustituida por el raudo y democratizador tranvía eléctrico, y los primitivos tinajones sintieron la amenaza del imprescindible acueducto, entonces en proyecto, hoy alabada realidad. Y, naturalmente, como lógica secuela de tanto progreso material, también sentaron sus reales en la tierra del padre Valencia, entre otras exigencias de la época, los gonfaloneros del libre-

pensamiento, el socialismo y la acracia. Que—según frase lapidaria de uno de los últimos—“tales milagros no son imposibles cuando el humo del carbón de piedra, en ofrenda al dios del Progreso y la Civilización, sustituye al incienso enervante de las iglesias, elevado a la gloria de un dios desconocido”.

Los apasionados por estos lirismos, los demagogos de la causa obrera, que se empeñan en arreglar el mundo con proclamas y arengas retumbantes, y los apóstoles de la propia causa, partidarios de los métodos evolutivos, eran, sin embargo, tan pocos en Camagüey en aquellos días, que los burgueses aún no se desvelaban con la oratoria frondosa y las bombas de tinta de los primeros, ni con el proselitismo de guante blanco, pero visible, sólido y fecundo, del grupo de los últimos, que era el de Jacinto y sus camaradas.

Confiabán los aludidos burgueses en que no era posible que así, de manera tan inopinada, pudieran aclimatarse en la vieja ciudad, protegida por la santa influencia de sus numerosos y seculares templos, ideas endemoniadas de reivindicaciones obreras, que, al decir de los tales, sólo pueden arraigar en pueblos impiamente civilizados, que, ingratos, desprecian la caridad cristiana y olvidan a Dios, para ir a caer, con ciega soberbia, en ese horrible socialismo que pretende quitar a los ricos el producto de su honrado y duro trabajo, para repartirlo entre todos los holgazanes del mundo.

Pero, por milagro semejante al que implicaba la rápida civilización material de la ciudad; milagro más notable porque no se ajustaba a los doctos y sesudos cálculos de patronos, curas, gobernantes y demás puntales del edificio social, resultó que, de buenas a primeras, Camagüey vióse agitada por una huelga que, en espíritu revolucionario y detalles emocionantes, poco tuvo que envidiar a las más famosas que en Barcelona han sido.

Cabalmente, el día en que Jacinto llegó a su casa

con el cansancio mental y físico que le causara su encuentro, el día anterior, con Elena Blanco, fué recibido por un íntimo amigo y compañero, que le esperaba, sabedor de la hora en que el primero concluía su quehacer, para invitarle a una reunión que íbase a llevar a cabo aquella misma noche en el domicilio de uno de los anarquistas que operaban por los talleres del ferrocarril; reunión en la cual habríase de tratar de la forma en que pudiérasele presentar, a la citada empresa, una huelga, violenta y repentina, en demanda de un aumento de jornales.

Le disgustó al invitado la idea de asistir a tal reunión; porque, por sus estudios y por experiencias como aquella que le costó su empleo en Costa Rica, sabía él que de esos movimientos obreros nacidos de repente, al calor de entusiasmos sentimentales pasajeros, sin la base de una fuerte organización, sólo se saca, la mayor parte de las veces, el inútil sacrificio de los compañeros más heroicos y bienintencionados. Mas, el que invitaba para la reunión era un intransigente apóstol del anarquismo y de la lucha proletaria enredada en los cánones de filosofías especulativas, repartidor de folletos y periódicos obreros, que más de una vez había afirmado en sus corrillos que Jacinto era un socialista vergonzante, que no hacía otra cosa que teorizar inofensivamente; y el maquinista, por un puntillo de amor propio no muy disculpable en un hombre de sus conocimientos, dócil por segunda vez a las imposiciones del "que dirán", decidió presentarse en aquel malhadado cónclave revolucionario.

Asistió al mismo una veintena de personas: tres amigos de Jacinto y de sus ideas, y unos quince discípulos del dueño de la casa.

Este, incansable repartidor, como va dicho, de literatura revolucionaria, parafraseador de sublimes filosofías reivindicadoras, era un sujeto alto, enjuto, cetrino, ojeroso, de cabellos y barbas tan crecidos como los de un apóstol ruso, de mirada brillante, cró-

nica chalina roja y hablar campanudo, sentencioso e incontenible. En el momento en que Jacinto llegó al lugar de la cita, el anarquista ocupaba la "mesa"—cubierta, casi, con toda una exhibición de láminas, folletos y periódicos de la propaganda, y colocada debajo de una bandera roja que hacía dosel a un retrato de Malatesta—y disertaba, ante los veinte compañeros arracimados en la salita de la casa, con el mismo esfuerzo pulmonar e idéntico tono declamatorio que pudiera exigir una inflamable asamblea de mil huelguistas.

Tan pronto como Jacinto pudo acomodarse entre sus amigos, el barbudo dueño de la casa se puso de pie y explicó el objeto de la reunión, con una perorata un tanto confusa por las divagaciones filosóficas y los apotegmas patéticos con que fué adornada. Terminó el orador con una invitación a Jacinto, para que éste, "como compañero mejor documentado por sus estudios profundos de la cuestión social, y por su reconocida 'sensatez y cordura' diera su opinión sobre la finalidad que allí congregaba a los presentes".

Los prejuicios de carácter negativo con que el maquinista había ido a la junta; la mala impresión que le causara aquel ambiente de recelo, de afanes exhibicionistas, aumentáronse con la cáustica ironía que destiló el personaje que ocupaba "la mesa", en las frases empleadas para ofrecer la palabra al compañero Estébanez.

Sonsacado de ese modo el carácter resuelto del último, improvisó éste un discurso reposado, libre de inútil palabrería efectista, oponiéndose a la proyectada huelga con un cúmulo de razones, felices e ilevantables, entre las cuales primaba su tema de que, en toda lucha que el obrero presentase al patrono, y, por ende, al régimen capitalista, sin la fuerza de una previa y sólida preparación, los resultados tendrían que ser contraproducentes; tanto para los compañeros que tomasen la delantera, desafiando las re-

presalias patronales, como para los supremos intereses de la causa.

Pero, con todo; felices e ilevantables como fueron las razones del compañero Estébanez, no llegaron a desarmar el arranque de la mayoría, cuyos componentes, mientras el maquinista disertaba, movían la cabeza de un lado a otro, hacíanse guiños y se encogían de hombros, como diciendo: ¡Lo esperábamos, gandul! Y, apenas terminó nuestro hombre, todos sus contrarios pidieron, a un tiempo, la palabra para contradecirle.

Con aire de formidable parlamentario, que se dispone a pulverizar a un contrincante audaz, el de la "mesa" ordenó a los suyos que guardasen silencio; obedecieron reverentes los adoradores del maestro, y éste, solemne y peligrosamente inspirado, atolondró a Jacinto e hizo las delicias de la mayoría con un desborde oratorio, en el que dijo que todo eso de formar sociedades era una cosa desacreditada entre "obreros conscientes"; que para "acabar con la inicua explotación del hombre por el hombre", destruyendo los privilegios de la "infame burguesía", y establecer "un sistema basado en la socialización de los medios de trabajo", los trabajadores tenían que disponerse a "vivir para ser libres o morir para dejar de ser esclavos" y emplear la "acción revolucionaria", hasta establecer la sociedad del futuro, totalmente "libre de explotados y explotadores".

Fué, aquella, la apoteosis del grupo de los radicales; y cuando Jacinto, pasado el mareo que le causara el tremendo flujo verborreico, quiso preguntar qué tenía que ver todo lo dicho por el maestro con el asunto que motivaba la reunión, fué interrumpido por otro aspirante a orador; interrumpió a éste uno de los camaradas del maquinista; salieron a relucir las alusiones personales y las exposiciones de méritos "idem", y a las doce y media, cuando uno de los más tranquilos, cansado de resistir discursos, recordó que era más de la media noche, y que al amanecer

cer tendrían todos que ir al trabajo, sosegáronse los ánimos y se acordó que con la debida propaganda, y en un local más amplio, se volverían a reunir los compañeros dos días después.

Desde mucho antes de disolverse la reunión, el compañero Estébanez se hizo el propósito de no mezclarse más en breves demagógicos de aquellas trazas, y de disuadir a sus amigos que pensarán de otro modo distinto al de él.

Así, al llegar de Santiago el día convenido para la segunda junta, simuló una fuerte jaqueca, y, armado de un libro asilóse en su cama desde las tres de la tarde.

Los compañeros reuniéronse, esta vez, en la casa de otro de los más decididos partidarios del movimiento proyectado; casa que tenía un extenso salón, en el cual se congregaron unos treinta hombres. La bandera roja y el retrato de Malatesta fueron traídos de la otra casa, y, con ellos y otros adornos alegóricos, fueron decoradas las paredes para darles el aspecto de cosa imponente.

En resumen, puede afirmarse que el resultado de esta reunión no fué mucho más útil e ilustrativo que el de la primera. Tormentas oratorias, inacabables discusiones personales, proyectos heroicos y, como nota saliente, biliosos ataques, excomuniones y denuncias en contra de Jacinto; habiendo sobresalido en sus invectivas y desplantes un lamefaldones del Superintendente de Tracción, Mr. J. K. Light, sujeto, aquél, que se hizo invitar al "acto" por indicaciones de dicho jefe.

La mañana siguiente, éste recibía en su oficina una lista de los empleados de la empresa que habían asistido a las dos reuniones de autos. Y aquel mismo día fueron esos empleados puestos en la calle, "por conveniencias del servicio", según declaraba la carta que cada uno de ellos recibió de su jefe inmediato.

—Me parece que Mr. Light "ha comprado cabeza"—dijo Estébanez al leer el escrito en que le co-



municaban su cesantía—; puede ser que, cuando le venga “a coger miedo a los ojos”, sea un poco tarde.

El comentario del anarquista barbudo, “aplatanado” por diez años de buscar y perder empleos en el país, fué más lacónico:

—¡Se formó!

Y ambos acertaron. La incipiente rebeldía de un grupo de trabajadores descontentos, que, dejada en completa libertad, quizá si a poco hubiese llegado a deshacerse, a causa de sus vicios de origen, y que, en todo caso, pudo ser combatida con más inteligencia; debido a la conducta arbitraria y violenta de Mr. Light, convirtiéndose en formidable conspiración libertaria, capaz de hacer ver, a los más ciegos, que el mundo marcha, y con él hasta las ciudades lastradas con seculares, abundantes y espaciosos templos.

Con la rapidez con que se propaga el fuego por un campo de caña, en un día de fuerte viento estival, así corrió la noticia de la cesantía de Jacinto y sus compañeros por los dominios del Ferrocarril de Cuba, levantando un sordo rumor de protesta y amenaza entre casi todos los servidores de aquél.

Y no sólo en el Ferrocarril de Cuba. En poblaciones de ambiente provinciano, como Camagüey, en las cuales los prohombres de la política, profesionales y gobernantes, se ven obligados a codearse con los obreros que ganan buenos sueldos, y que pueden, por lo mismo, vivir con algún desahogo, vestir bien y frecuentar círculos sociales, natural era que un suceso como el que se relata diese alimento a la comidilla del día y a la nota de actualidad de la prensa de información.

Había en la ciudad tres diarios. El liberal y el conservador, insuprimibles, y el “órgano defensor de la colonia española”. Los dos primeros, haciendo equilibrios entre los supremos intereses electorales y los pases libres en los trenes de la compañía ferroviaria, trataron el asunto desde el punto de vista informativo, espolvoreado de algunos lugares comunes,

en forma de consejos e invocaciones patrióticas, y el "defensor de la colonia española" aprovechó la oportunidad de satisfacer malas mañas, exhibiendo al jefe yanqui como espejo de patronos y concitando al Gobierno en contra de los audaces que se habían atrevido a traer ideas disolventes de insubordinación popular a una ciudad tranquila, de abolengo religioso, como Camagüey. Por donde hubiérase podido colegir que los intereses de los gallegos que trabajaban en el Ferrocarril de Cuba, nada tenían que ver con los de la colonia española, defendida por aquel respetable vocero de la pública opinión.

Digresiones a un lado. A medida que pasaban las horas, después del desahogo de Mr. Light, la atmósfera de acres comentarios, amenazas y temores, se hacía más notablemente pesada entre los obreros y empleados subalternos del ferrocarril, en los incipientes gremios de tipógrafos y albañiles de la ciudad, y entre los estudiantes y otros jóvenes noveleros, aficionados a pasar de demagogos, que formaban corrillos, desmenuzadores de la gran noticia, en esquinas, redacciones y cafés.

Ducho en tales enredos, y soliviantado por el soberbio e injusto proceder de su ex patrono, tanto como porque le embullaba la inmejorable ocasión que se le presentaba de dar un "golpe", Juan Rebelde, que así decía llamarse el anarquista de la melena, se dispuso a sacar partido de la situación, a fin de levantar un movimiento de paro, aunque sólo fuese a base de manifestaciones, proclamas y discursos.

Aquella noche hubo una junta, en el centro de los albañiles, organizada por los obreros despedidos del ferrocarril, y a la cual asistieron algunos compañeros dispuestos al sacrificio con tal de punir la soberbia de sus jefes, no pocos trabajadores ajenos a la compañía ferroviaria y gran número de curiosos, que se desbordaron por las piezas contiguas al salón

de sesiones, por puertas y ventanas, hasta invadir la acera y el pedazo de calle fronteros al local.

Asistió Jacinto a esta junta. Si antes, por convicciones bien cimentadas, habíase mostrado contrario a esta clase de huelgas improvisadas y violentas, comprendió, después, que, dada la favorable agitación existente, no sería difícil dar una saludable lección a los magnates del ferrocarril; y por ello, tanto como porque no creyó digno hurtar el cuerpo en tales circunstancias, fué, desde el primer momento, a ocupar su puesto entre los impulsores de la efervescencia obrera.

Pronunciaron discursos los que encabezaban el grupo de cesantes, algunos políticos linceos que olieron la oportunidad de lucir galas oratorias con vistas a la "postulación", y dos o tres directivos del gremio de albañiles. Entre lo mejor que allí se dijo, sobresalió una magistral improvisación de Jacinto, quien tuvo la feliz agudeza de hacer creer perennemente que la concurrencia era casi toda compuesta de ferroviarios ansiosos de ir al paro. Varias veces fué interrumpido el compañero Estébanez con ensordecedoras rachas de aplausos y voces de "¡A la huelga!", que daban los anarquistas, por la circunstancias reconciliados con el orador, convenientemente distribuidos por todas las esquinas del local.

Después del discurso de Jacinto, que fué el penúltimo de los oradores de aquella noche, Juan Rebelde subió a la mesa que hacía las veces de tribuna, y, con voz y gesto mirabonianos, rogó a los compañeros que, tranquilos y esperanzados, se retiraran a sus casas, dejando solos a los que ya eran los directores del movimiento; porque éstos tenían que reunirse, secretamente, para tratar de asuntos importantes, encaminados a dar forma a esta gran protesta que serviría para demostrar hasta dónde llegaban la "dignidad y la vergüenza" de los obreros camagüeyanos!

Repitiéronse los gritos de “¡A la huelga!”, mientras se despejaba el lugar de la reunión, y pocos minutos después, en la secretaría del centro de los albañiles, empezaba el conciliábulo de que hablara Juan Rebelde.

Cuando éste y sus compañeros retiráronse a sus casas, pasada la media noche, quedaron en poder del primero dos pliegos de papel español rayado, que contenían todos estos acuerdos: solicitar, bien temprano en la mañana de aquel día, un permiso de la Alcaldía Municipal, para un mitin a las cinco de la tarde, hora en que salían del trabajo los obreros del taller, en la esquina de Avellaneda y Van Horne, lugar en el que desembocaban dichos obreros al retirarse a sus casas, y permiso también para otro mitin y una manifestación, la misma noche, en el propio sitio el primero, y la segunda para recorrer todas las calles del barrio de los ferrocarrileros; telegrafiar a la vecina ciudad de Ciego de Ávila, para que por el primer tren vinieran dos formidables oradores ácratas, amigos de Juan Rebelde, que operaban por los ingenios próximos a dicha ciudad; nombrar un comité de huelga, presidido por Estébanez, y otro, secreto, dirigido por Juan Rebelde—que no admitió el título de presidente—, para el caso de que el primero fuera disuelto o aprehendido por las autoridades, y recoger algunos reales para los gastos de manifestos, voladores, música y lo demás que fuese conveniente para asegurar el “éxito” de los mítines.

En la mañana, apenas Jacinto, Juan Rebelde y demás compañeros de lucha se echaron a la calle para dar cumplimiento a los acuerdos tomados la noche anterior, pudieron advertir que, después del mitin que va reseñado, la ciudad, doblemente agitada por las inquietantes noticias que corrían de boca en boca, ofrecía campo favorable para las intenciones del grupo conspirador.

Los periódicos ofrecieron extensas y emocionantes reseñas de la reunión habida en el centro de los al-

bañiles. Cada tren que llegaba a la ciudad traía un piquete de guardias rurales, sacados de los destacamentos más próximos. Bajaban los guardias al andén, con gran estrépito de fusiles, espuelas y cartuchos, y después de formar y numerarse ruidosamente—"un... dos... és... átro"—íbense al cuartel, en aparatosa y estudiada exhibición de fuerzas. Abundaban los volantes y manifiestos redactados por los agitadores obreros. Inventábanse y comentábanse las más descabelladas noticias en los billares, bodegas y kioscos de refrescos, próximos a las oficinas y talleres de la compañía, y hasta hubo un tremendo correcorre, allá, al mediodía, cuando un muchachón, que años atrás dejara la pierna derecha debajo de un tren, y que ahora guardaba un crucero, por un descuido dejó que la máquina de patio le rompiera los escalones traseros y algunos cristales a un tranvía eléctrico.

Con tan favorable ambiente, con la noticia de haber llegado en uno de los trenes de la tarde los dos famosos oradores ácratas, procedentes de Ciego de Ávila, y el anuncio de que Jacinto Estébanez, que en aquella situación contaba con las simpatías de todos, habría de hacer uso de la palabra, el mitin fué un triunfo total, por la abundancia de público. Aunque, a decir verdad, aquel público fué más de obreros ajenos al ferrocarril y de gente curiosa, que de compañeros de los expulsados del servicio; hallándose la explicación de este hecho, en el de que la mayoría de los primeros, no acostumbrados a los sueldos propios de las comarcas industriales, considerábase muy bien pagada con los sueldos dados por el ferrocarril. Mas, para las autoridades, la prensa, el público, incapaces de hacer una selección de la multitud congregada en torno de la tribuna roja, el "golpe"—que ideara Juan Rebelde—estaba dado, y de una manera ruidosa y aplastante.

Al igual que en la noche anterior, Jacinto Estébanez fué el héroe de la jornada oratoria. Su fra-

seología mesurada, lisa, sin dejar de ser enérgica, provocó tanto enardecimiento para la lucha como las acusaciones, protestas y excitativas, al rojo blanco, de los otros oradores; y el mérito del maquinista se impuso, consagrándole como la figura central del movimiento. Desde aquella hora su nombre estuvo en todos los labios, en todas las arengas y proclamas; repetido cien veces en las columnas de los periódicos, en los grupos de los jefes del ferrocarril y en el ir y venir de los telegramas oficiales. El destino, la casualidad o lo que fuese, le había convertido, en pocas horas, de hombre prudente y filósofo, enemigo de ideas y procedimientos borrascosos, en heroico aspirante al martirologio socialista.

Tan imponente como el mitin fué la nutrida y kilométrica manifestación, que alentada por los discursos iniciales, y por los que, en cada esquina del recorrido, pronunciaron improvisados oradores, electrizada por las bélicas notas de los pasodobles, el estallar de cohetes y bombas y el estrépito de las palmas, recorrió las calles más céntricas de la población hasta muy cerca de las doce de la noche.

Al llegar al centro de los albañiles, convertido, de hecho, en jefatura del movimiento, Juan Rebelde, ya casi afónico, pidió la disolución de la multitud y rogó a los "compañeros directores" que no se marcharan, ya que era preciso tener en seguida otra reunión secreta; terminando sus palabras con un "¡Viva la Huelga!", que fué repetido, a la vez, por el eco de mil gargantas:

—¡Viva la Huelga!...

Reunidos los promotores de ésta—treinta cesantes, cinco albañiles, igual número de tipógrafos y una veintena de ferroviarios en activo servicio—Estébanez ocupó la presidencia, y como no traía ningún plan fijo para seguir adelante, por mucho que pensara en ello todo el día, cedió la palabra a Juan Rebelde; aunque insinuando, antes, la única idea que por el momento se le antojaba recomendable: la de

mantener la "brava" todo el día siguiente, con la esperanza de que las autoridades y, quizá, los jefes del ferrocarril, no muy seguros de lo que había de verdad en todo aquello, se presentasen en escena, inquiriendo, transigentes, hasta dónde llegaban las pretensiones de los obreros.

Se opuso a ésto Juan Rebelde, diciendo que si pasaba aquella noche sin que se hiciera algo "práctico", las autoridades continuarían tomando precauciones, trayendo soldados, y los jefes del ferrocarril, por los medios a su alcance, descubrirían las deleznable bases del movimiento, y el resultado sería malgastar aquella inmejorable ocasión de sacudir a patronos y obreros camagüeyanos; que, en su sentir, ambas clases bien que lo necesitaban.

—Perfectamente. Estoy de acuerdo con lo dicho por el compañero. Pero, ¿qué se puede hacer?

—A la huelga—dijo una voz por allá por un rincón.

—¡A la huelga!—aprobaron todos.

—¿Y qué derecho tenemos nosotros, cincuenta hombres, no todos empleados de la compañía, para imponer la huelga, tan sólo sea a los quinientos trabajadores de los talleres?

—El derecho de la fuerza—replicó Juan Rebelde.

—¿Pero qué fuerza es ésa, de uno contra diez?

—Pues, vea usted—dijo Juan Rebelde—No se necesitan más de dos cosas. Una: la convicción de que, aunque ellos no lo crean así, a los trabajadores les conviene la huelga. La otra: tener los...: calzones bien puestos, para imponérsela, por las malas, si son tan burros que no entienden por las buenas. Con la bulla de esta noche, algunos ni siquiera saldrán de sus casas en la mañana; casi todos los que salgan lo harán con cierto temor, dispuestos a cejar en cuanto alguien, que "se disponga", se los exija como es debido. Para éso no hay más que nombrar comisiones de cuatro o cinco hombres cada una, de los que por estar aquí demostramos estar resueltos a todo,

para que, armados de garrutes, cuchillos, navajas y lo que se pueda, hagamos ese trabajo. Una comisión más numerosa, de diez o doce compañeros si es preciso, hará retroceder el tren que viene por la mañana a llevar la gente de talleres. Si ésto nos sale bien, y cuando el pito toque a las seis, no aparece nadie por los alrededores de la estación, se habrá ganado la primera batalla. Entonces veremos cómo las autoridades se consideran obligadas a intervenir, y los jefes se pondrán más "amantequillados" de lo que lo están desde esta mañana. Eso es lo que he pensado, y éso es lo que propongo.

—¡Sí; sí; a la huelga!—repetieron todos; y Jacinto no pudo redargüir. Montado en el burro—según pensó en el acto—, no le quedaba otro camino que darle palos.

El programa, hasta donde lo trazó Juan Rebelde, salió bien. Unos, pocos, por exceso de prudencia, y otros muchos por razones tan contundentes como los bastones y manoplas de los que desde entonces arrogáronse el título de huelguistas, el hecho fué que a las seis, cuando la sirena de los talleres lanzó su cotidiana llamada, ni los trabajadores se habían reunido en el lugar de costumbre, ni, de haberlo hecho, hubieran podido ir a los talleres por la falta del tren necesario. Porque el personal de éste fué mandado a holgar desde la madrugada, y alguien, entendido en la materia, le tumbó el fuego a la máquina.

Ganada esta primera batalla—que había dicho Juan Rebelde—, Jacinto se dispuso a sacar el partido mejor de la situación.

A las siete de la mañana disponían ya, los compañeros directores de las operaciones, de más de trescientos hombres, la mayor parte de ellos gente que había salido disgustada de la empresa, no pocos albañiles, carpinteros y otros trabajadores de la ciudad, que paralizaron sus trabajos a instancias de los caudillos, y la misma veintena de ferroviarios en activo servicio.



Con estas fuerzas había de sobra para mantener la "brava". Reforzáronse las comisiones disciplinarias nombradas la noche anterior; constituyéronse otras para ir a rogar a los dueños de establecimientos públicos, avecindados en el barrio ferrocarrilero, que cerrasen las puertas; otras para trabajar por la declaración de una huelga general en la ciudad; comisiones de prensa, de colecta de fondos, etc.

La guardia rural, por su parte, patrullaba las calles cercanas a la estación del ferrocarril y custodiaba los talleres, depósitos y líneas, en un área de diez o doce kilómetros cuadrados.

Continuaron llegando al centro de los albañiles, que seguía siendo el cuartel general de Jacinto, más obreros ajenos al ferrocarril y algunos que trabajaban en el mismo. Los últimos, en vista del cariz que tomaban las cosas, juzgaban conveniente hacer acto de presencia entre los huelguistas, por si acaso...

En el patio del ferrocarril maniobraban algunas locomotoras, tripuladas por rompehuelgas que desde la media noche se habían escondido en los talleres, al amparo de la policía. A las diez, Jacinto, al frente de unos trescientos hombres, salió del centro de los albañiles. Antes de entrar en la esfera de acción de la fuerza pública, los dividió en grupos de quince o veinte, indicándoles que se repartieran por todas partes, con el fin de obstruccionar, hasta donde fuese posible, la formación de los trenes del día.

Con ésto la lucha adquirió un carácter violento. Uno de los grupos, convenientemente agazapado detrás de una trinchera de hierro viejo, en un momento oportuno, saltó a la vía, se apoderó de una de las máquinas que iban y venían haciendo trenes; dió de palos al maquinista, y, abriendo la válvula del vapor, dejó que la "Baldwin" fuera a estrellarse contra una ensarta de coches de primera. Otro grupo empezó a desclavar la vía, a dos o tres kilómetros al oeste de la estación. En el extremo este del patio, una multitud de hombres, mujeres y niños, echados

sobre la vía, obstruía la salida de un tren. Como aquella gente no hacía agresión, sino que se acostaba a través de las paralelas delante del tren, los guardias sólo podían dispersarla de un lado, para ir, más atrás o más adelante, a echarla del nuevo lugar en que se congregaba.

El correr de los guardias de un lado para otro, los botellazos, pedradas y plan de machete, que a cada rato se cruzaban entre rurales y huelguistas, acabaron de dar feo aspecto a la lucha.

A las cinco de la tarde, cuando ya la huelga se había hecho general y los establecimientos estaban cerrados en expresión de simpatía—y no poco de respeto—a los huelguistas, se habían volcado algunos carros de pan y detenido el tráfico de los tranvías, la contienda llegó a su punto extremo. No había podido moverse el Central de las dos, y desde Gobernación ordenaban, al Jefe de la Rural, que de todos modos saliera dicho tren aquella tarde.

Los huelguistas, entre los cuales, como en el otro extremo del patio, no faltaban mujeres y niños, comprendiendo que si aquel tren lograba salir el movimiento perdía mucho de su poder, se dispusieron a impedirlo hasta donde les fuera dable.

Entablóse, con ésto, una lucha entre los guardias, que echaban sus caballos sobre la multitud y daban plan de machete a diestro y siniestro, y la multitud que se disgregaba de un sitio para reunirse en otro, no sin contestar a los planazos con disparos de tornillos, angulares, piedras y no pocas balas de revólver. Pero el tren, paso a paso, bajo una lluvia de los proyectiles dichos, maquinista y fogonero hechos un ovillo detrás de la caldera, los vagones vacíos y el pito, la campana y los chorros de vapor de los cilindros contribuyendo a meter bulla, logró dejar atrás a los huelguistas, que, en un último y supremo esfuerzo, llegaron a lanzarse sobre los rurales. Dispararon éstos sus fusiles al aire, arremetieron nuevamente a plan de machete, desbocando los caballos

sobre la multitud, y ésta, al fin, tuvo que desbandarse, buscando refugio en las casetas de materiales y en las zanjas que corren a lo largo de la vía.

En esta postrer refriega, Jacinto, que ya era conocido de los guardias, recibió una fuerte zurra de planazos de una pareja que con él se ensañó furiosamente.

Los compañeros lo pusieron en uno de los coches que llevaban heridos a la casa de socorro, y desde ésta fué conducido a la cárcel, en donde halló a casi todos sus compañeros del "comité de huelga", muchos de ellos adornados con vendas, cruces de esparadrapo, verdugones y rasguños.

Aquella noche el Gobernador se creyó en el deber de intervenir. Mandó a buscar al "segundo comité de huelga". Éste, encabezado por Juan Rebelde—que tenía un chichón como un tomate, entre ceja y ceja, y que por no haber querido ir a la casa de socorro salvóse de la prisión—, dijo al Gobernador que la huelga tenía por objeto conseguir la reposición de los empleados injusta y violentamente despedidos de la empresa, y que sólo se terminaría el movimiento cuando cesara la causa del mismo.

Llamada, a presencia del Gobernador, una comisión de jefes de la empresa, presentóse Mr. Light seguido del abogado de aquélla. Dijo Mr. Light que los jefes del ferrocarril no estaban dispuestos a entrevistarse, y mucho menos entrar en tratos con los huelguistas, y que estaba seguro de que si el Gobierno daba protección, "la debida protección", a los trabajadores que quisieran volver al trabajo, la huelga se acabaría a la mañana siguiente, porque, en realidad, allí no había tal huelga, sino un motín promovido por gente revoltosa y despechada.

Ofreció el Gobernador "la debida protección"; pero, no olvidando que estaba próxima la campaña electoral y que, por lo mismo, no le convenía dejar resquemores entre los elementos de acción del mundo obrero local, se entendió con las autoridades judicia-

les encargadas del proceso de los jefes huelguistas, y, cohonestando sus fines egoístas con falsos propósitos de “armonizar intereses”, puso en libertad aquella misma noche a los obreros presos.

Con este acto del Gobierno, el “respeto” que inspiraba la situación hasta a los más inquietos, la clausura, de orden del juzgado, del centro de los albañiles, las amenazas de represalias que hacían rodar los jefes, y la actitud de la Rural, que no dejaba que se formaran grupos en las calles, se vino al suelo el poder de los huelguistas; y a las seis de la mañana del otro día los trabajos de la empresa y la vida de la población volvieron a la normalidad.

Se les había dado una lección a Mr. Light y a los otros señores de horca y cuchillo en el ferrocarril. A los pocos días el primero recibió una carta de la Administración, en la cual, también por “conveniencias del servicio”, se le ponía en camino de irse con sus malas mañas a otra parte.

—Pero, éso... ¿a costa de qué?—se preguntaba Jacinto, después de lo sucedido, que a él le parecía un sueño—Ni los que, como yo, fuimos separados injustamente del servicio de la empresa, y por no ser graves nuestras faltas pudimos volver, hemos recuperado nuestros puestos, ni los recuperarán los que, más tarde entraron en la danza. Muchos, casi todos, tendremos que abandonar la ciudad, separándonos de nuestras familias, después de los sustos y lágrimas que les hemos causado en estos días; y en este ambiente, en el que algo bueno y sólido preparábamos algunos, sólo queda una mezcla de rencores, pesimismo y desconfianzas, de lo más desfavorable para el futuro de la causa obrera en esta región.

Juan Rebelde amaneció, un día, “suicidado” en una guásima de las afueras de la ciudad.

Se sabe que a todos los apóstoles, el triunfo los consagra héroes, videntes y genios, y el fracaso los convierte en locos, fanáticos, sofistas y otras cosas peores. A Jacinto, apóstol fracasado, después de la huelga se le hizo inllevable la vida en Camagüey. Innoble la defección de sus amigos y camaradas; decepcionante el despego de aquellos por quienes había él comprometido su tranquilidad y la de los suyos; amenazador el "entreojo" de las autoridades; difícil su situación de hombre pernicioso, incapaz de hallar trabajo en donde fuese conocido; trastornador el pensar que, por un arranque irreflexivo, se malograsen de tal modo sus tres años de prédicas de un socialismo bien entendido; insufrible la conducta de su mujer, que, en tan aciagos y peligrosos días, en vez de alentar al marido con un saludable optimismo, no hacía otra cosa que gemir, lamentarse, encender velas a los santos y lanzar malencubiertas recriminaciones.

Una tarde, cuando aún no habían pasado muchas semanas desde la terminación de la huelga, Jacinto cogió dos maletas, las llenó de ropa, dió a su mujer la mitad de los cien duros que le quedaban de sus flacas economías, besó a su hija, y, sin decir una palabra a conocidos y amigos, tomó un tren de los que van rumbo a la provincia oriental, en la que, entonces, construíanse grandes ingenios y ferrocarriles. Era urgente necesidad de él la de encontrar empleo; pero tanto como ello, probablemente más, le preocupaba aquel su malaventurado matrimonio, que al fin, con la crisis producida por la huelga de Camagüey, había pasado, de mal sobrellevable, a la categoría de verdadero problema moral, grave, torturador, de difícil solución.

Fué Chaparra la primera etapa del joven maquinista, en su viaje de obrero sin trabajo que buscaba un sitio en donde alquilar sus brazos y su inteligencia. Conocido de algunos de los jefes de allí, no pudo colocarse, por más que afanóse en sus gestiones para

lograrlo. En aquel histórico y colosal ingenio—como sucede en la casi totalidad de los centrales y colonias de caña de Cuba—primaba en toda su impunidad el más anacrónico feudalismo rural; en el que no pueden ser personas gratas los obreros que pretendan ser, en conciencia y necesidades morales, algo más que un saco de azúcar, una carreta de caña o una de las mil ruedas de la enorme máquina industrial.

Con veinte duros de menos en la bolsa, Jacinto salió para Santiago con el fin de recoger alguna ropa y varios objetos de su pertenencia que tenía en “El Louvre”, y esperar un vapor que le llevase a Guantánamo, en cuyos alrededores había abundancia de trabajo con la construcción de la base naval “americana” y el Ferrocarril del Este.

Sinceramente fraternal fué el recibimiento que hicieron a nuestro hombre sus amigos de “El Louvre”; los cuales, durante el curso de la ruidosa huelga, no habían perdido una sola de las informaciones de la prensa, interesados todos en saber la suerte que, al fin, tendría el héroe de la misma. D. Pancho soltó sobre la carpeta el *Diario de la Marina* y las gafas, y vino hacia el huésped con la diestra extendida:

—¡Dichosos los ojos!. . . ¡Y qué nos cuenta el capitán de obreros revoltosos?

—Ya ve usted, D. Pancho.

—Aquí tengo tres cartas para usted. Unos decían que estaba usted preso; otros que se había marchado de Camagüey. Yo me dije: lo mejor que haces es guardarlas, hasta que sepas su paradero fijo, o le vuelvas a ver por aquí.

Con las tres cartas en la mano, y después de estrechar las de los dependientes, el coime del billar y el camarero, y de responder a las cariñosas preguntas de todos, encerróse Jacinto en su “viejo” Número 20.

La vista del salón de recibo del hotel, el Número 20, los sobres de las tres cartas, escritos con firme letra femenil, el “Caimanera” del cuño de correos, todo

hizo que agradablemente recordara a Elena Blanco, a quien casi había olvidado en el torbellino de emociones fuertes y de material trajín en que pasara todo el tiempo transcurrido desde su recordable aventura con ella.

Sentado en la cama, sin siquiera quitarse el sombrero, leyó y releyó, antes, aquella carta enigmática, intrigante, sonsacadora, que ella le escribió un día después de su llegada a Caimanera. Y, luego, la que le seguía en orden de fecha, lacónica, falta de interés, a no ser que fuese un hábil pretexto para levantar la prohibición de que él contestase. Media hojita de papel de novios, rosado y coquetón, que sólo decía:

Estimado amigo:

Ayer, después de echar en el buzón una carta para mi esposo y otra para usted, me asaltó la duda de que pudiera yo haber cometido el error, como usted sabe muy frecuente, de cambiar los sobres, y por ello me apresuro a escribirle estas líneas, rogándole que, a vuelta de correo, me saque usted de tal duda, por medio de breves renglones que puede dirigir a mi nombre, lista de correos.

Aunque, de haber yo cometido la equivocación mentada, no tiene ello remedio, no está demás que lo sepa a tiempo para preparar mi defensa, y, en caso contrario, para no estar con el desasosiego que es de suponerse.

Con gracias anticipadas y mil excusas por la molestia, quedo S. S. y amiga.

ELENA.

La última carta, fechada siete días después que la antecedente, ocupaba las dos caras de una gran hoja de papel de bloque, y decía esto:

Estimado amigo:

¿Vé usted que gran dosis de razón tenía yo cuando

le enumeraba a usted los riesgos y otros inconvenientes de una correspondencia secreta entre ambos? Siete días hace que me hallo en una incertidumbre desesperante, a causa de que, como le digo en mi segunda cartita—que por cierto ignoro qué suerte le habrá cabido,—no tengo la seguridad de no haber equivocado los sobres al echar en correos, juntas, una carta para usted y otra para mi esposo.

Con el deber que tengo de escribirle a él, cada dos o tres días, ya puede usted presumir cuál es mi situación. Al desastre que me espera si he cometido la torpeza dicha, se une la imposibilidad de escribirle a mi marido, por no saber si debo ir atenuando mi “falta”, para el caso de que él llegara a conocerla, o si debo pasarme días y semanas sin escribirle—lo que también sería grave—, hasta salir de dudas con respecto al temido y repetidamente aludido trueque de sobres. Sume a lo dicho, ¡a lo “pesado” que es todo lo dicho!, el que tampoco sé si usted ha recibido las dos cartas que le envié a la dirección de “El Louvre” de Santiago, por no saber otra, y a que, en cambio, estoy enterada por la prensa de los líos de huelga y revoluciones en que usted se halla metido, y, como va expresado, ya puede usted bien darse cuenta del estado de inquietud e indecisión en que estoy.

Todo ello por culpa de la terquedad, muy elocuente, pero muy temeraria, que desplegó usted en nuestra conversación de la carretera del Cristo, y que ahora parece que emplea para traer revuelta a la gente de Camagüey.

¡Qué tal! El señor Estébanez, humilde, “tranquilito”, filósofo, convertido en cabecilla de molotes callejeros; encarándose con la guardia rural, y haciendo otras cosas peores. ¡Fíese uno, luego, de las apariencias!

Vuelvo a la seriedad; no vaya a ser que usted crea que exagero al confesarle mis tribulaciones, cuando, de veras, no está la Magdalena para tafe-tanes:



Si esta carta llega a manos de usted, por ocupado y preocupado que se halle, en el momento de recibirla, no deje de hacerme cuatro letras, sacándome de la duda que ya sabe, la suprema, y de la que tengo sobre el paradero de las tres cartas que, con ésta, he escrito a usted.

Si le sobra tiempo y voluntad, cuénteme de sus enredos "bélicos" y mándeme recortes de periódicos y todo lo que pueda servirme para saber cómo va la causa de usted, por cuya suerte me intereso con gran simpatía ( la suerte de la causa, se entiende. No vaya usted a ponerse muy "pretensioso", eh!). Del amigo me interesa saber si ya curó de los golpes que dice la prensa que recibió en una pelotera con la policía; si salió de la cárcel definitivamente, o si sólo anda libre bajo fianza; si piensa tranquilizarse o no, y si puede darme una dirección más segura que la de "El Louvre", para el caso de que algo imprevisto me obligue a escribirle otra vez.

No entro en explicaciones de si ese tono frío que empleo para preguntarle por sus "malandanzas" es sincero, o si, por el contrario, las noticias de los periódicos, sobre la huelga de Camagüey, me han causado fuerte impresión; porque sería llover sobre mojado eso de que, a los motivos de incertidumbre e inquietud que ya tengo por no saber si usted ha recibido mis cartas, fuera yo a sumar los de poner aquí una serie de expresiones interesantes, afectuosas, casi comprometedoras... aunque no fuesen muy sentidas.

¡Ah! Y también, porque no quiero, peligrosamente, aumentar el orgullo que debe usted sentir por sus triunfos "camagüeyanos" y por lo que implica el hecho de que yo le haya escrito, hasta ahora, tres cartas.

¡Nada menos!

Aunque, este último sería orgullo infantil; ya

que, como se ve, mis dos últimas cartas han obedecido a razones limpias de toda suposición maliciosa.

Concluyo, para que lo acabado de decir no pierda la fuerza de verdad que tiene.

Escríbame, y, al hacerlo, cumpla con las indicaciones, ruegos, súplicas, o lo que sean, que más atrás le hago.

A mi nombre, lista de correos.

Amiga y S. S.

ELENA.

\*

No era precisa la fina penetración de un hombre tan vivido como Jacinto, para comprender, después de leídas las cartas precedentes, que Elena Blanco se hallaba en el plano inclinado de un fulminante sentir amoroso, y que, de seguir las cosas el propicio encadenamiento que llevaban, no habría consideraciones de ningún linaje, capaces de embridar los arranques pasionales de ella.

Acicateada la imaginación por estas ideas sonsacadoras; formulándose antítesis facilísimas con aquellas dos mujeres que, por condiciones opuestas, aunque íntimamente ligadas, eran en tales momentos su único pensar; silenciando las quisquillas de la conciencia, afanada en criticar los proyectos y resoluciones que inspiraban, a los deseos de él, las aventuras por venir, Jacinto vió repetirse aquella noche de febril insomnio que puso epílogo al inolvidable día en que Elena y él se conocieron.

Por la mañana, después del café, contestó, con una sola, las tres cartas de Elena. Fué una misiva breve, de oficinesco estilo, en que el joven cuidó mucho de no dejar traslucir lo complejo y tumultuoso de sus pensamientos; disfrazando su proceder con las razones de que pronto los dos habrían de verse, y entonces él podría decirle cosas íntimas, inarries-

gables en una carta que únicamente era escrita para adelantar la tranquilizadora nueva de no haberse extraviado ninguna de las que ella escribió con la dirección de "El Louvre", y para decirle que, por el momento, la dirección de él era la del hotel "La Diana", de Guantánamo.

Aquella noche, en el mismo vapor que llevaba la carta para Elena, y después de echar en correos cuatro renglones por Ramona, el joven maquinista se embarcó para Guantánamo, por la vía de Caimanera; que así cumplía, dócil como todo ser humano, las fatales imposiciones de la vida.

#### IV

Con todo el poder de su cuerpo, joven y bonito, y la magia de sus artificios de impenitente "firteadora", Esperanza traía revuelta y aturdida a la juventud masculina del lugar.

Significábase, entre los galanteadores pueblerinos, por su asiduidad y por la predilección de la joven, un empleado de la aduana del puertecillo, muchachón largo, anémico, imberbe, cuyo ascendiente provenía de la intachable blancura de su uniforme, el prestigio sojuzgador de sus grandes ojos negros y la prosa pulida, elegante y sentimental, que destilaba en sus cartas de amor.

Desde su primera semana de Caimanera, la joven casi todas las noches plantaba en la puerta, por más tiempo del que tolera la oficiosa y exigente moral aldeana, al embelesado aduanero, quien llevaba la desdicha de ser tenido por D. Jaime como el prototipo del pisaverde, presuntuoso y comebolas, a causa de una discusión de café, en que el joven evidenció la pobre sabiduría del "habanero" y lo ridículo y deleznable en sus ruidosas filosofías; enrevesada mezcla de supersticiones, fatalismo y religiosidad, fruto adecuado de su callejera educación.

—Van dos veces que veo aquí, de plantón en la puerta, a ese mentecato, que tras de no tener sobre

qué caerse muerto, se cree muy sabichoso. A ver cómo te las arreglas para decirle que mude el catre, antes de que tenga yo que decírselo personalmente—había advertido el padre una noche en que, al regresar del café, con media docena de “compuestas” en el cuerpo, encontró al aduanero en íntimo coloquio con la joven.

Esta, como inevitable consecuencia de las protestas y conminaciones del padre, después de ellas aficionóse más al muchacho—a quien no hallaba ninguno de los defectos señalados por el primero—, aunque cuidando de evitar que, en lo sucesivo, las visitas del aduanero y las entradas y salidas del padre, peligrosamente coincidieran.

Naturalmente; no pasaron dos días sin que D. Jaime, al reintegrarse a su casa más temprano que de costumbre, sorprendiera a los dos enamorados en almibarada plática. No sabía él, con absoluta certeza, si ello debióse a su mal pensar, exaltado por los vapores de la ginebra, o si fué vergonzosa realidad; pero le pareció que, al ser visto por los tórtolos, su hija había sacado rápidamente, una mano que guardaba en el bolsillo de los blancos pantalones del aduanero.

Pasó D. Jaime rezongando duras expresiones, y en seguida llamó a Esperanza.

Cuando ésta, entre altiva y temerosa, se encaró con él, allá en el comedor, debajo de una repisa que sostenía la única lámpara de la casa, D. Jaime le soltó una bofetada, sonante y recia, bofetada de hombre para hombre, al propio tiempo que, tartamudeando de ira, le preguntaba:

—¿Qué hacías con ese marica en la puerta? ¿Crees que no te ví, grandísima sinvergüenza?

Y requirió el cinto para seguir la tunda. Era ésta una de las muchas que, amenizada con los insultos más groseros, desahogos de soberbia más que correctivos, habían recibido los hijos de D. Jaime, varones

y hembras, desde que tuvieron carne para ello. Sin embargo, figurábase la joven que ya ella, por su edad, encontrábase exenta de tales abusos, y protestó rebelde, los brazos en jarras, alta la cabeza, retadora la mirada, y dispuesta a todo, contra la innoble azotaina.

—¡No me pegues! ¡No me pegues más! Eres un abusador que, en vez de enfrentarse con él, que es hombre, vienes a abusar conmigo. Pero te equivocas. Si me vuelves a dar, pediré auxilio, y a la policía vas a dar de cabeza.

—Sí; no le pegues—entremetió indignada, Elena, acudiendo al amparo de su hermana.

—¿Y por qué no le he de pegar?—preguntó, dirigiéndose a la mayor de las hermanas, trémulo de coraje, el amo de la casa.

—Porque tu conducta como padre no te autoriza para dar lecciones de moralidad y buenas costumbres a tus hijos, y menos en esa forma cruel, injuriosa, vengativa, estúpida...

—¡Cállate!

—¡Qué he de callarme! Si te estoy diciendo la verdad. ¿Que acaso puede un padre ensañarse de ese modo con su hija, con una hija que es ya una señorita? ¿Qué derecho tienes para insultar de ese modo? Ella no es lo que tú dices; pero admitiendo que lo sea ¿con qué derecho se lo echas en cara? ¿Le diste tú educación para que fuese otra cosa?

—Te digo que te calles. Tú sales a la defensa de ella, porque también eres una mala hija. Todos iguales. Los sentimientos más negros en cuanto se trata de mí. Pero aquí mando yo, y el que no hace lo que yo quiero, se puede largar con viento fresco. Que no estoy dispuesto a seguir criando cuervos para que me saquen los ojos.

—Ese eres tú. En cuanto te calientas, te retratas de cuerpo entero. Echar hijos al mundo; no ocuparse de si comen, visten, se educan, reciben buenos o ma-

los ejemplos, y luego, al menor disgusto, más que por enseñar, por dar salida a la bilis, vengan sermones, desvergüenzas y palos. Nada de razonamientos; nada de explicaciones. Tú puedes tener queridas, estar jugando al dominó mientras los muchachos andan de mataperros por la calle, gastar en alcohol lo que hace falta para comer en la casa; en cambio, los demás, por no sé qué milagro, tenemos que andar más derechos que una vela. Que para eso eres el amo de la casa, y boca abajo todo el mundo.

Y como el cinturón había vuelto a su pacífico oficio de sostener los pantalones, prueba de que la tempestad se desvanecería en inofensivos denuestos, acusaciones y protestas, Elena soltó la rigurosa y aplastante catilinaria que premeditara días enteros para decirla en el momento oportuno; decidida, como estaba ahora, a romper con su padre definitivamente, a pesar de los males que tal ruptura pudiera traerle en tan difíciles circunstancias; tan lejos como se hallaba de su marido, y sin una sola casa conocida en que le fuera dable acogerse en todo aquel lugarejo de gente aprehensiva y mojigata.

Evadía D. Jaime el chaparrón de duras y agresivas verdades, con frases hechas, de la acomodaticia y egolátrica filosofía de bodegas, burdeles y garitos; supliendo su orfandad de razones valederas con soeces interjecciones del hampesco vocabulario; batiéndose, a última hora, en retirada, al cohonestar el rencor de la derrota con las explosiones de su herida falsa dignidad, con la terca y brutal repetición de su formidable sentencia:

—Aquí mando yo, y el que crea que soy una fiera, un monstruo, que se largue. ¡Que se vaya al. . . . !

Esperanza, indignada, pero prudente, albergóse en el cuarto, al lado de "la vieja", que entre sollozos, súplicas y temblores, abogaba por la paz, por que se evitara el escándalo; Carlos y Juan se hacían una bola en el catre, envueltos, de pies a cabeza, en una

sábana de retazos. Por la puerta, muy cautelosos, todo ojos, pasaban algunos vecinos, y por las rendijas de puertas y ventanas veíanse listones de rostros que atisbaban la doméstica tragedia.

Esto último contribuyó, si no a serenar los ánimos, a imponer los fueros de las conveniencias sociales y del amor propio de padres e hija, y con algunos truenos sordos, en que el uno afirmaba su indiscutible criterio y autoridad, y la otra su resolución de irse de la casa cuanto antes, alejóse la tormenta, vino la calma, una calma superficial, desde luego, que presagiava un recio desastre, inminente y decisivo.

\*

En la resolución de Elena, de separarse de sus padres y hermanos, después de la disputa con D. Jaime, entraba la idea de tomar un cuarto en un hotel de Guantánamo, para esperar allí el regreso de su marido; ya que no contaba con ninguna casa amiga en donde poder aislarse, y ya que, por su libertad de pensar, no la arredraban mucho las murmuraciones a que pudiera dar pábulo el hecho, insólito en uno de nuestros lugares provincianos, de una mujer joven, sola, que llevase vida de hotel.

Pero, a la mañana siguiente, a fuerza de oír prudentes razonamientos de Conchita, al cabo de serenas reflexiones, la joven creyó haber encontrado un buen camino para salir de su embarazosa situación.

El día en que las dos hermanas llegaron a Caimanera, Esperanza trabó amistad con una familia de "modistas", madre y dos muchachas casaderas, que se defendían de la pobreza con sus hábiles trabajos de hechura, lavado y composiciones de lujos aldeanos. Háiales llevado Esperanza, para su arreglo, algunas ropas maltratadas por el empaque del viaje, y desde los primeros instantes, por exigencias del oficio, como por la irresistible simpatía de la gentil cliente, las tres artesanas prendáronse de ella.



Presentada por Esperanza, pronto Elena compartió con su hermana el afecto de “las modistas”; y por ello, cuando Elena, con más tranquilidad, pensó en lo que habría de hacer en vista de su ruptura con D. Jaime, determinó tantear a sus nuevas amigas sobre la posibilidad de irse a vivir con ellas.

Y, con esta mira, a la mañana siguiente de la pelotera, a poco de haberse ido D. Jaime al trabajo, Elena, acompañada de Esperanza, presentóse en casa de “las modistas”.

Estas, como todo el pueblo, sabían lo sucedido la noche anterior en casa de las Blanco; lo que no fué motivo para que las muchachas fuesen recibidas con menos efusión que otras veces, aparentando las visitadas una completa ignorancia de todo; no tanto por sentida delicadeza, como por la hipócrita intención de no aparecer como chismosas; confiadas en que, con hábiles “vomitivos”, pronto sabrían lo que saber ansiaban, por boca de las propias jóvenes.

—¡Caramba! ¡Qué milagro!—dijo la dueña de la casa, al ver a las muchachas—Ustedes sí que han madrugado hoy.

—Salimos muy temprano, a dar una vuelta por la playa.

—Pues entren; para que tomen café y nos cuenten algo.

—¡Bah! Poco tenemos nosotras que contar—se apresuró a decir Elena, que conjeturó en seguida los propósitos de su interlocutora.

—Bueno; pero entren... ¡Eloísa! ¡Chicha!... Aquí están Elena y Esperanza.

En el momento se formó la tertulia. Después de hablar, descuidada, fríamente, de los trajes veraniegos con que se vestían las dos jóvenes aquella mañana, de las modas que ellas vieron en los Estados Unidos, del calor y de otras fruslerías, doña Pura, “la vieja” de “las modistas”, dejó resbalar una purísima insinuación:

—Anoche, como a las nueve, pasamos nosotras por la esquina de ustedes...

Lista, filósofa, comprendiendo que era inútil todo intento de no satisfacer la curiosidad de las huéspedes, Elena contó, a su modo, lo ocurrido en su casa la noche pasada, y aprovechó la coyuntura para dar a conocer sus deseos de venir a pasar unos días en casa de sus nuevas amigas. Para ello terminó su relato—que “las modistas” oyeron con religioso interés—con este resumen:

—Total, nada; mi padre, que es un poco malgenioso, y yo, que en eso no desmiento el parentesco. Se molestó porque encontró a un joven hablando con Esperanza, en la puerta; empezamos a discutir, y se puso a sermonearnos con toda la bulla de un viejo consentido; que eso es él, aspaventero y gritón. Lo que ya dije.

Aunque Elena dijo lo antecedente en tono bajo, cariñoso, de filial condescendencia, Esperanza entremetió:

—¡A ver si te oye, eh!

—Qué va a oirme, muchacha. El está ahora en el trabajo—y, adelantándose en el sillón, con actitud de intimidad y confianza, prosiguió:

—Desde luego: si yo encontrase una casa de familia decente, en donde, pagando lo que fuera preciso, pudiera pasar unos días, hasta que a mi padre se le pase la murria, todo tendría fácil solución.

—Ay, hija; eso no lo consigues aquí. Figúrate; por honradas que ustedes sean, nadie las conoce por acá, y ya tú sabes como es el mundo. ¡Cualquiera se mete en el lío de admitir en su casa a una joven, soltera o casada, que sale disgustada de su casa! ¡Quién oye a la gente!

—¡Uh, chica—reafirmó Chicha presurosa—; tú no sabes lo que son estos pueblos chicos!

—Los chicos y los grandes. ¿Para qué vamos a andar con hipocresías?—aclaró, irónica, Eloísa.

—Sí. ¡La gente! Nadie quiere ser la gente, ni darse por aludido, cuando se generaliza diciendo “la gente”; pero todos somos lo mismo. Nos preocupa mucho la vida ajena, la opinión ajena; todo lo ajeno; menos prestar un servicio desinteresado, noble, espontáneo, a la honra, a las necesidades más exigentes del prójimo, por muy amigo y allegado que ese prójimo sea de nosotros.

Cruzáronse rápidas miradas, de sorpresa e inteligencia, “las modistas”; y doña Pura, después de morderse los labios, poner los ojos en el techo y cruzar los dedos de ambas manos sobre las rodillas, dijo con acento de mentida sumisión:

—Así es, hija. Y no hay más remedio que sujetarse a eso, si quiere una vivir tranquila.

—Sí. ¿Qué vamos a hacer?—asintió Chicha.

—¿Qué remedio?—interrogó, convencida, Eloísa.

—Por eso deberíamos vivir sin amistades, bien aislados unos de otros, como viven los yanquis—puerilmente opinó Esperanza.

Y Elena, sospechando que era tonto insistir en su empeño de conquistar a las “modistas” para que la dejaran venir a pasar una temporada con ellas, y con el propósito de no dejar inútiles resquemores después de la visita, exclamó conciliadora:

—Bueno; nosotras no vamos a arreglar el mundo. Ustedes tienen razón, y yo desde ahora me hago el propósito de no preocuparme más por las tonterías de familia; que, a la postre, tienen escasa importancia.

—¡Lo mejor que haces, muchacha!—exclamó, sentenciosa y hábil en el quite, doña Pura.

Orientóse la conversación por otros rumbos, y duró media hora más; hasta que, advertidos de lo tarde que se hacía, doña Pura se preparaba para el arreglo del almuerzo y las dos costureras disponíanse a prolongar la plática, afanadas frente a sendas máquinas de coser.

Cuando las dos hermanas regresaron a su casa, ya D. Jaime había vuelto a ella y vociferaba en la cocina, rezando mil barbaridades porque las dos hermanas andaban por la calle.

—¡Esa alcahueta de Elena, que seguramente ha llevado la hermana a verse con el chulito ese de los galones y la gorra! ¿Por qué no se van de una vez por ahí? Aquí, como en La Habana y como en todas partes, pronto serán unas desprestigiadas; obligándome a hacer el papel de comem!...

Esto percibió Elena en el momento de entrar. La presencia de las muchachas, contuvo un tanto las malacrianzas del padre. Conchita, que hasta entonces permaneciera en una silla, la cabeza baja, la vista en el suelo, dejando pasar el ciclón, requirió la escoba para simular que iba a barrer la sala. El padre siguió bajando el tono de la letanía. Elena, desde su cuarto, pudo ver a un grupo de jóvenes desocupados que desde una cerca próxima, en el interior de la manzana, avizoraba el lamentable escándalo.

Cubierta de vergüenza; reciamente agraviada; olvidando todo propósito de imposibles reconciliaciones; nueva y más firmemente resuelta a no soportar el abusivo poder de su padre, la joven empezó a recoger sus cosas para irse aquella misma tarde, a un hotel de Guantánamo, la ciudad vecina.

Y cabalmente, después del tardo almuerzo, que sólo probaron D. Jaime y los muchachos; cuando ya el primero, perdido el trabajo de aquel día, barajaba las fichas del dominó en su café favorito, y tras una vehemente y penosa discusión con "la vieja", que sintió en aquella hora, por la milésima vez, el poso amargo que iba depositando en su alma, aquel su vivir doloroso, de esclavizada esposa, de heroica madre, Elena dejó la casa de sus padres, acompañada hasta la estación del ferrocarril por Esperanza, que renegaba de su suerte, y por Juan y Carlos, portado-

res del equipaje de mano, y que también protestaban a su modo contra la fatalidad que agobiaba a los de la familia.

En el momento de la despedida, cuando madre e hija, abrazadas, mezclaron sus lágrimas, la última repitió, por vez postrera, como espontáneo justificativo de su conducta, el razonamiento que repitiera toda la mañana como conclusión indisputable de sus polémicas con "la vieja":

—Me apenan, me duelen estas cosas tanto como te pueden doler a tí; pero son cosas inevitables. Si no me voy; si le soporto cuanto a él se le antoje, acabará por pegarme, y entonces los resultados van a ser peores; porque yo no soy tú. Además; que ya es mucha la vergüenza que me da lo que sucede en esta casa, y que ya no estoy en condiciones de pasar por esos abusos. Me hallo "montada" a la americana. Me voy a un hotel, diga la gente lo que le dé la gana de decir. Como estaremos muy cerca unos de otros, nos podremos escribir constantemente y no faltarán los medios de podernos ver con frecuencia. No veo más solución para mí. Para ustedes no hay otra que la que ya te he dicho cien veces: Esperanza, la pobre, todo tendrá que sufrirlo hasta que, casada o como pueda, salga de esta miseria moral y material. Los muchachos, por el estilo, y tú eres un caso perdido. Por tu carácter irresoluto, sumiso; pues..... ya lo sabes, sólo con la muerte hallarás término a tu calvario.

—Bueno, hija mía; vete antes de que él venga—cortó, entre sollozos, "la vieja".

—Sí, adiós. Mañana te escribo, y después todos los días. Ya arreglaremos la forma de vernos a cada rato. ¡Adiós!

—Adiós, hija.

Por una esquelita de Esperanza, el aduanero supo aquella mañana que Elena iba a Guantánamo en el tren de las tres de la tarde, y que entonces podría

él ver a la enamorada en la estación del ferrocarril. Para esa hora, y como un pretexto de acercarse a la muchacha, guardó el joven una carta, para Elena, que él recogiera en correos al ver el nombre de la joven en la lista de cartas.

Era la carta de Jacinto, que Elena leyó tan pronto como el tren se puso en marcha.

## V

No obstante el equipaje, que, en estos casos, es recomendación valedera, y con todo su porte de dama seria y distinguida, Elena tropezó con no pocas dificultades para encontrar el deseado alojamiento en uno de los hoteles de Guantánamo.

Que merecieron tal título, sólo había cuatro hoteles en la próspera ciudad oriental, y de ellos tenía la viajera que descontar el llamado "La Diana", por la grave razón de hospedarse allí, según lo dijera en su carta, el inquieto maquinista.

En "La Venus", entre sonrisas maliciosas de empleados y clientes, nególe el encargado que hubiese habitaciones desocupadas. En "El Telégrafo" recibéronla con la consigna de hallarse la casa llena; y de un grupo de tacos que estorbaba el paso en la puerta principal del hotel, el que más gestos y aspavientos había hecho cuando vió a la joven, un tipo de chulo, de cara granujienta y terno gris, siguió el coche para ver, como si aquello le interesara mucho, si en "El Louvre" recibían a la huésped.

La recibieron; porque dispuesta a no perder la última casa que le quedaba por probar en la ciudad, había simulado el español maltrecho de una yanqui, y como tal admitiéndola la gente del hotel.

Era éste, por la forma en que se hallaban distribui-

das las habitaciones, por el menaje de las mismas y por la tranquilidad ambiente, una casa de huéspedes más que otra cosa. Elena quedó instalada en un amplio cuarto que daba al frente del edificio, y que tenía su retazo de balcón. Reafirmó su condición de extranjera dándole una peseta al camarero que había subido el equipaje, y preguntándole, en el propio macarrónico español, si en la casa servían comidas en las habitaciones. Respondió, atenta y afirmativamente, el fámulo, y la gentil parroquiana quedó sola en su pieza.

Cerró la puerta, y después de revisar bien los intersticios de aquélla y de la ventana, en busca de esos agujeritos que saben hallar, o hacer, en las paredes, los hombres mal educados y comebola's, se cambió el traje sastre con que hiciera el viaje, por una blusa de seda y una estrecha saya de piqué, que dábanla, ajustadamente, el tipo de una hosea y desgarbada turista.

Hasta que no se vió en un sillón, con una novela en el regazo, allí metida entre cuatro paredes, frente a sus maletas a medio abrir, en la hostilidad y tristeza de aquel cuarto de hotel, no empezó a darse cuenta de lo duro, grave y peligroso que era aquel paso terrible que había dado en un momento de temeraria irreflexión.

¿No iba ella a sentir un solemne aburrimiento en aquel lugar? ¿Qué haría cuando se hartara de leer novelas, de repasar la ropa, de escribirle a su marido? Y éste ¿qué diría cuando supiera que ella, sin su hermana, ni ningún otro familiar a su lado, habíase metido en un hotel? No podría ir, y menos por las noches, que serían sus horas más aburridas, a ninguna parte; porque llamaría la atención de los del hotel; de todos; de los hombres, principalmente, que la seguirían con insolentes floreos e insinuaciones por dondequiera que fuese. Las comidas, allí, sola. Las miradas y hasta las preguntas indiscretas



de cuantos hombres, huéspedes o visitantes la viesan por ahí, sin compañía de ninguna especie. Y, luego, las noches que pasaría temblando de miedo, sintiendo ruidos imaginarios, quizá si reales, de hombres en paños menores, que empujasen las puertas; de negros feroces, corriendo por el techo, zafando las tejas. A cada rato veríase obligada a pedir auxilio... Y lo desagradable que era tener que pasar por delante de hombres jóvenes, para ir al baño y al inodoro, y las rendijas que probablemente habría en las paredes de esos cuartos... Lo corto de la asignación mensual, que le pasaba Pepe, ¿alcanzaríale para aquella vida de hotel? ¿No tendría que reducir sus gastos hasta lo inverosímil? ¿Qué padre, el suyo! ¿Qué familia, de infortunada, su familia! ¿Qué desgraciada era! Sintió un nudo en la garganta y una fuerte opresión en el pecho. Rompió a llorar, sofocada, silenciosa, largamente....

Desahogaba su pena, cuando aún el zollipo agitábala el pecho, empezó a recobrar la calma, a darse ánimo, a sentirse fuerte, decidida a no cejar en su empeño. No, no era mujer que se arredraba fácilmente; y con la misma decisión y firmeza que con que saliera de su casa al mediodía, con la misma confianza con que fingírase "americana", cuando tuvo necesidad de engañar a los del hotel, pensó que en él podrían y habrían de visitarle sus hermanos; que quizá si allí trabase amistad con alguna otra huésped como ella, sola y aburrida; que pasaría la primera noche en el balcón, entreteniéndose en ver la gente que pasara por la calle; que no le faltaría ocasión de conocer e intimidar con algunas muchachas del vecindario; que... por allí, por Guantánamo, andaba el irresistible Jacinto...

En el instante se levantó del sillón, para evadir el recuerdo, para borrar de su mente la imagen del joven, que, fuerte y rápida, primó sobre todas las cavilaciones de ella, avasallando toda otra idea, toda

otra añoranza, todo propósito de serenar el alma. Lavóse con agua fresca los enrojecidos ojos, y salió al balcón. Lo primero que distrajo su atención fué el joven de la cara granosa y el flus gris, que hacía molinetes con el bastón, en la puerta del hotel. Entró la joven, requirió la novela, y dióse a leer con devoto ahinco, como religioso que se abisma en su breviario.

Nada merecedor de una nota ocurrió hasta después de la comida.

Empezaba el anochecer cuando asomóse ella al balcón, acomodándose en la baranda, la novela en la diestra y un mondadientes piruetándose en los labios. Guantánamo salía de un día netamente tropical. Pasaron algunos coches, a fuelle bajo, con grupos de jóvenes trajeados de muselinas y driles, paji-llas y zapatos blancos. En algunas ventanas, parejas de muchachas exhibían la belleza de sus rostros y de sus trajes y recibían los saludos de los tenorios paseantes. En la esquina próxima, entre un grupo de gomosos, hacía malabares el bastón del hombre de los granos. Comenzaban a brillar las luces de algunos establecimientos, y por la acera de frente al hotel bajaba una fila de trabajadores, grasientos, tiznados, con el saco al hombro, que acababan de abandonar los talleres del ferrocarril.

De pronto el corazón de Elena empezó a saltar desbocado; tembláronle las piernas y, al mismo tiempo, sintió deseos de irse y de quedarse en el balcón. Había visto aparecer por la esquina, en medio de aquellos trabajadores que se reintegraban a sus casas, a Jacinto Estébanez, elegantemente vestido de casimir claro, pajilla muy alón y zapatos amarillos de corte bajo. Erguido y atento, conociáse que le interesaba mucho lo que, accionando fuertemente, le decía el joven obrero, roto y mugriento, que le acompañaba.

Como todos los que pasaron por allí aquella tarde, Jacinto miró al balcón. Sorprendido, reconoció a

Elena, quien seguramente, al recibir la atenta mirada de él, púsose roja de emoción. Saludóla él, descubriéndose e inclinando levemente la cabeza, y contestó ella al saludo con una sonrisa franca, de no mentido agrado. El obrero que acompañaba a Jacinto suspendió su discurso, su vehemente gesticulación, y, sonriendo maliciosamente, dijo algo muy quedo, que sólo pudo oír su acompañante.

Al llegar a la esquina próxima, el joven maquinista se despidió de su compañero con una palmada en el hombro, se detuvo un instante, miró displicente para todas partes y volvió a recorrer la cuadra en que hallábase "El Louvre". Al pasar por frente a éste, dirigió la vista al balcón, y, sonriente, muy bajito, preguntó:

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y usted?—creyó adivinar Jacinto en la tenue réplica de la joven.

Cuando llegó a la otra esquina, y rápido volvió la cara, Elena había desaparecido del balcón.

Allí se quedó él, de plantón, cinco, diez minutos, hasta mucho después de iluminarse la doble hilera de bombillas incandescentes del pobre alumbrado ciudadano; hasta que entró totalmente la noche; hasta que vió la silueta de la joven reaparecer en el balconcillo. Entonces, como impulsado por una orden imperiosa, reemprendió el paseo por delante del hotel. Antes de llegar frente a éste, vió que la joven, inquieta, sobresaltada, miraba a uno y otro lado de la calle. En la esquina, a la luz del café esquinero, veíase el traje gris del hombre de los granos, las piernas cruzadas, el bastón de puntal en la espalda, posando de conquistador. En el preciso momento en que Jacinto iba a entrar en el triángulo de luz que arrojaba la puerta principal del hotel, Elena levantó rápidamente un brazo y tiró a los pies del joven una bola de papel de periódicos, del tamaño de una naranja. Reco-

gióla él, apretó el paso y se dirigió al parque, distante dos cuadras del hotel, y, debajo de una luz de arco, abrió cuidadosamente el proyectil de papel. Sacó de él una esquelita, muy doblada, como papellillo de botica, y leyó lo que va más adelante; escrito con apretada y menudita letra de lápiz:

“Jacinto:—Me hospedo, sola, en este hotel, y ya calculará usted lo expuesta que estoy a vigilancias, murmuraciones y otros “peligros”. Comprendo la sorpresa de usted y los deseos que tendrá de hablar conmigo, de que yo le cuente lo que me ocurre, lo que me tiene así, sin compañía de ninguna especie, en este hotel. Ya se lo contaré todo; porque confío, y a ello le estímulo, en que usted ideará el modo, discreto, de verme, sin venir al hotel (esto si se lo prohíbo terminantemente) a donde sí puede escribirme, con el nombre de Mrs. Wilson. Piense en un modo hábil y seguro para vernos, y dígame cuál es, para ver si acepto. Pero, mientras tanto, por lo que usted más quiera, no pase por aquí, ni llame de ningún otro modo la atención de la gente esta del hotel; que si me han admitido aquí ha sido porque me he presentado como americana. Además de rogárselo, le indico la conveniencia, para usted mismo, de obrar como le digo, si es que realmente me aprecia y tiene ganas de verme. Deme usted una prueba más de su cordura y buenas intenciones, y sabré apreciarla y agradecerécela con toda el alma. No cabe más en el papel. Su amiga y S. S.—Elena.”

Dió Jacinto un repaso más al papel, y en seguida, con gesto que era muy suyo cuando preocupábale algo, empezó a pasearse, a dar vueltas por el parque, las manos cruzadas en la espalda y el paso acompasado y firme. Después de algunas vueltas, detúvose debajo de un foco eléctrico; releyó el papel; lo guardó en el bolsillo interior del saco, y reanudó su paseo.

Paseó hasta las nueve. A esa hora entró en el

hotel; por toda comida tomó un vaso de leche, con un pedazo de panetela, y se metió en su cuarto.

Poco más o menos a tal hora, Elena, por miedo, deseando quedarse dormida antes de que cesaran los ruidos de la calle y de la casa, se desnudó, a oscuras, y se acostó. Inútil empeño el de quedarse prontamente dormida porque pasó la noche más desvelada, intranquila, de mayores angustias, de todas las de su vida.

Jacinto—quien sea hombre lo presume—tuvo una noche “más” de febril insomnio, de las muchas que ya pasara desde que, fulminantemente, se enamoró de Elena, allá en Santiago, un mes antes. Para nada se acordó, en toda la noche, de su mujer y de su hija, ni paró mientes un solo momento en su apurada situación de cesante falto de dinero; ni aquilató peligros, ni conjeturó responsabilidades, ni pensó en otra cosa que no fuese en relación con su encuentro con Elena, en lo cerca que estaban el uno del otro; en los medios de enamorarla decidida y francamente; de hacerla suya, de irse con ella, a cualquier parte, a vivir una deliciosa novela; como si la pujanza de su pasión eclipsara obstáculos y temores, y todo lo hubiera de convertir en propicio, lícito, hacedero y fácil. Que ella, de veras, se enamorase de él, con la fuerza y los arrestos que él presentía y deseaba, y todo lo demás era secundario, insignificante, indigno de tenerse en cuenta, ante el valor supremo de aquel deseo imperioso que le hurtaba la razón.

Con las primeras luces del día, saltó él del lecho; se dió una ducha; tomó una taza del café que, para despabilarse, hacía cada madrugada el camarero, y sentóse a escribir.

“Elena:

Ha sido tan original, inesperado, diría que novelesco, mi encuentro con usted en esta ciudad; me inquieta de tal modo la consideración de que, estando

tan cerca uno del otro, no podamos, con los inexpressables deseos de ello que tengo, comunicarnos nuestras ideas; la cartita de usted me intriga y desasosiega a un extremo tal, que después de una noche de desvelo, en la cual no he dejado de pensar un momento en todas estas cosas que me interesan hondamente, no sé cómo decir a usted cuanto deseo y es preciso que le diga en esta carta.

Considere usted. Cuando, al perder mi empleo en el Ferrocarril de Cuba, me decidí a venir a esta ciudad en busca de trabajo, lo que más me entusiasmaba era la idea de establecerme cerca del lugar en que estaba seguro de hallarla; porque parecíame que así podríamos cultivar, con mayores facilidades, con renovados entusiasmos, la amistad fuerte, inigualada, que anudamos en nuestra inolvidable primera charla de Santiago.

Ignoro hasta donde estoy moralmente autorizado para decir lo que va más adelante; pero me animan a ser franco las repetidas muestras de confianza, de afecto, de—diría que confidencial—intimidad con que usted me favorece, y la idea de que saberlo así puede serle útil—lo que anhelo con toda vehemencia—en las extraordinarias circunstancias en que parece que se halla usted en estos días.

Es ello, Elena, que a partir de la mencionada primera entrevista nuestra, y a despecho de lo agitada que ha sido mi vida desde entonces, no ha pasado un día (no mentiré si le digo que no ha pasado una hora) sin que el recuerdo de usted haya estado conmigo, sin que dejara de pensar en nuestras relaciones amistosas, con interés, con cariño, con cierta indecible preocupación, que nunca, amiga mía, he sentido, por difíciles y emocionantes que hayan sido los lances de mi aventurero y complicado vivir.

Desde tan feliz ocasión, como le digo, la igualdad de creencias, gustos e ideales, que inopinada, espontáneamente, manifestóse en cada uno de los párrafos

de nuestra plática; los más mínimos detalles de ésta, el paseo en coche, la despedida en el muelle de Santiago; todo ha sido, para mi, eje y causa de mil pensamientos, de mil locos planes, de un perenne desvariar, que hasta hoy nadie ni nada—insisto en ello—ha podido imponerle a mi carácter, de ordinario alegre, escéptico, incapaz de martirizarse con ideas fijas, deprimentes.

Ahora llego a Guantánamo, con todas las ilusiones mentadas, con irrefrenables deseos de ver a usted, de hablarle; formulando planes, para ir cuanto antes, con un pretexto cualquiera, al vecino puerto; y he ahí que la encuentro en esta ciudad, sola, en un hotel, muy cerca del mío, enredada en ignoro qué rara aventura, e imposibilitado de acercarme a usted—hasta un siglo de qué sé yo cuantas horas—para siquiera ver si me es dable la suerte de poder ayudarla en algo; para escuchar sus cuitas; para decirle un mundo de cosas que pienso y siento desde que proyecté mi viaje a esta ciudad, y, mucho más, desde que anoche la ví a usted en “El Louvre”, a pocos pasos de mí; como siempre simpática y amable; como nunca, atrayente y misteriosa...

¿Qué hacer?

Pues... una vez que le he dicho a usted, como vese aquí, a vuela pluma, el insostenible estado de mi ánimo, darle la seguridad de que no he de incurrir en ninguna indiscreción que pueda causar a usted el menor disgusto—y cuente que, para cumplir la promesa, he de violentar rudamente mis inclinaciones—y proponerle lo que a mi pobre inventiva, al ansia de verla y hablarle cuanto antes, se le ocurre, como único medio conveniente, para que tengamos la deseada y necesaria entrevista, limpia de toda riesgosa probabilidad.

Tengo, en estos días, un pase del Ferrocarril del Este, para ir y venir por todas las líneas de la empresa, en las cuales pienso “correr” como maquinista

dentro de una semana. Cada mañana, a las nueve, sale de aquí un tren de viajeros, que va hasta el pintoresco pueblecillo de San Luis, a donde llega a la una de la tarde, emprendiendo el regreso a las cuatro de la propia tarde. El coche de primera es cómodo, elegante y no muy "transitado". El valle, primero, y las montañas, después, que atraviesa el tren, ofrecen un paisaje ideal, encantador, sólo comparable al recordable de la carretera del Cristo. En San Luis hay un hotelito nuevo, coquetón, en el que se come excelentemente y en el que no faltan habitaciones discretas—¡no salte usted!—en las cuales podemos conversar a nuestras anchas, sin que por ello, y gracias al aprecio en que tengo a usted, haya el más remoto peligro de que nuestra amistad se empañe por la más leve acción, por la más insignificante palabra que no pudiera aventurarse en cualquier otro lugar, a la vista de cien personas.

¿Qué más?

Que acepte usted; que me lo diga esta tarde al pasar yo, una sola vez, por su balcón, abriendo como al descuido un pañuelo blanco. Si acepta usted, mañana, en el salón de espera del paradero, le entregaré su billete de ida y vuelta, y más tarde nos encontraremos en el vagón, nos sentaremos juntos, charlaremos y, siquiera sea por tres horas, seremos esposos, de mentiritas, sólo para el dueño del hotel de San Luis—que, por cierto y por dicha, también se llama "El Louvre"—quien registrará nuestros nombres como los de Mr. y Mrs. Wilson, de Baltimore.

¿Qué tal? ¿Es una locura? ¿Mucha novela? ¿Muy peligroso el lance?

De sentirse que pudiera ser así; porque no se me ocurre otro plan, y, por otra parte, no quiero por nada en el mundo darme por vencido en este caso. Mucho lo he pensado. ¡Toda la noche! Y lo vuelvo a decir: es lo mejor, me parece que lo único que mi inexperiencia en estas cosas ha podido fra-



guar. En mi hotel, mucho peligro. En el de usted, prohibido y expuesto a un fracaso. Una casa amiga, no la tenemos; y bueno que así sea. En el parque, también malo; en el teatro, pésimo; en un paseo, en coche, por las afueras de la ciudad, peor, inaceptable. Y declararnos vencidos, ya he dicho: imposible, absurdo, loco. Antes que eso, créome capaz de cualquier desatino.

De modo que... usted dirá.

Y si algo, que crea usted más admisible, se le ocurre, dígamelo en seguida; que no he de estar tranquilo, ni dormir, ni ocuparme de trenes, ni de ninguna otra cosa que no sea pasearme por este cuarto, como fiera en cautiverio, hasta que sepa la resolución de usted.

Hasta la tarde, en que he de convencerme definitivamente de si es usted la mujer resuelta, libre de perniciosa "moralina"; la Elena ideal que ha forjado mi imaginación en largas, interminables horas en que el recuerdo de usted señor se hace de todo mi albedrío.

Créame su rendido amigo y S. S.

JACINTO."

Puso en el sobre "Mrs. Wilson"; bajó al café, llamó a un limpiabotas, le dió el encargo de llevar la misiva, personalmente, a la señora que ocupaba "el cuarto del balcón" en "El Louvre" y le prometió medio duro de propina si cumplía el encargo al pie de la letra.

De regreso, a los diez minutos, estaba el gavroche

—¿Te dejaron subir?

—¿Cómo no?

—¿Le diste la carta a la señora?

—¿Cómo no?

—¿Una señora rubia, verdad?

—¡Ah! No, señor. Trigueña; muy bonita; que estaba vestida de blanco y...

—¡Basta! Aquí tienes el medio peso

\*

La señora trigueña, muy bonita, que vestía de blanco, aunque aguardaba la carta que trajo el arrapiezo, desde que vió a éste sintió que las piernas le temblaban, que las manos convertíanse en dos trozos de hielo y que hacía presa en todos sus sentidos una turbación insólita, que parecía pueril, ridícula en una mujer de su temple.

Procuró afirmar el poder de su acerada voluntad, diciéndose a sí misma que era tanta su ofuscación de aquel momento; y con forzada parsimonia rasgó el sobre, desdobló la carta y se acomodó en un silloncito, cerca del balcón, de espaldas a la luz que entraba por éste; dispuesta a leer lo que escribiérale Jacinto.

Lo leyó de un tirón, y, cosa significativa: al llegar a la firma no supo lo que había leído. Tuvo que dejar la carta sobre las piernas, y hacerse una serie de reflexiones tranquilizadoras antes de releerla; lo que hizo con más aplomo, avalorando el alcance de cada palabra, repasando lo leído, deteniéndose, zavi-losa, al final de cada párrafo.

Se quedó luego con las manos desmayadas sobre los muslos, la carta entre los dedos y los ojos fijos en una de las brillantes conteras que protegían la tapa de su baúl, arrinconado entre el tocador y la cama. Un tropel de ideas brotó de aquel ensimismamiento; primando, firmes y precisas, dos conclusiones inquietantes: que Jacinto, por tercera vez, y con incontrastable audacia y decisión, le declaraba sus deseos, malencubiertos por insinceros y frágiles subterfugios, evidenciando meridianamente que aquel juego amoroso no admitía términos medios, sino extremos bien definidos, y que aquel plan del viaje a San Luis era un desatino, casi un atrevimiento, en el que intuíanse

propósitos torcidos, y que, por ende, presentábase como inadmisibles desde el primer momento.

Empezó una carta, para decírselo así a él, y la empezó diez veces, malgastando papel y tiempo; porque todo parecía pésimamente redactado, violento, demasiado patético, a veces cursi, siempre acusador de una intranquilidad delatora; hasta que se decidió a dejarlo para más tarde.

Más tarde, después de un estudio más sereno de su situación, logró escribir a su gusto una carta para el joven maquinista, diciéndole que su proyecto era descabellado, peligroso, inaceptable desde todos los puntos de vista; que procurara, idear algo mejor, o que dejaran para ocasión más propicia sus anhelos de verse y hablarse. En seguida puso la carta debajo de una almohada, con la mira de tirársela al destinatario cuando éste, en la tarde, pasase por la acera de enfrente.

Pero, no por eso quedó ella más tranquila. Siguió el "barrenillo". Ciertamente que él se lanzaba en sus declaraciones amorosas, con vehemencia e intrepidez demasiado francas, imponentes; cierto que era arriesgada la empresa de ir con él a San Luis; cierto que ella dudaba de las intenciones de él, pensando que pudiera ser un cerebral, un erótico, entusiasmado con la idea de gozarla hasta sentir el hastío propio de las posesiones fáciles y repetidas, para abandonarla entonces, con los incontables pretextos de que disponen los hombres en tales casos; cierto que un desengaño de tal índole habría de ser doloroso, para ella, que, por Jacinto, aún creía en la vida; ciertas mil reflexiones más, de conciencia, de amor propio, de consideración a los suyos, de piedad hacia el marido, que cruzaban por su mente en aquella hora. Mas, cierto también que ella, inconsciente, ingenuamente, daba aliento a las inclinaciones de él; indudable que él había seguido los consejos de ella en lo de buscar un sitio para verse los dos, a solas; e indisputable, se-

guro, poderoso, que ella—¿qué más, para reafirmarlo, que aquella agitación en que pasara todo el día y que aún la dominaba fieramente?—ella, repetíase, tenía puesta toda su admiración en el talento, la cultura, el carácter, la delicadeza en el sentir, de Jacinto; todas sus aficiones en las de él, en su pasión por los libros, en su hermosa y varonil figura, que la enamoraba locamente; toda su fe en que fuera deleznable su temor de que él sólo buscara en ella el deleite de los sentidos; toda su esperanza de llevar una vida feliz, de ideales, de intelectualidad, de amor; una vida digna de ser vivida por una mujer consciente, apasionada de lo verdadero, de lo bello, de lo grande, con él, con el que, perdido una vez, perdido irremediablemente: con el Único.

Tampoco sosegóse la joven al pensar en lo antecedente. A medida que se aproximaba el instante decisivo, acentuábase la lucha interior. Inteligencia natural y cultivada la de ella, bien sabía ponerse en el justo término medio y darse cabal cuenta de su insignificancia en el mundo, de lo inútil y anónimo que sería su sacrificio en aras de la Moral, del Honor, de todas esas virtudes que lo son tan sólo cuando su práctica implica ventaja en la lucha por la existencia. Mas, había deberes de conciencia, humanitarios, que volvían por sus fueros, levantándose formidables en contra del derecho que creía ella tener a ser dichosa, a dar cauce a sus ansias de amar y ser amada. La lucha cruel de las grandes crisis pasionales; la lucha febril, agobiante, entre lo que exigía la honra, la tranquilidad, el porvenir, la vida de los otros, de su madre, de sus hermanos, de su buen marido, y lo que reclamaban sus anhelos de felicidad, el destino, la vida de ella. Lucha entre el Deber, engendro social, y el Instinto, hijo de la naturaleza; entre el Altruismo, penoso y esclavizador, y el Egoísmo, humano y libertario.

Mucho antes de que el sol perdiérase por detrás

de los tejados y azoteas que la vista dominaba desde los altos del hotel, Elena, muy empolvada, con su traje blanco, ancha cinta color de rosa en la cintura y en la diestra un libro, asomóse al balcón.

En el seno llevaba la carta negativa, para Jacinto, envuelta en retazos de papel de periódicos. Y, empuñado en la mano izquierda, muy apretadito, como un huevo, un pañuelo blanco.

¿Tiró la carta, o hizo la consabida seña del pañuelo?

Aquella mañana, Jacinto Estébanez, al presentarse en la estación, no llevaba el traje de rayadillo, los gruesos brodequines y la cebosa gorra, de visera charolada, con que cada día realizaba su aprendizaje de la línea, en la caseta de una locomotora. Vestía el traje de casimir claro de los paseos vespertinos por las calles de Guantánamo, su jipi de hacendado, y corbata, zapatos y calcetines en concierto de valor y elegancia con el resto del vestir.

Habló el maquinista con el jefe que, más tarde, habría de serlo de aquél, y le declaró su deseo de ir aquel día en el coche de primera, para "ver el camino" desde la última plataforma del tren. Dado este paso, comparó la hora de su "Elgin" con la del cronómetro reglamentario del "Despacho de trenes". Eran las ocho y diez minutos. Jacinto empezó a pasearse por el salón de espera; atisbaba la calle, a cada recorrido, por la puerta de entrada, aún a medio abrir; consultaba su reloj, minuto a minuto, y con todas estas señales de impaciencia traía intrigados a varios grupos de guajiros, que, desde dos horas antes, esperaban la salida del tren de San Luis.

El personal de patio apareó la fila de coches de viajeros al andén. En seguida sintióse el topetazo de la máquina, al acoplarse con el resto del convoy. Menudeaban los coches portadores del pasaje. Pre-

sentóse en el salón de espera el vejete uniformado que vendía revistas, oráculos, epistolarios y novelones, en los trenes. La inquietud de Jacinto hacíase cada vez más visible.

De súbito, cuando el joven, en una de sus vueltas, hallábase más lejos de la entrada, columbró una saya carmelita, que asomaba de un coche acabado de llegar a la puerta. Un relámpago de esperanza; porque, en el instante, salió de la saya carmelita una enorme sandalia, una canilla hombruna, sin medias, peluda, y del coche un cura, cogotudo y barrigón. Jacinto, "in mente", abominó de los curas, y por centésima vez consultó su reloj.

—¿Qué habrá pasado? ¡Concho! Apenas si faltan veinte minutos para salir el tren—monologó.

Otro coche; otra falda, que esta vez era blanca, con encajes. De la falda salió un fino zapato bajo, color champán, y una linda pierna, la media negra con una flecha blanca, y del coche Elena Blanco, la mujer más bonita del mundo.....

Estébanez soltó en el Despacho de billetes una doble águila, que era la última pieza de oro, el único dinero que le quedaba a su escuálido portamonedas y pidió un boletín de primera, de ida y vuelta, para San Luis. Recogió el vuelto y el pasaje. Guardó éste en un bolsillo del pantalón, y con la mayor naturalidad, después de un insincero tibio saludo, entregó el billete a la joven, que, en una banca del salón de espera, era el blanco de las miradas de todos.

Inicióse el desfile de viajeros hacia el tren. Jacinto, con la autoridad del compañerismo, se fué al carro de equipajes, a matar el tiempo en plática con un retranquero. Elena, al entrar en el coche de primera, tuvo el disgusto de hallar en él al sujeto de los granos, a quien había visto, antes, cuando ella tomaba el carruaje que la llevó al paradero. El resto del pasaje de primera, componíanlo el fraile carmelita; un míster de casco, polainas y traje de "khaki", y

dos señores, de gafas y sendos chaqués, señores muy sonrientes a quienes vinieron a despedir diez o doce individuos, tipos de matones, de banqueros de monte, de cabecillas políticos, según lo delataban los jipis alones, los bultos de grandes revólvers, los gruesos bastones y la prosopopeya con que cogíanse todo el andén.

Elena ocupó uno de los asientos de la entrada delantera del vagón, abrió un "magazine" traído del hotel y simuló entregarse a la lectura. Minutos después, el de los granos acomodóse en uno de los asientos de la hilera opuesta a la que escogiera la joven, pero frente a ésta. Puso a un lado el pajilla, para no maltratarlo y lucir el simétrico y brillante peinado, de raya al medio; levantóse el pantalón, para evitar rodilleras y exhibir los calcetines calados, de seda negra; sacó el pañuelo, para sacudir el polvo de los zapatos y saturar el aire de colonia "Guerlain"; encendió un cigarro y se esponjó, en pose intoxicadora.

Una campana avisa que el tren va a partir; silba el vapor en los grifos de los cilindros, y, sin un tirón, sin la más leve sacudida, sereno, como gobernado por mano experta, pónese en marcha el convoy. Señor de la vía, tren de primera clase, persuadido de que su camino está expedito, antes de salir a la red acerada del patio, aumenta gradual, pero rápidamente la velocidad, sonando fuerte, afanoso, el escape de vapor que se mezcla en la chimenea y, luego, fuera de ella, con una nube de humo que sube recta en la diáfana serenidad de la mañana.

Cuando los escasos viajeros empezaban a escudriñar el paisaje, que ya, raudo, cortaba el tren, Jacinto entró en el coche de primera. Traía tres grandes rosas encarnadas, talludas, con muchas hojas.

Al verlo venir hacia ella, portador del obsequio delicado, Elena tuvo para él una sonrisa de inteligencia y mimo.

—Tenga usted. Es un robo de que ha sido víctima

la mujer del maquinista que nos lleva. Me sonsacaron las rosas, cuando las encontré en el jardincito de mi amiga, por haberla visto a usted, en el salón de espera, con el vestido que llevó en nuestro paseo por las afueras de Santiago. No pude resistir a la tentación de cortarlas, para ver a usted hoy como la ví aquella tarde.

—Gracias.

No se le ocurrió contestar otra cosa. A la par que cohibíala, por la creciente acometividad de él, cierto arrepentimiento de haber venido, seducíala el sentir delicado, la exquisitez intelectual que implicaba aquel rasgo de innata galantería. No todos los hombres se fijaban en detalles como ese del vestido; no todos preocupábanse por refinamientos sentimentales como el que delataba el deseo del joven, de verla otra vez con el mismo vestido, adornado de rosas, que llevara ella en su primer paseo con él. Por lo menos ella nunca había encontrado un hombre así; el hombre ideal de sus libros favoritos, de sus horas de ensueños e ilusiones.

El viró el asiento anterior al de Elena, para ponerlo de frente al de ella, y sentóse, ladeado el cuerpo, rehuyendo toda sospecha maliciosa.

—Las dejaré aquí, en un lado del asiento, para ponérmelas más tarde. ¡Están preciosas!

—¿Sí?

—¡Lindísimas!... Pero... ¡Qué malo ha sido usted! ¡La pobre dueña de las rosas!

—El fin justifica los medios.

El de las medias caladas, el pelo vaselinoso, la colonia "Guerlain" y la pose homicida, el hombre de los granos, estaba petrificado, creíase en un sueño; inverosímil lo que veía.

Elena hizo como si se inclinara para ver mejor el paisaje y referirse a él, bisbiseando muy cerca del oído de su acompañante:

—No puede usted suponer cuánto me alegro de que haya venido tan pronto. A ver si ese mentecato



que estaba ahí, en frente, deja de fastidiarme con las miradas groseras, insolentes, con que me viene mortificando desde esta mañana.

—¿Le conoce a usted?

—¡Qué va! Es un tonto que, desde que me vió llegar al hotel, no hace otra cosa que rondarme, mirarme, sonreirse; importándosele poco el desprecio marcadísimo con que recibo su majadería. Esta mañana, muy temprano, como todos los días, ya estaba de plantón en la puerta del hotel. Me vió salir en el coche; tomó él otro y ¡allá va! Detrás de mi. Vió que iba yo a tomar el tren, sacó un boletín, y se clavó ahí, donde usted lo ve. Es el moscón más impertinente, más pesado, que he visto en toda mi vida.

Sonriente, con piedad cómica, lisonjero, Jacinto replicó:

—No se enfade. ¡Al contrario, compadézcalo usted! ¡Y a mí! ¿Quién no se siente plantón, moscón y todo lo demás? Es cuestión de buen gusto. Bastante sufre, el pobre hombre, en este momento con su papel de Tántalo. ¡Infeliz!

—A la verdad que usted es temible.

—¿Yo?

—Sí.

(Tántalo dejó el lugar del suplicio y se fué al otro extremo del vagón.)

—¿Ve usted?—dijo el joven—Así salen, generalmente, estos enamorados bobos, que forman legión en Cuba. Creen, sin que les haga mella el invariable desengaño, que les basta con plantarse delante de una mujer, muy empolvados y olorosos, con el traje y los gestos de última moda, y mirarla como santo en éxtasis, para que aquélla, embobada, salga detrás de ellos.

—¡Exacto!—dijo la joven. En seguida se percató de que ya empezaba a dar bríos peligrosos al maquinista, con la ingenua y servil aprobación de cuanto él decía, y por ello, como un quite, dijo:

—¡Qué linda guardarraya de palmas!

Acercóse él al postigo del coche, y quedaron cerca los cuerpos, los ojos en el paisaje; las almas en la felicidad.

El tren corre veloz, temerario, por la vía nueva, insegura y tortuosa. Pero, por óptica ilusión, es el panorama del valle el que corre hacia atrás. Pasan las lejanas torres de un ingenio, muertas mientras crece la caña, cuyos brotes ondean por toda la llanura. Pasan los palmares con la gloria de sus penachos y la arquitectura soberbia de sus columnas de marfil. Pasa el gracioso y pintoresco chalet de una plantación de naranjos y limoneros, que embalsaman el aire con esencia de azahar y alegran la vista con sus frutos de oro. Pasa un grupo de jinetes, de jipi y guayabera. Pasa un camino desolado y polvoriento, y un puente que salva el cauce de turbia cañada, y una carreta, y bohíos, árboles y postes de telégrafo. En el fondo, interminable, la pared de montañas que es límite del valle.

Suena un pitazo prolongado.

—¡Sampré—exclama Jacinto, como si bendijera, sincero, el término de aquella situación que ya se le autojaba inútil, mortificante, imposible de romper, sin el riesgo de soltar una vulgaridad, una gendonada que desentonase a tales alturas.

Porque, insistiendo: en lo que a él se refería, pues... ¡qué diablos! A él le encantaba el paisaje; pero tampoco podía dejar que, en contemplarlo, se fuera al poco tiempo de que disponía para su empresa.

Empero, se equivocaba. Impaciente, enamorado, olvidaba sus ribetes de psicología y no advertía que para una mujer como Elena, y para una hora como aquella, aquel embeleso del paisaje, admirado y comentado por los dos, era prólogo sugestivo que invitaba a la confidencia, al diálogo amoroso.

Detúvose el tren en Sampré, y las ventanillas de Jacinto y Elena quedaron frente a un kiosko de

refrescos. De espaldas al tren, frente al latón oxidado del mostrador, a las polícromas botellas de jarabes y licores de la cantinita, un gigante, con vestidura de "cow-boy", bebía un enorme vaso de cerveza. Jacinto reconoció, así, de espaldas, al jefe de Vía y Obras del Ferrocarril. Malhumorado, tuvo que separarse de Elena e irse a la plataforma trasera del tren, a "ver la línea". Porque no era bueno que el jefe de Vía y Obras viese al maquinista en cierne en coloquios y zureos con una viajera; viajera de primera clase.

Al partir el tren, Jacinto se vió al lado del gigante, que por razón de su empleo también tenía que "ver la línea" desde la última plataforma del coche. Con la procesión por dentro, el maquinista habló, con el jefe, de trenes, locomotoras, viaductos, semáforos y carriles. Y Jacinto abominó de los jefes yanquis; porque este fué su acompañante hasta la penúltima estación del itinerario. La primera parte del programa había salido mal.

—¿Qué le pareció la lata?—preguntó el joven a la joven, al reintegrarse a su asiento fronterero al de ella.

—¿Qué me pudo parecer? La obligación antes que la devoción.

—Sí. Y menos mal, que no se quedó hasta San Luis. ¿Verdad?

—Pues... sí.

Siguió el diálogo; pero como estaban ya muy próximos a San Luis. Jacinto creyó ventajoso no pasar de ciertas galanterías y atenciones de rúbrica para no explayarse en el discurso apasionado, convincente, decisivo, que aguardaba a Elena; discurso que no debía ser cortado por nada ni por nadie.

Un largo pitazo alegre. Los pasajeros se sacuden el polvo y el cisco del viaje y requieren sus bastones, sombreros y maletas, preparándose para dejar el tren. Se siente el roce del freno en las ruedas de los vagones. Suena la campana de la máquina. Jacinto

se va a la plataforma posterior, para explorar el paradero y sus alrededores, en evitación de un encuentro desagradable. Elena, emocionada, como si diérase más temor la aventura, a la llegada al pueblo, que la intrigaba como la próxima revelación de un grave misterio, frente a un espejo del vagón se pasaba una mota con polvos, alisábase el vestido, se ornaba el busto con las flores que el joven le diera y tocábase con su elegante pamelita color crema y cinta rosada.

En la estación, ajeteo de maleteros, aurigas y vendedores, que queda en suspenso un instante, por el encanto que al minúsculo andén trae la "buena hembra", y por la envidia que levanta Él entre los erotómanos reunidos allí; que lo eran cuantos usaban calzones, por las corvas o por los tobillos.

Arriba, por la carretera, que allí es calle principal, se va la pareja, bajo el fuego de un sol meridiano que enciende la sangre y que ofusca la vista, al resplandecer furioso en la blancura del camino.

El hotel; el indispensable hotel "El Louvre" de San Luis. Un cuarto, el mejor del hotel, que Jacinto hace abrir por todas sus puertas. Elena va al cuarto; se la ve secretar con una española obesa, que parecía la mujer del D. Pancho de la casa. Sonríe la española y se lleva a la joven, por el corredor, al final de la hilera de cuartos. Jacinto secretea con el dependiente; indica, con la mirada, el único "reservado" de la casa; el dependiente hace un gesto de asentimiento, y el huésped va a lavarse las manos al "democrático" palanganero del comedor.

Un cuarto de hora después, Elena, coloreadas las mejillas, muda, cortada como una guajira, y Jacinto, cortés, rebosante de júbilo, pero también un tanto desconcertado, sentábanse frente a una rotunda mesita, de terso y blanco mantel, pucha en el centro, brillantes cubiertos, con dos platos de convidadora y humeante sopa, acompañados por sendas botellas de agua mineral helada.

Antes de sentarse, Jacinto había puesto de par en par una puertecilla del "reservado", que daba a un lozano jardín, adorno de un costado del hotel. Buscaba el recreo de la vista y la ilusión de un poco de aire; ilusión; porque lo que penetraba por allí era un hálito de fragua.

Cuando se vieron los dos, "¡al fin solos!", quedaron como pasmados, como si allí, ante la realidad del trance, hubieran advertido por primera vez su enorme significación. Era un momento embarazoso, que, mientras más pensaba en ello, más atónito sentíase Jacinto y que presentábase propicio a las dudas y temores que a ratos dominaban a Elena. Nada novelesco aquel "alimentarse" prosaico, ininterrumpido por la plática ingeniosa, franca, que hacen de estas comidas íntimas un paso feliz, deseable, que no se olvida nunca.

Jacinto intentaba romper el hielo de la escena con exclamaciones y comentarios, que, de tanto ser forzados, causaban un efecto lamentable.

En una de las ocasiones Elena quiso hacer saltar a Jacinto con un chiste perverso, que tuvo la virtud de abrir la vena opima de la charla del joven.

Dijo él:

—¿No le parece a usted que hace un calor bárbaro?

—Sí; pero no me parece raro. ¿Qué quiere usted que haya, aquí, a la una de la tarde, en el mes de agosto?

—¡Bravo! Me encanta; mucho me encanta. Muy bien dicho. Y luego dirá usted que soy temible.

—Pero... ¿Qué he dicho?

—¡Es claro! Nada. Pero, mire: usted tiene la culpa de que yo hable del calor, de la sopa y de otras "calamidades". ¿Por qué no ha empezado usted a contarme cuanto me ofrece en su última carta?

—¿Yo? Empiece usted a decirme el "mundo de cosas", que me dijo que guardaba para cuando nos viésemos por primera vez.

—Ese “mundo de cosas” no puede ser descubierto hasta que no salga yo de la curiosidad incontenible que tengo desde que la ví a usted, sola, en Guantánamo. Además, para que el descubridor del “mundo de cosas” sepa hasta dónde pueden llegar su temeridad y decisión, es preciso que usted tome la delantera; que usted le dé una idea del camino y los medios y los antecedentes que convengan a su empresa. ¿He hablado, o no he hablado como lo requiere el “romanticismo” de la hora?

—¡Como héroe de novela!

—De la buena señora Braemé...

—No he querido ser irónica, ni...

—Ya, ya; pero cuente usted. ¿Pido vino?

—No necesito vino, para que cuente...

—Pero lo necesita para estas minutas.

—Tampoco. Y déjeme hablar. Decía que no necesito entusiasmarme para contarle mis cosas. Soy la más interesada en que usted sepa lo que me ocurre. Verá usted...

Y, cambiando el tono de broma con que ejercitábase el ingenio de ambos, antes de engolfarse en el coloquio de amor, por la expresión formal y sincera que requería la confianza, dijo Elena cuanto le ocurriera desde su llegada a la casa de su padre; achacándolo todo al “mal genio” de D. Jaime, callando antecedentes, ahorrando digresiones y comentarios indiscretos y empeñándose en demostrar que nada censurable había en su vida de hotel, separada de su familia; para evitar, así, el descrédito de ésta, por exigencias de la negra honrilla y por lícito amor propio.

Entre las dificultades de su cuento hallábanse las inevitables alusiones a su marido, al capítulo de su historia que más le preocupaba en aquel período crítico de su existir. Cada vez que la íntima trabazón del relato obligábala a citar a Pepe, hablaba de él, rápida, atropelladamente, rehuyendo el recuerdo y la imagen; como se rehuye, en seguida, la idea de

ver a un hijo muerto, a nuestra madre desnuda. Y entraba en este empeño, tanto como la inquietud de la conciencia, el deseo de no aparecer a la vista del enamorado como mujer casquivana, deseosa de allanar el camino de la conquista.

Pero su interlocutor era hombre perspicaz, e interesábale mucho penetrar en los secretos, en el estado de ánimo, en los propósitos de la joven; y con oportunas y agudas interrupciones, buceando en lo encubierto y en la realidad de lo que oía, pronto se reafirmó en su idea de que—tal como lo sobrentendiera del proceder de Elena, desde que ambos se conocieron—existía, y muy hondo, aquel divorcio moral que siempre entrevió entre la joven y su marido, y de que no era difícil la realización de los deseos supremos de él; porque habíase la joven enamorado con el primer amor de su vida, con un amor único e irrefrenable, como el amor de él.

Y, así, ya mediado el almuerzo, cuando la joven terminó su relato, volviendo al tono de chanza para disimular la emoción que aquél le causara y estudiar su efecto en el ánimo de él, dijo:—“He terminado la confesión”, él se frotó las manos con no fingido regocijo, y replicó:

—Le doy la absolución para los pecados cometidos hasta aquí, e indulgencias para los que pueda cometer en lo futuro.

—Es que el diablo no puede perdonar, y menos cuando pretende ser juez y parte.

—Tomo nota del “pretende”.

—Sí. Pretende. Sólo.

—Está bien.

Y batió palmas, para pedir el café. Porque mediado quedaba el almuerzo; perdido ya el apetito con la emoción que les causara lo hablado en la mesa.

No le convenía a él que desapareciera el nuevo ambiente de gracia y entusiasmo. Era el más propicio para hilvanar, en sus comienzos, lo que él ha-

bría de decir en seguida. Ya volverían las situaciones de sentida inspiración y elocuencia.

Cuando terminaron el café, Jacinto propuso que se sacaran dos sillas al jardín, a la sombra de una tupida enredadera de jazmín de Oriza, que comenzaba en la puertecilla del “reservado”, y corría por el costado de la casa. Porque el calor, en el “reservado”, hacía insoportable.

Aceptó Elena; pero antes dijo:

—Dígame, primero, qué hora es; no se nos vaya a pasar la hora del tren, sin darnos cuenta.

—Las dos y veinticinco. Nos sobra; digo.... tenemos algún tiempo todavía—y se sonrió; porque aquel “nos sobra” había sido un pecado de lesa galantería.

Tomó dos sillas, y salió con ellas a la sombra de la enredadera. Elena, delante, buscaba algo en su bolsa de mano. Antes de sentarse, le dió a Jacinto una bola de papel de periódicos, al propio tiempo que le decía:

—Abra esto, y vea lo que hay dentro; para que no se ponga muy orondo y para que no se vaya a entusiasmar demasiado, ahora que va usted a.... descubrir el mundo.

Era la bola de papel que la joven hizo en Guantánamo, para meter la carta en que rechazaba la idea del viaje a San Luis.

Mientras Jacinto leía, serio, Elena le miraba fijamente el rostro, tratando de adivinar la impresión que en él causaba la lectura.

En el cielo empezaban a formarse algunas nubes, precursoras de la lluvia, que habría de caer antes de la noche, y la atmósfera se hacía sofocante. El sol era furioso; crepitaba en la madera y el zinc de la casa; bajo sus rayos vivificantes se sentía nacer la vida, crecer en los “canteros”, cubiertos de hojas y flores. El bochorno de la hora ponía fuego en las venas y reseca la boca, como lo hace el deseo en los preludios del abrazo de amor.



Jacinto devolvió la carta, y dijo:

—¡Magnífico! Esa carta demuestra que no hay que desaprovechar esta ocasión, que difícilmente pudiera ser repetida. Vamos a cuentas...

—Antes de empezar, vea que hora es.

—¿Otra vez?— y, consultando el reloj.—Las dos y cuarenta.

Bueno es ahorrarse la reproducción del comienzo jaranero, de frases intencionadas, y lo franco y apasionado, pero lleno de mil naderías deliciosas, de aquel diálogo de novios. Porque, no por tratarse de dos tipos de excepción, estuvieron ellos a salvo de las mil vulgaridades, eternamente repetidas en los escarceos de la iniciación amorosa, entre amantes como entre novios; en todas las clases y en todas las latitudes; por más que, con el diálogo afectado, puramente retórico, de la novela, se puedan hacer filigranas de prosa, totalmente alejadas de lo verídico. El hablar de los enamorados, de todos los enamorados, en el principio de sus relaciones como tales, es de frases cortas e incongruentes, de monosílabos cien veces repetidos, de una incorrección literaria que, si sabe a gloria cuando nos toca una parte de él, fuera de lugar y tiempo es pueril hasta lo risible.

Jacinto estaba convencido, no ya de lo que era evidente—el enamoramiento de la joven—, sino de que ella llegaba con él a lo que llegaba, por creerle el hombre que con ella tenía naturales afinidades, por creerle el hombre ideal, y no porque, del mismo modo que con él, hubiérase conducido con otro cualquiera. Sabía que, además de hallarse enamorada de él, ella no era feliz en su matrimonio, por ser su marido uno de tantos, un adocenado incapaz de sentir y pensar tan alto como ella. No ignoraba que tratábase de una mujer libre de muchas de las preocupaciones de la imperante moral de cartabón, y de un espíritu resuelto, aventurero, enemigo de lo consagrado y rutinario. Seducíale la idea de salvar de

la vulgaridad, a fuerza de estudios que juntos podrían realizar, a una mujer de la inteligencia y de las inclinaciones de ella. Y, aunque no desconocía que las consideraciones a la familia, sobre todo a la madre de ella, y la piedad que inspirábale su marido, habrían de presentar obstáculos a los empeños de él, esas consideraciones, y la escasez de tiempo, llevaronle a un asedio vigoroso, en el que, obcecado por la pasión que le dominaba, olvidó todos los inconvenientes, su familia, cuanto pudiera estorbar la consecución de su objeto, luchó con todas sus armas: su ascendiente sobre la joven, su práctica en los estadios de la galantería, su elocuencia de orador innato, la inspiración y el calor de su pasión no fingida y la fuerza magnetizadora de sus ojos. De aquellos ojos todopoderosos, que en la tribuna levantaban formidables ovaciones y que, según decían los incultos compañeros de él, con el lenguaje gráfico e hiperbólico del criollo, abrían la bolsa de los amigos y rendían a las mujeres.

Cerca de la hora de partida; cuando habían pasado de las nimiedades, tanteos y galanterías del principio, a lo serio y trascendental de la plática, Elena, batiéndose en los últimos reductos de la conciencia, contestó a una pregunta del joven:

—Sí, Jacinto. Pero es que Pepe, en el fondo, es bueno. Me quiere, y mucho, y de un modo u otro, lo cierto es que le tengo algún cariño, que podrá ser filial, como usted dice; pero que me haría muy duro todo lo que pudiera hacerle desgraciado. Y su desgracia, su dolor más grande, sería lo que usted me propone; llevado—así necesito creerlo—del amor que le inspiro y de los sanos deseos que, por lo mismo, le hacen a usted pedir, ofrecer, disponerse a todas las aventuras y a todos los peligros.

—Sí. Debe usted creer en mí; no únicamente porque lo necesite, como dice por anhelo ferviente de su alma; sino porque de la pureza de los sentimientos que me mueven, le doy una prueba indis-

putable con mi insistencia en decir que sólo quiero, que sólo me conformaré con la idea de irnos de Cuba, a empezar una nueva vida para los dos. Sólo así podrá ser nuestro amor, ya que el mío no habría de admitir un término medio inestable, bochornoso, indigno, que, por ello, tampoco habría de satisfacer a usted. Animárame un deseo pasajero, la satisfacción de un vulgar capricho, de un vulgar amor propio, y mi proceder, mis insinuaciones, mis ruegos, se encaminarían a la más rápida cristalización de tales propósitos. Pero, no. Ya ve usted mi moderación, ya ve usted que no estoy impaciente, desesperado por obtener una satisfacción innoble. Y ello es así, por lo que dije a usted antes. Porque quiero que, si hemos de ser uno del otro, lo seamos totalmente; en cuerpo y alma, sin celos, sin que, una vez en país extraño, tengamos que ocultarnos de nadie ni de nada; sin que a los males que, fatalmente, ocasionaríamos a su esposo, agregásemos el perpetuo engaño, el sarcasmo, como pasaría en una vida de amantes y de marido burlado; porque no soportaría yo que la mujer mía, usted, la única que puede serlo, tenga... marido, y porque no pienso únicamente en lo material, diríamos, del amor; que también busco la comunión de ideales, sentimientos e inteligencias; que juntos vayamos por la vida, cultivando nuestro espíritu, gozando del único amor que pueden concebir dos seres inteligentes.

Elena, seducida, dijo muy quedo, como en soliloquio:

—¡Esa sí sería vida!

—¡Es claro!—exclamó él, entusiasta y victorioso —Y a usted—si cree en mi amor y en él ve la dicha propia—se le presenta esta disyuntiva: Sigue los impulsos de su corazón, pasando por sobre todas las consideraciones que lo contraríen, para irse con esa felicidad que hoy pasa al alcance de usted, por única ocasión, o se va usted a su hotel de Guantánamo a esperar el día de reunirse con su marido,

para seguir la aparentemente sosegada, feliz y envidiable existencia de los matrimonios... buenos. Porque, lo vuelvo a decir, cualquier término medio entre esos extremos, sería algo a que no podría amoldarse nuestro modo de ser.

—Ah; eso sí.

—Pues, usted dirá.

—¿Y para dónde nos iríamos?

—A un país grande; cualquiera de las repúblicas del Sur. Lo mismo a una que a otra; porque, cualquiera que escogiésemos, tendríamos que ir a trabajar y luchar; pobres como somos.

—¿Y cuándo nos iríamos?

—Tan pronto como hubiese vapor. Podríamos ir a Nueva York, por ejemplo, desde Santiago, y de Nueva York... hasta una de las ciudades del Plata.

—Lo pensaré.

Y en tono más alto y resuelto, como si asaltárale otra vez el temor de que el tren pudiera irse, dejándolos allí por toda una noche, agregó:

—Por favor. ¿Qué hora es? ¡Vámonos!

—Todavía tenemos veinticinco minutos—replicó él, después de consultar su reloj.

—¿Veinticinco minutos? ¡Vámonos!

Y dejó el asiento, partiendo rápida en dirección al cuarto, seguida de Jacinto, que con la más sentida naturalidad entró con ella hasta donde estaba el espejito frente al cual empezó ella a ponerse el sombrero.

Con mirar y acento suplicantes, de pie, muy cerca de ella, Jacinto dijo:

—Bueno, Elena, ¿sí?

—Veremos.

—Nada de veremos. Recuerde usted que es difícil, riesgoso, que nos volvamos a ver con la libertad y el tiempo de que hemos dispuesto hoy. Conque, ¿sí o no?

Y como ella nada replicaba, insistió él:

—¿Sí?

El pecho de Elena levantábase alto, rítmico, anhelante; ardíanle las mejillas, de rubor; temblábanle las manos. Los labios entreabiertos, resecos, permanecían mudos.

—¿Sí?—persistió él—¿Sí?

—Sí—dijo ella.

—Pues... *dame* un beso—pidió él; y la miró fijamente.

—Nos pueden ver.

—No. Nadie nos ve.

Y los labios entreabiertos, resecos, ardientes, uniéronse un instante. Instante de un placer tan hondo e inexpresable, que él, hombre vivido y hombre voluptuoso, nunca habíalo sentido igual. Un placer tan hondo e inexpresable, que ella, mujer casada, cuando lo sintió, por vez primera supo lo que era un beso.

Porque se hacía muy tarde, y más porque, después del beso, sentíanse algo confundidos, salieron, rápidos del cuarto. Pagó Jacinto la cuenta del hotel, y se fueron a pie por la carretera, más cerca uno del otro que al mediodía, cuando llegaron a San Luis.

En el mismo asiento del tren hicieron el viaje de regreso, y al llegar a Guantánamo dejaron que todo el pasaje saliera del vagón antes que ellos, para darse otro beso más fuerte y voluptuoso que el primero.

\*

Bajaron del tren separados; uno por la salida delantera del coche de primera; otro por el extremo opuesto. Habían quedado en ultimar los detalles del viaje, por medio de las cartas que diariamente cruzaríanse entre ambos. Jacinto en seguida pediría informes a Santiago, para saber en qué fecha habría de salir el primer vapor para el Norte, y así poderse ir ambos de Guantánamo, precisamente el día anterior al de la partida de Cuba.

Al llegar al hotel, Elena encontró una esquela de su hermano Carlos y una carta con letra de Pepe y sellos estadounidenses. Al darle carta y esquela, el dueño del hotel, con tono entre serio e irónico, le dijo:

—Mire... señora Wilson. Aquí trajeron estas cartas dirigidas a la señora Elena Blanco; que dicen que son para usted.

En el acto Elena comprendió que habrían de presentársele dificultades con la gente del hotel. Por poco previsora, por la intranquilidad en que pasara los días que llevaba en Guantánamo, únicamente le había escrito una postal a su madre, en la cual sólo fueron un saludo, la indicación de que uno de sus hermanos viniera a verla y la noticia de haber tenido ella que pasar por “americana” en “El Louvre”, para ser admitida como huésped; mas, olvidando decir el nombre que para tal engaño había escogido.

Por consiguiente, cuando vino Carlos con la carta y la esquela, el dueño del hotel se dió cuenta de la farsa, y no necesitó gran habilidad para que el muchacho dejara entrever que algo raro había en la vida de la joven.

El escrito de Conchita no tenía mayor importancia. Muy ocupada, y temiendo ser sorprendida por D. Jaime, sólo había escrito cuatro banalidades a la hija; dejando, para cuando Esperanza pudiese ver a su hermana, el relato de las escenas habidas en la casa, con motivo de lo hecho por la última, y los comentarios amargos, tristes, que el proceder del padre arrancaba del alma a la pobre mujer.

La carta de Pepe comenzaba de este modo: “Sin ninguna tuya a que poder referirme; seguramente porque aún no hay tiempo para que pueda yo recibir carta tuya, desde Cuba, etc.” Y si bien era verdad que abundaba en términos cariñosos, estos eran insípidos, a causa del malhadado Lugar Común, que era señor de toda la misiva, y a causa de

la primordial importancia que en aquélla daba Pepe a todo lo que se relacionaba con sus estudios, su carrera y sus planes para hacer dinero.

Ya tenía Elena motivos para devanarse los sesos. Por lo que referíase a Jacinto, las impresiones del viaje a San Luis, el extremo de intimidad a que en algunas horas habían llegado los dos, y lo grave de su compromiso amoroso. Por lo que se relacionaba con sus padres y hermanos, no sólo cuanto inquietábala el pensar en lo que era *su casa* y el efecto que en ella habría de causar su fuga con Jacinto; sino, aquel mismo día, el sobresalto que era de esperar en Conchita, cuando Carlos le dijera que no halló a su hermana en el hotel. Por lo atañadero a Pepe, la carta que ella acababa de recibir le renovaba la pena que le daba su proceder con él, y a punto la ponía de arrepentirse de lo hecho aquella tarde, y de desistir de sus propósitos de irse con Jacinto. Por lo que tenía que ver con su permanencia en "El Louvre", la seguridad que guardaba de que de algún modo procurarían decirle que se fuera de allí.

Sustituído el traje de calle por la blusa y la falda que usaba en el hotel, Elena puso recado de escribir en la mesita del cuarto, para hacer una carta a Conchita, explicándole a su modo la causa por la cual Carlos no la había encontrado en el hotel. Acababa de sentarse a escribir, cuando alguien dió con los nudillos en la puerta.

Salió a ésta la joven. Era el camarero, que traía la cuenta del hotel. Sorprendió a Elena que le trajeran la cuenta, sin haberla ella pedido. Sorprendióla más aún el hecho de que le cobraran tres pesos y medio diarios por aquel cuarto, que no era tan grande, en aquel hotel que no era tan de primera clase. Comprendió que era, aquel, el primer medio que empleaban para que supiera ella que no era "persona grata"; pero, como ya, de todos mo-

dos, pocos días intentaba permanecer allí, decidió pagar sin decir una palabra.

Cuando el dueño del hotel vió que “la mujer del No. 1” había pagado sin protestas la cuenta, empezó a retorcerse el bigote y a mirarse fijamente la punta de los botines. A los cinco minutos de sesuda cavilación, salió, escaleras arriba, rumbo al “No 1”.

Al habla con Elena, le dijo:

—Señora: lo siento mucho; pero tengo que decirle que necesito que usted desocupe el cuarto.

—¿Y eso, por qué?

—¿Porque, a la verdad, se lo alquilé creyendo que usted iba a estar en la casa sólo un día o dos.

—Es que todavía no lo entiendo.

—Es que me da pena decírselo... Usted—y retorciase el bigote y se miraba la punta de los botines—usted sabe que... vamos; que en estas casas no podemos admitir señoras solas en las habitaciones, sin... sin perjudicarnos... Costumbres del país... ¿Y qué quiere usted que le hagamos?

—Entendido. Pero ¿no querrá usted que me vaya esta noche?

—No, no señora; de ningún modo. Mañana, con tiempo... pasado mañana temprano.

—Muy bien.

—Pase buenas noches.

—Buenas noches.

Abrevió ella la carta para su madre, para escribir a Jacinto, en seguida, un papelito diciéndole lo que pasaba e instándole para que en vista de ello precipitase los preparativos del viaje. Porque temblaba ella ante la idea de tener que “darse” totalmente al joven, antes de la partida para el extranjero. Y si tenía que irse de “El Louvre” en el plazo que habíanla dado, no hallaría probablemente otro asilo que el que el joven pudiérale dar en su habitación.

Escrito el papel, Elena le puso sobre, trocó la ropa casera por el traje que antes se quitara, y vol-



vió a la calle, a entregar en "La Diana" el mensaje para Estébanez.

Al regresar a su hotel, como a la salida, la joven tuvo que soportar piropos e insolencias, lacónicas invitaciones, de las más desvergonzadas, de cada hombre o grupo de hombres que halló a su paso.

\*

Existe, repartida por las Antillas, México y el Istmo centroamericano, una clase de trabajadores, nómadas podríase decir, que constituyen una especie de francmasonería tácita, desconocida de los que no son del oficio de dichos trabajadores. Es la francmasonería de numerosos maquinistas, telegrafistas y conductores de ferrocarriles, que hablan español e inglés y que conocen todos los sistemas que para el manejo de los trenes se usan en América. Son estos elementos los que dan el mayor contingente de personal técnico a los ferrocarriles nuevos de estos países, y cuando llegan a ser mayoría imponen salarios y condiciones de trabajo que no pueden fácilmente alcanzar los obreros y empleados arraigados en una localidad o país, y que, por lo mismo, tienen que ser más prudentes en sus reclamaciones. Practican estos trabajadores, como ninguna otra clase proletaria, el principio de "uno para todos, todos para uno"; se juegan el destino por defender a un compañero; cuando hay una vacante procuran llenarla con uno de la clase; viajan en los trenes, sin pagar un centavo de pasaje, si es posible en coche de primera, si no, en el ténder o en el techo de un vagón; no les falta vivienda, dinero, comida, cuando están sin trabajo, entre "hermanos", y, en los casos de apuro, se hacen grandes colectas para ayudar a uno de ellos, enredado con la justicia, o que sufre un accidente desgraciado, o que para buscar empleo tiene que trasladarse de un país a otro. Se identifican entre sí, estos raros francmaso-

nes, por presentaciones personales, por los relojes ferrocarrileros que usan, por los certificados de servicio de las docenas de ferrocarriles en que han trabajado en su vida, y por otros medios hábiles, entre ellos consagrados.

Nuestro maquinista, naturalmente, era uno de los más notables de la curiosa hermandad, y en el Ferrocarril del Este, aún en construcción en aquellos días, abundaban los "vagabundos tropicales", como llaman a tales "hermanos" los jefes de los ferrocarriles.

Necesitado de dinero, de una regular cantidad de dinero, para poder realizar sus proyectos, Jacinto, al separarse aquella tarde de Elena, se dirigió al mejicano jefe de la estación, veterano de los rieles, impenitente "vagabundo tropical", y le habló así:

—Chico: veo que esta gente, con esto del aprendizaje de la línea, me está dando largas; porque ya saben cómo y porqué salí de Camagüey, y con toda seguridad temen colocarme en la empresa. Si no hablan con franqueza, es por la recomendación que ustedes hicieron de mí. En la construcción del Canal de Panamá hay trabajo para todo el mundo, y trabajo bien retribuido, como no lo hay en ninguna parte. No tengo dinero para irme allá con mi familia; pero si puedes reunirme, entre los amigos, un par de cientos de pesos, me largo en el primer vapor.

—Veré a ver lo que se hace entre los compañeros— contestó el mejicano.

Con éste comió Jacinto aquella noche, y como a las once retiróse a su cuarto de "La Diana".

Al pasar por la carpeta, el encargado de la casa le entregó, sonriendo maliciosamente, la carta de Elena, y le dijo al hacerlo:

—Esto dejé aquí, para usted, una real hembra.

Mortificó al joven esta impertinente salida del encargado; pero tuvo que refrenar el impulso de protesta que le salió a los labios. No podía él decir que aquella mujer era la suya, y, no siéndolo, autorizado

estaba cualquiera para tales groserías, francamente aceptadas por nuestro modo de ser social, "tropical" y tal.

Cuando se enteró de la noticia que Elena le daba, pensó, en el instante, que, en vista del sesgo que tomaban las cosas, era preciso irse de veras para Panamá. Después de todo, para ir a trabajar, a correr fortuna, lo mismo le daba Panamá que la Argentina o el Uruguay; y si el primer vapor que salía de Santiago, en vez de hacerlo para el Istmo, lo hiciese para el África, al África se iría. Por lo menos, yéndose a Panamá, bastaríanle los doscientos pesos que pensaba recoger entre sus colegas del ferrocarril. Mientras que para ir a la América del Sur, tendría que vender su reloj de oro, el jipi de hacendado, y, aún así, "sablear" a varios amigos de Santiago.

A la mañana siguiente, muy temprano, contestó la esquelita de Elena. Decíale su resolución de cambiar el viaje a Buenos Aires o Montevideo por el viaje a Panamá, y le daba instrucciones para el mejor arreglo de todo. Ella debería mandar aquella misma tarde, su o sus baúles a la estación, en donde él se encargaría del despacho. Saldría sola, a la mañana siguiente, con el equipaje de mano, a la misma hora en que lo había hecho el día anterior. Sacaría su pasaje hasta San Luis. Allí se reunirían para pasar juntos la tarde. Al cruce del tren central por San Luis, ella lo tomaría, yendo sola hasta Santiago, en donde él vendría a su lado para ir juntos a un hotel. Al otro día, muy temprano: ¡adiós Cuba! Advertencia importante: que, en caso de escribirle a su mamá o a Esperanza, dándole cuenta de la aventura, guardase la carta hasta el último momento, hasta el momento de embarcarse. Entonces la echarían en un buzón próximo al muelle.

Bajó a la puerta del hotel. Puso en manos de un chiquillo la carta para Elena, y una peseta de propina, y volvió a su cuarto.

Con un pliego de papel por delante, y sentado

frente a la mesita en que acababa de hacer la carta para Elena, se dispuso a escribir otra a su mujer. Como recomendárle a Elena para las suyas, la misma para Ramona habíase de echar en un buzón de las cercanías del muelle, a la hora de la partida.

Hasta este momento decisivo, siempre que habíale venido a la mente el recuerdo de su mujer y su hija, había logrado rechazarlo; afanado como estaba en pensar, con el egoísmo de sus deseos, en los medios de hacer suya, de llevarse con él a cualquier parte, a la mujer que trastornárle el sentido con el hechizo de su belleza, de su gracia, de su juventud, de su rara inteligencia. Y lo mismo habíale ocurrido hasta entonces con todo pensamiento que viniera a sacarle de su encanto, de su constante pensar y urdir planes para la cristalización de sus propósitos; con todo lo que pudiese perturbar su idea fija, su obsesión de aquellos días de amorosa calentura.

Mas, allí, frente al pliego que habría de ser carta para su mujer, sintió por primera vez la necesidad de un serio análisis, de un severo examen de eso que él mil veces negara, que aún negaba que existiese: la conciencia. ¿Qué sería de su hija? ¿Qué de Ramona? ¿Qué dirían de él sus compañeros? ¿Y sus enemigos? ¿Qué les parece a ustedes! ¿El socialista! ¿D. Jacinto Estébanez! ¿El hombre bueno, inteligente, desfacedor de entuertos ajenos, proceder así con los suyos, con su propia mujer, con su hija!

Con su inconsciente afán de verlo todo fácil, disculpable, propicio, se sintió en seguida un superhombre, para eso del "qué dirán". Todos los que hablaban de él, acreditándole de malo, sin medir antecedentes, sin consecuencias de ningún linaje, no podrían ser más que unos adocenados, cursis, opiados aún por la "moralina" de que habla Nietzsche. Él, socialista, no aceptaba del genial loco germano otro individualismo que este que ahora "tenía la necesidad" de aceptar: el individualismo que desprecia la opinión ajena.

Y se dispuso sólo a ver las cosas desde el punto de vista de su moral y de sus sentimientos, desdeñando los del prójimo. De éste sólo pudiera interesarle la parte, infinitesimal, que piensa por su cuenta, que no tiene el peso de las preocupaciones dejadas en las mayorías estúpidas por el catolicismo antihumano que nos legó España, y que, más o menos visiblemente, señorea las conciencias en nuestros países americanos de habla castellana; la parte infinitesimal que no se dobla ante el Convencionalismo, tolerante del adulterio, la bigamia, el incesto, la corrupción de menores, con tal que todo se haga en un mundo de engaños, hipocresías y clandestinaje; "guardando las formas".

Sí; era cuestión personal, de él, de su moral y de su sentir.

Y aquí venía el desdoblamiento de su ser. Por un lado un Jacinto bueno, altruista, fácil al sacrificio de su porvenir, de su amor de su vida, por no hacer un daño irreparable a una criatura inocente, que además era su hija, y a su mujer, buena mujer que no tenía culpa del desamor que inspiraba a su marido; y por otro lado, un Jacinto que consideraba naturales, de fatalidad, justos y precisos, los acontecimientos inminentes, y, más, un Jacinto enamorado; que ésta era aquí condición primordial, de un poder verídico, dominante y muy humano.

Presumía el dolor inmenso que a su mujer habría de causarle el golpe tremendo, la noticia, cuando la supiera, tarde o temprano, de la escapatoria de él con una joven casada. Desde el primer momento comprendería Ramona el extraño divorcio a que la condenaba él, y su abandono, y la ofensiva piedad de amigos y conocidos, que sobre ella caería, y el oprobio inevitable para el nombre, hasta entonces bien reputado, de hombre culto, simpático y generoso, de su Jacinto, a quien amaría siempre, a pesar de todo, y el porvenir horrible que aguardaba a su hija, la hija de ambos. Lo comprendería todo, aunque

pareciérale absurdo, inverosímil, loco, que tal cosa ocurriérale a ella, buena, inofensiva mujer, paradigma de esposas, madre como todas las madres. Presa de la desesperación sería ella; de una desesperación capaz de llevar a la abandonada a extremos de violencia, cuya sola suposición hacía temblar y recrudecía dolorosamente el herir de la conciencia de él.

Sin quererlo, recordaba, sin orden ni concierto, escenas, hechos y decires de su vida de casado. Los meses de su noviazgo; las noches de aquella luna de miel deliciosa, en que él creyó amar profundamente a "la buena de Ramona"; sus luchas de socialista, animado de inconsciente pasión por el renombre, por la gloria, y por innata nobleza y connatural generosidad; su querida biblioteca, levantada con amor y constancia jamás entibiados; escenas de su vida sosegada y digna en aquella casita de Camagüey, cuyos muebles, cuadros y rincones favoritos, imaginaba ahora, viéndolos como si los tuviera delante; los sobresalto de su mujer, sus angustias, sus desvelos, su llanto, en los días inolvidables de la huelga; el día en que ella dió a luz, agarrada a las manos de él, temblorosa, sollozante, cuando con los primeros dolores intuía el trance terrible que la iba a convertir en madre, y, luego, en el supremo instante, cuando desgarrábasele las entrañas, y con los ojos desorbitados, vidriosos por las lágrimas, la voz angustiada, delirante, le decía: "¡Jacinto! ¡Mi vida! ¡Me muero!"

De codos en la mesita, los puños en las sienes, los ojos en el papel, que seguía virgen, en espera de las ideas de él, el malo, el inmoral Jacinto sintió que el corazón le dolía, que las lágrimas le empañaban la vista, y dejó de recordar, de analizar, para dar desahogo al dolor, para sufrir.

Sufrió un gran rato; hasta que, lentamente, fué readquiriendo la facultad de pensar. Se preguntó: ¿Qué hacer para evitar el abandono de la esposa y de la hija; abandono que traería su inevitable secue-

la de miserias, odios, recriminaciones, penas y el torcedor que acompañaría toda la vida? ¿Qué, para no ser malo? Solamente volver a la vida de buen padre y buen esposo; vida tranquila, digna, sin arrebatamientos ni dolores; pero vida vulgar, monótona, sin una emoción fuerte, sin un conflicto pasional, sin nada propicio y estimulante para la lucha por la conquista de un nombre, por salir del anónimo y la mediocridad. Volver a la vida de casado-soltero, para que no falte la mujer "dueña de la casa" y la mujer que satisfaga, periódica, metódica, animalmente, las exigencias del sexo, sin un solo goce intelectual, sin la menor pluralidad de anhelos e inclinaciones; la triste "soledad de dos en compañía", de que hablaba el poeta. E ir a tal vida, desoyendo al instinto, sacrificando toda la felicidad que podía él hallar en el mundo, la felicidad que le brindaba aquella mujer, Elena, de gran inteligencia, de las mismas ansias de saber que él sentía, de gustos y sentimientos hermanos de los de él, de cuerpo de diosa, que él deseaba ahora con un impulso carnal ignorado, vehemente, que le daba fiebre; que hacía incontinente desde que ella le confesó su amor; desde que la besó; desde que, en el tren, sentado junto a ella, sintió el contacto de su cuerpo cálido, hermoso, duro, que le encendía la sangre y le latigueaba los nervios; desde que se dieron aquel beso largo y voluptuoso antes de abandonar el tren.

Y como era su enamoramiento, el deseo que le inspiraba Elena, lo primordial, lo que todo lo eclipsaba en aquel estado de su ánimo; como subyugábale aquel poder verídico, dominante y muy humano, sintió como si le hiriese el alma la idea de que pudiera él quedarse sin gozar los deleites inexpresables que brindábale aquel cuerpo que su imaginación, en horas de ensoñar febril, viera desnudo, bello, vibrante de pasión, anheloso de rendirse al Amado, al Único.

Hablaba el amor, el amor omnipotente; y Jacinto se sintió, otra vez, egoísta, nietzscheano. ¿Qué ca-

ramba! ¿Él no era un hombre? ¿No tenía presunciones de ser un tipo de selección? Las exigencias sociales, los sedimentos religiosos existentes en el fondo de la masa humana, le obligaban a proceder así, a huir con una mujer a quien amaba, a esconder su amor en tierra lejana. Y más le forzaban a ello sus principios morales, rarísimos, y sus bondades características, que no podían admitir el engaño, el clandestinaje de una vida de amantes, con un marido burlado y escarnecido perennemente, y una esposa que sólo fuéelo por piedad, por malsano sentimentalismo; pero a la que habríase de engañar, también, de un modo constante, ruin, mediocre, impropio de la naturaleza de la mujer amada y de él. Y si dejar, olvidar a Elena, era un absurdo, una locura, un imposible, ¿qué hacer en su caso? Lo que en las propias circunstancias hacen todos los hombres; lo que haría él, resuelta, definitivamente. No se amilanaba como cualquier ente sofisticado por viejos códigos morales, tradiciones y costumbres, mandados a retirar de circulación entre gente que tiene una clara y racional concepción de la vida. Ya lo había pensado bastante: haría lo que otros, en su caso, realizaron antes que él; lo que muchos harían después que él; todos los que, como él, tienen que vivir en países en los cuales, por lastre religioso, el Divorcio no existe, o si existe es nulo, por la fuerza de los prejuicios.

Sí; como han hecho otros. Pero otros se decidieron a dar un paso así, porque tenían la seguridad de que a la esposa, a los hijos abandonados, no habría de faltarles lo materialmente necesario para la existencia: propiedades, rentas, familiares pudientes, dinero en efectivo. Irse así, como pensaba él hacerlo, dejando a Ramona sin medios de vida, era algo que sólo podría ocurrírsele a un loco o a un malvado.

Era ése un nuevo escrúpulo, que parecía formidable. Mas, como también era formidable la consabida idea de que era totalmente rechazable, absurdo, im-



posible, todo propósito de prescindir de Elena, pronto su necesidad de disculpa, de facilidades para lo que intentaba, dió solución al nuevo conflicto moral. Que en estos estados del alma, cuando se es juez y parte, cuando nadie puede redargüirnos, nuestras razones son terminantes, verdaderos dogmas, indiscutibles para la conciencia.

¿No iba él a Panamá, donde se obtenían los salarios más altos de la época? Y si no iba él a Panamá, o si terminábase pronto la construcción del canal, ¿no tenía una profesión muy socorrida en todas partes? Pues... no más cavilaciones. Ya buscaría los medios de mandar a Ramona una cantidad mensual, suficiente para que ella y la niña pudiesen vivir con más o menos desahogo. Y pensado ésto, se sintió un hombre nuevo, feliz, fuerte, que seguiría su destino, que habría de llegar hasta el fin. Le pareció que el día, repentinamente, habíase puesto más claro y alegre; que el sol brillaba con más fuerza; que de los laureles del parque frontero al hotel, mancha verde que se dominaba desde su cuarto, venía más fresco, aromoso y vivificante, el aire de la mañana. Con los ojos de la imaginación vió a Elena en su cuarto de "El Louvre", afanada en el arreglo de todo lo del viaje; de aquel feliz viaje de novios, que, para dicha suprema de ambos, empezaría al día siguiente. Llamó al camarero; pidió café puro; se puso de pie, para estirar las piernas; para dar sus paseos de los momentos de reflexión: la cabeza baja, las manos en la espalda, los pasos cortos.

Después de tomar el café, ya en pleno dominio de sus nervios, la mente tranquila, despejada, Jacinto hizo la carta para su mujer. Diríale que no había encontrado trabajo en el Ferrocarril del Este; que en Chaparra, no ignoraba ella lo que le había ocurrido a él; que no le quedaba ninguna otra probabilidad de colocarse en Cuba; que por ello determinaba salir para Panamá, en donde no faltaba trabajo abundante y bien retribuido; que no la llevaba a

ella desde el primer momento, porque no tenía dinero suficiente para hacerlo, y porque era mejor que él fuese delante, para, cuando estuviera fijo en un lugar, preparar la casa; que sentía mucho el tener que irse así, sin ver antes a ella y a su hija, y que junto con la carta le mandaba sesenta duros, para que no le faltase lo indispensable mientras él podía hacerle el primer envío de dinero desde el Istmo. Frases de consuelo, recomendaciones, consejos y besos, epilogaban la carta. La dejó abierta, para meter en ella el giro, que intentaba sacar en Santiago con el dinero recogido entre los "vagabundos tropicales", y la escondió, luego, en una camisa de pechera dura, para evitar que Elena la viese el día que tenían que pasar juntos en la capital oriental.

Luego empezó a preparar el equipaje. Llevó a limpiar un flus. Recogió unas camisas que tenía en el tren de lavado. Estuvo en la barbería. Hizo un presupuesto de gastos de viaje. Puso en lugar escogido de su maleta su mejor juego de calcetines y ropa interior.

Por la tarde fué a la estación, y el mejicano, jefe de ésta, le entregó un sobre que con letra de muchos rasgos, letra de telegrafista, rezaba: "Para el hermano Estébanez". El sobre contenía doscientos cincuenta duros en billetes de banco.

A las once de la noche del día siguiente, Jacinto, después de dar la mano, cortés, cariñosamente, a Elena, para subir a un carruaje de los que esperaban el tren de La Habana en la estación de Santiago, decíale al auriga:

—¡Al hotel "El Alba"!

Sentados los dos, muy juntos, en el coche, Jacinto pasó un brazo por detrás del cuello de Elena, dejando acer la mano sobre el hombro lindísimo, y cruzó las piernas, descansando la de abajo en el banquillo delantero del carruaje. En espontánea prueba

de cariño, ella dejó una mano sobre la rodilla que él tenía en lo alto.

Animado por la actitud de su compañera, y movido por la necesidad de conocer, antes de llegar a "El Alba", la disposición en que se hallaba aquélla con respecto a un extremo importante, Jacinto con voz trémula, pedidora, dijo:

—En el hotel, como en San Luis, tenemos que pasar por esposos, para no infundir sospechas y para no exponernos a que nos nieguen hospedaje. ¿Pido dos cuartos juntos, con puerta de comunicación, o un solo cuarto para los dos?

Sintió ella que el rubor le encendía las mejillas, y, con sonrisa y acento de súplica, replicó, casi afirmativamente, con esta negativa:

—¡Oh, chico, no! Un solo cuarto no.

—Como quieras. Pero, te advierto que, en primer lugar, es insólito aquí que un matrimonio, para pasar una sola noche, pida dos cuartos, y... luego... que me duele que seas tan esquiva, tan desconfiada conmigo. Creo que de sobra has probado la pureza de mi amor, mi delicadeza... vaya: diría que mi abnegación, ante las dilaciones impuestas a mi deseo por tu excesiva, injuriosa prudencia... En San Luis, el otro día, y toda la tarde de hoy, que hemos pasado juntos, solos; enloquecido yo de amor, del ansia indomable de hacerte de una vez mía, totalmente mía, en cuerpo... ya sabes: como lo has sido en alma desde que nos conocimos.

Vencida por las razones de él; sometida por sensaciones que ella desconociera hasta entonces; con voz suave, tímida, en el oído de su amante, para que no la contuviese el bochorno, dijo:

—Es que me da vergüenza decírtelo.

—¿Vergüenza de decirme qué, Elena?

—Lo del cuarto.

—¡Ah! Bueno; ya sé: que tome uno solo, con una sola...

—Shiii! Cállate. Sé bueno. No hables más de eso.

El la atrajo, oprimiéndola dulcemente contra su pecho, y se besaron en silencio, una, dos, cien, todas las veces que la luz indiscreta del alumbrado ciudadano eclipsábase dentro del coche.

¡Qué a gusto sentíanse los dos en aquel cuarto de "El Alba"! No sólo que la hora era de las contadas en la vida en que todo lo que nos rodea parece inspirarnos bienestar, optimismo, goce de vivir; era que, sin disputa, estaba muy bien la pieza aquella, con su amplio escaparate de lunas biseladas, su tocador en concierto de valer y elegancia con el escaparate y el resto del menaje; todo enchapado de reluciente nogal; su lámpara eléctrica sencilla, modernista; su piso de tabloneillos bruñidos, donde alegre reflejábase la luz, y su lecho matrimonial, con sobrecama de punto y cojines sedenos; lecho muy ancho, lujoso, mullido, incitante...

Hacia calor, y Jacinto, con este pretexto, para disculpar la necesidad de tener a Elena a su lado, puso cerca del balconcito del cuarto las dos únicas mecedoras que en él había. Estaban en el segundo piso, y desde allí no se vislumbraban altos, azoteas, ni otra cosa que la negra e interminable mancha de un desierto de tejados.

—Siéntate aquí—él dijo, al poner muy juntos, pegados, los brazos de las mecedoras.

Las manos entrelazadas; cerca los rostros; unas veces riendo con sincero regocijo; otras emocionados hasta sentir la infinita tristeza de una felicidad que los hacía llorar; ya mirándose apasionadamente, como si leyéranse en lo más recóndito de sus almas; ya parleros, confidenciales, gozosos de narrarse las impresiones de su raro noviazgo; ora en un letargo de inexpresable dicha, de ensueño purísimo; ora poseídos de un deseo que ponía fulgores de locura en la mirada de él, y levantaba el pecho, reseca los labios y humedecía los ojos de ella, dándole estremecimientos nerviosos, que eran como una gloriosa revelación; allí permanecieron hasta que cesaron to-

dos los ruidos de la casa y de la calle; hasta que la campanada de un reloj cercano hizo pensar a Jacinto en el amplio lecho de matrimonio, elegante, voluptuoso, convidador...

—La una, eh—advirtió él.

—Sí—contestó ella.

—¿Vamos a pasar la noche en los sillones?—preguntó, él, insinuante.

Elena bajó los ojos, confusa, encendido el rostro de vergüenza; dejó caer su cabeza sobre el hombro del amante; enajenándole con el perfume de su carne deseosa, con el roce de sus cabellos, con la caricia inconsciente de su mano, inmóvil sobre un muslo de él, y permaneció muda, rendida por inefable voluptuosidad. En su papel de hombre, él, atrevido, empezó a soltar los broches de la blusa.

—No. Espérate—rogó ella.

—¿No?

—Sí. Pero, espérate. Si de todos modos ha de ser; ¿por qué te desesperas?

—Y, si ha de ser de todos modos, ¿por qué no ahora? Mira que es muy tarde y... que sufro mucho, Ele.

—Bueno; apaga la luz.

—¡Ah, no! Yo he de desnudarte.

—¿Con luz? Tú estás loco.

—Bien; será sin luz; pero la ropa he de quitártela yo. Que con ello, con desnudarte en nuestra primera noche de amantes, he soñado mucho, y no has de regatearme ese capricho.

—Bueno. Apaga.

Se puso de pie Jacinto; cerró la puerta del balcón; dió vuelta al botón de la luz, y fué a tuestas en busca de Elena. Ciñéndola el talle, con un brazo, la condujo al lecho. Sentáronse al borde de éste, y él empezó la deliciosa tarea de desnudar a la amante. En la oscuridad, torpes las manos por la ofuscación del deseo, no atinaba él con los automáticos del vestido, los broches del trajecito y los tirantes del corset.

Aquel palpar delirante de las manos de él, desbo-

caba el corazón de ella, producíale febril inquietud y un goce desvaneciente que la dobló sobre la cama.

El contacto de la carne tibia, matorosa y perfumada de la joven, despertó súbitamente la virilidad del hombre, que hasta entonces permaneciera dócil a los sentimientos delicados de él, y que, dolorosa, exigía la inmediata y violenta posesión de la hembra; así medio vestida, atravesada en el lecho. Mas, pronto se impuso, otra vez, su delicadeza, su mismo amor, el afán de no destruir la inefable poesía de la hora, y embridó sus deseos carnales. Acertó a quitar el corset, las ligas, las medias; cubrió de besos cuanto fué quedando desnudo: la masa dura, trémula y sudorosa de los muslos; la carne recia, cálida, vibrante, de los pechos.

—¿Quieres ponerte de pie, para que te quite el camisón?

Ella, sin decir una palabra, accedió al deseo de él.

Cayó la camisa a lo largo del cuerpo, hasta quedar en el suelo.

Al sentirla desnuda, Jacinto dijo:

—Ahora voy a encender la luz.

—¡Ah, chico; eso no—respondió ella, al propio tiempo que saltaba sobre el lecho.

Cuando él hizo luz, la halló arrebujaada en la sobrecama, cabeza y todo.

—¿Por qué te acostaste?

—Porque sí. Porque ese no fué el trato.

—Está bien; está bien—dijo él sonriente; y volvió a dejar en tinieblas el cuarto.

Después se acercó al lecho. En pocos segundos se quitó la ropa exterior y los zapatos. Retiró, entonces, la sobrecama; la puso a los pies del lecho. Se acostó, trenzando su cuerpo con el de ella... y, si mala noche es la que se pasa sin dormir, aquella lo fué para Elena y Jacinto.

Sólo que fué una deliciosa mala noche.

Al amanecer, cuando el cansancio los rendía y quedábanse dormidos, el camarero, que despertaba a

un huésped madrugador, de un cuarto vecino, despertó a Jacinto. El vapor para Panamá salía a las diez de la mañana, y quedaban muchas cosas por hacer antes del embarque. Jacinto se incorporó en la cama, en silencio, cuidadoso, para no despertar a Elena, que dormía boca arriba, la negra cabellera esparcida por la almohada, los brazos y el busto desnudos, al aire un pecho redondo, blanco, con pezones de virgen, pequeñines, rosados, erectos. La sábana finísima, que cubría el resto del cuerpo, modelaba el trabajo estatuario de aquél: la ampulosidad de las caderas y las líneas impecables de los muslos.

Un nuevo movimiento de Jacinto para levantarse, y Elena entreabrió los ojos, que cerró él a fuerza de besos.

Saltaron los dos de la cama, cuando Jacinto dijo:

—Tenemos que levantarnos ahora; porque hay mucho que hacer: sacar los pasajes, despachar los baúles; tengo que ir al correo, a la estación...

Después de los íntimos placeres de la noche, Elena dejó todo recato, y púsose a trajinar por el cuarto, sin otra ropa que la camisa. En el ir y venir de sus quehaceres, se encontraron, el uno frente al otro, en medio del cuarto. El corrió un brazo por la nuca de ella, con el otro rodeó su cintura y la atrajo contra él; oprimiéronse fuertemente; él puso un rosario de besos en el cuello de ella. Ella ensortijó sus dedos, con los hilos rubios y crespos del cabello de él.

—¿Me quieres mucho, Ele?

—Sí; mucho.

—¿Por qué me quieres?

—Porque eres bueno, delicado, inteligente y... porque sí; porque me gustas mucho... Vaya; porque te quiero muchísimo, y soy muy feliz sabiendo que eres mío; que soy y seré siempre tuya.

—¿Y no te queda, por allá, muy adentro, ninguna duda, temor, pena, sentimiento; nada que empañe tu felicidad?

—De importancia, una sola pena.

—¿Cuál?

—La de haberme entregado a otro hombre antes que a tí; de no haber caído en tus brazos tan virgen de cuerpo como lo he sido hasta hoy del verdadero amor de mi alma.

—Pues, chica: eso no debe empañar tu dicha. Porque la virginidad que debes tú estimar, la que yo estimo, la que aprecian todos los que tienen una moral como la nuestra, es esa última virginidad a que te has referido. Anoche, al conmoverse todas las fibras de tu cuerpo en el supremo deleite; al morir, en mis brazos, de dicha infinita, por primera vez supiste lo que es el amor. Dejaste de ser virgen. Así lo entiendo. Así debes entenderlo; porque así es.

Ella apretó fuertemente su pecho contra el del Amado; sus labios con los de él y, nuevamente, abrazados, cayeron sobre el lecho...

\*

En el "Oteri", gallardo y ligero buque de bandera cubana, y desde el muelle en que separáronse una noche inolvidable, se embarcaron los dos aquella mañana. Elena fué mareada todo el viaje, y Jacinto dió nueva prueba de su exquisita sensibilidad, de su discreción, de su amor, alentándola con la devoción de sus cuidados, sus preguntas y consejos cariñosos; sus besos.



## VI

En los días en que Jacinto y Elena llegaron a Panamá, las obras de construcción del Canal estaban en toda su fuerza. A despecho de la merecida fama de insalubre que tenía el Istmo, eran de tal modo atractivos los salarios fabulosos que en él se pagaban, que un hormiguero humano, no menos de cuarenta mil hombres, vivía y trabajaba en las cincuenta millas escasas que mide la maravillosa vía interoceánica. Babélica era la confusión de tipos, razas y lenguajes, de los trabajadores venidos de todos los rincones de la tierra, al olor de las renombradas, poderosas e incitantes “águilas” yanquis.

Pero éstas eran sólo para los señores del Norte, o para los que sabían suficiente inglés y tenían la habilidad y la audacia necesarias para pasar por “superhombres”; porque allí había dos nóminas de pago: una de las mentadas “águilas”, para los que llevaban trajes de “khaki”, y otra de plata panameña, para los de boina y alpargatas, turbante y alquicel o jipi y taparrabo. Los de “khaki”, además del buen sueldo, tenían casa higiénica, espaciosa, a prueba de mosquitos, y otras prerrogativas, comodidades y “sabrosuras”, propias de la superhombría; los de razas inferiores, además de la plata panameña, tenían un buen rancho, barracones bien poblados y un grillete

como premio a sus méritos; la riña a puñetazos o el inverosímil atentado a la autoridad del jefecillo angloparlante.

Jacinto, por su tipo rubio, su buen inglés, enfatizado por el "argot" de su oficio, y su condición de "vagabundo tropical", obtuvo un empleo de los incluidos en la nómina de oro: maquinista de carga en el "Panamá R. R.", con doscientos diez dólares de paga mensual, ocho horas de trabajo, seis semanas de vacaciones con sueldo, cada nueve meses, y casa de matrimonio, amueblada, gratis, en la ciudad capital. Que así eran las condiciones de trabajo, inigualadas en todo el mundo, de que disfrutaban los obreros yanquis, más o menos legítimos, en el Canal centroamericano, cuando el apogeo de los trabajos de construcción.

Todo, pues, presentábase favorable a la tranquilidad, a la dicha del matrimonio natural, de Jacinto y Elena: un sueldo que permitía al joven engañar a su compañera, diciéndole que ganaba centenas y medio de dólares, con lo que restábase una buena cantidad, para mandársela a Ramona cada mes; tiempo suficiente para estudiar mucho los dos, y la ventaja de vivir en la ciudad, en la que no faltaban algunas familias cubanas con las cuales pronto enlazaron íntima amistad.

Por de contado que, como estas familias cubanas eran modelos de familias, honradas y morales, los dos amantes tuvieron que presentarse ante aquéllas como casados dentro de lo que exige la honradez, la moral y la legalidad "consagradas".

De veras eran ejemplares de moralidad aquellas familias. La de "los Ramos", cuyo jefe, Saturnino Ramos, capitán de guerrillas españolas en la guerra de la independencia de Cuba, había emigrado de la patria cuando, terminada la lucha, a él, como a otros traidores, amenazábale la vengadora guásima. Con una ruleta, en los tiempos colombianos del Istmo; la

trata de blancas, el contrabando de tabaco, jipis y licores, en la época de esta historia, don Saturnino había logrado formar un hogar respetable y una virtuosa familia, que se codeaba con lo más respetable y virtuoso de la capital panameña. Tenía don Saturnino, con su esposa, dos hijas, de seis años la menor, de siete la primogénita, y media docena de mulaticos con una mestiza de francés y haitiana, de los arrabales. Los mulaticos empezaban por uno de cinco años y terminaban por dos gemelos de meses. Por esto de la mestiza y de la prole verdinegra, la mujer legal de don Saturnino había dejado de tener hijos con él, y entre ambos, daban a la hermana de ella, joven de veinte años que vivía en la casa, y a las dos hijas, el buen ejemplo de dormir cada uno en una habitación separada, de no comer él con la familia, de no cambiarse el matrimonio otras palabras que las indispensables para el manejo del hogar. Por lo demás, fuera del comercio de carne humana, lo del contrabando, la prole "extraoficial" y el divorcio de hecho en que vivía con su mujer, don Saturnino era un buen hombre, diligente, caritativo, de muy dulce y simpático trato. El, su cuñada, sus hijas, su mujer, eran todos católicos a macha martillo, y las simpatías y el afecto que Jacinto y Elena inspiraban a "los Ramos" eran sólo empañados por la indiferencia religiosa que notaba la familia en la conversación y en la vida de los jóvenes amantes. Hagamos una excepción, y recordémosla: sólo, aparentemente, la falta de religión de los jóvenes cónyuges empañaba la sorda admiración y los innobles deseos que a don Saturnino, viejo vicioso y corrompido, inspiraba la carne joven e inabordable de su bella compatriota.

Conocieron, ésta y su marido en casa de "los Ramos", a otras de sus amistades: una linda joven habanera, casada con un rojo, voluminoso, resoplante cocinero catalán que estaba pegado al fogón del hotel en que trabajaba todo el día, y que se iba, tarde en

la noche, a su casa, sin bañarse, con las sucias alpargatas de la cocina, con la mugrienta camiseta al aire, oloroso a sobaquina, ajos y aceite, parlando su bárbaro castellano, que también olía a tabaco y a ginebra. Ella se llamaba "Chicha", y "por los Ramos" supieron Elena y Jacinto que "Chicha" coronaba, y no de rosas, a su buen marido.

En cambio, por "Chicha" conocieron nuestros jóvenes la historia y los milagros de "los Ramos" y de otra familia, nuevos amigos de los primeros: Pedro Rosales y su mujer, Matilde, una real moza, de quien decía "Chicha" que el marido la mandaba a coquear y a darles coba a los hombres de viso, de influencias y dinero, para poder él buscarse la vida con sus mil cubileteos de agencioso aventurero. Tres chiquillos tenían Pedro y Matilde; y por ello, porque era preciso vestirlos, alimentarlos, darles educación; porque era preciso vivir lo mejor posible, y Pedro no tenía capital, ni oficio, ni gran cultura que le pusiese a prueba de miserias, Jacinto y Elena, despreocupados por la fuerza de la experiencia de la vida, disculpaban casi lo que hacía aquel matrimonio para salir avante. Elena tenía en Matilde una fiel amiga, que, a fuerza de halagos y devoción, vencía los ligeros escrúpulos que tal amistad causaban en la primera.

Dos o tres compatriotas más, solteros, empleados en los trabajos del canal, completaban el grupo de amigos de Estébanez y su mujer.

Estos encantaban e intrigaban a todos. Encanto, por la gracia ingenua que brotaba de su conversación fácil, amena y persuasiva; por el buen sentido crítico, la discreción e inteligencia con que convertíanse en árbitros de la tertulia; por el buen gusto que tenía ella para preparar los típicos guisos cubanos, con que ambos obsequiaban, cada domingo, a un grupo de compatriotas nostálgicos de las cosas del terruño; por el aire de franqueza, juventud, optimismo y alegría que en torno de ellos se respiraba. Intriga, porque

era insólito, propicio a dudas, que llevaránse tan bien, quisieranse tanto, tuvieran ineclipsable luna de miel, como se llevaban y querían y estaban siempre en prolongado tornabodas Jacinto y Elena. Los intrigados, también lo estaban por la bondad de sentimientos que veíase en la joven pareja, para todo lo que fuese ayudar a un amigo, o conocido, en desgracia, romper lanzas por una causa justa, noble, y encontrar disculpa, por lo menos atenuante, para los yerros del prójimo.

—Quién sabe qué remordimiento, qué cosa “deberán” ellos, que les hace ser tan buenos... o aparentar serlo—había insinuado “Chieha”, una noche en que se hallaba en la tertulia de “los Ramos” y se hablaba de Elena y Jacinto.

—Sí, hija; yo no sé nada... *pero...* a los malos; a los inmorales, les gusta mucho hacerse los buenos—dijo la de Ramos.

Matilde, presente en la tertulia, había replicado, con gesto y decir de indirecta:

—Tiene usted razón, señora: la gente más buena, más religiosa, más caritativa, más moral, es generalmente más falsa, hipócrita; más “de historia”...

—Bueno; ya dije; yo no sé nada—replicó hábil la señora Ramos.—Después de todo, ellos me caen muy simpáticos. Los dos son muy inteligentes y da gusto ver lo bien que se llevan...

Y en las últimas palabras puso la señora un acento de tristeza, como de “honradez” arrepentida.

¡Porque—es necesario insistir—sí que era codiciable, desacostumbrado entre “esposos” aquel amor con que amábanse Jacinto y Elena!

El no tenía entonces un hogar legalizado y santificado, con una mujer a la buena de Dios, apacible, casada-viuda, como la casa y la mujer de don Saturnino, por ejemplo, o como la casi totalidad de las casas y de las mujeres de toda sociedad educada a la española, también por ejemplo; pero tenía un hogar honrado, ennoblecido y santificado por el amor, y un

hogar en que se aprendía, se pensaba, se tenía un culto al ansia infinita de saber. Ella no era una señora casada; pero era lo que, dado el sentir y la moral de ambos, parecía más meritorio: era la amante, que no tiene marido amo, sino un compañero que la consideraba su igual, en cuanto a deberes y derechos, en cuanto a las necesidades morales y materiales del ser humano, verdaderamente digno del título de tal, y que si iba junto a ella por el mundo, compartiendo luchas, trabajos y alegrías, era por espontánea, libérrima voluntad, por amor, y no por la imposición de códigos y costumbres.

Ya, cuando él escribía sus artículos socialistas—que entonces publicaba en *La Estrella de Panamá*—, nadie se acercaba para interrumpirle con la noticia de que no había manteca o con la lectura de una crónica de policía; ya, cuando él iba, de pareja, al teatro, o a un paseo de campo, no dejaban de hallar eco sus comentarios de cuanto impresionaba sus sentidos; ya un libro del favorito Queiroz o del maestro Zola, leído en alta voz, no dormía a la compañera, a la única oyente.

Ya ella no tenía que violentar su carácter y decir que sí a todo, bueno o malo, torcido o derecho, que el dueño dijera; ya podía ir, venir, hablar libremente, sin otra limitación que los gustos y deseos, siempre lícitos y consecuentes, de su compañero y lo que exige y limita el derecho ajeno.

Había en el vivir de ellos casi toda la felicidad que es posible hallar en el mundo, y sin casi hubiera sido, si la carencia de hábitos, leyes e instituciones progresistas en nuestras latitudes tropicales no violentase la ley de la naturaleza y no aherrojase la conciencia y la libertad del individuo, creando víctimas que, como las figuras primordiales de esta historia, lo son de tales hábitos, leyes e instituciones que en nada son paralelas o amoldadas a las imposiciones naturales del hombre y de sus sociedades.

Pero, así es; y si nadar en contra de la corriente, en otras partes, es ejercicio duro, ingrato y aniquilante, por acá es empeño más que heroico.

No pasó mucho tiempo sin que las durezas de una realidad martirizadora, sin que las tartuferías, envidias y malas intenciones de amigos y conocidos, sin que las garras del monstruo sociedad, empezaran a rasguñar la reputación de los dos amantes; empañando, en rápido progreso, su dicha, hasta llevar sus vidas a nuevas crisis, a cien pruebas más de la reciedumbre de sus convicciones, de su heroísmo y de la grandeza de su amor.

Un buen domingo en que Jacinto lucía por las calles panameñas uno de sus trajes de dril blanco, de puro corte habanero, y encaminábase a su casa con un "sandwich", bien cargado de pepinillos, para su mujer, que hallábase en el trascendental período de los antojos, tuvo la mala sorpresa de tropezar con un grupo de trabajadores, conocidos suyos de Camagüey, que como tantos otros de su clase acudían al Istmo en busca de ricos jornales.

Entre estos trabajadores con quienes Jacinto encontrése aquel domingo, había uno que sólo trabajaba cuando la mala suerte, la actividad de la policía o la escasez de víctimas le obligaba a desertar, temporalmente, del verde paño de la mesa de monte, o del no menos verde de la mesa de billar. Los demás, que eran cinco, pertenecían a la especie, que se encuentra en todas las capas sociales, en número desconsolador, que por no querer pensar por cuenta propia forma en el rebaño que rinde culto a la sabia opinión de "todo el mundo". Por ésto entre ellos, que en otros días fueron devotos admiradores de Jacinto, claqué de sus discursos, imperaban parecida opinión y parecidos sentimientos a los que, entre todos los amigos y enemigos del maquinista, causara su escapatoria con una mujer casada y el consecuente abandono de su mujer e hija.

La gente religiosa, que por hipocresía, intereses de clase, por convencionalismo, culebreaba por en medio de mil adulterios, concubinatos y otras corrupciones de la grey católica, sin alarmarse ni atreverse a lanzar la primera piedra a cualquiera de los pecadores, había puesto el grito en el cielo cuando el caso de Jacinto:—“Hé ahí lo que son los señores socialistas, lo que es el hombre incrédulo, que lo es precisamente para cohonestar sus vicios, sus bajas pasiones, con pretendidas verdades científicas, sociales y filosóficas”. “¡Qué les parece a ustedes el com... pa... ñe...ro Estébanez, el moralizador de la humanidad; que nos seduce a una pobre mujer, y se fuga con ella, abandonando a su familia”—había exclamado, en un corrillo de andén, cierto viejo conductor de trenes que tenía una querida en cada una de las estaciones de su recorrido. “Siempre había dicho yo que ése era un jesuita, un embaucador de obreros y corruptor de mujeres”—dijo en plena asamblea gremial un anarquista, enemistado con Jacinto porque le roía de envidia la popularidad del otro; olvidando las veces que, en nombre del Amor Libre, de la Libertad del Hombre y de otros derechos, había él, el anarquista, preconizado las teorías que su rival, valientemente, llevara a la práctica. Muchos que no eran de los moralistas de boquilla, antedichos, y que en su interior entendían y hasta disculpaban la acción de Jacinto, no atreviéndose a defender con generosidad al compañero ausente y caído en la aversión de la generalidad, se sumaban al coro de las lamentaciones de “todo el mundo” y, simuladamente decepcionados, subscribían los “¡Pobre Ramona!”, “La que más lástima da es la niña!”, “Se necesita ser malo para hacer tal cosa, y a lo mejor con una prostituta”. Lo mejor era que muchos de los comentadores y execradores lo que sentían era una envidia inmensa por no ser ellos los raptores de la buena, de la real hembra, que pronto se supo que era la tal Elena.



De todo ese conjunto de virtudes alarmadas, pasando a través del temperamento y buen entender de cada uno, estos amigos y compañeros que Jacinto encontraba en Panamá habían formado un criterio de repulsión, cuando no de despego, al maquinista. Como todos eran jóvenes y tacos, mucho de la envidia de marras había en ellos.

Sin embargo, la buena sorpresa que siempre causa el encuentro de un conocido en tierra extraña, y cierta falta de valor que en estos casos impone el trato social, hicieron que los recién llegados saludaran con efusión y cordialidad a Estébanez. Como si nada que los distanciara, ofendiera o repugnase, hallaran en él.

Hubo un conato de charla; el maquinista corroboró los informes que sus ex compañeros traían sobre los excelentes jornales que se obtenían en las obras del Canal, y se ofreció para ayudar a cualquiera de los del grupo, con referencias, alguna recomendación o cualquier auxilio que se pudiera necesitar; pero tuvo buen cuidado de no dar las señas de su casa panameña, y de no hacer pregunta o alusión alguna que pudiese traer a colación el "asunto" de Camagüey.

E hizo intención de abreviar el corrillo; pero dos o tres de los del grupo no podían resistir la tentación de inquirir algo sobre la mujer del cuento, y de ver cómo encaraba Jacinto un interrogatorio sobre el propio tema.

El jugador—que, de pasada, se advierte que se llamaba Cirilo Anguila—dijo así como al descuido, como quien no dice nada:

—Hombre, una noche antes de salir de Camagüey vi a tu mujer.

—¿No te acuerdas de que íbamos juntos, tú y yo?—interrogó otro al primero, también inocentemente.

—Sí; iba a la botica. Parece que la niña estaba enferma.—Este parecer de Anguila era más que éso; era una adivinación; porque nadie le había dicho si la niña estaba enferma, ni él vió a la madre ni nada.

Jacinto sólo dijo—“¡Bien, bien!”—y extendió la mano para despedirse. Mientras se la estrechaba, y como si se le escapase la presa, otro dijo:—Yo también vi a la chiquita, el otro día, en la puerta de tu casa.

—¡Sí, eh? Bueno, hasta luego—dirigiéndose a todo el grupo y reanudando su camino—, replicó Jacinto.

En la esquina próxima se encontró con don Saturnino Ramos, y no pudo evitar el detenerse a conversar con él.

El grupo de “amigos” de Jacinto se había quedado en los portales de un café cercano, comentando el encuentro con el maquinista: “¡Qué hombre más descarado!”, “Ese ya ha metido a la mujer a ganar dinero por ahí”.

Anguila dijo:

—Miren; ahora está dándole palique a un cubano; una buena persona, que conocí anoche en un juego de “poker”. Se llama don Saturnino. ¡Si supiera él con qué ficha está hablando!

Del malhadado tropiezo sacó Jacinto una desagradable impresión. Pensó que era lamentable que él, que pudiera ser útil a los compañeros recién llegados, que en el fondo no eran más que unos pobres diablos llenos de prejuicios absurdos, tuviese que zafarles el bulto a causa de la encubierta hostilidad y la visible mala intención con que fué recibido, por aquéllos. Su experiencia de la vida y su cualidad de observador, diéronle en seguida, el presentimiento de que algo deplorable traeríale la llegada de sus ex amigos de Camagüey. Con estas cavilaciones hizo todo el camino de regreso a su casa, y antes de entrar en ella se hizo el propósito, que cumplió, de dar cuenta a Elena del tope con los camagüeyanos; pero sin dejar traslucir nada del mal efecto que tal tropiezo le causara; sino, más bien, dando a la nueva un acento como de alegría por la llegada del grupo de autos.

—¡Sabes con quién me encontré? Con Cirilo An-

guila, José Navia y otros muchachos de Camagüey, que tú no conoces; pero ellos a mí, más de la cuenta.

—Pues, mira; no me agrada mucho la noticia.

—¿Por qué?

—Hombre; por lo que dices de que te conocen.

—¿Y qué? Creo que tú debes pensar que a lo hecho, pecho. Pongamos en observación a esa gente, y más aún a nuestras amistades: los buenos de Matilde, Chicha y don Saturnino y familia. ¡Los buenos! ¡Já, já!

—Ríete; pero ya verás.

—¿Qué puedo ver? El que quiera, que nos trate, y el que no que lo deje. ¿O es que a la primera contrariedad empiezas a filosofar con vistas al arrepentimiento?

—No, chico; que va; nada de eso.

—Pues entonces, cómete el “sandwich” y ni te ocupes más de ese asunto, o de cualquiera otro que pudiera causarte un disgusto. No te conviene, ni le conviene a eso. E indicó, haciendo un guiño picaresco, la razón más visible del antojo del “sandwich” bien cargado de pepinillos.

Ella, turbada de bochorno, sonriente, vino a los brazos del amante, que la besó y acarició con la ineclip-sable pasión de siempre.

Aquella noche, como todas desde que Elena empezó a sentir los preludios de la maternidad, la pareja salió a dar unas vueltas por la Plaza de Santa Ana, para después ir a casa de alguna de sus amistades: los Ramos, Chicha o Matilde.

Cirilo Anguila y José Navia estaban en la plaza. Con ellos tropezaron a la primera vuelta Elena y Jacinto, y fué tan directo el tropiezo, que al maquinista no le quedó otro remedio que saludar a los otros, quienes a su vez quedaron como pasmados ante la extraordinaria belleza de Elena, más atrayente aún en aquellos primeros meses de gestación.

Mientras Anguila y Navia se alejaban, siguiendo

la vuelta en sentido contrario a los dos amantes, con el propósito de encontrarlos nuevamente y haciendo comentarios sobre la "buena hembra" y el hecho de que Jacinto la sacara a pasear por los lugares céntricos (cosa que indicaba que no la tenía ganando dinero, como ellos decían), el joven apretaba el paso para escaparse por la próxima esquina; después de explicar a su compañera quiénes eran los tipos que acababan de saludarle, y la conveniencia de salirse de la plaza para evitar la presentación.

Pero no se escaparon; porque Anguila había hallado un pretexto heroico, el primero que le vino a la mente, para obligar a los amantes a detenerse aunque sólo fuese por algunos minutos; y resuelto en su propósito, y seguido de Navia, atravesó la calzada diagonal de la plaza en busca de Jacinto y su pareja.

Cuando éste alcanzaba la acera de la calle por donde intentaba escapar, oyó a su espalda la voz de Anguila, que le reclamaba:

—Oye, Jacinto; un momento, y perdona que te moleste cuando vas con "la señora".

—¿Qué hay?

Y aquí Anguila prendió la hebra, repitiendo las excusas por haber detenido a sus amigos; pero advirtiéndole que sólo por una necesidad lo hacía; que como Jacinto se les había brindado, en la mañana, para ayudarlos con referencias y recomendaciones, ellos querían hablar con él, mañana o pasado, para ver de qué modo los ayudaba. ¡Ah! Porque eso de salir del terruño por primera vez era cosa grave, y siempre era bueno contar con amigos como Jacinto, inteligente y acostumbrado a viajar, y... por ahí hubiera seguido si Jacinto no corta la verborrea con una salida brusca:

—Bueno; mañana a esta hora nos vemos aquí en esta plaza. ¡Hasta mañana, amigos!

Si en estos casos la nariz crece, con un palmo de "narices" quedaron los dos tipos; porque no hubo

presentaciones ni charloteos. Mas, cada grupo se alejó, hilvanando los comentarios más hostiles del reciente lance.

Anguila y Navia, giraron alrededor del tema de lo sinvergüenza que era Jacinto, de lo "buena" que estaba Elena, y del interés visible del primero de no dar las señas de su casa, por miedo a que le quitaran la hembra. Navia juraba que Elena lo había mirado mucho mientras estuvieron hablando Anguila y Jacinto. Por su parte, éste y su compañera estaban acordes en que aquellos dos atrevidos o mentecatos habían conservado durante la breve conversación cierta sonrisa truhanesca, descarada, y posaron de conquistadores delante de la joven.

Marido y mujer se dirigieron a casa de los Ramos, que hallábase a dos o tres cuadras de allí. Al llegar a la esquina última vieron que la casa de los Ramos, que se hallaba a mitad de la cuadra, arrojaba dos triángulos de luz sobre el pavimento, por puerta y ventana. Eso, y una persona indistinguible que hacía sombra en la luz de la ventana, indicaba que la familia no había salido. Mas, apenas acercáronse los jóvenes a la casa, desapareció la sombra de la ventana y en seguida cerróse ésta, y cinco segundos después la puerta.

¡Ya lo saben!, pensaron Elena y Jacinto a la vez y se comunicaron el pensamiento.—No importa, dijo Jacinto, lleguemos hasta la puerta y llamemos. Así sabremos a qué atenernos, con toda seguridad.

Tocaron dos o tres veces a la puerta. Nadie respondió, y, entre despechados y enfurecidos, tuvieron al fin que marcharse.

Iban, con su malhumor y sus comentarios, por la avenida central de la ciudad, cuando tropezaron con Chicha, que, muy pintada y refistolera, bajaba por la misma acera. Vió a los jóvenes, bajó la cabeza y pasó muy cerca de ellos sin siquiera mirarles a la cara.

¡Noche completa!—dijo Jacinto, como resumen de su larga conversación con Elena, cuando llegaron a su casa.—Pero no debemos sorprendernos ni preocuparnos. Con ésto, para más tarde o más temprano, teníamos que contar.

Y trató de dar otro giro a la conversación, y de tranquilizar a Elena; porque él necesitaba reposo, algunas horas de cavilación, para calmar su indignación, su temor de que las cosas llegaran a más; es decir, a que Elena supiera que él también había abandonado a su esposa, y, lo más deplorable, a su hijita, y para preparar “la salida”, por si llegaba el caso de una explicación, con su compañera, sobre punto tan delicado y comprometedor.

Todo lo meditó; supo disculpar la maldad, o, mejor, la estupidez de los que dábanle tan serio disgusto, y se preparó para cuando fuese preciso explicar las muy sólidas razones que había tenido para ocultar a Elena su verdadera situación.

Pasaron dos o tres días, durante los cuales presentáronse nuevos indicios de que, al fin, algo serio habría de ocurrir. Jacinto, para evitar encuentros desagradables, escogió para sus paseos nocturnos con Elena otros lugares intransitados y menos visibles que la Plaza de Santa Ana y las calles principales. La noche siguiente a la del desprecio que les hicieron los Ramos, los amantes pasaron por la acera de enfrente de un café, cuyo dueño era compatriota, y amigo de ellos desde que llegaron a Panamá. En la puerta del café, hablando con su dueño, estaban Navia, Anguila y otro de sus compañeros. Al pasar la pareja, Navia exclamó:

—¡Qué par de canallas! Ellos pasando aquí como casados; paseando descaradamente por las calles, y la mujer del uno y el marido de la otra abandonados en Cuba!

—¡Qué? ¡Pero éstos no son casados?

Y como aquello lo dijo Navia para soltar todo lo

que sabía, así lo que con gran lujo de detalles, con ahínco y vivacidad dignos de mejor causa, y asesorado por Anguila y el otro tipo, quienes también gozaron dándole a la sin hueso.

Muy distantes y rápidos pasaron Elena y Jacinto para oír lo que dijeron los del grupo; pero no por eso dejaron de comprender que, desde aquel instante, el dueño del café sería otro de los enterados del caso de ellos.

Al llegar a su casa, Jacinto volvió a salir para la cita que diera a los otros, en la Plaza de Santa Ana, aquella noche.

Recién ido Jacinto, presentóse Matilde a visitar a Elena. Lo sabía todo—por fortuna no dijo que era “todo”; porque así hubiera descubierto lo que Jacinto se reservaba—y venía a recomendarle a Elena que se distanciara de Chicha, que—no obstante conocer todas las casas de cita de Panamá—“era una señora casada y se consideraba ofendida por el engaño”, y de los Ramos, que se disponían a no abrirle más la puerta de su casa. Sobre todo, don Saturnino estaba furioso, porque Jacinto había llevado a su “querida” a codearse con la familia de aquél, con sus hijas, su cuñada y su esposa (aquella esposa con la cual él no dormía, a causa de la prole verdinegra). Ella, Matilde, venía a que, como amiga, Elena dispusiera de ella, sin que le diera pena alguna, ni temiese que ella iba a ser una de tantas, que habría de volverle la espalda. Nada de eso; ella tenía una moral muy ancha, fruto de su dura experiencia de la vida, que todo se lo hacía comprensible y hasta tolerable. Además, ellos, Jacinto y Elena, eran sus amigos; amigos como ella y Pedro no contaban con ninguno; porque si tenían sus defectos—que para ellos no los tenían—contaban con muchas buenas cualidades: generosos, serviciales y muy consecuentes con todo el mundo. ¡A ella qué! Que supieran los amigos que ella se había casado porque, habiéndola raptado Pedro,

lo obligaron a casarse; que si no, de querida se hubiera ella quedado.—“¿Y qué, muchacha? Muchos matrimonios no son más que ventas que se hacen por una bendición o por una firma; en cambio, muchas que no son casadas no se han vendido nunca; pero sí se han entregado al hombre que han querido de veras.”

Con estas pruebas de amistad y confianza—y hasta sin ellas, porque ya era inútil negar, Elena empezaba a relatar su historia, sincerándose con su amor a Jacinto y su desastroso matrimonio, cuando llegó el marido. Traía un “sandwich”. Al comprárselo al amigo y compatriota del café, éste le había preguntado, no por la señora, como había dicho hasta entonces, sino por “la trigueña”.

La llegada de Jacinto provocó la despedida de Matilde. Cuando los jóvenes quedaron solos, él preguntó desabridamente:

—¿Otra que lo sabe, no?

—Sí; pero verás.

Y Elena explicó la actitud de buena amiga que había escogido Matilde.

Cuando terminó Elena, Jacinto dijo:

—Bueno, si es amiga consecuente, lo seguiré siendo. Por los demás y hasta por ella, si llega a “desteñirse”, lo único que hay que hacer es concentrarnos en nosotros mismos. Puesto que el mundo es así, vivamos sin él; trabajando, estudiando y pasándonos la vida solos, en la nunca bien ponderada soledad de dos raros, de dos incomprensidos, para ese mismo mundo estúpido y jesuíta. Con eso nos bastará.

¡Grave equivocación! Con eso no bastaba; que cuando la maldad ambiente descubre faltas ajenas con que disculpar las propias y hacer de aquéllas una especie de “chantage” para satisfacer innobles pasiones y deseos, no las olvida fácilmente; no basta con que la “víctima” se achique y se anule. La virtud de similar, la maledicencia, el egoísmo de los más inmorales,



de los más corrompidos, irá siempre a buscar al caído, para explotar su desgracia.

Una tarde, no muy lejana de los anteriores acontecimientos, a horas en que Jacinto estaba en su trabajo, don Saturnino pasó por frente a la casa del maquinista. Desde el cuarto-comedor, Elena, que tejía a la sazón un lindo gorro de bebé, vió pasar la figura chata, voluminosa y faunesca del viejo. Aquello era inusitado; primera vez que ella veía a don Saturnino por allí. Se fué cautelosamente hasta la puerta, la entornó hasta sólo dejar una rendija, y por ella púsose a espiar al mal agorero transeunte.

Éste marchaba como desorientado, muy despacio, metiendo los ojos por puertas y ventanas y lavantando, de vez en vez, la vista para consultar los números de las casas. Llegó hasta la esquina próxima y emprendió su pesquisa por la acera en que hallábase la casa de los amantes. Elena echó llave y se quedó, inmóvil, a dos pasos de la puerta.

Un golpe suave, de nudillos. Elena sigue quieta, y no responde. Don Saturnino repite el toque, esta vez más recio, y obtiene el mismo resultado que antes. Apela, entonces, al bastón con que disimula su incipiente ataxia... y nada.

Desairado y refunfuñón se va don Saturnino, y Elena vuelve a su gorro. Se puso tan nerviosa, que tuvo que abandonar la obra. Fué a ver un guiso que tenía al fuego. Si no llega tan a tiempo, se le hubiera quemado. ¡Maldito viejo! Ya estaba ella arrepentida de haberle cerrado la puerta. Mejor hubiera sido dejarlo entrar y, de haberse él metido en chismes y atrevimientos, haberlo puesto de patitas en la calle, por las buenas o por las razones contundentes de un buen par de silletazos. Aunque, no; mejor había sido así (y en ésto se equivocaba ella), porque, de ese modo, Jacinto no se enteraría hasta que no hubiese total necesidad de ello, y quién sabe qué compromiso pudiera evitarse. Por lo menos, ocultando a su mari-

do lo ocurrido, evitaríale un nuevo disgusto en medio de las tribulaciones y amarguras de aquellos días.

Y Jacinto no supo nada de aquello.

Siguieron las "amistades" de Elena y Jacinto levantando los vientos de la difamación y de los planes perversos, en torno a la vida de los dos jóvenes; pero éstos, reclusos en su aislamiento, sólo conjeturaban las violencias del ciclón por lo que su maestría en el vivir iba descubriendo y eslabonando en el decir y proceder de amigos y conocidos.

Otra tarde, entre dos luces ya, Elena salió a buscar una ensalada con que hacer el completo de la comida, que hallábase lista porque acercábase la hora del regreso del marido. Escogió tal hora para ir, sola, a la próxima tienda, por la creencia de que era aquella en que sería menos probable un encuentro enojoso; con don Saturnino, por ejemplo.

Pero era fatal que el viejo malnacido tropezase con ella. Venía él por la misma acera que Elena, pero en sentido contrario, cuando ella regresaba con su compra. Lo vió la joven desde lejos, mas fingió no verlo, y apretó el paso para ganar la puerta de su casa antes de tener que encararse con el majadero. El, por su parte, puso empeño en todo lo opuesto; que no era de perderse ocasión tan esperada. Elena, joven, andaba más rápida que don Saturnino; pero don Saturnino tenía menos distancia que recorrer, y una fiebre de lujuria por lo senil, estúpida, que restaba torpeza a las piernas atáxicas.

Cuando le faltaban unos diez pasos para llegar a su casa, la joven bajó la cabeza, diríase que cerró los ojos, y le partió a la puerta como toro que se lanza sobre el trapo escarlata. Frente a la puerta, casi obstruyendo la entrada, con sonrisa anhelante por el esfuerzo de la carrera, don Saturnino ofrecía la mano derecha, al propio tiempo que exclamaba:

—¡Caramba! ¡Qué apurada viene usted! ¡Qué le pasa?

El primer impulso de Elena fué responder: "Lo que a usted no le importa"; pero su modo de ser, ya bastante moldeado en el de Jacinto, le dió la serenidad precisa para comprender que, por lo menos hasta entonces, la cosa no era para tanto, y respondió intencionada:

—Es que está al llegar Jacinto, y no quiero que encuentre la comida a medio hacer.

—¿Y si la encuentra a medio hacer, qué? ¿Qué tanto se cree que vale y tan exigente es el "dichosón"—inquirió don Saturnino, subrayando el "dichosón" con una galantería chocha, que repugnó a la joven, quien contestó, siempre seria:

—El no es exigente; nada de eso; al contrario. Es que mi deber es atenderle y complacerle en todo lo que puedo. Y perdone usted; voy a pasar, porque tengo la comida al fuego.

Don Saturnino creyó que era oportuno un golpe de cínica audacia. Podía dar resultado, y si no lo daba, serviría, cuando menos, para que la joven supiera que él "ya la conocía" y conocía bien a su marido, para que ella viniera a darse lustre. Dió, más aún, la pose de tenorio de burdel a su grotesca figura, y dijo, sonriendo agresivamente:

—Sí; *te* voy a dejar pasar; no te apures. Mira; todos, unos más y otros menos, tenemos nuestros secretos y nuestro lado flaco, y todos nos conocemos, y... bueno; con eso queda dicho todo; que al buen entendedor...

—Oiga, oiga. ¿A dónde va usted a parar? Vale más que me deje usted seguir en mis quehaceres y se marche. Porque, si bien no quiero escándalos ni compromisos para Jacinto, tampoco estoy dispuesta a tolerar canalladas; que, para evitarlo, creo bastarme y sobrarme. Aunque no soy casada con Jacinto, me considero más digna y más honrada de lo que usted presume, y esa conciencia de mi dignidad y mi honradez me da todo el valor necesario para afrontar

todo lo que venga, bueno o malo, bien intencionado como canallesco. ¡Y déjeme usted pasar, y retírese!

Lo anterior fué dicho por Elena en tono bajo, decente, pero desbordante de energía y altivez.

Don Saturnino simulaba un gran esfuerzo por contenerse.

—¡Conque, canallada! ¡Conque, canallesco! ¡Conque compromisos con Jacinto! Pues oye, hija: este canalla nunca ha hecho lo que tú y tu querido, ¿sabes? Y con respecto a eso del compromiso con Jacinto, has de saber que soy muy hombre; pero muy hombre.

La alusión a su marido soliviantó a Elena:

—Usted es un viejo crapuloso. ¡Usted no es media trompada de Jacinto!

—¿Jacinto? ¡Já, já! Tienes que saber, hija, que estoy acostumbrado a lidiar en “mis negocios” con gente de pelo en pecho, y que a mí nadie me mete miedo.

Y agregó, desvergonzado:

—¡Viejo yo, eh! ¿Quieres que te pruebe que no lo estoy tanto como tú te figuras?

—¡Insolente! ¡Qué hombre tan guapo, que viene a lucírselas con una mujer! ¡Déjeme pasar!—E hizo ademán de coger al viejo por un brazo, para quitarlo del medio y refugiarse en su casa. Pero quedó inerte; su cara pasó del incendio de la indignación a la palidez de cera, del miedo. Sus ojos miraban, entre sorprendidos e implorantes, a algo que avanzaba por la acera y que ella veía por sobre los hombros del cáncamo libidinoso.

Este tuvo sólo tiempo para decir:

—¿Con una mujer; abusar con una mujer, eh? ¡Hasta con tu...

Jacinto estaba delante de los dos. En medio de su acaloramiento, no habían visto llegar al joven, que, alarmado por la vista de los dos vecinos que poblaban los alrededores, en puertas y ventanas, y por los

ademanos de los disputadores, había hecho el tramo de la esquina a su casa en tres segundos.

—¿Qué pasa?—interrogó el maquinista, seca y resueltamente.

—Que salí a buscar estos espárragos, y a la vuelta me encontré con don Saturnino empeñado en que yo le diese explicaciones del abuso, dice él, que cometimos presentándonos en su casa como casados cuando no lo somos.

—Pero esas explicaciones no se piden a las mujeres, y menos en la calle. ¿Por qué no entraste?

—No entré porque...

Y Elena fué interrumpida por don Saturnino. Tenía él que velar por su fama de buen hombre, amigo de todos, pero listo siempre a mantener su rango de valiente entre los valientes de bancas y burdeles, de guapo entre los verdaderos guapos, al propio tiempo que dar la nota de hombría de bien:

—¡Sí, señor!—exclamó alzando la voz todo lo que pudo.—Eso no se hace con una familia honrada como la mía.

—Espérese, espérese—atajó Jacinto—¿A qué familia se refiere usted: a la blanca o a la de color?

—¿Qué dices, atrevido?

—No se sulfure usted don Saturnino. Recuerde que ni a usted ni a mí nos conviene el escándalo que empieza usted a dar. Ya ventilaremos esto los dos—dijo Jacinto, con una prudencia y educación admirables, pero que allí era contraproducente; porque don Saturnino, atribuyendo la actitud de su interlocutor a irresolución y cobardía, contestó, siempre a voz en cuello:

—No; si vamos a dar el escándalo, para que todo el mundo se entere de quiénes son ustedes. A mí todo el mundo me conoce en Panamá.

—Alto ahí, don Saturnino; no hable usted en plural, no mezcle usted a Elena en sus malacrianzas, si no quiere usted que acabemos de mala manera.

Ante la cordura de Jacinto, el viejo se creció; y, alzando el bastón, dijo en tono conminatorio, de Providencia ultrajada:

—¡Cállate!

Jacinto se abalanzó sobre el tahur; le arrebató el bastón; tomó éste por los extremos y lo partió en dos, con el auxilio de una rodilla. Después, con la izquierda estirada, plantó a su enemigo contra la pared y le dijo, fría y reposadamente:

—Oiga, don Saturnino: para que no me diera lástima el tener que abofetear a usted, sería preciso que tuviera usted treinta años menos y que, en vez de haberse pasado la vida en garitos y burdeles, hubiera usted adquirido, en el trabajo, la fuerza necesaria para quitarle el bastón a un viejo enfurecido y hacérselo pedazos.

Y se le ocurrió el epíteto más denigrante que se le pueda arrojar a un cubano:

—¡Guerrillero!—le gritó.

Elena, a pesar del escándalo, del peligro del instante, casi gozaba con el merecido castigo del viejo, y nerviosa y todo reía el lance. ¡Que abusara, ahora, el canalla y recanalla!

Don Saturnino no podía tragarse la lección. Los alrededores seguían poblándose de curiosos, algunos se acercaban en actitud de intervenir; un policía se aproximaba a todo correr. Si el viejo jugador no hacía por el gallo, adiós guapería; y así, como llega a suceder a todos los matones a quienes el amor propio, la opinión ajena, más que la legítima valentía, impulsa a la muerte o al triunfo en los instantes decisivos, el viejo se fué contra Jacinto, con los puños cerrados.

Porque no quería que las cosas pasasen a más, y porque repugnábale aquella lucha con un viejo impotente, Jacinto se puso a la defensiva, en espera de la intervención de espectadores y policías, y sólo quitaba el cuerpo a los golpes de su enemigo.

Mas, éste, enfurecido, envalentonado otra vez con la aparente cobardía de Jacinto, arremetió con saña, y Jacinto, con un estirón de su diestra, fuertemente contraída y a puño cerrado, lo arrojó de sí, haciéndolo dar traspiés y tendiéndolo, cuan largo era, en la calle.

Al caer, don Saturnino se abrió la cabeza con el canto de la acera. Se puso en seguida de pie; hizo ademán de sacar el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón, para restañarse la sangre de la herida. Jacinto creyó que el viejo requería su revólver, y, en defensa propia, y con toda la fuerza de su brazo musculoso, le remachó una trompada a su enemigo, que le partió una oreja y lo hizo rodar sin sentido por mitad del arroyo.

Porque era el más viejo de los riñentes, porque hallábase herido y ¡oh!, sobre todo, porque tratábase del bueno de don Saturnino Ramos, hubo entre los espectadores miradas, exclamaciones y movimientos de hostilidad hacia Jacinto; algunos disponíanse a presentarse como testigos, otros acudieron a levantar al caído. Pronto fué éste colocado en un coche y, en compañía de un agente, conducido al cercano hospital de Ancón.

—Acompáñeme usted a la Jefatura—otro policía dijo al maquinista.

—Sí; que lo lleven.

—Y amarrado.

—Por abusador.

Dijeron algunos testigos, que no creyeron prudente exteriorizar su furor hasta que no vieron aparecer en escena a dos o tres policías.

El que era blanco de aquellos odios derramó una mirada, mitad compasiva, mitad de desprecio, sobre el rebaño de curiosos, y le dijo a su mujer, que entre llorosa y enojada limpiábale el rostro y alisábale el pelo en desorden:

—¡Qué te parece! ¡Quién nos lo hubiera dicho! Un escándalo en la puerta de la casa; yo pegándome con un semejante ¡qué digo? con un viejo. Y luego, tanta maldad, tanto fango, tanta estupidez. ¡Qué te parece!

—¡Vamos! ¡A la Jefatura!—insistió, enérgico, el policía.

—Bien; sí, hombre, voy—replicó Jacinto; y volviéndose hacia Elena, le recomendó calma y cuidado:

—Bueno, chica; por esto no se ha de acabar el mundo. Una lección más de la vida. ¡Qué diantre! Busca una mujer desconocida, sobre todo, desconocida (para amigos, ya tenemos bastantes), que necesite ganar unos reales, y te la traes para que te acompañe hasta que esto se arregle. Cuando sepas en donde me meten, con toda fijeza, vas a verme para que hablemos. No te aflijas, ni te apures. Ya sabes que no te conviene. Hasta luego.

—Adiós, hijo; si no puedes volver esta noche, procura mandarme un recado, un papelito, con alguien—repuso Elena, con la voz nublada por la angustia; con visible esfuerzo por aparecer serena y reprimir las lágrimas.

Preso y policía fuéronse calle arriba, seguidos de un grupo de gente desocupada y novelera y de muchos callejeros. Las mujeres del barrio, con tela para cortar toda la semana, volvieron a sus bateas, zurcidos y pucheros. Elena apenas pudo cerrar la puerta, antes de romper en llanto desesperado. Jacinto, preso, caminando delante de un guardia, en medio de la curiosidad pública, parecíale la cosa más horrible del mundo. Maquinal, semiconsiente, fué a la cocina, separó la comida del fuego, dejóla despreciada en un rincón y regresó a su salita. Se echó en un sillón a desahogar su dolor, su rabia; sin que una vecina piadosa viniese a socorrerla, a consolarla—¡elocuente abandono!—en las horas amargas de aquella noche;



la primera en que, desde que se unió a Jacinto, dormía sin él.

Noche, y noches, de recuerdo imborrable.

\*

Formaba parte de aquel "todo el mundo" que conocía y trataba al tahir enriquecido y, por ello, bien quisto entre la gente de bien, el médico que le hizo la primera cura de los descalabros sufridos a manos de Jacinto Estébanez, y razón más que sobrante fué ésa para que contribuyera, él, al saneamiento moral de la ciudad, iniciando el amaño del expediente con un calificativo de "pronóstico reservado" para los descalabros de marras.

Por razones idénticas a las del médico, y por la muy recia de hallarse uno de los garitos de don Saturnino en la demarcación del oficial que estaba de guardia cuando Estébanez llegó, detenido, a la Jefatura, aquel guardador del orden y amparador de la justicia, no obstante el talaje de trabajador del joven, se explayó en indirectas y directas, refiriéndose a los chulos y vagos que los trabajos del Canal arrojaban sobre la pulcra ciudad. Como el médico, este policía creyó conveniente poner su piedrecilla en la obra de moralización ciudadana en que el otro pensara; y con tal mira, y con la de justificar un aumento en el soborno periódico de la banca de don Saturnino, fué tendencioso al escribir las primeras diligencias. Luego, con voz hueca y gesto solemne, invocando la gravedad del caso, ordenó la prisión preventiva del maquinista, excluyendo la fianza que es de ley en nuestras tierras de juzgados correccionales y otras gollerías exóticas, tan amables, encomiables y adaptables a la idiosincrasia criolla, como aquéllos.

El juez, uno de tantos profesionales fracasados que se asilan en la espaciosa política de los trópicos cuando se convencen de que los diplomas no siempre dan

brillo y poder, y que lo mismo administran justicia que presiden un comité de barrio con timba, puntos de clave y cátedras de “refuerzos”; el juez, que tenía iguales razones que las del médico y el oficial de policía para hacer del caso de Jacinto uno sonado y ejemplar—porque era de esperarse un lleno completo el día del juicio—; el juez correccional, compadre, en política y en gallos, de don Saturnino, desde que se enteró de lo ocurrido, además de para lo dicho del caso sonado, preparó su pose, ademanes y frases de efecto sublime, para enaltecer a don Saturnino, confundir al “ficha” de Jacinto y justificar un duro escarmiento, equivalente, para el maquinista, al colmo de la pena correccional: seis meses de prisión y ciento ochenta pesos de multa.

Noche de un viernes era aquélla. Para la mañana siguiente no era posible el juicio, por lo abundante de los casos turnados para tal día, y el lunes húbose de fijar, pues, para la vista del de nuestra gente; y así, Jacinto tuvo que permanecer más de sesenta horas en su prisión preventiva; cosa que, por tratarse de una falta, pugnaba descocadamente con la letra de la ley.

Pero eso quiso el oficial de policía, como quiso y supo hallar pretextos para no permitir la entrada de Elena al sitio en donde se hallaba su marido mediante recomendaciones y amenazas a los guardias de la prisión, quienes, de ese modo preparados, fueron invulnerables a los bellos y suplicantes ojos de la joven y a la verba elocuente y sojuzgadora del preso.

¿Y qué hacer? Jacinto era el “hombre al agua” que vive en las páginas del inmortal libro de Hugo. Una vez fuera de la ley, aunque fuese ello por imposiciones naturales, no hermanables con el espíritu de los códigos; aunque abonáranle cien cualidades buenas y protegieranle mil capítulos legales, no habría él de ser más oído y amparado que el vago pobre, el borracho consuetudinario o el ladronzuelo de menor

escala, a quien la policía, impune y abusivamente, apalea cada semana. ¿No tenía él abandonada su familia en Cuba? ¿No vivía en concubinato con una mujer casada? ¿No se habían ocupado, don Saturnino y sus amigos y los amigos de Jacinto, de hacer volar la mala fama de él por todas partes? Pues ya podía establecer la ley que, en casos como el de él, no cabía el incomunicársele, ni siquiera el detenersele, teniendo domicilio conocido y la fianza precisa. Como habíase atrevido a desafiar a la sociedad y sus leyes, sin contar para ello con el dinero o con las influencias que todo lo suavizan y allanan, ya podía él clamar en contra de los que se ponen por montera los fueros sociales y la letra de las leyes, cuando en tal cosa ven medro y conveniencia. Si, cosa improbable, sus protestas salvaban las paredes de la Jefatura, no habrían de hallar eco en ninguna parte; no moverían, en favor de su causa, a ningún Quijote de la moral y la legalidad; porque era su causa la del hombre malo, inmoral, contra el que tácita o convencionalmente saben ir todos los buenos, los morales del mundo. Singularmente, los buenos como el médico moralista, el policía compadre de don Saturnino, el banquero y el juez, especialista en gallos y amañeos electorales, piedra angular de la moralidad ciudadana.

Por asociación de ideas—ya que recordamos al “hombre al agua” de *Los Miserables*—encaja decir que aquella noche, y el día siguiente, y todas las horas que precedieron al juicio temible, Jacinto tuvo, asimismo, su “tempestad bajo el cráneo”. Tempestad formidable, en la que primaban no pocas ideas, fatalmente reales y consternadoras, y un mundo de breves pensamientos inconexos, inexplicables y desconcertantes, que le alucinaban y enfebrecían, como en las noches en que el café, en complicidad con los recuerdos del pasado y las dudas de la conciencia, desataba sobre él los horrores del insomnio.

Mezcla enloquecedora de indignación, odio y des-

precio; de planes innobles y violentos para salir con rapidez a la total tranquilidad del espíritu; de indecisiones y cobardías femeniles; de bien fundados temores de crisis inevitables con que amenazábale un muy cercano porvenir.

En símil justo del estado mental de Jacinto, en aquellas horas de injusta prisión, imagínesele como espectador de una película de cine, hecha de retazos de los más opuestos, macabros y conmovedores folletines del cursi arte, de cuyas escenas hubiera él sido primer actor inconsciente, presentada con intermitencias de luz y borrosa penumbra por un operador atacado de un vértigo de velocidad cinematográfica. Raptos de indignación, porque, contra todo humano derecho, tenía preso y aislado de toda ayuda y consuelo el capricho de un oficialillo irresponsable, estúpido y dócil al poder de los infinitos Saturnino Ramos de aquella como de toda sociedad al uso. Explosiones de odio, como el del fanático anarquista que arroja una bomba en medio de una multitud que ora o que se divierte, contra aquella misma sociedad tartufa que crea, alienta y defiende a gentes y cosas como las que ahora caían encima de él con la fuerza agobiante de incontables prejuicios y convencionalismos, tan añejos como absurdos, tan desmoralizadores como retardatarios del advenimiento de una humanidad verdicadamente civilizada. Pasajes de desprecio, como el de un personaje vargavileseo, hacia el montón anónimo que da vida a los citados prejuicios y convencionalismos, y hacia los listos, hacia los tipos de selección que medran y van a la eminencia del poder y de la admiración pública en andas de la imbecilidad ambiente. Períodos de abatimiento, de cobardía ante la vida, del padre lloroso que desespera de todo frente al cadáver del primogénito o en presencia de la catástrofe que destruye el patrimonio de los suyos. Momentos críticos de mental calentura, en que torturábase su alma con la imagen de Elena, de su amada compa-

ñera, sufriendo las vergüenzas de un juicio público, despreciada y acorralada por un juez acéfalo, o hipócrita, o venal, y recibiendo de golpe, en medio de las declaraciones y ultrajes de la escena, la noticia que él siempre negárale, la noticia temible, la que podría ennegrecer la vida de ambos hasta el fin, la noticia de que también él era casado; de que allá en el escondido y olvidado Camagüey una madre y una hija lloraban sin consuelo la pérdida del esposo y del padre.. Y el temor de perder su empleo, seguido de la dificultad de conseguir otro en un medio hostil como el que habría de quedarle en Panamá, ciudad, aunque cosmopolita, muy conservadora, reducida y fanática como una aldea. Ya las probabilidades de una larga prisión, el máximum de la correccional, seis meses lo menos; con Elena en gestación, con muy escasos recursos ahorrados en la casa, y en la probable imposibilidad de remitir a Ramona la acostumbrada asignación mensual. Y la duda de grandes interrogaciones, que se alzaban turbadoras en medio de aquel alucinante torbellino de horribles pensamientos. ¿Qué haría Elena cuando supiese que él la había engañado, ocultándole que era esposo y padre? ¿Podría él convencerla, en caso de rebeldía, de arrepentimiento, de despecho o de dolor, con la razón, la que era leal razón de que si hábale ocultado su verdadero estado, fué por temor a que ella le negara su amor, que era vida de él? ¿Ese amor, ese vivir, saldría ileso de la prueba? ¿Triunfaría él? ¿Elena y él? ¿O ese aborto del hombre, la sociedad, que sólo ante el título de señorío, o el billete de banco, depone su fiereza, y todo lo atenúa, disculpa y acepta?

Sí; de veras trastornador aquel "cinedrama" de locos en que fuera él desdichado protagonista; que hábale tenido horas enteras sustraído de las más imperiosas necesidades corporales, desvelado, recorriendo a grandes zancadas maquinales, de sonámbulo, el menguado recinto en que el abusivo rigor policiaco enjau-

lárale. En noches cuyo recuerdo, por innúmeras e imponderables razones más que las que tuviese Elena para no olvidar las suyas, sería inarrancable de la memoria de él. Noches en las cuales revelósele, con toda su magnitud, la lucha sin tregua ni merced que habríale de presentar el mundo, para impedirle la vida de amor libre, de rebeldía, de moral instintiva, pura, humana, que él soñara para él y para la mujer querida. Noches como no las había conocido él en todo su vivir accidentado y aventurero. Ni cuando a la cabeza de mil huelguistas, de los intereses humildes, pero sagrados de mil familias miserables en él esperanzadas, había concitado las iras de la hidra social, clero, riqueza y autoridades, en formidables jornadas obreras, como aquella famosa de Camagüey; ni cuando el cruce de su destino con el de Elena, conmovió profundamente su conciencia con la suprema necesidad de abandonar a su familia e irse por el mundo con aquélla, con la Única.

\*

En el último y audaz esfuerzo por evitarle a Elena el sonrojo y la humillación del juicio, ahorrándose la probabilidad desconcertadora de que su compañera recibiese la revelación del secreto de él, el secreto de que era casado, en plena vista pública, Jacinto puso en juego, la mañana del lunes peligroso, todo el poder de su elocuente verba, secundada por aquélla su mirada irresistible, para conseguir, de uno de los policías que le vigilaban, el favor de llevarle una esquelita a la joven, que a tal hora preparábase ya para comparecer ante el señor juez correccional.

Lo conquistó en cinco minutos de magistral empleo de sus dotes de oratoria persistente y persuasiva, y, rápido, evadiendo ser sorprendido en la operación, escribió a Elena unas líneas en estilo casi telegráfico; que así lo imponían las circunstancias:

“Elena :

¡Cómo, contra toda razón y todo derecho, nos han tenido incomunicados casi cuatro días! ¡Qué tal la canalla! Grave parece ser nuestro delito de amarnos libremente, cuando así el “todo el mundo” de la *moralina* levanta en contra nuestra multitud de obstáculos y nos enfla sus odiosas baterías mutiladoras de lo naturalmente honrado y virtuoso. Magnífico. ¡Qué mejor agua-fuerte para el oro de diez y ocho de nuestra filosofía, de nuestra moral, de nuestro amor?

Pero, corto los comentarios deshilvanados e inútiles, propios de mi excitación mental y nerviosa de estos mortales instantes. No puedo exponer tanto a la buena persona que se atreve a prestarnos el favor de llevarte la presente, ni puedo exponerme mucho más a ser cogido en flagrante delito, en el delito abominable de escribirle a mi mujer.

A lo importante, pues:

Finge una alteración nerviosa, con fuerte neuralgia facial, acompañada del correspondiente pañuelo a la cara. Llama a un médico, y por si lo cree, o por si lo compras (que, por poco immoral que sea, todo es posible) que te dé un certificado en que declare tu imposibilidad de salir de casa hoy. Con ese certificado puedes evadir el juicio, presentando el papalote cuando sea necesario. Del juicio saldré, libre o preso, con la facilidad de verte, y entonces hablaremos y nos aprestaremos a la lucha, según se presenten las cosas.

Mientras tanto haz lo que te digo, sin la menor irresolución, y prepárate para un fuerte beso de tu

Jacinto.”

\*

Con la seguridad que tenía él de que Elena, recibiendo a tiempo las líneas anteriormente copiadas,

habría de hacer lo indicado en ellas, quedó Jacinto más tranquilo, en excelente estado de ánimo para preparar su defensa ante el juez. Nada de martirio y vergüenza públicos para su mujer, ni nada de situaciones difíciles, en pleno juzgado, a la vista de todos, cuando cayese en escena la noticia de que él era casado y tenía una niña.

Ya tendría él tiempo de confesar su verdadero estado a Elena, en un rato de intimidad, en un cuarto de hora propicio, en el que pudiera hablarse con franqueza, con tiempo, con apasionamiento, convencedoramente, precaviendo una fuerte crisis moral, de otro modo inminente.

Y lo haría, cuanto antes mejor. Porque no era posible que transcurriese mucho tiempo sin que llegase a oídos de Elena la fatal noticia. Se chismeaba muy rencorosa y fuerte e interesadamente en torno de ellos, y lo mejor era adelantarse al murmurador o murmuradora que madurase ya la idea de la grave revelación. No; qué va: en cuanto pasase el juicio, allá iría toda la verdad. Para que nada secreto quedase entre ellos, y para saber a qué atenerse en el único asunto que de veras preocupábale hondamente.

Sí. Decidido. Se lo diría él todo, adelantándose a los otros, tan pronto como pasase el día del juicio.

Por lo pronto, a prepararse.

Y se preparó, dando aquellos paseos muy suyos, las manos en la espalda, la cabeza inclinada, los pasos largos y despaciosos, de un lado a otro de su prisión.

El primer médico que encontró Elena, fué tan in-moral como lo deseaba Jacinto. Dió el certificado de rutina. Que a la ley se burla con la ley, siempre que se guarden las formas. Y Elena no compareció en el juicio.



Recio trabajó aquella mañana el juez gallero en la labor moralizadora que tenía confiada la sociedad panameña.

Fué, primero, un caso de un vendedor de billetes y un policía. Los colectores, "pejes" gordos, inmunes al poder policiaco, aumentaban escandalosamente el precio de los billetes, pasándose, en mucho, de lo que legalmente podían cobrar por ellos. Los pobres diablitos que ganaban el sustento revendiendo por las calles la esperanzadora mercancía, veíanse precisados a subir unos centavos más el precio de aquella, concitando así la mala voluntad de los jugadores, entre los cuales hallábanse, como todo hijo de vecino, los agentes del orden público. En este caso, uno de los últimos pidió a un billetero medio billete, y una vez que lo tuvo en su poder, entregó al vendedor, infeliz carpintero sin trabajo, el valor legal, exacto, del medio billete, y siguió su camino sin atender las razones del otro, quien, de ese modo abusivo, veía escapársele una cantidad que representaba, por lo menos, el almuerzo de él y de los suyos, aquella mañana. Y, en un raptó de indignación legítima, el vendedor arrebató al policía el medio billete, que aún llevaba en la mano el último; por lo que éste acusó al primero de atentado a la autoridad.

El juez, después de oír al agente, preguntó al acusado:

—¿Y usted qué tiene que decir a eso?

—Señor juez: el señor policía, que parece indignado por lo mucho que se sube el precio de los billetes, probablemente se echó a la calle, ayer, dispuesto a comprarlos a su precio legal, fuese quien fuese la víctima de su resolución. Lo fuí yo. A mí los billetes me cuestan a un peso veinte, y tengo que venderlos a uno veinticinco, para ganar cinco centavos en cada peso, que creo que no es mucho. Sé que no es ese el valor oficial del billete; pero ¿qué quiere usted que le hagamos los de abajo, si ya nos los venden muy subidos

los de arriba? El señor me pidió medio billete, me dió cincuenta y tres centavos, y siguió su camino, sin importársele nada mis explicaciones y protestas. Señor Juez: se me iba todo un día de trabajo, casi; bueno, no diré que tanto; pero se iban unos cuantos centavos, que para mí constituyen un capital. Me cegué; además de la pérdida—compréndalo usted, señor juez—, había el abuso de fuerza, de autoridad. Le quité al señor mi billete de la mano; sin agredirlo ni injurarlo. Me acusó de atentado. ¿Por qué este hombre me quiere perjudicar de ese modo? ¿Por qué, si está molesto con los que suben el precio de los billetes, en vez de venir con nosotros, con los billetteros, que ganamos centavos, no va con los de arriba, con los colectores, que ganan cientos de pesos en cada sorteo? ¿Por qué...

La fácil palabra del billettero era un verdadero peligro para la fuerza moral de la policía. Además, el juez sentíase muy enérgico, inflexible, aquella mañana, a causa del esperado juicio de Jacinto y don Saturnino, y a causa de un dolor de cabeza, pescado en la valla de gallos el día anterior. Interrumpió al billettero:

—¡Shiii! ;Basta! Está usted hablando más de la cuenta. (Pausa.) Diez pesos de multa. (Nueva pausa, y gesto providencial.) Hay que acabar con la inmovilidad esa del aumento en el precio de los billetes.

Y agregó, imperativo:

—¡El caso que sigue!

Dos lavanderas, que habíanse tirado del moño por rivalidades de oficio, se llevaron cinco pesos de multa cada una. Un obrero, que se emborrachó en la boda de un camarada, cargó con diez días de arresto. Un mozalbete rico, que se alegró en una casa francesa de extramuros y se llevó el bigote de un policía entre las uñas, recibió una fuerte amonestación.

La "justicia correccional", estaba en su punto.

Allá, entre los últimos, tocóle su turno al caso, por

escándalo, reyerta y lesiones, del ciudadano Jacinto Estébanez.

Poblada estaba la sala. Concurrentes asiduos a los garitos de don Saturnino, sus camaradas, rivales y entenados; el médico que curó al viejo tahir; el teniente que levantó el acta; Chicha, en gritón y dominiguero atavío, impropio de la hora y la ocasión; los amigotes camagüeyanos del acusado, y algunos vecinos, desocupados, del maquinista y su mujer.

Al desfilar, por la puertecilla que conducía a la baranda destinada a los acusados, acusadores y testigos, el grupo que iba a dar la cara al juez, hubo en el público un movimiento de expectación, seguido de otro, y de exclamaciones de sorpresa. Allí estaba Jacinto, airoso, a despecho de la ropa de trabajo que aún vestía, con un golpe de seguridad que hacía más hostil el ambiente. D. Saturnino, con una enorme cruz de esparadrapo en la depilada sesera, y su estudiado continente de hombre de bien, sonrojado por aquel lance indigno de su personalidad e influencia. Los policías que intervinieron en el lío, y dos gratuitos testigos de cargo, de pelo moñudo y sendos trajes blancos de chaquetilla y pantalón abotinado. Todos, menos Elena.

Sí que era chasco, aquél, para el público. Tanto, que a Chicha se le salió un:—“¡ Eh! ¿ Y la mujer?— que hizo volver la cabeza a muchos espectadores, y echar una mirada de reconvención al avinagrado señor que ocupaba el acojinado sitial de la Ley.

Se limpió este señor el pecho; se arrellanó en el acojinado sitial, y con voz hueca, a su vez preguntó, dirigiéndose a los agentes:

—¿ Y la mujer?

—No sé—dijo uno.

—No ha venido—agregó el otro.

—¿ Por qué no ha venido?—interrogó el juez, encarándose con Jacinto.

—¿ Quién dice usted? ¿ La señora Elena?

—Sí, ella. La señora o la mujer. Eso lo aclararemos ahora. ¿Por qué no ha venido?

Jacinto, lívido, se mordió el labio superior y no replicó una palabra.

—Vamos; conteste, acusado.

—He sabido que está enferma y que tiene un certificado médico para probarlo—contestó el aludido, al propio tiempo que se le hacía una gruesa arruga entre ceja y ceja.

—Que se tome nota—siempre en su tono doctoral, dijo el juez al señor secretario, vejete calvo, miope y canijo de puro sifilítico.

Y siguió, luego, dirigiéndose a don Saturnino:

—Vamos a ver, señor mío: cuente usted cómo fué eso.

Había que ver el aire de perdonavidas, que se esfuerza por ser continente, de majestad ofendida, de moralista sacrosantísimamente indignado, que dió a su figura y a su discurso nuestro hombre, el bueno de don Saturnino. ¿Qué discurso! El exordio tenía por tema el indicado por el teniente de marras, que conocía el sentir del juez en tal sentido; el tema de que las mejores gentes de Panamá estaban expuestas, no sólo a líos bochornosos como éste en que veíase él enredado entonces, a causa de los elementos hampescos que los trabajos del Canal echaban sobre las ciudades del Istmo, sino a las inmundicias que, en el seno de “nuestras” familias, introducíanse por la propia causa. Salieron a relucir las palabras fuertes: chulos, vagos, prostitutas, corruptores de menores; en emocionante antítesis con los clisés más socorridos para los moralistas con venéreo: las familias honradas, las niñas inocentes, los jóvenes inexpertos, la gente trabajadora, fácil al engaño y la maldad de los truhanes.

Ya, indiscutiblemente, había mucho que ver en aquella escena. Del viejo fullero, lo bien que se había posesionado de su papel, al extremo de dar a sus enunciados, comentarios y resultandos moralizadores, un

acento tal de sinceridad, que, de haber sido un jurado en funciones el auditorio—secretario, escribientes, guardias, testigos y concurrencia—mal parado hubiese salido Jacinto. Del juez compinche, en gallos y barraganías nocturnas, de don Saturnino, lo ilegalmente complaciente que era con éste, al dejarle explayarse en larga, fortísima y muy ofensiva perorata. Uno y otro personificaban, en tal situación, el mítico pelele de la moral y el orden imperantes. Jacinto, otra vez, percibió en toda su magnitud el batallar agobioso que, para seguir con su felicidad de hombre libre, tendría que sostener con la opinión ajena, con las opiniones consagradas por nuestro medio social, digna y fielmente retratado en aquel juicio de la nunca bien alabada innovación, importada de la tierra del liberalismo y la democracia, que se llama la “cor-te” correccional; y también empezó a ver que sería inútil la defensa, bien argumentada, verídica y razonable, que traía preparada.

Seguía declarando el señor Ramos. Prueba de que era cierto lo que él decía del peligro en que se encontraban las personas honradas, con la invasión del país por gente de mal vivir, hallábase en lo que pasábale en aquellos días. El acusado Estébanez, de cuya labia debía precaverse el señor juez, al llegar de Cuba, como compatriota en país extraño, enlazó amistad con el declarante; lo llevó él a su casa, primero solo, después con la que dijo ser su esposa, “doña” Elena. Cambiáronse visitas entre unos y otros, y más tarde resultó que, por casualidad, se vino él a enterar de que su esposa e hijas habían recibido y se habían co-deado en su propia casa con la querida, nada menos, de este señor. Y, para decir ésto, don Saturnino indicó, en gesto y acento de desprecio, a Jacinto. Éste, según razones, tenía a su *pobre* mujer y a su *infeliz* hija abandonadas en Cuba. Sulfurado él, se fué a pedirle explicaciones; mejor dicho, a quejarse a Jacinto, y éste, que por lo visto era un escandaloso y un

guapo a las malas, de repente, casi a traición, le agredió; sin que, por lo inesperado del ataque, hubiese él podido defenderse. “¡Que si no! ¡Ah, si no! Así, viejo y todo, como estoy, él se acuerda de mí toda su vida!”

Y terminó don Saturnino soliviantando al juez con estas afirmaciones venenosas:

—Señor juez: perdone usted que me extralimite en mi declaración; pero no olvide usted que hay que proceder severamente con estos extranjeros que, en vez de venir al Canal en busca de trabajo y de negocios lícitos, vienen a medrar a costa del prójimo, con la explotación criminal de las mayores inmoralidades. Hay que ser enérgicos con los que, con descaro inaudito, creídos de que Panamá es un país de tontos o de salvajes, vienen a atentar contra la tranquilidad y la decencia de nuestras mujeres, de nuestros hijos, de nuestros hogares.—Y estiró el cuello, como un gallo de pelea después de cantar, ante las expresiones de asentimiento del juez, los movimientos de cabeza, afirmativos, del secretario averiado, y la inquietud, como de aplausos a duras penas contenidos, del público.

—Y precisamente, señor juez: en contra de los cubanos es que hay que proceder con energía, cada vez que se presente un caso como éste. No porque los pícaros de aquél país sean más pícaros que los de otras partes; sino porque se puede tener la seguridad de que, cubano que emigra, muy vicioso o inútil tiene que ser cuando no ha podido hallar cabida, aspiraciones, medios lícitos de vida, en una tierra tan rica y próspera como es aquélla.

Se estiró los puños, y con toda solemnidad, remató así:

—Esa es una verdad como un templo; pésele a quien le pesare.

Al teniente se le fué un “¡Bien!”. A Chicha un “¡Bravo!”. Algunos espectadores repiquetearon el

suelo con los tacones. El juez impuso silencio; empero, con notable tolerancia.

En seguida interrogó a los policías.

Esos asintieron a lo dicho por don Saturnino sobre el origen y desarrollo del escándalo, que terminó con el descalabro de aquél.

Los testigos de cargo, los sujetos de negro y rizado mechón en la frente y puleros chulones trajes blancos, ratificaron lo dicho por los otros declarantes.

Y tocóle el turno a Jacinto; llegó la parte culminante del juicio, el momento de la expectación general. Porque el juez hizo la pregunta sacramental, y en seguida enderezó el busto, irguió la cabeza y clavó, en los de Jacinto, unos ojos muy abiertos, duros y fulminantes.

—¿Qué tiene usted que decir a las acusaciones que se le hacen?

El interrogado, que ya no tenía la gruesa arruga entre ceja y ceja, sino una frente lisa, de estoico, y el labio inferior un tanto estirado, en gesto de sentida indiferencia, dijo:

—O soy presa, en estos instantes, de la más loca equivocación, o, antes de entrar en esta sala, ya estaba yo de sobra juzgado y condenado. Porque, ¿de qué otro modo se explica que se le haya permitido a mi acusador amañar un cuento tan increíble como el que acaba de hacer, y que se le hayan tolerado comentarios e indicaciones tan fuera del caso, tan perversos, directos e insultantes, en contra mía? ¿No se sabe, no lo sabe el señor juez, no sabe todo Panamá, que el señor Ramos está incapacitado para poner cátedra de moralista? ¿Quién, como extranjero pernicioso, le aventaja a él, jugador, público marido de una docena de mujeres, padre de inmedible prole multicolor, sobernador de?...

—¡Alto, ahí! Modérese en el modo de hablar—se apresuró a interrumpir el juez, estirando la diestra

y apuntando al rostro del maquinista con el índice recto, conminatorio.

Al último se le marcó, otra vez, la arruga del entrecejo. Continuó con voz más alta y acento doblemente enérgico:

—¿Lo ve usted, señor juez, como tenía yo razón al decir que cuando entré en esta sala, ya había sido yo condenado de antemano? Al señor Ramos le dejó usted que, refiriéndose a nuestra causa y a mi persona, usase del más falso, del más increíble golpe de mal genio y malacrianza, para hablar de chulos, matones, no sé si pederastas; aunque olvidando a los jugadores, que sí que son plaga en Panamá, y que, a ciencia y paciencia de...

—Le repito que se modere en el modo de hablar— y el índice estirado, amenazante, volvió a apuntar para Jacinto.

Otra vez, con su gesto de indiferencia, el maquinista habló así:

—¡Qué le vamos a hacer! Por decir algo, declararé, escuetamente, lo que va ahora. No vivo con mi familia legal, porque no me conviene, porque era infeliz con ella, por mil razones que no tengo por qué exponer aquí. A causa de las leyes y de las costumbres, en pugna con las realidades de la vida, de mi país, de este país, de todos los países de ambiente saturado por la hipocresía católica, no he podido divorciarme francamente, sinceramente, por medio de los tribunales y a la faz de todo el mundo, y he tenido que hacerlo por detrás de unos y de otro, con los inconvenientes de esa forma desnaturalizada, inmoralísima y cruel. Mi familia legal no está abandonada, la expresión no es exacta, por lo menos en lo que se refiere a las necesidades materiales de la vida; porque, como puedo probarlo, yo atiendo a su sostenimiento, perenne y eficazmente. Atiendo a ello con mi trabajo, cosa que también puedo probar, y que me excluye de la calificación de vago que se me quiere colgar. Lo demuestra, aquí, en



este momento, la ropa de trabajo que visto, y que es la misma que llevaba cuando encontré, en la puerta de mi casa, haciendo de Don Juan Tenorio...

El juez iba a levantar el dedo nuevamente. Jacinto lo contuvo:

—Procuraré evitar estas alusiones que, a fuerza de ser lógicas y oportunas y necesarias para mi defensa, se me escapan, señor juez. Continúo. La mujer con quien vivo—en concubinato, según reza la mogigatería del léxico social y oficial; en verdadera unión, honrada y sin adulteraciones ni falsedades, como creemos nosotros—; esa mujer, Elena, es tan virtuosa, honesta y bien educada como la que más, y más, muchísimo más que muchas. De sus acciones, de sus palabras, de su comportamiento, no pueden decir otra cosa, ni el señor Ramos, ni su familia, ni ninguna otra persona. Y lo que pasó fué ésto: Por gente mal intencionada, envidiosa y de dos caras, que siempre la hay, y en abundancia (Alguien, entre los espectadores, se puso rojo; alguien lívido, y algunas caras se ocultaron detrás de las espaldas de los que ocupaban los banquillos delanteros), el señor Ramos se enteró de que nosotros no éramos casados; y creyendo fácil, “pan comido”, que si Elena era mi mujer, sin haberse casado conmigo, bien pudiera serlo de cualquiera otro, allá se fué, no obstante su cacareada e inflamable hombría de bien, a ver si agregaba una conquista más a su larga y conocida historia de sátiro afortunado, y...

—No le digo a usted, más, que tenga cuidado con lo que dice. Si no se modera, tendré que quitarle el uso de la palabra, a la que sólo tiene derecho para defenderse de las acusaciones que se le hacen. Límitese a referir lo ocurrido el viernes por la tarde, si no quiere ser condenado, y fuertemente, sin más pérdida de tiempo.

—¿Pérdida de tiempo? ¿Limitarme solamente a los hechos, sin comentarios, sin alusiones, todo verdadero, necesario para mi defensa, cuando usted no puso lí-

mite de ninguna clase a la verborrea provocativa de mi acusador? ¿No tengo los mismos derechos que ese señor? ¿No sabe, mejor que nadie, el señor juez, que estoy diciendo verdades; amargas, pero verdades?

—No puede usted mezclarme en sus atrevimientos. Se acabó. Dos meses de arresto—sentenció el juez, otra vez fusilando, con el índice, al maquinista.

—Pero, ése es un abuso—y ahora sí que era honda la arruga del entrecejo del acusado.—¿Ése es un abuso!

Y, al afirmar ésto, Jacinto cerró los puños, y pareció como que medía la altura de la baranda y la distancia que lo separaba del juez. Este, pálido como un hemorrágico, se puso de pie, y, haciendo con el dedo el movimiento de un revólver que es disparado a quemar ropa, gritó:

—¡Tres meses!

—Está bien, señor juez. No necesitaba yo tanto para conocer la rectitud y energía, el valor de usted.

—¡Cuatro meses!—dijo la voz y disparó el dedo, estirado y fusilante, del juez.

—¡Bueno, bueno!—replicó Jacinto, sonriéndose terriblemente.—¿Y por ciscarme en cuanto usted es y representa aquí, cuánto me va a poner?

—¡Seis meses y ciento ochenta pesos de multa!

—Pues bien: me cisco en el valor personal de usted, en su sapiencia, en su moralidad y en su poder, y me cisco en la moral, la ley, el orden y la sociedad y cuanto otro convencionalismo ridículo representa usted aquí—y agregó sarcástico—¡Já, já! ¡Valiente hacedor de justicia! ¡Valiente maestro de moral!

La breve catilinaria de Jacinto llevó una tal fuerza de voz, de indignación, de desprecio, de visible decisión de ir hasta donde fuese preciso, que todo el mundo, la policía inclusive, quedó pasmado; dejándole unos minutos erguido, arrogante, también él con la diestra extendida y el índice recto, disparando su apóstrofe a toda aquella mentira presente—el alto

sillón del juez, el estrado, el secretario con sus libros y expedientes, los cortinajes, los polizontes, el baño que poblaba los bancos públicos, y el propio juez, digno de ser acollarado con el canalla de don Saturnino. Temblaba el juez de miedo y de rabia—más de lo primero—y había bajado el dedo, y se había puesto de pie, midiendo el tramo que le separaba de la puerta más cercana. Jacinto, por fin, echó una ojeada de supremo asco sobre todo el público; lanzóle un escupitajo, haciendo chasquear la lengua, para que el sucio rocío saliese de la boca bien esparcido, y se dirigió a la puerta por donde salen los acusados, seguido de los guardias que no se atrevían a poner una mano sobre él.

Una vez fuera de la sala, el maquinista dijo a los guardias que le seguían:

—Que me lleven a la prisión. ¿Por dónde se va?

—Por aquí—dijo uno.

Y echó a caminar delante de Jacinto, en dirección al carro-jaula de la policía, que esperaba en la puerta.

Cuando Jacinto se vió trotando por las calles, entre rejillas de hierro, guardado por dos policías, camino de la prisión que habríale de asilar seis meses, sintió dolor y miedo.

Dolor, porque, en contra de sus más firmes convicciones, habíase visto forzado, por segunda vez, a violentarse, a volcar la espuerta de las injurias groseras, que, como sedimento de una juventud plebeya, quedábale por allá dentro y veníasele a la superficie en las explosiones de coraje; porque, ya por dos veces, provocábasele la animalidad, latente aún en los hombres más cultos y templados, y que los hace reñir con tanta vesania como los salvajes y las fieras; porque su prisión suponía falta de recursos en sus dos casas; sobresaltos, tristezas y peligros, dado el estado de embarazo de Elena, en la casa de ésta y él. De miedo; porque hallábase persuadido de que aquél era el principio del “vía-crucis” que tendría que recorrer, él

y su ocmpañera, para poder seguir juntos por la vida, y era de temer que la reciedumbre de sus convicciones y de su amor pudiese flaquear a causa de las terribles pruebas a que someteríalos la sociedad, que, a falta del matrimonio, no tiene en cuenta para nada la honradez, el amor verdadero que supone toda unión de los sexos, mantenida por la libérrima voluntad de los amantes, sin freno legal o religioso de ninguna laya, y otras virtudes no comunes en los casamientos embriados por las leyes de la Iglesia y del Estado. ¡Cómo se les hacía, y se les había de hacer, difícil la vida! De allí en lo adelante, todas las puertas cerraríanse a su paso. ¡Dura, heroica y mortal, parecíale ya la empresa de ir en contra de la corriente!

\*

Tan pronto como Jacinto llegó a su cárcel, consultó el reglamento y procuró ponerse en comunicación con Elena, dándole a conocer el resultado del juicio, exhortándola a encarar la situación con entereza de ánimo, haciendo cálculos sobre los medios de sostenerse, ella, con algunos ahorros que habían por allá por la casa, y redobladas economías y buena administración, hasta el día en que él saliese a la calle. Punto primordial: decíale también que, de dos a cuatro de la tarde, cada martes, jueves y domingo, podía venir a verle. De todas las líneas de la carta brotaba ese perfume de apasionado sentimentalismo, que se desprende puro, sin trabas de amor propio ridículo, de las cartas inspiradas por un amor verdadero. No parecía, aquélla, epístola de esposo a esposa; sí de marido a mujer, de amantes, de novios inseparables.

Sobrentendido que al día siguiente, primer martes en que podía visitar a Jacinto, Elena estuvo puntual, al dar las dos de la tarde, en la cárcel en que hallábase su marido.

Inusitada fué la escena que ambos dieron a los

guardianes, de servicio a tal hora. Bella la mujer, de aspecto distinguido, de traje, si sencillo, muy airoso; un conjunto desacostumbrado en las mujeres que frecuentan hospitales y prisiones, en las que siempre aparece uno de estos dos extremos: el lujo alarmante de sedas, brillantes, "cold-cream" y bermellón, de la mundana, o el porte cohibido, miserable, de cero social, de la hembra pobre que, manta a la cabeza, visita a su marido, su hermano, su padre o su hijo, caído en desgracia. Altivo el hombre, con talante de quien, aun estando preso, tiene cierto sello de nobleza, de dignidad, de hombría de bien, que predispone a cuantos le observan breves minutos. Era un exótico en aquellas filas multicolores, mal olientes, analfabetas y viciosas, de rejas adentro. Los dos se abrazaron fuertemente, se besaron, olvidados del lugar, con sentida indiferencia hacia los espectadores, que procuraban sonreír con malicia, hacer bromas picarescas en voz baja, para disimular la emoción que les causaba aquel cuadro de amor y de vida.

—¡Jacinto!

—¡Elena!

—¡Qué terrible es ésto, chico!

—Sí, mucho; pero no te aflijas.

Y a él le bajaron dos lágrimas por la cara. Ella enjugó las suyas, silenciosas y acibaradas como las de su compañero.

A éste entregó ella un paquete, envuelto en papel de periódicos, que traía en la mano, y también dos sobres que sacó de su ridículo. Al hacerlo dijo:

—Toma; la ropa limpia, para que te mudes. Dentro, un pomo con los cascos de naranja, que tanto te gustan, y un pedazo de queso. Toma: también te traigo estas cartas, a cual de las dos más malas. Ya verás.

—Ven por aquí; a donde estemos un poco solos—replicó él, recibiendo, a la vez, el paquete y las cartas, y dirigiéndose, cariñosamente asido a un brazo de su

mujer, a una de las esquinas más distantes del patio; sitio en el que un poyo de la pared de una bartolina sirvióle de asiento.

Él leyó primero la carta, cuyo sobrescrito estaba hecho a máquina. Era de su jefe de trabajo. Le decía que, de no poder justificar las faltas de asistencia al servicio, cometidas en los últimos días, podía darse por separado del mismo.

A su compañera, que parecía quererle perforar la frente, leer en su interior, mientras él ojeaba la carta, díjole:

—Es inútil contestarle a este gringo. Lo que harás, será pasar, con una autorización mía, a cobrar lo que me deben. Y esto otro, ¿qué es?

Era una carta de pocas líneas; pero todas muy desiguales, muy cargadas de tinta; de letras hechas trabajosamente; con rasgos pesados, de pluma torpe, fuertemente empuñada; como las letras que se hacen al salir de los palotes, o cuando se lleva la mano de un niño que pone la dedicatoria a un retrato para su padre. Desde los primeros instantes, el documento trascendía a lo que era. Era un anónimo.

El reptil mordía y envenenaba de este modo:

“Señora Elena, espero de su bondosidad que usted me perdone por este anónimo. Yo no le escribo con mi letra cuya no es tan mala porque es fatible que usted quiera mucho a jacinto y me ponga en un compromiso diciendocelo a el cuando yo lo que deceo es aserle un favor aunque usted no tenga el onor de conosermé, el es muy ypocrita que la a engañado el es casado en cuba en cuya nación tiene su esposa con su ijita en la miseria; Yo se por unos amigos que Ud es una señora de buena familia y honrada y muy linda, como Yo así mismamente soy un hombre honrado que se aprecial lo bueno y Ud me gusta mucho.

Yo no la engaño a Ud lo que le digo es la verdad si Ud quiere comvenserce escribale a la señora doña Ramona soto en camaguey en la calle de san guan

No 81 cuando se haiga comvensido si quiere el apollo de un trabajador que la quiere con todo el coracon y no la engaña porque es libre y gana un buen zueldo es este que la adora que lo es

J. N.

Bidrera de tabaco de el cafe la plata...”

Jacinto, con la carta cogida entre dos dedos, como toman los cigarrillos los fumadores incipientes, y la vista refugiada en el suelo, rehuyendo la mirada inquisitiva, penetrante, de Elena, se limitó a decir:

—¡Bah! ¡La gran obra; la sublime hazaña de otro gran canalla! No es digno de que se le tenga en cuenta, y menos de que haga uno bilis por esto. Lo único que inspira es un solemne desprecio. Asco; porque en la ortografía y en la intención y en la cobardía de ese anónimo; en la estupidez de creerse—como don Saturnino—que, porque vives conmigo sin habernos casado, puedes y debes largarte con el primer animal libidinoso que se te presente; en eso queda retratado, de cuerpo entero, moral y encefálicamente, el miserable autor de esos garabatos.

Echó una ojeada al rostro de su compañera, y vió que ésta le miraba fijamente, como si sospechase la intención de cada gesto y de cada palabra de él. Por decir algo, abrió de nuevo el anónimo y se puso a estudiar, con parsimonia de calígrafo, las patas de moscas del anonimista; diciendo al hacerlo:

—Concho, y que quien escribió ésto se las da de muy enterado de mi vida. Debe ser cubano. Cuando menos, uno de los amigotes de Camagüey que me encontré el otro día. J. N. ¿Quién será este J. N.? J. N. . . ¡Ah, sí! José Navia; el mismo; no podía ser otro. El pobre ¡qué bruto es!

Era evidente el aturdimiento del maquinista. Por la canallada; por la súbita declaración de su secreto; porque, mientras decía algo, porque no podía quedarse repentinamente mudo ante el anónimo, prepará-

base a dar el golpe de la revelación de la verdad a su compañera.

La cual dijo:

—Bueno, has hablado de la bajeza, de la cobardía, de la ignorancia del tipo ese; pero hasta ahora no has dicho nada de la casa esa de San Juan, 81, en Camagüey, ni de la tal Ramona Soto. ¿Qué me dices?

—Pues, bien; te lo diré sin grandes preámbulos. Es cierto que soy casado, que mi mujer... ¿cómo diré?... mi mujer legal se llama Ramona Soto, que con ella tengo una hija, chica, y que ambas viven en Camagüey. Me separé de mi familia legal—seguiremos usando la palabrita que viene bien—por las mismas razones que a ti llevarónte a separarte de tu marido. En el fondo, el caso es el mismo. Sin que tuviésemos nosotros la más leve culpa de ello, nuestra infancia y nuestra juventud transcurrieron en medio de la mayor miseria material, y carentes, por lo mismo, de todo cultivo de la inteligencia, de toda enseñanza moral. Empezamos a salir, un tanto, de nuestra incultura, de nuestro desconocimiento de la vida, ya después de grandes, cuando pesaban sobre nosotros responsabilidades inmensas. Tú, porque tuviste que venderte al primer comprador que te pareció medianamente pasable; ya que no podías escoger ni esperar, aguijoneada como vivías por las ansias de salir de la pobreza, de la negrura moral de la casa de tus padres. Yo, porque a fuerza de andar descarriado por el mundo, no siempre ajeno a las corrupciones del arroyo, cuando ya ello empezaba a repugnarme conscientemente; sin otro cuidado en las enfermedades, ni otro consuelo en las horas de tristeza, ni más alegría pura en los momentos felices, que los fríos o insinceros de los camaradas de trabajo y de truhanerías; a fuerza de ser un verdadero judío errante, porque yo vivía una semana en esta ciudad y una semana en otra, un mes en este país y al mes



siguiente en el otro, con la desesperación del que, en medio de ese vaivén desmoralizador, anhela cambiar de rumbo, y ve que cada noche una fatalidad inexplicable le lleva a dormir en una cama distinta. ¡Oh la idea fija de tener cama limpia, propia, la misma para todas las noches! Tener afectos, un norte en la vida, medios de conducirse en ella como un ser racional; todo eso; todo lo que, confuso, compendiado, en parte conocido por ti, acabo de decirte, me lanzó al matrimonio tan pronto como tuve unos pesos para el apresto de la novia y el avío de la casa. Pensé en Ramona Soto, porque—para decirlo propiamente—era la mujer que tenía más a mano para la rápida realización de mis designios. Con una mujer joven, virgen, bonita, sin pretensiones de riqueza, dada al trabajo, y con los deseos que en mí levantó la idea de que iba a casarme con ella, unido a la posibilidad de alquilar casa y meter en ella algunos muebles, creí tener el ideal. Porque siempre ví que, tratándose de casorios, entre la gente con la cual me rocé hasta entonces, el ideal consistía en contar con una muchacha honrada, buena moza, doncella—esto sobre todo—y muy trabajadora. Lógico que yo creyera en tal ocasión que la ansiada y bendita felicidad era conmigo. Pero, pasó el tiempo, y no tardé en advertir la hondura del mal cometido; mas, como me has dicho que lo hiciste tú, me resigné a vivir en una especie de divorcio moral con quien no podría estar jamás en cabal compañerismo, siendo todo lo bueno que la nobleza de mis sentimientos quería que lo fuese. ¿Era yo bueno? ¿Eramos los dos, tú y yo, buenos cuando nos encontramos? ¿Lo hubiéramos seguido siendo, buenos, morales, si no nos encontramos aquel día en Santiago? Con toda probabilidad, sí. ¿Por designio de quién? ¿A causa de qué maldita fatalidad no nos conocimos de solteros? Porque, si al encontrarnos, tú y yo, no hubiéramos estado casados, o si leyes o costumbres se acercasen más a la menos mala solución

de estos conflictos, o si hubiéramos podido conformarnos con la separación y la bigamia hipócritamente aceptados por la sociedad cuando se hacen a la callandita, de nada se nos podría reprochar, y en los dos últimos casos nuestra resolución hubiera sido lícita; aunque no menos causante del mal de los que resultan víctimas en estos casos; y esto último, porque con divorcio, como con amor libre, como con cualquiera otra cosa, siempre habrá lágrimas, desesperación, heridas irrestañables para el alma. Porque ese es el dolor humano, que existirá eternamente, a despecho de todas las reformas sociales y de todas las perfecciones de la especie. ¿Egoísmo? Sea. Mas, no tengo la culpa, no la tienes tú, de que el egoísmo que pudo inspirarnos nuestro amor, fuese más fuerte que nuestros buenos sentimientos y las consideraciones altruistas que caían del otro lado de la balanza.

—En total—agregó Jacinto, poniéndose de pie, con actitud de orador que corona magistralmente un período difícil y concluyente—; que nuestro caso se presenta, con más frecuencia de lo que se cree, en todas las sociedades cristianas. En las que existe el divorcio, amplio, como debe ser el divorcio, y costumbres moldeadas en una larga práctica del mismo, el mal se remedia en todo lo que tiene de remediable. En los países en los cuales el divorcio es una cosa espantable, no hay otra válvula de escape, en estos casos, que la separación a escondidas, tartufa e in-moral, la bigamia clandestina y la prostitución entre bastidores. Hagámonos el cargo de que hemos vivido en Inglaterra o en Norte América, y que nos hemos divorciado para volver a casarnos. Que, después de tal suposición, veremos que no ha sido culpa nuestra el haber tenido que hacerlo por detrás de los tribunales y a espaldas de la sociedad.

Elena, que siempre se arrobaba con los discursos de su nuevo marido, y que no quería hacer más in-llevable la situación de él en tales momentos, acosán-

dole con recriminaciones y protestas, guardó silencio hasta entonces, hasta que él terminó su inspirada y sólida justificación de su proceder en el caso de ambos; pero hallábase consternada, casi llorosa, y por momentos, según el punto de que tratase su marido, tentada de hacer comentarios quejosos y de pedir detalles más precisos de todo lo que oía. Sobre todo, había dos extremos en las aclaraciones de Jacinto, provocadas por el anónimo, que más mortificaban, que más le dolían a ella; y tan pronto como él calló, hizo ella ademán de interpelarle. Pero él la contuvo:

—No me digas nada. Sé lo que vas a preguntarme. A eso voy. No te dije, desde un principio, que yo era casado y tenía una hija, porque pensé que, mujer al fin, sentimental, piadosa, aunque dispuesta a saltar por encima de todas las consideraciones que te sugiriese el propósito de abandonar a tu marido, muy posible hubiera sido que te resistieras a irte conmigo, sabiendo que yo iba a dar un paso quizá si más grave, duro, trascendental, que el tuyo. El conocimiento de tal cosa hubiera sido el obstáculo más formidable para la empresa de nuestro amor, en aras del cual ya ves tú cuánto he sacrificado. Por un amor así de fuerte, así de necesario para la vida, así por ti inspirado, de ti tiene que obtener más disculpa, toda la disculpa que es preciso que tenga. Por la formidable razón que ya, en sí, él es; como porque el estado a que hemos llegado, de tal modo lo exige.

—Sí, chico; pero de todos modos debiste serme franco. Porque, aun a riesgo de contrariarte, te lo diré: tú no tenías derecho a hacer las cosas de ese modo. En eso llevaste tu egoísmo—egoísmo disculpable, lo sé, lo acepto—al extremo de engañarme. De mi parte estaba el derecho de aceptar o no aceptar, en vista de toda la verdad de las cosas.

—Pensar así es no entender mi situación, mi estado de ánimo en los días de nuestro extraño noviazgo; por más que digas que te lo explicas. Sin embargo,

trátase de “hechos consumados”, y admito que hice mal. ¿Me lo perdonas?

—Ya sabes que sí—no ya ahora, que se me parte el alma de verte preso, de no poder hacer otra cosa que llorar—y los sollozos casi ahogaron su voz; y, entre ellos, ahogadamente balbuceó:

—No perdonarte, que ni ahora, ni nunca me has hecho nada malo; sino que todo lo tuyo me parece bueno. Con todo lo tuyo me conformo.

—Pues, si es así, no te afijas más. Vamos. ¡A otra cosa! A tratar de nuestra situación presente, que no es nada suave.

Accediendo a los deseos de él, y a los propios, de no hacer más angustioso el trance, Elena procuró serenarse, y ya más dueña de sí, preguntó;

—¿Y esa mujer y tu hija, tienen de qué vivir?

—Pues, sí; tan redondamente como te dije toda la verdad que has oído—y que de paso te diré que te lo pensaba confesar todo en la primera oportunidad—, así te diré que yo, en vez de haber estado ganando ciento cincuenta, ganaba doscientos diez pesos mensuales, y los sesenta de diferencia se los he mandado, hasta ahora, cada mes, a esa familia.

—Otro engaño. ¿Ya ves?

—Consecuencia del otro, chica. Admitido aquél, demás está decir que el otro era bien explicable. Pero dejemos eso.

—Sí, y pensemos en lo que vas a hacer para que no les falte a ellos una cantidad, aunque sea menos, cada mes, mientras tú estés preso.

—Pues de los ahorritos aquellos, y de lo que has de cobrar en el Canal, tendrá que ser.

—¿Quieres tú que yo me encargue de sacar el giro cada mes, y de traértelo, para que, con tu letra hagas el sobre y lo demás?

Este rasgo sereno, generoso, de una grandeza sólo posible en el alma de uno de aquellos dos inmorales conscientes, conmovió todas las fibras delicadas de Ja-

cinto, tuvo la virtud de humedecerle nuevamente los ojos, con lágrimas las más dulces de su vida. No sentíase en la prisión, ni en el mundo, sino en regiones libres de toda miseria humana; y de ese modo se explica que, sin cuidarse de los que le rodeaban—guardias, presos y visitantes—olvidado de qué era un infeliz preso por escándalo, reyerta y lesiones, atrajera hacia sí a su compañera, y la abrazara fuertemente, y la besara con ternura, entre los cabellos, en medio de la cabeza, que quedaba a la altura de los labios de él.

—¡Qué buena eres, mi vida! Dudo que sea yo digno de ti.

—¡Oh, no digas eso! ¿Acaso te parece tan raro lo que he dicho? ¿Después de los males irremediables que hemos hecho a esos seres, qué menos podemos hacer que ocuparnos de que no les falte lo imprescindible para la vida?

—Sí es raro, chica; aunque no en ti. De un millón de personas que estuviesen oyendo este diálogo, quizá si solamente una comprendería tu proceder. Para todos los demás, la respuesta noble que acabas de darme sonaría a sarcasmo.

Mientras, abrazados, el preso y su compañera hablaban de ese modo, un carcelero se acercó a ellos y les dijo insolentemente:

—Oigan ustedes; ¿qué relajo es ese? O se dejan ustedes de abrazos y besuqueos, o usted (a Elena) se va para la calle, y usted (Jacinto) se va para la galera.

—Oiga, usted, guardia!...

—No tengo que oír nada. Se están ustedes como los otros, o se acaba la visita.

Y dió media vuelta; la diestra en el puño del machetín, como cerciorándose de su autoridad, y la izquierda en las guías del bigote, en señal de petulante malacrianza. Algunos presos y visitantes, sobre todo mujeres, rieron el bochorno que pasaron

los jóvenes amonestados. Jacinto, ya prudentemente separado de su mujer, continuó el diálogo rápidamente, para aprovechar el tiempo que les quedaba.

—¡Que, sin ser uno un malhechor; siendo uno más bueno, o por lo menos igual—y no me parece— a tanto canalla como anda por el mundo, muchos cargados de riquezas y honores, tenga uno que soportar estas barbaridades! En fin, el que puede, puede, y la mentira y la hipocresía pueden hoy más que la verdad y la razón.

E indicó a Elena que se sentase, e hizo él lo propio, mientras decía:

—Y como no soy yo quien viene a descubrir eso, ni quien puede remediarlo, vamos a lo que más nos interesa.

Elena le cortó la palabra con un “¡ay!” suspiroso, y en seguida arguyó:

—Pero, chico, ¡qué bien vamos a tener que soportar humillaciones como ésta, y que difícil se nos va a hacer la vida!

—Lo sé; precisamente iba a hablarte de eso; pero en pocas palabras, para ocuparnos de lo dicho, de lo que más directa, inmediatamente, nos interesa ahora. ¿Estás arrepentida?

—No, eso no. ¿Por qué ni para qué?—se apresuró a responder Elena.

—Pues entonces—siguió él—oye: en lo que toca a nuestros sentimientos, no hay otras razones ni más caminos que seguir, que los que, desde el principio, fatal e instintivamente seguimos, y que hace un rato analicé fríamente. En lo que atañe a las dificultades que ha de presentarnos el mundo, para buscar nos el pan y vivir como seres humanos, para mantener a mi familia—y la frase fué recalçada—como ya tú, al igual que yo, aceptas, lo que hace falta es largarse, cuanto antes mejor, lo más lejos de Cuba que sea posible, y reducirnos a vivir solos, lejos de la generalidad estúpida, reducidos a nuestro crite-

rio, a nuestras aficiones, a nuestro modo de ver las cosas; ajenos, hasta donde lo permita la lucha por la vida, de los Saturnino Ramos, de las señoras a lo Chicha, de los amigos a lo Navia, de los médicos que dan certificados falsos, de los jueces bandidos, de toda la humanidad, como dije antes, estúpida que anda por ahí.

En recomendaciones y preparativos para sobrellevar los meses de prisión, transcurrió el tiempo del resto de la visita. Al terminarse, el Alcaide, hombre que leía, que era muy bueno para ser algo más que Alcaide de una prisión, llamó a Jacinto, y delante de él, indicó al jefe de los carceleros que tratase bien al maquinista, y que le permitiese ir por todas partes, dentro del establecimiento, sin excluir el despacho y las habitaciones particulares de aquél. Fué algo como una misteriosa revelación súbita de lo que valía el joven, desde que lo vió y habló unas palabras con él, y más tarde cuando vió el aspecto de Elena, lo que tuvo el Alcaide. Y como era hombre que leía, como va dicho y lo demostraba el millar y medio de volúmenes que ocupaban tres librerías en su despacho, pronto anudaron ambos una fuerte amistad, que se tradujo para Jacinto en una serie de comodidades, atenciones y preferencias que, salvo la separación de Elena, hicieron de su cárcel, durante los meses que pasó en ella, una verdadera jaula de oro. La visita de Elena pudo ser diaria, participaba el preso de la comida del Alcaide, dormía en la habitación de éste, escribía en su despacho, leía en su compañía, en alta voz, comentando la lectura, en las noches, hasta mucho después de las campanadas de silencio. Aquel Alcaide que leía, era una de las pocas excepciones que confirman la regla clásica de que el hombre es lobo para el hombre.

Otro tipo de excepción, rara avis, como el Alcaide, conocía Jacinto; más exacto, era amigo de Jacinto, aunque le compadecía por las locuras socia-

lista de éste, como decía él, verdadero tipo del nietzscheano, que en su diario político *El Ciclón* fingía preocupaciones democráticas, liberales y archipatrióticas, para mejor vivir a costa de los prejuicios del "rebaño", que decía él. En *El Ciclón* escribió Jacinto muchos de sus artículos doctrinarios, y muchas cuartillas gratis, sobre asuntos generales; y de ahí venía el conocimiento y el afecto del Director del periódico y el maquinista. El primero, devoto de la moral de Zarathustra, tan pronto como Jacinto cayó en la cárcel—altruismo raro en el periodista—púsose a trabajar por disminuir el tiempo de encierro de su amigo. Con eso, y un informe oportuno y excelente del Alcaide, nuestro personaje salió a la calle a los cuatro meses, cuando una criatura estaba para venir al mundo, a dar una vuelta más, laberíntica y fuerte, al nudo de lo irremediable que para toda la vida ataba ya los destinos de los dos amantes.

¡Singular poder simpático, rara fuerza sugestionadora la que irradiaba, no podríase explicar por qué, la figura del joven maquinista! Empatada esa fuerza a la que imponían los ojos de él cuando, sin que lo alteraran violentas pasiones, hablaba, hacía-se dueño, árbitro de voluntades. Muy abroquelado en recias convicciones, en fuertes designios, en necesidades imperiosas, bastardas o no, tenía que hallarse el intercolutor de él que quisiera sustraerse a tal característica, innata, inconsciente e incontrastable. Ella se impuso al Alcaide y al periodista, porque ambos acercáronse al simpático, sin preocupaciones de ningún linaje. ¡Ella, realizada por el talento y la relativa ilustración del joven, podría ser arma decisiva, en la lucha con el prójimo, para triunfar en la vida, el día en que él, curtido por el egoísmo de la misma, adquiriese conciencia de ese prestigio de su persona y se dispusiese a sacar partido de él, sin anublazones de pernicioso humanita-



rismo! El triunfo—traducido en honores y riquezas—sería el salvoconducto para ir, con su inmoralidad, por el mundo, libremente, como va el ejército inconmensurable de los triunfadores, casi todos inmorales, tartufos y canallas.

Eso último se lo dijo al maquinista, en los postremos días de su prisión, el periodista, enterado ya del drama íntimo que entorpecía el vivir de aquél. Pero el maquinista tenía, como afirmáralo su amigo, muy nublada la inteligencia por sus bondades innatas, por las chifladuras fraternales del socialismo.

Y, al salir de la cárcel, sólo pensó en el trabajo, que para él era lo digno y lo necesario en aquellos momentos en que el inaplazable y trascendental acontecimiento del parto de su mujer se acercaba, complicado con la miseria que reinaba en su casa, como consecuencia de los cuatro meses de encierro.

El “Elgin” de oro diez y ocho y de máquina montada en veintiún rubíes, que era como una prolongación de la personalidad ferroviaria de Jacinto, hallábase en la casa de empeño, y en su compañía las alhajuelas escasas y sencillas de Elena. En las casas de compraventa no pocas piezas de ropa y de moblaje de los azarados amantes. En su casa, como nuevo y riesgoso escollo, la miseria los limitaba a una comida diaria. La perspectiva, para los días de parto de la joven presentábase aterradora. Jacinto, como mil veces en su época de soltero, empezó el calvario de la busca de un empleo, en la vía dolorosa de las antesalas, recomendaciones y desprecios, cuyo acíbar sólo han podido apreciar, sólo pueden comprender en todo su amargor los héroes de la clase media menesterosa, que alguna vez en su vida lo hayan probado.

Una mañana leyó el maquinista, en la plana de anuncios de un diario, que cada mañana ojeaba, un aviso que así rezaba:

“Joven con aspiraciones, que sepa inglés y tenga buena ortografía, para corresponsal de una casa de

comercio, buen sueldo, se exigen referencias. Honderburg y Kraussman. Ferretería''.

Allá se fué nuestro hombre. Bajo las gafas relucientes de un centro europeo rojo, rubio y rollizo, escribió al dictado y tradujo una carta en inglés. A la hora de dar referencias, el corresponsal en cierne salió de paso diciendo que no podía darlas por que era forastero recién llegado al país.

No quedó, con tal salida, muy convencido el abrasilado ferretero; pero, más que su celo por lo rutinario y consagrado, pudo la buena presencia del mozo, su ortografía a prueba de palabrejas rebuscadas y la seguridad y rapidez con que tradujo el escrito en gringo. Y desde aquel momento, ocho de la mañana, quedó instalado, con cuarenta pesos semanales, el improvisado corresponsal de ferretería.

La noticia, en su casa, fué motivo de que el miserable almuerzo supiese a gloria, salseado con los cálculos, ilusiones y alegrías de aquella suerte que tan inesperada y suavemente se les colaba puertas adentro.

Al regresar Jacinto a su trabajo, cuando doblaba la esquina de la cuadra aquella en que hallábase situada la ferretería, vió algo que le nubló la vista y que le desató el corazón en violentas palpitaciones. Entraba en la casa Honderburg y Kraussman, por la puertecilla de la oficina, el galeno calvo, ventripotente y paticorto, que curó los descalabros de don Saturnino, y que a él a Jacinto, lo conocía perfectamente. ¡Las grandes referencias tendría de él la firma Honderburg y Kraussman, si aquella alhaja de médico lo veía por allí, trabajando en las oficinas! Como aquel día quiso él llegar adelantado al trabajo, por su afán de conservar su empleo, quedábanle algunos minutos para quedarse por allí, viendo los escaparates de las tiendas, hasta ver si salía de la otra el maldito galeno. Faltaban diez minutos para la hora de entrada. Faltaban cinco minutos. Faltaban dos. El "desgraciado" aquél no asomaba el hocico,

y en cambio iban llegando los otros empleados: la clorótica mestiza mecanógrafa, con masculinizado traje de enfermera; el tenedor de libros, espátula forrada de dril a cuadritos negros y blancos; la sólida y grande bicicleta alemana, con su mensajero de diez años. Y el "desgraciado" aquél no salía. Era la hora en punto.

—¡Pues, allá va!—soliloquió Jacinto, al propio tiempo que se zambullía en la oficina.

Sin levantar la vista, se sentó frente a su mesa de trabajo, los codos en ella, las manos en la cabeza, las piernas algo encogidas, disminuyéndose lo más posible. Fingió abismarse en la lectura de una carta, para cohonestar su postura. Pensaba ¿en dónde rayos estará ese zambo? Disimuladamente, y sin cambiar de posición, fué paseando la vista por la oficina. En una pieza contigua, la de la caja, estaba el médico jugando al ajedrez con un Lasker chocho, barbil blanco, canijo, padre o abuelo, que ya no trabajaba: el señor Honderburg. Jacinto pasó media tarde horrible; espiondo los menores movimientos del médico, preparado siempre para reducirse lo más posible, o largarse al inodoro, cuando viese al enemigo en actitud de marcharse. La letra le salía infame, las traducciones demasiado literales, amazacotadas. Estaba febril, inquieto, indignado. ¡Sí que era grande aquello! ¡Que él tuviese que andar así, escondido, receloso, con tantas angustias, para ganarse el pan trabajando honradamente! ¡Cara... coles; ni que fuera él un monstruo! Pero, espera, que ahí viene.

Venía. Vino y vió a Jacinto. Se quedó plantado, los brazos en jarras, la cabeza erguida y ladeada, mirando al joven con ojos de asombro, de quien ve algo muy grande, muy absurdo, que no puede tolerarse. Bajo la mirada, Jacinto, rojo de vergüenza y de coraje, se hacía un ovillo.

El médico se acercó más al joven; dobló el espinazo

y metió los lentes, casi entre la cara de aquél y la mesa-escritorio. Y preguntó:

—¿Usted no es el señor Estébanez?

Como el muñeco de una caja de sorpresa, Jacinto saltó del asiento, y recto y amenazador, tando como encogido y temeroso estaba antes, se encaró con aquel trompo intruso, y le preguntó encolerizado:

—¿Y a usted qué canastos le importa?

—¿Que qué me importa? Ahora lo verá usted. E hizo el médico ademán de encaminarse al escritorio del señor Honderburg, volviendo la espalda a Jacinto.

Este, rápido, midió de arriba abajo, y le metió un fuerte puntapié por el trasero al señor doctor.

De bruces se fué el último. El otro cogió su sombrero y desapareció; dejando, por lo rápido del lance, estupefactos a dueños, público, empleados y dependientes.

Por ello nadie estorbó su escapatoria; que, después de todo, fué despaciosa, digna, como la salida triunfal, del "ring", de un animal de boxeo.

Mientras, entre rabiosos y consternados, los amantes comentaban las causas y los efectos del lance, la firma Honderburg y Kraussman efervescía en grandes recriminaciones sobre el grandísimo inconveniente de prescindir de "las referencias" en materia de empleados.

\*

A la cacería del necesario empleo dedicaba Jacinto las horas de la mañana. Las de la tarde a unas traducciones de literatura "magazinesca" para las ediciones dominicales de *El Ciclón*, el diario de su amigo el nietzscheano, y a dar una mano, en los quehaceres de la casa, a su compañera, fatigada y achacosa por la proximidad del alumbramiento.

Por esta proximidad salía todas las noches la pareja, siguiendo la racional práctica de hacer ejer-

cicio en tales circunstancias. Alguna vecina al verlos pasar, murmuraba dirigiéndose al marido o a la comadre:

—Por ahí va el cubano, paseando la barriga de la querida.

La maestra de una escuela de la esquina, solterona nostálgica de algún héroe que quisiera hacerle lo mismo, al ver a los amantes una noche, exclamó remilgosa:

—¡Ay, Jesús; no sé cómo a esa mujer no le da vergüenza salir a la calle son esa pipa!

Jacinto y Elena no oían todas estas exclamaciones; pero las adivinaban en los atisbos, murmuraciones y corre-corres de sacristía, que provocaba el paso de ellos por las casas de la vecindad. Unas veces se indignaban, otras se reían y casi siempre acababan por encogerse de hombros; pero también siempre les quedaba por allá adentro, por el rinconcito de las cosas inconfesables, aun para los seres más queridos, cierto poso amargo que era como pertinaz carcoma de sus más fuertes designios. Aquellos vecinos maldicientes, que buscaban en los dos jóvenes un ejemplo patente de inmoralidad, para que hiciese contraste con las propias “honradeces”, eran parte de aquel círculo de hierro que cada día hacía les más angustioso el vivir.

\*

Una noche, como a las ocho, Elena sintió unos dolores inconfundibles, precursores del esperado trance, no por esperado menos alarmante; y como tales dolores iban rápidamente haciéndose más insoportables y frecuentes, su marido tuvo que lanzarse presto a la calle, a veinte cuadras de allí, en busca de una viejecilla, hacendosa, vivaracha, sabihonda, de cuerpo donquijotesco y alma de diez y ocho quilates, que ayudaba a buen parir a cuantas pobres carecían de los cincuenta y de los sesenta pesos que se dejaban

pedir las comadronas facultativas por semejante ayuda; no tan plena de experiencia y maternal consuelo, en la mayoría de los casos, como cuando la viejecilla la prestaba con toda la vocación y el amor de su oficioso ministerio. Por ahorrar, el cliente fué a pie y regresó en un pesetero trotón y de flaco y calmoso rocín, con la anciana partera.

Elena, sola, por más que quiso ser estoica, tuvo que dar más de un fuerte grito cuando arreciaban las punzadas, furiosas, enloqueecedoras, de la distensión, que progresaba rápidamente. Si tarda un poco más la buena señora, la pobre muchacha sufre y pasa, sin socorro, ni consuelo, ni compañía, el martirio inmenso, el terror inenarrable, la cruel agonía del parto; porque no hallaron eco, ni movieron ningún corazón de piedra en aquel vecindario honrado, los lamentos de la joven, que era tan mala que merecía parir como una perra, sola y maldita.

El sol de la mañana siguiente dió luz para un habitante más en la casa de Jacinto Estébanez. Se llamaría Jacinto, se llamaba ya, porque no podía llamarse Elena. En eso del nombre, en los consabidos imaginarios parecidos de la criatura, en comentar los recuerdos de la noche, entre mimos y besos, y parlanchinerías y trasteos de la vieja, pasóse la feliz mañana aquella. Por lo simpática que era la pareja, por el repentino cariño que tomárale la anciana, ofrecióse ésta para quedarse en la casa, hasta que la púérpera pudiese valerse por sí misma. El problema se había complicado; pero, relativamente, las cosas no se presentaban del todo mal: el parto fué feliz y, aunque de un modo precario, Elena contaba con la compañía de la vieja partera, trajinante, cariñosa y desinteresada.

Aquella tarde, cuando Jacinto fué a la redacción del periódico de su amigo el superhombre, en busca de traducciones para el número extraordinario del próximo domingo, llevaba, danzándole por todo el

cuerpo, un tan pueril entusiasmo, un optimismo de vivir tan visible, que el periodista creyó que algo inesperado y bonísimo había venido a mejorar la situación del compañero Estébanez. ¡Estaba tan des-avezado, el de *El Ciclón*, a ver a su camarada risueño, bromista y cantarín, como estábalo aquella tarde!

—Oye, chico—dijo el director al traductor, en estilo panameño, hermano del cubano, en eso del tuteo y la ... campechanería—¿qué te pasa que estás tan contento? ¿Te sacaste la lotería?

El traductor se acercó al director, y en voz baja le dijo:

—Pues, chico: casi nada me pasa. ¡Cómo quien no dice nada! Que anoche se aumentó la familia, decentemente; es decir con un varón, y retoño y mujer y todo marcha al pelo. ¡Sabes el miedo que le tenía yo al maldito parto!

Y sin pesarlo ni medirlo, como si tratárase de la cosa más natural, o más grande del mundo, agregó:

—Vente hasta casa.

El nietzscheano era paradójicamente bueno. Fué a la casa; dejó un billete de diez pesos, como al descuido, sobre la mesita de noche de la enferma—hizo el bien sin mirar a quien, pensó él con irónica broma de autocrítico—, halló muy hermoso a Jacinto II, y, máxime, habló a su amigo de este modo:

—Pues, chico; para que el día sea completo, te doy a conocer mi resolución de convertirme en redactor con sueldo, desde hoy en lo adelante. Seguirás con las traducciones; harás la nota del día en una sección a tu cargo, así, burla burlando, en veras y bromas, y algún que otro editorial sobre aquello... lo que sabes, eh; sobre socialisterías, que es la actualidad... más actual, y la chifladura más sugestiva.

—Eso de chifladura lo veremos—interrumpió Jacinto.

—Sí; desde el plano astral—respondió el otro, continuando, en seguida:

—Pero dejemos eso. Tú, socialista y todo, necesitas dinero como cada quisque, y lo que te interesa es saber cuánto vas a ganar, de dónde voy a extraer lo que se necesita para tener redactores pagados y para dar más amplitud al periódico. Oye, apóstol y mártir: Un general de 1903 va a ser Secretario de Despacho (no sé si en tu tierra, libre y soberana como la mía, les dicen así, con denominación exótica, o si se llaman ministros). Sabía yo ésto desde hace varias semanas, desde que lo supo el General; porque éste tiene a su india barragana al lado de mi casa, y para darse lustre nos lo ha contado a ciertos vecinos de primera categoría, como yo. Excuso decirte lo demás. Saber yo eso, y empezar a pegarle al bombo en loor del General, todo fué uno, y como el General ya sabe hasta el dinero de que ha de disponer para ayudar a la prensa... decente, ayer me llamó para darme las gracias por la claqué—que él calificó de patriótica labor—y para decirme que en lo sucesivo contase con quinientos pesos de subvención mensual. Ya calcularás cual ha de ser el criterio de *El Ciclón*, de hoy en adelante; tiene que amainar: los yanquis son unos angelitos, que sólo buscan la hegemonía comercial en América. El sociólogo trasnochado que diga que la hegemonía comercial trae la política, será un loco o un efectista. El Presidente de la República es un Juárez, un Sarmiento. Mi general un héroe, que riete del Maceo de ustedes. Ahora; no te alarmes; serás periodista de alquiler; pero podrás armonizar eso con las cosquillas de tu dignidad, yéndote por los cerros de Ubeda, es decir, no saliéndote de tu socialismo y de tus notas del día. De los quinientos del ala, te tocan ciento cincuenta. Como a nadie le toca tanto, puedes decir que eres todo un señor jefe de redacción.

—¡He dicho!—terminó el periodista, extendiéndole la diestra a Jacinto, en ademán de despedida.

—¡Eres tremendo! Te doy las gracias, chico.



—Sí; soy tremendo. Y eso que no he salido nunca de Panamá, y tú en cambio han viajado bastante. Pero es cuestión de temperamento; de determinismo, mal que te pese. ¡Abur!

En el momento en que salía el periodista de casa de nuestra pareja, llegaba a la puerta de la casa de ésta, Clotilde, la mujer de Pedro Rosales, mujer barrioterera en sus ademanes, en su conversación y en su moral anchísima; pero que, como se sabe, no abandonó nunca a su amiga Elena, por causa del drama de ésta y su marido. Venía a ver a qué altura estaba la barriga de su compatriota, y se halló con que ya había dado a luz, y nada menos que un varón, robusto como angelote de altar mayor.

—¡Caramba, chica! ¿Cómo no me avisaron?

Y soltando a los pies de la cama de Elena un bultito que traía en la diestra, se fué recta a destapar otro bultito que débilmente roncaba al lado de la joven, debajo de un brazo de ésta, cerca de su seno.

—Déjame ver. ¡Ay, Jesús; qué mono!—y siguió la hipérbole de rigor—¡Pero qué muchacho más grande! ¡Qué hermosura! Tiene la misma cara de su padre.

Sin dejar de hablar, se quitó la manta que llevaba puesta, y empezó a trabajar aspavorosa, con gran ruido, recogiendo paños, lavando copas, platos, palanganas, cucharas. Ella no podía venir a quedarse ni siquiera medio día, porque impedíasele el trajín de su casa; que contasen con ella, sin embargo, para el lavado de los pañales. Ella mandaría a uno de sus hijos a buscar los sucios y traer los limpios. Aquel bultito que había dejado a los pies de la cama, era un lote de gorros, camisillas y otras chucherías, que ahora necesitaba Elena. La charla fué irrestañable hasta el minuto de la despedida, y la visita duró dos horas.

Con todo, en la charla, en sus ofrecimientos, en todo lo que allí dijo e hizo, hubo una expresión de verdad, un acento de cosa sentida, sincera, tan nota-

ble, que Jacinto tuvo un motivo más para sentirse optimista.

Aunque lo negase su amigo el periodista, en el mundo había gente buena: El Alcaide, la vieja partera, Clotilde y hasta aquel mismo amigo, que, como el Ursus de *El hombre que ríe*, se creía un lobo, y era una oveja.

\*

Al principio de su período de “periodista de alquiler”, que dijera el otro, Jacinto tuvo algunas semanas de felicidad. Hasta llegó a olvidar su propósito de marcharse de Panamá, en busca de otro país más distante de su tierra y, por ende, menos propicio a encuentros tan desastrosos como aquel que había tenido con los amigotes de Camagüey, y cuya sola evocación, cuyo sólo recuerdo, poníale carne de hereje. ¡Concho! ¡Cuidado que la gente es temible! Llegó hasta temer que cualquier día su mujer legal, soliviantada por los intrusos, le buscara un lío mayúsculo con la justicia.

Volvemos a decir que en esta última época era feliz. Por este resumen de su situación:

Había salido de la penuria insoportable de los últimos meses. Cien pesos se guardaba para sus gastos de Panamá, y cincuenta remitía a Cuba, de los ciento cincuenta que le daban en el periódico. El trabajo que realizaba en éste, era más limpio, menos riesgoso, más instructivo, menos esclavizador, más agradable, menos anónimo, que el anterior de maquinista. Pagaron algunas deudas. No tenían amistades. La vieja tocóloga vino a vivir con ellos. A Elena no le faltaba leche para el chiquitín tocayo de su padre. ¡Y la muy inmoral lo amamantaba, sin pensar que podríansele caer y afean los pechos!

Pero, qué va. ¡Caérseles? Teníalos ahora más turgentes, y como de marfil y rosa, más calentadores

que nunca. Jacinto, terco, enamorado, irresponsable, temerario, contrariaba las recomendaciones de los viejos fisiólogos que, por ser lo primero, prohíben tales cosas en los períodos de gestación y lactancia, y se engallaba cada vez que, en el descuido del sueño, del vestir y desvestir, en las mañanas cuando sentábase ella en la cama, las piernas al aire, el pelo suelto sobre los hombros de estatua, los dos globos blancos, casi rosados, tibios, elásticos, se desbordaban por el descote de la camisa. ¡Abstinencia durante la gestación y la lactancia! Total: un par de años. Como quien no dice nada. ¡Qué va! El no era tan perfecto. ¡Cualquiera refrenaba los deseos, después de cuatro meses de cárcel, varias semanas de pre-parto y los quince o veinte días de sobre parto! Y con su mujer, una mujer como aquella. ¡Qué va!

Y de todas las felicidades de aquellos días, esa era la más excelsa. Sí; que él no era perfecto, y en eso que Elena tuvo que aprender, que sentir por primera vez con él, era él ni más ni menos que todos sus compatriotas, los hijos de la isla de la lujuria.

Felicidad, toda la que es posible tener en la tierra. Por lo menos para quienes pensaban como ellos, y salvo la intermitente melancolía de quien, aunque de un modo fatal, ha tenido que hacer víctimas.

Felicidad.

Pero...

¡Pero, con qué derecho puede pretender perenne felicidad un inmoral que no tiene el salvoconducto, que para serlo, da la prócer personalidad, dan los honores y el dinero?

Ningún derecho, y por eso la fatalidad conspiraba en contra de Jacinto y de Elena.

Pronto empezó a llamar la atención el cambio favorable que iba obteniendo *El Ciclón*, y máxime sus editoriales, sobre todo los que referíanse a cuestiones sociológicas y a principios políticos, así como la sección de "Actualidades", firmadas "José Cinta Be-

tánez'', nombre que a la legua olía a seudónimo anagramático. Muchos preguntaron al Director el nombre del editorialista, y muchos, intrigados por el enigma "José Cinta Betánez'', hicieron lo propio; mas, por tácita inteligencia, el Director callaba el nombre de su compañero, y la X permanecía intrigante e indescifrable.

Algunos amigos del general y ministro acudieron a él para que les resolviese el problema. El ministro no sabía quién manejaba aquella pluma de fina puntería, y entróle curiosidad por saberlo. En una de las visitas de su turiferario en el periodismo, se lo preguntó, y el último se lo dijo, rogándole que guardase el secreto. Con ésto, y con que don Saturnino, porque oliérale a jacintico el seudónimo de marras, se entretuviera una tarde en descifrarlo, pronto dejó de ser una incógnita la firma "José Cinta Betánez''.

"José Cinta Betánez'', en sus "Actualidades'', arrojaba siempre la brasa a su flaco, al socialismo, y, por ende, no había sermón de campanillas, procesión de san algo, con acompañamiento de bomberos, vejitorios, colegiales y murga, ni ninguna otra solemnidad religiosa, que no cogiera su trallazo del diarista, harto resentido y bilioso con cuanto sonase a clericalismo, escuela de sofistas, escuela de esclavitud y degeneración.

Se sobrentiende que, entre los más deseosos de saber el verdadero nombre del anónimo escritor, hallábase los sotanas de la ciudad. Don Saturnino, como todo el mundo, siguió con interés ligeros conatos de controversia entre Jacinto y sus naturales enemigos. Y don Saturnino, so pretexto de celo religioso, fué a ver al rector de los jesuitas, y fué recibido—no obstante la prole verdinegra, el garito y otras "debilidades"—y al de la Compañía de Jesús le espetó cuanto sabía de la vida del maquinista, descubriendo, lo primero, el nombre de aquél.

En Panamá, como en toda capital hispanoamericana, hay un diario español. El de Panamá como el de casi toda capital hispanoamericana, era ultramontano y vivía explotando los prejuicios de religión y raza de sus compatriotas aldeanos, por millones esparcidos y aburguesados en nuestro continente. Redundante sería decir que en el diario español de la ciudad de Panamá publicaban sus artículos de apostolado y controversia los curas del país.

El cura que se las tenía con Jacinto, era vasco, importado por el Arzobispado para encauzar el movimiento obrero del país hacia el paradójico socialismo cristiano, del cual era un "experto" el sotana. Firmaba "*Job*", y no le faltaban mimbres de erudición socialista.

Un día "José Cinta Betáñez" recibió un aplauso de una colectividad obrera, por medio de un largo escrito de simpatía por la campaña librepensadora y obrerista que aquél realizaba en las "Actualidades" de *El Ciclón*. En el propio escrito se rogaba al escritor que diese una o más conferencias en uno de los centros obreros, conferencias en las cuales debía concretarse a temas puramente sociales y gremiales. El Director del diario de Jacinto, sin anuencia de éste, y considerando eso como uno de tantos triunfos de *El Ciclón*, hizo un suelto dando la noticia y... tate; apareció aquéllo.

Al día siguiente, "*Job*" publicaba un artículo titulado "*Los Malos Pastores*", en el cual, entre otros venenos loyolescos, destilaba estos párrafos:

"Sí; los obreros deben pedir a sus directores que acompañen la acción con el ejemplo; que sean la demostración viviente del valor transformado de los ideales que sostienen. Deben exigirles sinceridad, pureza de sentimientos y austeridad, moral privada y el examen severo de la conciencia, para ver si ésta nada tiene que pugne con el apostolado de amor, de

fraternidad y de buenas costumbres, que es el apostolado obrero.

“No hay que separar el hombre de las ideas, el hombre público del privado, como interesadamente muchos pretenden. Quien no es capaz de vencer en sí mismo los vicios que envilecen, los apetitos que degradan, los intereses que exasperan, no debe tener valor para presentarse como portabandera de ninguna colectividad, y menos de una colectividad de gente sana, creyente y bondadosa, como es la gente trabajadora, en su casi totalidad.

“Las agrupaciones obreras deben, siempre, antes de introducir nuevos elementos en su seno, averiguar si la vida privada del nuevo apóstol, si sus antecedentes, si sus íntimas costumbres, están en consonancia con sus prédicas. Si éstas son, más que palabras, verdaderas convicciones que se traducen en un vivir ejemplar.

“El que medra con la propaganda, el que no es sinceramente fraternal con sus compañeros, el que no quiere a sus hijos, es cruel con su esposa, egoísta con sus padres, no va nunca a la iglesia y sí mucho a garitos, tabernas y mancebías, no puede ser un buen pastor.

“En la tribuna y en el periodismo de la baja política, abundan los que no predicán con el ejemplo.

“Ojo con la oveja que trae piel de lobo.”

“*Job*” fué llamado al Palacio Arzobispal, y sermoneado por aquella salida de tono, en que, por aludir más directamente al autor de las “*Actualidades*”, metió a los periodistas de la baja política, que lo eran casi todos los periodistas del país.

Jacinto vió la pifia y pensó esgrimirla como arma de empuje, en contra de su enemigo; pero luego comprendió que, dada su situación de hombre de historia empañada, mejor era no exacerbar al “*Job*” aquél, que no parecía tener la pachorra de su bíblico

homónimo. Decidió defenderse por el sistema empleado en contra de él: un artículo en términos generales, con indirectas lo más directas posibles. Optó, al cabo, por dar la callada por respuesta, y por no acceder a la petición de los obreros. Provenía esta indecisión del efecto desmoralizador que le causara aquél escrito, las consideraciones que el mismo le sugería. No podría hacer nada, ni en *El Ciclón*, ni en todo Panamá, ni quizá en ninguna otra parte. No podía sacar la cabeza por ningún lugar, sin que apareciese la sombra de su vitanda inmoralidad.

De rondón se le metió en la mente aquél pesimismo de sus días sin empleo, los que precedieron a su entrada en el periódico. Sordamente rabioso, amilanado, juguete de la fatalidad, cortas y malas salíanle las cuartillas. Dejó quieto a los curas. “*Job*” alentado por el silencio de su contrincante, convencido de que había pegado en el mismísimo clavo, arreció en sus pullas. A Jacinto no le quedaba duda de que al cura se unirían—porque era un escándalo que él fuese redactor de *El Ciclón*—el juez, el médico del puntapié en las asentaderas, y otro y otro, hasta llegar al propio ministro y general que tenía la barragana cerca de la casa de su amigo, el director del periódico.

¿Y éste? ¿El buen amigo que tenía un modo de ver las cosas, tolerante, amplio? Desde luego que Jacinto constituía un serio problema para él. Nietzscheano y todo, veíase en gran duda entre lo que exigían sus intereses y lo que oponían la generosidad y el compañerismo. Jacinto esperaba que su protector y amigo le dijese algo. Si pronto no le decía cualquier cosa de aquella situación falsa, él, Jacinto, provocaría una explicación. Para—¡qué diablos!—saber con cuál carta quedarse, de una vez, y ver el medio de largarse de aquella maldita ciudad; de aquel maldito Panamá.

Una tarde el Director invitó a tomar café, en el

cercano de "La Plata", al casi Jefe de Redacción. El último pensó que era llegada la hora del estallido. Y se alegró.

Se entendieron, sin reservas, sin egoismos, sin recriminaciones. El Director estaba en condiciones de hacer un obsequio a su compañero. Quinientos pesos. Que Jacinto se fuese de Panamá. Allí, desde que era casi pública su situación, no podría levantar cabeza en nada. Cada vez que su nombre saliese a la superficie, apareceríasele el fantasma de su gran crimen moral. En otra parte podría llegar a algo en la vida. Que condiciones para ello, sin la sombra de tal fantasma, no le faltaban de ningún modo.

A los veinte días de aquella entrevista, Jacinto, Elena y el mamón desembarcaban en el puerto chileno de Antofagasta.



## VII

### Tres años de Antofagasta.

El trajinoso puerto sureño, que es cauce por donde corre, rumbo a playas extranjeras, la riqueza del subsuelo chileno, no podía ofrecer al trotatierras Jacinto Estébanez ambiente ni grato, ni tolerable. Verdad que desde el mismo día de su llegada, y gracias a sus conocimientos, sobre todo de inglés, encontró empleo bien retribuido en una de las tantas "companys"—pulpos, esparcidas por la América indolatina. Verdad que las cuatro mil millas que le separaban de Cuba, eran poderosos aisladores en contra de la corriente de mala fama que alcanzárale en el Istmo. Verdad que seguía ineclipsable la luna de miel; que Jacintín crecía, aventuraba ya sus pinitos a los ocho meses, pudo correr a los doce y echaba dientes, que era una delicia; que Elena, la cubana doblemente bonita y hermosa entonces, era la admiración de todos en aquella tierra de legítimo renombre por la belleza de sus mujeres, cuando pasaba por parques, avenidas y paseos, del brazo de su marido; que como encontraba tranquilidad, satisfacción, amor, en su casa, no tenía que buscarlos, de un modo peligroso, por fuera de ella. Mas, aquellas verdades tenían sus peros. Como socialista culto y sincero, sufría viendo los fracasos, las persecuciones, las matanzas

al por mayor, de que eran víctimas los obreros de aquella rica, extensa y laboriosa región minera, por causa de los caudillos ácratas y socialistas, indoctos, importados, irresponsables, que allí como en tantas otras partes posaban de pontífices, de héroes, enredando a sus cándidos prosélitos en campañas de contraproducentes violencias, máxime cuando se toman éstas como sistema. Como hombre que sentía la necesidad casi orgánica de leer mucho, de comentar lo leído con amigos y contertulios de sus entendederas y aficiones, de escribir para el público, experimentaba el vacío de aquel medio en el cual los que sabían pensar preocupábanse únicamente de acciones, dividendos y cuentas corrientes, con escapatorias, del mundo de los números y las libras esterlinas, a las carreras de caballos, al mitin político, a la mesa del poker, o de alcohol, y a casa de la querida chola. Tenía él que irse de allí; y como no quiso aumentar millas y, por ende, días de distancia, del terruño; porque siempre, y a pesar de todo, tirábale de duro aquél, desanduvo lo andado treinta y seis meses antes, hasta Lima, la vieja, tranquila y hospitalaria ciudad capital del Perú.

Tres años en Lima.

En Lima sí había ambiente literario, teatros frecuentados por buenas compañías, diarios y revistas; mas, los peros consabidos eran allí doblemente insobrellevables. Jacinto necesitaba lo menos de trescientos soles—unos cientos cincuenta dólares—mensuales para cubrir las necesidades de sus dos casas; y en la capital peruana, ciudad sin industrias, de famélica burocracia, feudo de curas, frailes y monjas de todas las especies, colores y denominaciones, no se conseguía un sueldo de tal monta sino a fuerza de antesalas, adulaciones, de seguir un escalafón de años enteros, de resistir misas, rosarios y comuniones, de cargar santos y velas en las callejeras mojigangas clericales. ¿Movimiento obrero? Sí; el opiado por

la resignación cristiana, el castrado por la influencia clerical, el de gremios bajo la advocación de un fetiche cualquiera, el comparsa del carnaval político de partidos y gobernantes aristócratas, reaccionarios. ¿Escribir? ¿En dónde? ¿Para qué lectores? Ya sabían lo que era esto dos amigos de Jacinto, sitiados por hambre, por la difamación y la política clericales, en aquella ciudad: Prada, el ilustre sociólogo, y Billingurst, el liberal gobernante que fué años después Presidente de la República, y que cayó al golpe de la traición armada por las castas feudalistas, plutócratas, de aquel rico y bello país. De Lima, nuestro corremundo, carente de dinero, acorralado por la necesidad, se trasladó a Guayaquil, de Guayaquil a Durán, puertecillo terminal del Ferrocarril "Guayaquil and Quito"—otra "company"—pulpo—, lugar en donde pudo, después de seis años de no hacerlo, empuñar otra vez le válvula de vapor de una locomotora. Había perdido, al final de los años; porque, si Antofagasta era mala y Lima pésima, Durán era peor. Por el ambiente de trabajo bruto, sin esparcimientos de ninguna especie; sin colegio pasable para el niño, sin comodidades; sin otro trato diario que el preciso para entenderse con los jefes yanquis, que sólo sabían de líneas y trenes, de "magazines" y "whisky", de admirarse a sí mismos y desdeñar a los demás, y sin otra humanidad semipensante, fuera de los yanquis, que zambos, cholos, chinos e indios, de los alrededores del puerto y de la ferrovía. Así:

Tres años en Durán.

En los nueve años contados desde la salida de Panamá; en los diez transcurridos desde su unión, desde que abandonaron Cuba, atando vitaliciamente sus destinos, Jacinto y Elena supieron, de aquellos que quedaron atrás, de familiares y amigos, lo que va a renglón seguido.

Esperanza había seguido su noviazgo con el aduanero. Al año de aquél, cuando los bellos ojos del

joven tornábanse tristes y hundíanse sobre la profunda orla violácea de grandes ojeras, y los impecables uniformes de dril blanco caían flácidos sobre los ángulos del cuerpo canijo; todo ello por las mortales calenturas amorosas, cogidas y fraudulentamente apaciguadas cada noche, al lado de la cada día más linda y deseosa muchacha; cuando él, por ir, de una vez, más allá del descote y de las ligas de aquella virgen que mil veces estremeciérase de placer a su lado, precipitaba el sacrificio del matrimonio, la virgen lo dejó plantado y metió en bretes a un apuesto y joven oficial de las carboneras norteamericanas.

Chiflado quedó el aduanero. Su primer ímpetu fué el de ir a casa de la pérfida, alojarle una bala en aquel corazón pervertido—de “ramera innata”, decía él—y, volviendo luego el arma hacia sí, saltarse la tapa de los sesos. Después pensó que era mejor hacer sólo lo último. Por lo menos, si no se disponía a lo trágico, sacrificaría su empleo y se largaría bien lejos de Caimanera. Tanto lo pensó, que, al fin, desechó las resoluciones extremas. Ni homicidio, ni suicidio, ni renuncia del empleo. Se quedó en Caimanera, dando ilimitable expansión al despecho, sentimiento que hizo nulos todos los otros y que primó semanas enteras en el ánimo del burlado. En cada tertulia de la aduana, en cada corrillo de café, entre los plantones nocturnos de las oscuras callejas pueblerinas, el aduanero, respirando por la herida de su amor propio, con elocuencia de erotómano, con la fruición del colegial que relata a sus compañeros su primer lance de amor, pintó las escenas más íntimas de sus relaciones con Esperanza; desde luego, agregándoles algunas mentiras que hacían exclamar a sus interlocutores, poco más o menos:

—¡Ah, chico! Pues, si llegaste hasta ahí, ya nadie puede quitarte eso; y alégrate de haber podido salir del lío tan fácilmente. ¡Mira, si te llegas a casar con ella!

Y despecho también había en todos. Pasábales por la mente una ola de lujuria, de envidia, al ver cómo el aduanero, odiosamente feliz, sacaba del bolsillo cartas con letras de mujer, en las cuales hablábase de besos y mordidas, de caricias enloquecedoras, de insomnios provocados por la locura carnal, y junto con las cartas unos rizos cortos y negrísimos, un pañuelo almidonado y una liga rosada, de elásticos flojos por el uso, y de tal circunsferencia que arrancaba suspiros y hacía poner los ojos en blanco a más de un soliviantado maldiciente.

Esta propaganda; el súbito cambio del aduanero por el oficial yanqui; la historia de Elena. No precisaba tanto la aldea para que Esperanza fuese la piedra de toque de toda conversación sobre la perversidad de las jóvenes del día, los malos ejemplos, la falta de religiosidad. Esperanza tenía su fama. La opinión ajena, en lo adelante, sería algo más, y un algo formidable, que empujaría al abismo.

El barco del oficial recibió orden de zarpar. Él, embrujado por el "flirt" y por la real belleza de la criolla, se despidió de ella visiblemente contrariado, triste, casi lloroso, reiterando sentidas promesas de fidelidad, de escribirle a su "quiubanita" desde todos los puertos que tocase el buque, de venir por ella un día no lejano.

A los pocos días llegó una carta muy larga. Al mes otra menos larga que la primera. Tres meses después una postal, con dos lugares comunes. Y se acabó: la "quiubanita" no supo más de su novio. Salvo que el barco volviese algún día a Caimanera, no volvería ella a ver, nunca más, al imberbe, buen mozo y aprovechado oficial de marina.

Sustituyó al yanqui un colegial, un niño de catorce años, que vino a Caimanera a pasar unos meses de vacaciones. Con delectación de iniciadora, hizo ella que el muchacho, loco de curiosidad, enfurecido

por precoz lujuria, gozase con ella de todas las peligrosas manipulaciones del fraude amoroso.

Del colegial pasó al solterón maestro de escuela del lugar. De éste a otro, y luego a otros...

El día que cumplió los veintiún años, se fué para Santiago con un oficial del "Benito Stenger". Con seguridad que no fué nada impresionable, poética, digna de ser recordada, la hora en que perdió ella su virginidad material. Tenía que suceder algún día, con éste o con el otro; y el oficialillo que se creyó el mortal más afortunado del mundo, por haberle tocado le deseada, la cantada, la ponderada primicia, no fué mucho más querido que los otros. La gran cosa pasó en un camarote, estrecho, con una litera incómoda, alta, sin adorno, ni siquiera limpieza, en la cual, escondida, mareada, haciendo equilibrios para no caerse, pasó la noche, la noche de viaje de Caimanera a Guantánamo, la ya irremediamente Perdida.

El padre gritó, pateó y rabió en la casa. Su mujer, Conchita, era la culpable, según él. En contra de ella desahogó toda su cólera; a nadie más pidió cuentas. Ni siquiera puso el hecho en conocimiento de las autoridades. ¿Para qué?

La primera vez que supieron de Esperanza, fué por un amigo. Este la había visto en Santiago, por la calle de Santo Tomás—la San Rafael santiaguera—, muy airosa, de elegante traje de punto y espléndido sombrero alón: la acompañaba una cincuentona, de invariable monte-carlo negro, muy conocida de todo el mundo en la ciudad. Porque era palmista, manipulaba abortivos, servía a jueces venales, contertuliaba con médicos complacientes y se pavoneaba con sonsacar a los hombres, paseando por los lugares céntricos hembras jóvenes, hermosas y lujosamente ataviadas, por el corte de Esperanza.

Lo último que se supo de ella fué que estaba en La Habana. Desde la capital envió un retrato a su madre.

El retrato fué a parar a Lima. Por las cartas de Conchita sabían, Elena y Jacinto, todo lo de Esperanza, y todo lo que se verá más adelante, relacionado con el padre y los hermanos de la joven. La carta que acompañó al retrato, y éste, en el cual aparecía Esperanza, no obstante el lujo, algo así como melancólica, feucha, gastada, arrancaron lágrimas a los dos amantes.

Mientras la vida de Esperanza había ido, así, cumpliendo su ciclo fatal, Juan y Carlos, los dos hermanos, giraban en el suyo de este modo:

Acosados por la miseria, por la mala reputación de la familia, por los injustos desahogos del padre, abandonaron, uno primero, otro después, el hogar paterno. Unas veces en tren, otras a caballo, las más de ellas contando las traviesas de las ferrovías o azotando carreteras y caminos, anduvieron media Isla. Las ginebras del padre resollaban, ahora, en los pobres muchachos. Uno, Juan, de apariencia robusta, padecía ataques epilépticos. Carlos estaba pretuberculoso. Ambos hacían trabajos que estaban en desacuerdo con los años y con su mórbida constitución física: estibadores de sacos de azúcar, carreteros, faquines, acemileros, cortadores de caña. A Juan lo habían sacado una vez, medio ahogado, de un río en el cual cayó con uno de sus ataques. Otra vez quedó, con el síncope, tendido sobre la carreta que manejaba. Cuando los bueyes, sin guía, llevaban andadas algunas cuadras, alguien, creyéndole muerto, los detuvo. Los ataques le hacían perder los empleos. En los hospitales no lo admitían, porque no padecía enfermedad aguda. Por inútil para el servicio, sacáronlo del Ejército, al cual fué en busca de refugio. Volvió a cargar sacos, cortar caña y hacer cuanto era preciso para ganar el pan y seguir por la vida. Lo propio hacía Carlos, cuando no estaba en un hospital reponiéndose con el rancho, la higiene, el descanso y la tranquilidad de quien, muy inconsciente para pen-

sar en otras cosas, no tenía que apurarse en su asilo por conseguir el alimento de cada día. De semana en semana iban siendo menores sus carnes, sus fuerzas, sus ganas de trabajar. De semana en semana iban siendo más notables sus ojeras, su demacración, el arqueado de su cuerpo. Más de una vez, a escondidas de D. Jaime, la vieja los había visto, los había recibido en la casa, dándoles café, dulces, entre consejos, lamentaciones y llantos.

Empujado por la ginebra, el dominó, el billar y la afición al amor barato, D. Jaime había ido descendiendo la escala de la estimación ajena, de las jerarquías de empleos, desde la desaparición de su hija mayor, Elena. De maestro carpintero a simple oficial; después a encargado de un café, capataz de muelle, sereno del minúsculo comercio de Caimanera, dependiente de fonda, coime de billar, "gurrupié" de una banca de monte. Entre un empleo y otro empleo, largos períodos de inopia, de acabarse las ropas y los muebles, hasta no quedar más que guñapos y trastos y cajones invendibles; de días con una pobre comida, de otros con café puro y pan, de otros en blanco. Doña Conchita, de años habituada a la miseria, al dolor, seguía su calvario sin protestas, como si aquel estado de ella fuese lo más natural, lo que Dios quería que fuese. Cada día estaba más "flaquita", fruncida, canosa, acabada.

Una vez, Elena, allá por el segundo año de hallarse en Lima, envió cinco pesos para que la vieja fuese con un fotógrafo y le diese a la hija ausente la dicha de recibir una fotografía de la madre. A menudo remitíale algún dinerillo a ésta, que siempre estaba muy necesitada; pero aquella vez el dinero, todo, debía ser para las fotografías y para nada más. Pero llegaron los cinco pesos una mañana en que no se tenía para hacer fuego en la cocina de la casucha de Caimanera, y para el fotógrafo sólo la mitad de lo recibido fué. Un mes después del envío, Elena reci-



bió una postalita de su mamá. Allí estaba ésta, prematuramente encanecida, el rostro arrugado como una pasa, apergaminada, mortecinos los ojos, amarga la expresión, enfundada en aplanchado y pobrísimo traje de ovalitos negros y fondo blanco.

Después de esa carta que acompañó a la fotografía, Elena no supo más de su familia. En vano escribió cartas a su madre, a Esperanza por las listas de correo de todas las ciudades cubanas, a vecinos de Caimanera, cuyos nombres recordaba. Al año de constante empeño por saber de los suyos, empezó a conformarse con la idea de la muerte de su madre. Si no viene a tiempo la postalita, ni eso le queda. La postalita salió mil veces de entre el montón de cartas y retratos de Elena, para ser contemplada en medio de las largas pláticas que, sobre el tema de la historia de ellos y de los suyos, sostenían Jacinto y su compañera. En estas pláticas, el maquinista, con la imagen de Conchita en la diestra, y llevado de su irresistible tendencia a filosofar en socialista, resumía en aquella imagen la maldad de nuestras sociedades civilizadas, cristianas, inmejorables...

¡Aquella imagen!

¡Símbolo perfecto de cincuenta años de honradez pobre!

Honradez de batea, de plancha, de cocina, de máquina de coser; de criar hijos, de soportar marido-amo, de encierro en la casa; de comer a medias, vestir guñapos y dormir poco y mal. La honradez que tanto se engloria, de palabra, y que en los hechos a pocos preocupa, de pocos recibe testimonios "prácticos" de estimación, de verdadera recompensa.

Para la recompensa está el cielo. Por allá buscaría entonces la pobre Conchita. Algo es algo.

Por las cartas de la madre, asimismo, y por los periódicos que ésta le mandaba frecuentemente, Elena conocía en compendio la vida de su marido legal, el

Dr. José Pérez, desde que ella lo dejó plantado, en rarísimo divorcio.

Con las facilidades que, para todo en la vida, tienen y dan en su país los "americanos", Pérez pudo comprobar el abandono de su esposa y no le fué difícil conseguir otra; una anglosajona alta, de ciento noventa libras, roja como camarón cocido, con un manojo de henequén por cabellera y unos destaconados y larguísimos zapatos blancos, por base.

Del brazo del Dr. Pérez la había visto un amigo en la villa oriental en que ambos levantaron hogar y clínica. Con el aprendizaje estadounidense de él, y las indicaciones y enseñanzas de la canadiense, que éra bastante veterana, al Dr. le iba espléndidamente, explotando una charlatanería profesional norteamericana, que era como máquina de hacer fama y dinero. Un negro de gorra y uniforme blancos, en la puerta. Una sala de recibo con vitrinas llenas de instrumentos de níquel, de marfil, de acero, de cristal; todos raros, intrincados, calofriantes, en nutridas ringleras, sobre felpudas tiras de terciopelo verde. En una esquina, la tenía inevitable, en su pomo de alcohol. En otra esquina, un esqueleto. En otra, una cama de operaciones, con sus barras esmaltadas de blanco, sus correas y lonas impermeables. En otra un brillante sillón de dentista. Después venía el despacho del secretario, de calva, chaqué y espejuelos, escoltado por grandes y nutridos estantes de libros. En níquelada y flamante escala, pesaba el secretario a los clientes; luego les medía el pecho; luego les iniciaba un expediente con los nombres de los abuelos, los padres, el peso, la estatura, el origen de la enfermedad y otros interesantísimos detalles. Después venía el gabinete, el olimpo de Pérez. Cuadros anatómicos, cortinajes, penumbra, que trocábase en claridad meridiana por medio de una luz de mil bujías, en los momentos de examen. Mucho nombre técnico; muchos *algias, osis, itis, entes*, y... la gran máquina de hacer dinero y fama.

Lo primero se comprobaba viendo la sala de recibo del médico, siempre llena de enfermos venidos de treinta leguas a la redonda. Por lo legítima de la segunda, ya se le dedicaría una calle, un paseo y una estatua, después de su muerte.

Bueno es advertir que la profecía ésta, y la descripción anterior, fueron a Lima en la carta de un amigo antiguo, indesteñible, consecuente y simpático, de Jacinto; amigo que hallábase atacado del *scribendi sacra fames*, que hubiese dicho el propio Dr. Pérez, devoto convencido—según el primero—del valor del latín en el vocabulario de un médico. El amigo consabido sólo pudo observar lo dicho, una vez que pasó por la villa que Pérez hacía famosa con sus curaciones; pero aquél nada pudo decir a Jacinto de la vida íntima del Dr., ni habría sido de esperarse que Conchita, pobre, insignificante, olvidada, allá por Caimanera, hubiera podido saber de su ex yerno otra cosa que lo que de él decían, de vez en vez, los periódicos, o algún que otro viejo conocido de la familia.

¿Y cómo había sufrido Ramona Soto aquellos diez años de abandono; de ese temible abandono de marido, hecho doblemente penoso por la tradicional, absurda e insultante herida al amor propio, que siempre lo acompaña? ¿Cómo, con qué desconocido heroísmo había ella ido soportando la dificultad de criar a su hija, sin despertar sospechas, sin destruir el culto hacia aquel padre que no acababa nunca sus peregrinaciones, para venir al lado de su familia; avizorando y evadiendo siempre todo peligro de gratuita revelación que pudiérase hacer a la niña entre amiguitas, condiscípulas y vecinas malintencionadas? Con qué intuición, con qué no aprendida habilidad sorteó crisis económicas, semanas de penuria, cuando demoraba el giro de Jacinto, y a sus amigas hacía les creer que éste, separado ya de “aquella diabla” mandábale lo necesario y pro-

metíale volver pronto; escondiendo sus dulces lágrimas de perdón y esperanza; sus lágrimas de acíbar, de las horas de odio y desesperanza?

Jacinto, en cada lugar en que levantó casa, supo siempre, recibió siempre cartas de Ramona, y cartas de Caín Romero, que así llamábase aquel amigo leal, tolerante y grafomano, que tan minuciosos detalles dió al trotatierras sobre la canadiense y los triunfos profesionales del Dr. Pérez, y que, en más de una ocasión, acorrió a Ramona en sus apuros económicos, y más de una vez contuvo la lengua de un envidioso o despechado murmurador de Jacinto. Era, también, maquinista el Caín Romero, y uníale a Jacinto antiguos lazos de compañerismo en las ideas, en las aficiones y en el diario ir y venir por los rieles.

Por las cartas de una y otro, los amantes peregrinos padieron en todos aquellos largos años seguir el proceso de la fatal desgracia de Ramona. Conocían, punto por punto, el que podríase decir lado material de aquella desgracia, y en gran parte sabían y en grandísima parte conjeturaban lo inmensamente horrible del monstruoso lado moral de la propia historia. Pobreza irremediable, vitalicia, si algo imprevisto no venía poner a Jacinto en condiciones de mantener, desahogadamente, dos casas. Imposibilidad de volver al terruño, en donde quizás si podría presentarse la oportunidad de salir de aquella pobreza; porque sobrevendría una crisis de odios, protestas, recriminaciones y amenazas, en torno de ellos. Ramona, que, enamorada de su marido apesar de todo, aferrada a la idea de que por la razón, por la ley, era de ella y no podía ser de otra; resistida a creer que en la conducta de él hubiese algo más que disculpable pasajero capricho, una obsesión, una increíble ingratitud; ciega a los hechos que, día a día, demostrábanle la improbabilidad de la vuelta del marido; refractaria a toda idea de conformarse con

su suerte, que no admía sino que era ilógica, imper-sistible, contraria a la justicia de Dios; Ramona, así aferrada, resistida, ciega, refractaria a toda noción de conformidad, seguía en sus designios, de ser honrada, fiel, de esperar, de sustraer a su hija, de la inmoralidad y desgracia de aquellas circunstancias; trabajando, y confiando siempre en que algo inesperado, el arrepentimiento, la muerte de la "diabla", la justicia, de la tierra o del cielo, le trajese a su marido. Mientras tanto, una niña, huérfana de padre vivo, creciendo, alcanzando la edad de la razón, en Cuba, y un niño, sin nombre legal, creciendo, ilustrándose, adquiriendo una educación de primera línea en Sud-América. Y ellos condenados a la incivilización, a las tristezas, al ostracismo de aquellos puertecitos del Pacífico meridional; si libres del fantasma de la "opinión ajena" que antes les daba el alto cada vez que poníanse en el camino del triunfo, en cambio amargados por la irresistible nostalgia de la patria, por los deseos imperiosos de ir a la vida intensa de las ciudades a buscar un puesto en la civilización, a luchar por un tanto de ideal y de gloria. ¿Cómo podía ser, ya, felicidad la de ellos?

—¡Qué problemas, chica, qué problemas—había exclamado Jacinto en uno de sus dolorosos coloquios con su compañera, la tarde de un domingo en que paseaban bajo los copudos árboles de la ribera del Guayas encantador, y en voz alta comentaban una carta de Ramona; extendiéndose en las consideraciones pesimistas, desesperantes, de aquel círculo vicioso que cada vez más los apretaba y deprimía, mientras el hijo, al aire la rubia melenita, vestido con gracioso traje de marinero, separado, pero a la vista de ellos, guiaba buques de papel por entre los guijarros de tranquilo y no profundo remanso.

—¡Qué problemas, chica! Y lo serán mientras en el matrimonio, en la unión del hombre y la mujer, por educación, por códigos y costumbres, prime la

idea del "voto eterno". Lo serán mientras la mujer se vea reducida a considerar el amor como medio de vida, ya vendiéndose por un título, por un capital, por conveniencias de familia e intereses, por salir de la miseria, ya por precio de tarifa, como vitanda carne de placer vicioso. Lo serán, en tanto que la moral cristiana, reñida con la moral instintiva, en guerra con la Naturaleza, polarizada de las realidades del vivir, sea la base de la educación, de hábitos y leyes; en tanto que el amor no ocupe su lugar en el mundo, en la vida, siendo, como debe ser, libérrimo, impulso del mundo, norte de la humanidad. Hasta entonces los hombres no serán más justos, más buenos.

Exaltado en tal derrame de su hiel, de su odio a la moral al uso, de la cual era él víctima rebelde, acreedor consciente; a su lado la querida, la hermosa, la inteligente compañera, con los ojos y el alma en los labios de él; a distancia el hijo, blondo, inocente, puesta toda su vida en los barcos de papel que, marinero de nueve años, conducía él por entre los guijarros del quieto remanso; ante el soberbio jirón de naturaleza bajo-andina que se extendía en torno de él, Jacinto continuó entusiasta, arrebatado.

—Contempla este grandioso cuadro de vida que ilumina el padre sol, el soberano y vivificante sol ecuatorial, y que el Guayas, manso, dormilón, refrenadas sus arrogancias de la montaña, cruza en extraño murmurio de eternas nupcias, y dime si en todo él no se ve al amor triunfante, todopoderoso. Ahí está el reino vegetal, el más fuerte, el más poético, el más expansivo de todos, victorioso, pródigo en verdes, en pétalos, en frutas, en aromas, en nuevos gérmenes de vida. Palmas y cocoteros, altos, machos, se inclinan a impulsos de la brisa que ha de arrancarles la esencia prolífica que fecunde a las palmas enanas, a los cocotales bajos, a las hembras de la especie, crecidas a las sombras de sus compañeros. Árboles americanos, gigantescos, eternamente verdes, que con sus

ramajes y sus parásitos fingen alcobas, salones y do-seles, de acolchada y zafirina alfombra de césped, que son como un ofrecimiento, como un incitante. Y el inexpresable y sempiterno rumor del todo, misterioso, fecundo en lujurias: el parloteo de los alados, persiguiéndose por las ramas, zureándose en los nidos; el repique de los insectos que se abrazan entre las hierbas; el golpear de la fruta, madura, perfumada, que cae de los frutales; el ruidoso escurrirse de los reptiles por entre pedruscos y malezas; el estallar del salitroso playazo, que se resquebraja bajo los rayos de vida del fuego solar. ¿Es o no es bello, grande, poderoso, todopoderoso, el Amor en la Naturaleza? ¿Es? ¿Por qué, entonces, el hombre pretende sustraerse a la omnipotencia del Amor, rebajarle sus fueros, convertirlo en pecado, en vicio, a El que es el Bien, que es la Vida, que es la Ley Suprema?

De pie, inspirado, soberbio, erguido, alta la frente, los ojos febrilmente iluminados, de cara al río, hablándole a su mujer como si ella fuese toda la inteligencia de una multitud embriagada por el poder sobre humano de la palabra, Jacinto era el gesto escultórico, incopiado, único, del genio de la oratoria.

Epilógó, profético, apostólico:

—Víctimas a conciencia, rebeldes, y no del todo impotentes, hemos sido nosotros, de los que quieren poner trabas, reglamentar, constreñir a éticas convencionales esa Ley Suprema, que se venga de la estupidéz humana haciendo infelices a legiones de hombres y mujeres. Rebelémonos con hechos. Vayámonos a las grandes ciudades, a sumarnos a los espíritus fuertes, heroicos, altruistas, que bregan por deponer al Pasado de su anacrónica soberanía sobre la conciencia humana; por acelerar el advenimiento de la salvadora Moral Socialista.

.....  
 En una de las cartas en que Ramona, avisadamente, contaba a Jacinto cien minuciosidades de la vida

íntima: los adelantos de la hija en la escuela; las libras que tenía la última vez que ambas se pesaron; la subida del precio de los alquileres de casas; la muerte de un antiguo conocido, o la suerte de haberse sacado diez pesos en la lotería, le dijo que era de creerse que los dolores morales la sentaban; porque hallábase gruesa y rosada como nunca. Sin embargo, aunque muy insignificante en proporción a su robustez de entonces, sentía ella cierto dolorcito, y algo así como un bulto que a menudo le oprimía el pecho, en la parte superior de éste, en línea diagonal entre el corazón y la garganta.

Lo insignificante era aquella salud ilusoria, y lo importante el dolorcito de marras, que era cabalmente sobre el callado de la aorta. De la ruptura de un aneurisma en aquel vaso, murió instantáneamente, como herida por el rayo, la infeliz Ramona, un día que sufrió la brusca emoción de ver a su hija envuelta en las llamas de un mosquitero ardiente.

Esto lo supo Jacinto por una carta de Caín Romero, en la cual este amigo, al darle la ingrata noticia, decíale que la niña, salvo ligeras chamusquinas de la piel, había salido ilesa; que Ramona fué decorosamente enterrada, y que la primera, y los muebles y ropas recogidos en la casa, hallábanse en la de Caín, mientras Jacinto dispusiese lo que juzgara oportuno.



## VIII

A la hora en que Jacinto Estébanez llegó al Parque Central, La Habana llevaba de vencida un día de furioso calor antillano. De la parte baja, laberíntica, trafagosa y mal oliente, de la ciudad, brotaba una multitud abigarrada que al cesar el trabajo diario, a pie, en coches y tranvías, reintegrábase a sus viviendas, desgranando por el antiguo Prado, rumbo al fresco, a las delicias del Malecón tardecino, a cuantos podían permitirse el lujo de un paseo-vermouth en popular "fotingo", o en cómoda, charolada y potente máquina de aristocrática marca.

Cansado, sudoroso, deprimido estaba Jacinto, después de un día más en busca de empleo por aquella *Habana vieja*, comercial, oficinesca, atafagante, con sus calles estrechas, de asfalto melcochado por el sol y un tráfico que da vértigos, su corre-corre de gente aturdida por los negocios, su polvo, sus olores fuertes, sus fatigas y encontronazos, que desde una hora antes lanzaba su ejército de artesanos, burócratas y traficantes, hacia el cauce ramificador del Parque Central. Como centinela de fonográfica lección de idiomas, Jacinto llevaba en los oídos aquellas malaventuradas frases: "Vuelva usted mañana", "Por ahora no tenemos nada", "Deje su nombre por si lo nece-

sitamos más tarde”, con que fueron recibidas, durante el día, sus reiteradas solicitudes de empleo.

Se encaminó hacia los bancos fronteros al hotel Inglaterra. Por allí pasa media Habana, por lo menos una vez al día, y veinte veces cada forastero de paso por la ciudad. Por allí podría él darle caza a un antiguo conocido, “del campo”, que pudiérale conseguir un empleo en uno de los ingenios orientales.

Nueve meses llevaba en La Habana, derritiéndose en aquella heroica empresa de conseguir una ocupación en la cual pudiera sostenerse a despecho de su historia, que, tal como le ocurriera en Panamá, salía a la superficie y venía a interponerse entre él y los que le daban a ganar el pan, cada vez que la oficiosa—a veces interesada—“opinión ajena” lo veía encarrilado en camino de medro, o en atajo de corto y rápido triunfo. A poco de su arribo a Cuba, y de poner humilde hogar, reunida la familia a su hija camagüeyana—olvidada de su desventura, por el tiempo, por su juventud y por el cariño de Elena, madrastra que era paradigma de madres—, Jacinto había obtenido el manejo de una locomotora de carga en los Ferrocarriles Unidos. Bastó que malhadada mañana, en un cruce con un tren de viajeros, le viera cierto jefecillo, aristócrata del salario, que lo conocía de Camagüey, y que, envidioso, siempre mirara al maquinista por encima del hombro, para que una denuncia del obrero revoltoso e inmoral quitase a éste y a los suyos aquel digno medio de llevar la vida. Con un intervalo de apuros, recomendaciones y antesalas, volvió a encontrar trabajo, que, si no era para salir de la miseria, hubiérale servido para irse dando a conocer e ir viviendo hasta encontrar algo mejor: encargado de la sección obrera de uno de nuestros grandes diarios. Pero... Una discusión con cierto dictadorecillo del mundo proletario, porque Jacinto no le publicó un amazónico y disparatado artículo; y

salieron a relucir las lacras morales del periodista. Y, así, cada vez que estaba en el escalón de algo en que pudiérase afanar el pan y poner los primeros puntales de la ansiada personalidad, decíale “¡Presente!” su maldito Pasado. No tropezaba con un solo antiguo amigote o conocido que instantáneamente no se convirtiera en su enemigo, que terca y despiadadamente no le pusiera la proa. Ninguno de esos enemigos se detenía a considerar que lo irremediable ya lo era; que el trabajo de él era el pan, la casa y el vestir de otros inocentes; que él, pasado lo pasado, podría ser un buen hombre.

No. Nada de eso. Únicamente se recordaba lo malo. ¡Qué va! Que se buscara el pan por ahí, misteriosamente, a escondidas, entre gente que no le conociera. ¡Pero, en ferrocarriles en que hubiese algún conocido? ¡En el campo obrero, monopolizado por cualquier ex camarada conocedor del vitando drama? ¡Escribiendo para el público? ¡Qué va! Para evitarlo estaban los envidiosos, los mediocres que no supieron dar más talla en los diez años que él llevaba fuera de Cuba. Que se largara otra vez para el extranjero, con aquella mujer con la cual no se decidía a casarse, no, seguramente, como decía él, por su hipócrita e interesado Amor Libre, sino porque impedíasele el recuerdo de la pobre mujer que él mató a canalladas.

Compendio y resumen era ese, del pensar, del decir, del proceder de cuantos amigotes, conocidos y enemigos cruzaban por la órbita abarcada por Jacinto para buscar trabajo. Por eso desesperaba ya de poderse quedar en la capital, y buscaba al antiguo conocido “del campo”, que debía pasar por allí, por frente al hotel Inglaterra, para soltarle el Kirie Eleyson: “Oye, chico; búscame un empleo, aunque sea en un ingenio”.

Llegó a la estatua de Martí. Rompió la lineal simetría en que hallábanse las sillas municipales colocadas

entre aquel monumento y la calle lateral frontera al Inglaterra, atravesando una de modo que pudiérase dominar con la vista medio parque, y se dejó caer en ella con las ganas del caminante que en la hora meridiana se acoge a la sombra de un árbol, de amplio y fragante ramaje. Porque estaba, sí, rendido, transpirante, pastosa la sangre por el ajetreo y el calor de aquel día de lucha, y el ánimo propicio a las más negras filosofías.

Allí, a su lado, el Apóstol, en el ruin monumento, asimétrico en el conjunto de la gran plaza rodeada de soberbios edificios; indigna, la ofrenda, del prócero civismo del último de los libertadores; pobre, la artística consagración, para la gloria continental del Genio.

Allí estaba, de cara al palacio de omnipotente banquero, arca de egoismos, del concupiscente acaparar de advenedizas plutocracias, que el verbo revolucionario mil veces condenara. Antojábasele a Jacinto que aquel instante escultórico en que el artista quiso cristalizar el gesto tribunicio, apostólico, del Maestro, más bien debió ser arranque de santa ira provocada por el encanallamiento de los que trocaron la soñada patria libre, feliz y soberana, con todos y para todos, en triste orgía de desenfrenados apetitos. Cabal sería la pose, si aquel brazo estirado terminase en un látigo; el látigo para los mercaderes del templo; el látigo que debió cruzar el rostro de cuantos alzaron su voz y se apretujaron al pie de aquel pedestal, a mentir patriotismo, a soliviantar las masas para acometer empresas de punible servilismo a taimados y avizorantes apadrinadores de indígenas oligarquías. Olvidando en su maldad, o ignorando en su soberana ignorancia, que en la estatua del Vidente falta aquella frase: "Conozco el monstruo porque he vivido en sus entrañas"...

Escéptico—El, que personificó la fe—; solitario, olvidado, casi suicida, como él, andaría el Otro, si, debe de haber sobrevivido a su temerario heroísmo y

a las decepciones post-revolucionarias, anduviese también por allí, por las sillas del parque, en la balumba de la vida ciudadana, en el eje del loco individualismo ambiente, a la hora del férvido, bullicioso y delirante atardecer de La Habana céntrica.

La tarde iba a ser noche. Repartidos por la parte alta de la ciudad, por las barriadas aristocráticas y los barrios pobres, los regueros humanos que antes se desbordaban, a pie, en coches y carritos, por Neptuno, San Rafael, San José y el Paseo de Martí, en el parque no se había disminuído gran cosa el tráfico de carruajes, ómnibus, eléctricos y pedestres. Por los portales del Teatro Nacional gallego, atravesando San Rafael y enfilando la acera del "Inglaterra" y el "Telégrafo", bajaban al Prado algunas criollas, vestidas y tocadas a la última; ondulantes, sugestivas, taconeando airosas entre un tiroteo de piropos, no galantes y finos, sino zafics y punibles. En los portales, entre las columnas, o encaramados en las sillas de lustrar zapatos, hablaban de política y "base ball" los jóvenes del dinero, irreprochables los trajes flamantísimos de dril número cien, fino el pajilla, ajustado el elegante borceguí blanco o el corte-bajo de anca de potro, y en el accionar vehemente y en la fácil palabrería, todo el innato e inimitable gracejo, la espontánea simpatía del hijo de la tierra. En los incontables cafés circundantes, ruido de charlas, chasquidos de bolas de billar, golpear de loza, cristales y cubiertos. Billeteros y vendedores de periódicos, que gritan; bocinas de automóviles, timbres, congestión de tranvías. Por las calles del parque corren algunas empleadillas, rezagadas en charla con el jefe de oficina, sultán a veces a costa del Estado. Obreros que han dejado tarde el trabajo. Turistas rubicundos y pelirrojos, con la cámara consabida y la obligada pose de babieca. Las sillas del parque empezábanse a poblar de "arregladores del mundo", "tácticos de cafés", oradores de corrillo, de los que sólo saben que lo sa-

ben todo; el gran rebaño que opina con su periódico y se arrodilla ante la "idea hecha". Y Jacinto, allí. ¡Tan solo!

Se iluminó "El Cosmopolita"; en seguida el "Inglaterra" y después el "Telégrafo", todos en espera de los que se ríen de la carestía de la vida, de los males de la Guerra, repletándose con lo sabroso y "vivificante" que hay en aquellos lujosos restaurantes. Brillaron las luces de otros edificios; se propagó el incendio de los focos del parque, a las hileras de faroles y bombillas del Paseo de Martí, de Zulueta, de Neptuno. Como enormes cocuyos cruzaban los autos, brillantes los discos de luz, y como meteoros, radiantes de electricidad, despidiendo azules chispazos de los *trolleys*, los ruidosos tranvías. En la T de San Rafael y Prado, el policía de tráfico giraba el farol rojo y verde de su semáforo:—"Pare", "Siga".

Era bien de noche. Jacinto desesperaba ya de ver cruzar por allí a su hombre. Comenzaba a sentir hambre, y recordaba que en su casa, accesoria que encabezaba un infierno de casa de vecindad, había dejado cincuenta centavos; treinta para la comida de aquella noche; veinte para el desayuno del día siguiente. Era todo su capital. Si pronto no conseguía un empleo en "el campo", no le quedaría más recurso que emplearse de peón de albañil, de estibador en los muelles, de mozo de cuerda, de chofer pesetero, de cualquiera otra cosa tan digna, pero tan dura como esas, y en la cual no fuesen necesarias las recomendaciones, las referencias, las ejecutorias de moralidad, y, humillado, anónimo, infeliz, no despertase envidias ni temores, no le estorbases el Pasado, el Rastro, la Cola...

Claro que algún conocido tenía que pasar por allí. De pronto vió acercarse por el pasaje que va del Nacional a "Campoamor", a Caín Romero, el bueno, el tolerante, el indesteñible amigo de siempre; el que fué padre solícito de la hija de Jacinto, hasta

que llegó éste a La Habana. Por “refertero”, por agitador, por socialista pernicioso, había descendido de la casilla de una locomotora al pescante de un “Ford” de alquiler. Ahora desahogaba su grafomanía en las planas de un minúsculo portabandera de la clase proletaria, y peroraba, en mítines y asambleas, de las heroicas y fatalmente pobres, por lo cismáticas, uniones obreras de la capital. El y Jacinto se habían visto muchas veces, desde el reintegro del último al terruño, y largo y tendido llevaban hablado sobre la difícil situación de ambos; increíblemente absurda en Jacinto, según el indesviable criterio de Caín. Este, por desfacedor de entuertos ajenos, andaba casi tan mal parado como su amigo; pero, por inconsecuencia que constituye un fenómeno psicológico frecuente, encontraba una locura que Jacinto, por aferrarse a sus generosidades, a sus teorías de inadaptado, sufriese, e hiciera sufrir a los suyos, aquella miseria aniquiladora de la salud, castradora de la voluntad.

—¡Hola, Jacinto!

—¡Hola, chico! Siéntate.

—Tengo que ir al Prado a ver a uno. ¿Y tú qué haces aquí?

—También espero a uno “del campo”.

—¿Continúas en tu empeño de irte para el campo, no?

—Si puedo.

—Entonces, sigues con los mismos papelillos.

—Pues, sí, chico. ¿Qué quieres que haga?

—¡Compadre! Pues acabarte de convencer de que no puedes seguir incapacitándote para la vida de ese modo. Y, además, de que no tienes el derecho de privar a tu mujer y a tus hijos de la vida pasable que puedes darles, con tus conocimientos y tu inteligencia, con que sólo te dispongas a adaptarte a nuestra política, que si es celestina incondicional de tanto inclasificado como anda por ahí, para los que tienen

talento “verdad”, como lo tienes tú, es madre complaciente. Tú, Jacinto Estébanez, si quisieras... Con lo que te he dicho y con lo que aseguraba aquel fogonero mío, ¿te acuerdas?: “No sé que rayos tiene el maquinista Estébanez—decía él—que ni hombres ni mujeres pueden decirle que no”. El día que tú quieras, te “salvas”. Todo es que te echés el mundo a la espalda, y el bombo a esa barriguita que se te va formando, y te metas por logias, clubs, casinos y redacciones. ¡Pum! la Patria. ¡Pum! el General. ¡Pum! el doctor insigne. ¡Pum! el ilustre estadista, literato prócer y orador lumbrera, don Mediocre de Tal.

—No. Nada de eso. No me persuades. Ya te he contado lo que decía de mí un buen amigo de Panamá, que me sermoneaba como tú: Cuestión de determinismo. O como lo comprendían los que presintieron el determinismo, siglos ha: Genio y figura... hasta que nos parta un rayo.

—Quiero insistir, y para que me des ese gusto, vente conmigo por el Prado, y no esperes más a ese “guajiro” que dices.

—Bueno; vamos.

Y ambos amigos se fueron Paseo de Martí abajo.

Era jueves, día de concierto en la glorieta del Malecón.

Raudos, lujosos, cegadores por el brillo de los barnices, vidrios y metales; engallados los chóferes uniformados de blanco; orondos, placenteros y sonrientes, los dueños; saturando el aire con una nube de humo maloliente y ensordeciendo a los transeuntes con el tronar de sus bocinas, dos filas de automóviles corrían a entrambos lados del Paseo “El Balcón de Cyrano”, como alguien ha dicho que lo llamó un literato español, nacido en Pinar del Río.

Hasta el final llegaron los dos amigos. Allí, junto al mar, una noria viviente daba vueltas en torno de la glorieta, que ocupaba una banda militar; como la



otra noria con ruedas daba vueltas en torno del Prado. En ambas habría tela para que cortase la cáustica, irrestañable filosofía de Caín Romero. Entre una y otra, en sendas sillas municipales, sentáronse los dos camaradas.

Caín no se bajaba de su macho: Jacinto debía abrazar la fácil y encumbrante carrera de la política tropical, y aquél continuaba terco, roqueño en sus teorías de inadaptado. Sería como romper con todas las convicciones que le daban base a la moral propia; sería sentir la repugnancia y la vergüenza del ser íntimo; algo así como dar el brazo a torcer, como cantarse a sí mismo la palinodia. Con todas sus fuerzas, por débiles que fueran, seguiría él combatiendo el encanallamiento de la sociedad. Por nada se cubriría el rostro con la máscara de la "moralina" imperante, para hacer causa común con ella.

—No ya difícil, chico, imposible. Si, para ganar los "cochinos garbanzos", que dijo alguien, hay que pasar por tales horecas caudinas, vale más seguir siendo lo que tú dices: un inadaptado. Pero serlo combatiendo, rebelde, dócil sólo a los impulsos de una necesidad orgánica; o, de no tener valor para ello, para prescindir de ciertas facilidades en la vida e ir a un trabajo rudo, de peón, de ganapán, entonces es mejor, mil veces preferible, lo que siempre he considerado una locura: el mandar al diablo la vida.

Y encarándose, exaltado, con acento que no cuadraba allí, en las sillas del Malecón, en noche de retreta, con su amigo, le interrogó al propio tiempo que le miraba con fijeza, con ojos que eran como una barrera en la frente de aquél:

—¿Pero tú no comprendes, chico, que yo en este caso no soy quijote, sino la Víctima que se revuelve contra el victimario? ¿No quedamos en que se me ha hecho un inmoral; en que llevo un sambenito de asesino casi, para que, al revés de lo que ocurría a

tu bíblico homónimo, me toque y me manche y me hunda todo el que tropiece conmigo?

—Sí; se hace de tí una víctima, y se te marca con estigma de infame. Pero eso lo hace la Sociedad, para la Sociedad. Para tu ser íntimo, no lo eres; y si consideras que lo eres, supongo que, dada tu cultura, no te considerarás responsable de ello. ¿Cuál es la situación, entonces? Descartada la responsabilidad de tu fuero interno—que eso es cosa tuya—, sólo queda esto: la sociedad, con su moral absurda, te hizo inmoral. Ahora te echa en cara tu inmoralidad, y te niega la sal y el agua. Ves tú que no hace ella lo mismo con otros inmorales, con los que, por haber triunfado en el seno de ella...

Jacinto hizo ademán de interrumpir a su interlocutor; porque parecíale que ya aparecía el sofisma en auxilio de los buenos deseos de su amigo. Este no lo dejó hablar, y continuó:

—Oye. Espérate. No me interrumpas. Se entiende que han triunfado a su modo: el triunfo que la sociedad acepta: llegar a senador, lumbrera médica, propietario; tener “máquina”, presidirlo todo, sonar en los periódicos... Bien, como te decía: ves que esos inmorales tienen carta blanca para ir por el mundo, sin que nadie ose echarles en cara su inmoralidad. *Luego*, como se dice en la lógica de ellos, lo que hay que hacer es triunfar, ser algo, espadaehín, representante, gobernador; por lo menos presidente de un comité de barrio con puntos de clave y cátedras de “refuerzos”. Una vez en esa meta, ya no se es inmoral; nadie viene a ver si uno dijo esto, escribió lo otro, ocupó tal puesto, o se encaminó por determinada ruta de victoria. Se convierte uno en eximio, ilustré, honorable y... ¡Murió!, como se dice en la gráfica jerga criolla.

Jacinto no replicó. Seguramente pensaba que, sofista y todo, este Romero sabía pegarle a la bola. Y

Romero, acrecido ante el aparente triunfo de su verborrea, siguió con ella, incontenible, torrencial:

—Y luego, chico; en eso de irte por ahí a trabajar de cualquier cosa, no puedes pensar con ese criterio cerrado de tus ideales. Sacrifica siquiera algo de éstos y lucha por conseguir una buena posición social; que a nutrirse bien, a vestir pasablemente, a educarse, a tener casa cómoda, espaciosa, aireada, civilizada, a vivir como seres racionales, tienen derecho tus hijos y tu mujer, y en ellos hay que pensar también. La redención debe empezar por casa. No es que te quiera quitar tus ideas. No. Son muy nobles, y nadie mejor que yo lo comprende. Pero, más tarde, cuando seas alguien, cuando dispongas de poder, de ascendencia entre tus paisanos, podrás luchar con más probabilidades de triunfo.

Y, como para no dar tiempo a la réplica de Jacinto, o para reforzar sus palabras con un argumento fuerte, señaló un auto rojo, resplandeciente, fastuoso, que pasaba en aquel momento:

—Mira. ¿Sabes quien es ese gallego feo, medio tuberculoso, que va por ahí con su joven y real criolla? Pues un agente de específicos reconstituyentes. Un empleado suyo me alquila a cada rato, para ir a repartir folletos y muestras por los barrios de las afueras. Sabe, tan bien como tú y yo, que el infeliz desmedrado que da un peso por una botella de uno de sus vinos resucitadores, haría más por su salud comprando con ese peso leche y huevos; pero a él ¡plín!. El sigue llenando su caja con el timo tolerado y garantizado por médicos y gobernantes. Pero es su negocio. Para mí, que creo que la inmoralidad no está sólo en los líos de amor, tal negocio es de lo más inmoral que pueda darse... Y, lo has visto: ahí va muy repantigado en su auto, entre los saludos y las sonrisas de sus congéneres.

—¿No viste—continuó Caín—una mulatica, muy hermosa y elegante, con “par” de brillantones en

las orejas, que pasó antes en un "Ford"; pues es la querida de ese ex fiscal de audiencia que va con su señora en esta "máquina". No lo sabe todo el mundo; pero lo saben muchos. Y, "ni" quien se asombre de que ambos vehículos formen en la misma fila.

En ese momento, entre un grito de "¡Almendras de Barcelona!", y otro de "¡*El Imparcial!*", un billeteo propuso su mercancía a los amigos. Era tal el ambiente de inmoralidad, contra el cual nadie atreviase a lanzar la primera piedra, que Caín en todo hallaba motivo de autopsia.

—¿A cómo son los billetes?—preguntó.

—A treinta centavos el pedazo.

—Pero, ¿cómo? ¿No es que se deben vender con sólo el cinco por ciento de recargo?

—¡Ah! Eso pregúntaselo a los tiburones grandes—dijo el billeteo a tiempo que daba media vuelta y acometía un agudo trecebundo: "¡El siete mil cuarenta!".

—“¡*El Imparcial!*”—gritó otro pulmón de acero —“Con las inmoralidades del Jai Alai”.

Preguntó Jacinto:

—Bien; a éste que viene aquí, de flus blanco y bastón a la moda, embracerado con un teniente ¿a que no lo conoces?

—¿Cómo no! Tú no sabes que los chóferes de hoy somos los que fueron los cocheros de ayer, que todo lo sabían. Ese es un inspector, no sé si de la Secreta o de la Judicial, que ha creado fama de Nick Carter con dos o tres chanchullos de embarques de oro, que ha descubierto. Los periódicos, al dar cuenta de las hazañas de él, lo califican de sagaz, activo, honrado, inteligente, y...

—Pero, si ese, cuando yo vine del Ecuador, era inspector o no sé qué de aduana, y fué el que me registró el baúl. Por cierto que otro pasajero me dijo de no sé qué lío de un lote de jipijapas, que entró sin pagar derechos.

—Ah; pues él mismo es. Antes estaba en la Aduana.

—Veo que es cierto que todo lo sabes. Creo que eres más Nick Carter que ese que pasó por ahí.

—¡Oh! Ya lo creo. Mira. ¿Ves ese viejo barrigón y colorado, que va en ese “Chandler” con su mujer y sus dos hijas?

—Sí.

—Es uno de los congresistas que oponíanse a la implantación del divorcio. El otro día tomó mi “Ford” en el Vedado. Ese “Chandler” estaba al borde de la acera, ruedicojo, sobre un gato de mecánico. Al subir me dijo:—“Lléveme a La Habana”. Se sentó, y desenrolló un diario que traía en el bolsillo trasero del pantalón. Mientras yo hacía correr el “Ford”, el viejo se empapaba de periódico. De repente exclamó, en soliloquio, que me invitaba a meter la cuchareta.

—¡Caramba! Parece que eso de las niñas “jugadoras” abunda más de lo que uno se cree.

—Tanto como abundar, no, señor; pero las hay.

—Aquí en este periódico hay una denuncia contra una que parece que está por Jesús María, y a la cual dicen que van muchas “chiquitas”. ¿Conoce usted esa casa?

—No; pero ya le digo, hay algunas.

Yo veía venir al viejo.

Al cabo de un rato, me dijo, inocentón:

—Sería curioso ver algo de eso.

—Pues no es difícil.

—Lo malo está en que es tarde, y hoy tenemos divorcio en el Senado... Sin embargo... ¿Usted conoce alguna casa?

—Creo que hay una por la calle de Sol...

—¿Y no hay riesgo de que lo vean a uno por allí?

—No. ¡Qué va!

—Pues, mira; vamos a llegarnos allá un momento.

A ver qué es eso.

Lo llevé. Esperé una hora. De pronto, como quien se zafa de algo bochornoso, como quien huye, el viejo, rojo, resoplante, saltó al "Ford" y me dijo:

—¡Al Senado, eh! Pronto. ¡Al Senado!

Y Caín, dejando caer una palmada de triunfo sobre el hombro de Jacinto, agregó:

—Eso es lo que hay que hacer. Convertirse en algo bien gordo. Si no para encerdarse como mi cliente de marras, para poderse imponer al mundo y hacer lo que uno quiera: el Bien, si eso tira. Tú dejarás de ser inmoral, y nadie pondrá obstáculos en tu camino el día en que puedas decir:

—¡A la Lonja! ¡Al Banco de Gómez Mena! ¡A la Universidad! ¡A Belén!

O, como el viejo sátiro de mi cuento:

—¡Al Senado! ¡Pronto!

FIN

# Sociedad Editorial Cuba Contemporánea

## PUBLICACIONES

(Dirigidas por Carlos de Velasco.)

- I. Revista mensual *Cuba Contemporánea*.
- II. *Biblioteca de "Cuba Contemporánea"*.  
Vol. I: *Pensando en Cuba*. Por José Sixto de Sola.  
Vol. II: *Desde el Castillo de Figueras*. Cartas inéditas de Estrada Palma (1877-1878). Introducción y notas por Carlos de Velasco.
- III. *Biblioteca "La Cultura Cubana"*.  
Vol. I: *Granos de Oro*. Pensamientos seleccionados en las obras de José Martí. Por Rafael G. Argilagos.

(A este volumen, y en la misma Biblioteca, seguirán libros de José Antonio Saco, Rafael M. Merchán, Luz y Caballero, Enrique Piñeyro, el Padre Varela, etc., etc.)

### OTRAS OBRAS PUBLICADAS:

- La Cuestión del Divorcio*. Por Alejandro Dumas, hijo.  
*Rodó y Rubén Darío*. Por Max Henríquez Ureña.  
*La "Resolución" de S. S. el Papa Benedicto*. Trad. del francés por Carlos de Velasco (Folleto).

### PROXIMAMENTE

Libros de: Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Antonio S. de Bustamante, Dulce María Borrero de Luján, José de Armas, A. Hernández Catá, Luis Rodríguez-Embil, Bernardo G. Barros, José Antonio Ramos, Max Henríquez Ureña, Emilio Bacardí, Mariano Aramburo, Mario Guiral Moreno, Raúl de Cárdenas, Julio Villoldo, José Isaac del Corral, Eça de Queiroz, etc., etc. \* \* \* \* \*

OFICINAS:

O'REILLY, 11

Teléfono M-2724

TALLERES:

Tte. Rey, 27 y Aguiar, 114

Teléfono A-7105

LA HABANA, CUBA.

292

0







BINDING DEPT. AUG 15 1960

PQ  
7389  
L74I6  
1919

Loviera y Chirino, Carlos  
Los Inmorales

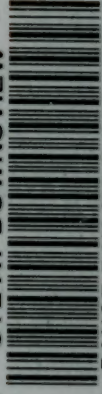
PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 10 06 01 12 007 7